



ANDRÉS PÉREZ
DOMÍNGUEZ

EL
VIOLINISTA
DE
MAUTHAUSEN

XLI PREMIO DE NOVELA
ATENEO DE SEVILLA



ESPA
EBOOK

En París, una pareja está a punto de casarse en la primavera de 1940, pero la Wehrmacht invade Francia y él, republicano español exiliado, es detenido por la Gestapo y enviado al campo de exterminio de Mauthausen. Ella colaborará con los servicios secretos aliados, dispuesta a cualquier cosa para salvar la vida de su prometido. Entre ellos, un ingeniero alemán que ha renunciado a su trabajo en Berlín para no colaborar con los nazis, se dedica a recorrer Europa con un violín bajo el brazo. Muy pronto, las vidas de los tres se entrelazarán para siempre.



Andrés Pérez Domínguez

El violinista de Mauthausen

ePUB v1.1

lamirona 4.04.13

más libros en espaebook.com

Andrés Pérez Domínguez, 2009.

lamirona (v1.0 a v1.1)

ePub base v2.1

«Dejó su habitación, su casa segura, en la que había nacido, y probablemente al salir al portal lo estremeció el pensamiento de que no volvería, y cuando regresó, tres años más tarde, flaco como un espectro, sobrevivido del infierno, debió de sentir que en realidad estaba muerto, que era el fantasma de sí mismo el que volvía a la casa intocada, al portal idéntico, a la habitación ahora extraña en la que nada había cambiado durante su ausencia, en la que ningún cambio visible se habría producido si él hubiera muerto, si no hubiera escapado del lodazal de cadáveres del campo de exterminio».

Sefarad

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Rubén

Cuando Rubén Castro llega a París ya está muerto, pero aún no sabe que habrá de morir otra vez, y que la segunda muerte le causará tanto dolor como la primera, pero que, al contrario que aquella, en la que sentía que la vida se le escapaba despacio, como las gotas que se van evaporando de una botella vacía, esta vez será como un latigazo, una descarga eléctrica en forma de noticia que los viejos conocidos se resistirán al principio a darle, no tanto porque querrán ahorrarle nuevos sufrimientos sino porque quizá también a ellos también les disgustará hablar de Anna. Pero es otra muerte, al cabo, aunque distinta de aquella a la que lo habían sometido los guardias del campo durante cuatro años, cinco meses y seis días. Mil seiscientos dieciocho en total, porque el 44 había sido un año bisiesto, y Rubén había contado los días uno a uno con la obstinación de quien todavía es capaz de albergar alguna esperanza a pesar de tantas penas, a pesar del calor agobiante del verano y del frío insoportable del invierno, a pesar de las palizas y de los castigos, y de los compañeros que desaparecían como si alguien tachase los nombres de una lista o hiciera cruces sobre las caras de una fotografía colectiva. Muertos casi todos menos él. Y unos cuantos, que también estaban muertos pero todavía eran capaces de mantenerse en pie cuando llegaron los soldados que los liberaron.

Sin embargo, París no parece haber cambiado, como si ni el tiempo ni la invasión ni la guerra pudieran alterar la ciudad, que presenta una imagen idéntica a la que recuerda de cuando llegó por primera vez, en la primavera

de 1937, después de que los contactos de su familia consiguieran salvarlo de la cárcel, o algo peor, en España. La ciudad es la misma de siempre, piensa Rubén cuando vuelve. Un rictus inmutable, una sonrisa quizá, le gustaría pensar, que ni las guerras ni la ocupación han podido trastocar. Es igual que como la recuerda. Al final de la primavera de 1940 París había soportado con parsimonia al invicto ejército alemán desfilando por los Campos Elíseos. Inmutable. Y para el invierno él ya no estaba allí, sino dando tumbos por el corazón de Europa junto a miles de prisioneros que eran trasladados de un campo a otro, como si fuera complicado encontrarles un acomodo definitivo.

A Rubén le hubiera gustado estar en París para ver entrar a los republicanos españoles del general Leclerc, aplaudir al ver arriarse las banderas con las cruces gamadas. Pero no pudo ser. Ni siquiera se enteró de que sucedió hasta mucho después: donde estaba entonces, las noticias nunca llegaban o arribaban demasiado tarde.

Apenas cinco meses han pasado desde que el campo ha sido liberado y ya está de nuevo en París. Ha venido sin prisas, desde la estación de metro de la plaza de la Bastilla, con la vieja maleta que apenas contiene nada, para adentrarse en el bulevar Beaumarchais, como si en realidad no tuviera ninguna gana de acabar su viaje o como si no confiase demasiado en las energías que le quedan para llegar a donde va si camina deprisa. Han pasado casi cinco años desde que se fue de París y el único contacto que ha podido mantener con Anna han sido tres cartas enviadas por él de no más de veinticinco palabras que nunca recibieron respuesta. Nunca supo si ella llegó a leer las misivas que entregó a la Cruz Roja. Cinco años es mucho tiempo. Demasiado. Ha estado fuera cinco veces más tiempo del que habían pasado juntos. Puede encontrarse cualquier cosa. Lo sabe. Puede incluso no encontrar nada.

Al cabo de un rato, vuelve despacio por el bulevar, atraviesa la plaza y emboca la rue Lappe. No pasa ningún coche, pero Rubén Castro mira con cuidado a un lado y a otro antes de cruzar. No es más que una estratagema absurda, casi un gesto pueril para espantar los minutos en vano, como si eso fuera posible. Cruza la calle y, antes de traspasar el umbral, se detiene un instante frente al escaparate de una panadería que le sirve como espejo. Se ha

recuperado un poco durante las últimas semanas, pero aún pesa casi veinte kilos menos que cuando la Gestapo vino a buscarlo al piso de esta misma calle. Se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz, sus primeras gafas que no tienen los cristales rotos ni están torcidas, unas gafas gracias a las que el mundo que lo rodea ya no es una mancha borrosa y confusa, y piensa que si tiene que quitarse el sombrero para saludar a alguien dejará al descubierto unas entradas mucho más profundas de las que tenía antes de que lo obligasen a dejar París. El pelo que le queda se le ha vuelto gris, casi blanco ya a pesar de ser todavía un hombre joven, y ha perdido la espesura de antes. Le faltan varios dientes, y aunque las magras raciones de comida con las que lo mal alimentaban en el campo —sopa aguada dos veces al día, un trozo ridículo de algo que pretendía pasar por chorizo y un pedazo de pan duro por la noche— han quedado atrás, la piel aún se le pega a los pómulos con la misma insolencia pertinaz que a los que se van a morir. Pero, qué soy yo sino un moribundo, se pregunta, ajustándose el sombrero, dando un leve tirón al nudo de la corbata antes de atravesar la puerta del edificio donde había vivido con Anna. Qué soy yo sino un cadáver al que, por alguna razón, se le ha concedido una prórroga de vida cuyo merecimiento es imposible comprender, por más que he pensado en ello desde que los soldados del séptimo ejército norteamericano liberaron el campo.

En el zaguán se detiene. Cierra los ojos y aspira el aroma que ahora vuelve a ser familiar: la humedad, la madera vieja del pasamanos de las escaleras. Los desconchados de la pared se han hecho más grandes durante el tiempo que él ha estado ausente sin que nadie se haya preocupado de darle una mano de pintura. Él mismo se ofrecería, se dice, más para convencerse a sí mismo de que puede quedarse allí que porque de verdad esté dispuesto a ello o sepa cómo arreglar la pared. Pero ha aprendido a hacer muchas cosas desde que se lo llevaron, y por un momento le gusta imaginarse arreglando la entrada del bloque, ser otra vez un vecino más, un ciudadano anónimo que se ha integrado lo mejor que ha podido en una ciudad como París.

Es un edificio pequeño, un solo piso por planta, sin ascensor. Anna y él vivían en el tercero. Sube despacio. Esa escalera es el último tramo de un viaje de ida y vuelta que había empezado un lustro atrás. Entonces ella se

había quedado en el piso, mirándolo preocupada después de que los hombres que habían venido a detenerlo le hubieran permitido al menos darle un abrazo para despedirse. Apenas se llevó nada personal con él, solo una foto de Anna y otra de su madre que siempre guardaba en la cartera, porque habría querido pensar que volvería al cabo de un rato. Volver y tumbarse en la cama junto a ella, descansar el resto del domingo para levantarse temprano el lunes y salir los dos para trabajar, él en el instituto donde enseñaba latín, y ella en la academia donde daba clases de alemán. Por curiosidad hacia un idioma extranjero, por interés académico o profesional, o quizá porque había muchos franceses que, a pesar de todo, pensaban que no sería mala idea ir familiarizándose con la lengua de Goethe, a Anna no le faltaba nunca el trabajo, porque en la academia no dejaban de matricularse alumnos.

Tal vez porque ella les habló en un perfecto alemán, los hombres de la Gestapo se mostraron amables con él. No les dieron explicaciones, pero tampoco se comportaron con brusquedad. Anna quiso acompañarlo, pero Rubén la detuvo con un gesto. Sabía también que no la dejarían, que la amabilidad desaparecería enseguida, como si no hubiera sido otra cosa que un espejismo, que acaso lo era, y que con malos modos el momento sería mucho más desagradable, que al final acabarían llevándose igualmente, tal vez también a ella si conseguía que aquellos hombres que habían venido a detenerlo se enfadasen. Pero si no ha hecho nada, protestó Anna, en alemán, y de los dos hombres que habían venido a detenerlo, el que estaba al mando la miró y sonrió como quien sonríe a un niño pequeño al que no necesita dar explicaciones porque no las va a comprender o, simplemente, porque no quiere. Fue ese el momento en que Rubén pensó que los modales de pronto se volverían bruscos y que tal vez se la llevarían a ella también, pero le cogió la cara a Anna, su mujer, porque llevaban casi un año viviendo juntos aunque todavía no se habían casado. Habían resuelto hacerlo cuando los alemanes se fueran de París. Entonces, tan ingenuos, todavía se atrevían a pensar que los mismos franceses no tardarían en echarlos.

Ella rindió la mejilla en su mano, le besó la palma. Volveré para cenar, le dijo Rubén, en español, no tanto porque fuera el idioma en el que se había expresado siempre, el idioma en el que se sentía más cómodo, sino porque

pensaba que ninguno de los hombres de la Gestapo que esperaban para llevárselo, a pesar de la educación que aparentaban, no hubieran podido reprimir una carcajada al escucharlo decir aquellas palabras con la convicción de quien es capaz de adivinar el futuro.

Aún no sabía Rubén, pero lo comprendería más adelante, que había hombres que podían mostrarse muy educados y al mismo tiempo empuñar una pistola y ponértela en la sien y dispararte, ir a misa el domingo con la familia y el lunes por la mañana firmar la orden de gasear a toda una nueva remesa de prisioneros recién llegados, ponérsele los vellos de punta o saltárseles las lágrimas al escuchar a Mozart y luego dar una patada a un preso que ya no tiene fuerzas ni para andar y arrojarlo al fondo de la cantera desde la que ha estado todo el día acarreando piedras.

Pero cuando los hombres de la Gestapo se lo llevaron, eso aún no lo sabía Rubén Castro. Sonrió a Anna al retirar la palma de la mano de su mejilla y dibujó un amago de beso con los labios, un gesto que solo pudo ver ella, porque los hombres que habían venido a llevárselo le daban la espalda. Aquella fue la última vez que la vio. No sonrió Anna. No dijo nada. No hizo ningún aspaviento. Ningún gesto. Era rabia contenida lo que Rubén le adivinaba. Esperaba que no dijera nada, que fuera capaz de contenerse al menos para que al final los hombres de la Gestapo no decidieran llevársela también con ellos, porque una de las formas más perversas que tiene el mal de mostrarse —y Rubén lo aprenderá en los próximos años— es mediante la arbitrariedad, la capacidad de decidir sobre los demás por puro capricho, como si los hombres que mandaban en el campo fueran una especie de dioses menores que podían mover unas figuras de barro a su antojo, cogerlas y apretarlas con las manos hasta deshacerlas en granos de arena si les apetecía.

No respiró tranquilo Rubén cuando la puerta del piso se cerró tras ellos ni cuando bajaron las escaleras. Ni siquiera en la calle estuvo seguro de que Anna no abriría la ventana y se pondría a gritar para insultarlos hasta que subieran para llevársela también. No fue hasta que el coche arrancó y dobló la esquina cuando pensó que ella se había librado de ser detenida. Sentado en la parte de atrás del Citroën negro de la Gestapo suspiró, cerró los ojos un instante, pero el alivio solo le duró el tiempo que tardó en volver a abrirlos y

enseguida se transformó en miedo. El miedo era, después de todo, una sensación familiar: Rubén Castro nunca había sido un hombre valiente.

No es lo mismo que le afecta ahora, al subir las escaleras, pero también es miedo. Le tiemblan las piernas cuando llega al tercer piso. Se queda un instante muy largo anclado delante de la puerta, deja la maleta en el suelo, se asoma al rellano por si ve a algún vecino al que poder preguntar por Anna antes de llamar. Pero no hay nadie. El edificio parece una de esas mansiones de fantasmas de las novelas, un lugar abandonado en el que hace mucho que no vive nadie. De repente se le ocurre que la posibilidad de no encontrarse a nadie no es ni mucho menos remota. Rubén recuerda que, cuando vivía allí con Anna, pagaban el alquiler cada mes a un abogado que se rumoreaba que velaba por los intereses de una acaudalada familia judía. Si aquello era cierto, y no tenía por qué no serlo, no era imposible que el edificio hubiera sido confiscado durante la ocupación y que tal vez no quedase vivo ninguno de los miembros de la familia propietaria del inmueble. Cinco años en un campo de concentración no servían para alimentar el optimismo precisamente. Tal vez Anna se había marchado de allí poco después de que a él se lo llevaran.

Respira hondo, no obstante, antes de golpear la puerta con los nudillos. Cierra los ojos, los abre al cabo de un momento y se aparta del campo de visión de la mirilla. No quiere que Anna se asuste al verlo desde el otro lado, que decida no abrirle, incluso porque no lo reconozca y tenga miedo. Al contrario que él, ella siempre ha sido una mujer valiente y decidida, así es como la recuerda Rubén, pero ha pasado mucho tiempo y una guerra, y sacar conclusiones de antemano puede ser demasiado aventurado.

Nadie abre la puerta ni pregunta quién llama, y en el fondo Rubén siente cierto alivio de que sea así. Se le ocurre dejar una nota y avisar de su presencia, pero coge la maleta y baja las escaleras despacio. Antes de la guerra, en el segundo piso vivía un matrimonio con el que Anna y él nunca tuvieron mucha relación. En el primero vivía una mujer viuda con dos niños pequeños que siempre sonreían cuando se los encontraban por las escaleras, y en el bajo una mujer madura y soltera, la vecina con la que Rubén y Anna habían congeniado un poco más. Pero quizá en aquel edificio no quedase nadie ya, o eran otros inquilinos los que vivían allí, gente que se había

mudado al bloque después de que la Gestapo se lo llevase a él. Si es así, piensa, la búsqueda de Anna va a resultar mucho más complicada.

Antes de que se lo llevaran los nazis Rubén y Anna tenían amigos en París. No será mala idea preguntarles a ellos. Aunque él hubiera preferido encontrarse con Anna antes de hablar con nadie, que fuera ella la que sacase sus propias conclusiones, que nadie le contase que un fantasma había regresado a París para buscarla. Desde la rue Lappe camina hasta la plaza de la Bastilla. Cruza en dirección al Sena y piensa de nuevo que la ciudad no ha cambiado durante el tiempo que él ha estado preso, que la mayor diferencia que encuentra es que ahora hay soldados por todas partes: soldados franceses, soldados ingleses, soldados norteamericanos. Ya no hay en la ciudad nazis con uniformes elegantes que pasean con una guía turística bajo el brazo, como si invadir Francia no hubiera sido más que una excursión dominical cuyo resultado final fuese poder visitar tranquilamente el Louvre o pasear por los Campos Elíseos. Ahora son hombres con uniformes caqui del ejército de los Estados Unidos de los que cuelgan condecoraciones conseguidas en la guerra reciente los que están sentados en las terrazas del bulevar Beaumarchais.

Aún no se ha hecho de noche cuando Rubén Castro llega al Louvre. Ha dado un rodeo después de atravesar el Sena, para no pasar por delante del Meurice. Está seguro de que el hotel ha vuelto a ser el de antes de la ocupación, pero pasar por delante de su fachada le hubiera traído demasiados recuerdos tristes porque había sido el cuartel general de la Gestapo durante la invasión nazi y fue allí el primer sitio a donde se lo llevaron cuando lo sacaron de su casa. Y ya tiene Rubén una colección demasiado extensa de imágenes dolorosas que prefiere olvidar y no quiere ver el hotel ahora, por muy hermosa que resulte la estampa sin las banderas con las esvásticas ondeando en la fachada. Da media vuelta sin cruzar la rue Rivoli y ahora apresura el paso. No quiere que oscurezca del todo. Más tarde o más temprano tendrá que buscar un lugar donde pasar la noche, pero quiere llegar a la academia antes de que cierren.

No ha perdido la ilusión de encontrarla todavía, a Anna, al salir del trabajo, abrazada a sus cuadernos y a sus libros, encaminándose al metro para

volver a casa. Es muy difícil que cinco años después, si ella sigue en París, conserve las mismas rutinas de antes, pero mientras exista una posibilidad, por muy remota que sea, él no está dispuesto a desperdiciarla.

Tres paradas de metro después, se quita el sombrero al llamar a la puerta del piso donde por fortuna aún está la academia. Ya no enseñan alemán —quién va a querer aprender el idioma de un país derrotado que había ocupado Francia más de cuatro años—, pero Anna todavía puede trabajar allí. Su madre había nacido en Berlín y ella hablaba alemán perfectamente, pero también francés, español, y un poco de inglés, con lo que no era probable que le faltase el trabajo en la academia aunque el idioma alemán hubiera caído en desuso.

—Busco a Anna —le dice a la recepcionista—. Anna Cavour.

La recepcionista es joven. Cuando Rubén ha llegado, estaba pintándose los labios y no detiene el gesto hasta escuchar el nombre. Frunce el ceño.

—¿Perdón?

—Anna, Anna Cavour —repite Rubén—. Trabaja... trabajaba aquí hace años. Llevo mucho tiempo fuera y estoy buscándola.

La joven enrosca el lápiz de labios y lo mira de arriba a abajo. Rubén se ajusta el nudo de la corbata, incómodo. Nadie con su aspecto de fantasma que se resiste a abandonar el mundo es agradable de ver, y quizá menos al caer la tarde, antes de salir del trabajo, cuando se tiene tan cerca la felicidad del resto del día sin hacer nada. La presencia de un recién liberado de un campo de exterminio resulta cuanto menos incómoda en una ciudad que, aunque ya casi ha pasado un año desde que se fueron los alemanes, aún no ha terminado de desperezarse, lentamente, aunque haya acabado la guerra. Pero él tiene que encontrar a Anna. Para eso ha recorrido mil quinientos kilómetros y se ha mantenido vivo todos estos años. Y Anna trabaja, o había trabajado, en esta academia.

—En el otoño de 1940 ella todavía trabajaba aquí —le explica Rubén—, ¿podría usted preguntarle a alguna compañera?

—Ese nombre no me suena de nada. Por lo menos, ahora no trabaja aquí. De eso estoy segura.

La joven suspira.

—El otoño del 40. Sí que hace tiempo. No sé si todavía queda por aquí alguien que lleve tanto tiempo. La academia cambió de dueño después de la ocupación y se renovó a buena parte del personal.

Habla sin mirarlo, mientras remueve unas fichas en un cajón.

—¿Anna qué? ¿Cómo me dijo?

—Cavour —responde Rubén, procurando sonreír, sin abrir demasiado la boca para no enseñar los huecos de los dientes que le faltan.

—No, no me suena de nada.

Se levanta la muchacha esforzándose en mostrar una sonrisa apresurada y le pide a Rubén que espere un momento. Unos minutos después vuelve acompañada de una mujer mayor que ella pero todavía joven. A Rubén no le resulta familiar su cara y tiene la sensación de que la suya, después de quedárselo mirándolo un momento, tampoco.

—Hola —le dice, procurando ser amable para contrarrestar, si es que es posible, ese aire de fantasma obstinado que lo acompaña—. Mi nombre es Rubén. Rubén Castro.

Se esfuerza en no tenderle la mano para no ponerla en el compromiso de estrechársela. Desde que ha salido del campo se ha dado cuenta de que hay mucha gente que baja los ojos cuando se cruza con él por la calle o incluso cambia de acera. ¿Cómo va a pensar que esa mujer que lo mira desconcertada quiera estrecharle la mano? Pero enseguida se da cuenta Rubén de que el azoramiento se debe sobre todo al escuchar el nombre de Anna y no saber qué decirle a él.

—Anna Cavour. Claro que la recuerdo. Fuimos compañeras. Pero hace mucho tiempo que dejó de trabajar aquí. No he vuelto a saber de ella.

—¿Sabe usted dónde vive? —Rubén se agarra a la última esperanza, una tabla a la que aferrar los dedos en la tormenta.

La mujer sacude la cabeza.

—Lo siento, pero es todo lo que puedo decirle. Hace mucho que no he vuelto a saber nada de Anna. ¿Es usted su marido?

Por el modo en que lo mira Rubén se da cuenta de que se compadece de él. Tal vez lo recuerda de antes de la guerra. A lo mejor lo había visto llegar alguna vez a la academia para buscar a Anna a la salida del trabajo.

Rubén miente con la cabeza. Nunca llegó a ser su marido, pero para él es como si lo hubiera sido siempre. Antes de que se lo llevaran vivían juntos, como un matrimonio, y si la guerra y la Gestapo no se hubieran cruzado en su vida ya se habrían casado, tal vez serían incluso padres de un par de críos.

—Llevo mucho tiempo fuera, añade, a modo de disculpa —viéndolo, no había que dar muchas explicaciones—. Vengo de la casa donde vivíamos antes de la guerra, pero no hay nadie.

—No sé qué decirle. Éramos compañeras, pero Anna dejó de trabajar aquí hace más de un año —bajó los ojos, como si lamentase lo que decía. En estos tiempos se hace difícil rebuscar en el pasado.

Rubén le da las gracias y se da media vuelta, despacio.

Todavía no ha salido cuando la recepcionista ha vuelto a destapar la barra de carmín para alegrarse los labios.

Los nazis ya no están en la ciudad, pero después de recorrer el camino inverso en metro, al salir siente que la fuerza negativa que lo repele del hotel Meurice se ha vuelto más intensa que antes incluso y no puede evitar una bola espesa en la garganta. Al otro lado de la calle, el edificio del museo del Louvre presenta el mismo aspecto majestuoso o imponente, como si por allí jamás hubiera pasado una larga guerra que había asolado Europa. Después de unos pocos minutos de paseo y de faros de coches que se cruzan con él sin importarle su vida llega a la Île de la Cité. Desde el otro lado del río puede ver cómo algunos turistas se fotografían delante de la catedral de Notre Dame. Se detiene Rubén unos segundos. Sonríe a medias. A él también le gustaría ser uno de esos hombres despreocupados que hacen gestos delante de una cámara, agarrados del brazo de su esposa, con la catedral detrás para llevarse un recuerdo. Incluso se permite pensar, para darse ánimos, que tal vez él mismo, esa misma noche incluso, podría atravesar el puente con Anna para celebrar que había vuelto a la vida después de haber estado muerto. Pero no es más que una ilusión, y una de las cosas que ha aprendido es que las ilusiones no siempre se cumplen, o al menos no cuando hace falta o uno quiere, o acaso se cumplen cuando ya da lo mismo. Mas también ha aprendido que gracias a ilusionarse, siendo o no consciente de hacerlo en vano, se puede seguir vivo aunque solo sea por un día más, y luego otro, y

otro, y así hasta llegar a esa tarde que de repente se había hecho de noche en París, a finales del verano de 1945, el primero de seis veranos —nueve, si contaba lo de España— sin guerra.

Con el entusiasmo fingido que resulta de convencerse en vano de que aún puede tener suerte, Rubén Castro vuelve a encaminarse sin mucha prisa hacia el edificio de la rue Lappe. Se dice que camina despacio porque anda escaso de energías, pero en el fondo sabe que el motivo principal de la lentitud de sus pasos es la incertidumbre o el miedo que anticipan el fracaso. Cinco años esperando el momento de regresar a París, cinco años en los que la muerte ha estado tan cerca que a veces pensar en sobrevivir no era sino una broma de mal gusto, y ahora, qué ironía, cuando los SS y las penalidades han quedado atrás, es cuando el miedo se ha apoderado de él sin que pueda hacer nada por sacárselo de encima.

Bishop

Al principio fue como tirarse en paracaídas, otra vez, aunque hubieran pasado más de dos años desde la última vez que había saltado desde un avión, a oscuras, tratando de escudriñar desde el cielo el claro de un bosque que había visto en un mapa tantas veces que creía conocerlo igual que si fuera el contorno exacto de los muebles de su dormitorio, la cama, la mesita de noche o la lámpara que no encendía cuando se desvelaba de madrugada y empezaba a darle caladas a un cigarrillo hasta que el sueño regresaba. Pero la tierra nunca era la misma vista desde un avión. De noche todo era oscuridad, una puerta que a veces era como un túnel que acabaría arrastrándolo, una corriente helada que lo sacaba de la protección del aparato, y luego, después de saltar, solo o con un compañero, el lugar del aterrizaje no era nunca igual que el que había estudiado en los mapas. No era fácil distinguir las formas confusas de una granja, alguna población más allá, el lugar preciso donde alguien que operaba en territorio ocupado, quizá con una identidad falsa, se encargaría de recogerlo, de ayudarlo a esconder el paracaídas y llevarlo a lugar seguro. Pero las cosas no rodaban siempre tan bien. Bastaba con saltar unos segundos para caer varios kilómetros más allá del sitio concretado, al lado mismo de un cuartel enemigo o tan lejos del lugar previsto que podía perder un tiempo precioso para llevar a cabo la misión.

Hacía más de dos años que Robert Bishop no saltaba en paracaídas, pero cuando Marlowe le enseñó la lista y leyó aquel nombre sintió el mismo vacío en la boca del estómago que cuando se ajustaba las correas y comprobaba que

el equipo estaba en orden. De algún modo iba a ser como saltar otra vez, de nuevo en territorio enemigo, aunque la guerra hubiera terminado cuatro meses antes. El mismo lugar, la misma mujer. El mismo miedo. Bishop lo pensó todo en un instante, pero no dijo nada.

Por la mañana se había levantado muy temprano. Como cada día, aún no había amanecido y ya se había desvelado. Antes de que sonase el despertador ya llevaba un rato tumbado en la cama, boca arriba, los ojos abiertos.

Desde la ventana del apartamento que le habían asignado a Bishop podía verse buena parte de la ciudad. Después de lavarse y vestirse, antes de bajar a la calle para que lo recogiera un chófer que lo llevaría a las oficinas de la OSS, se quedó un momento contemplando el panorama desigual de la capital del país que se había rendido. Algunos edificios habían quedado intactos, como si la guerra jamás hubiera pasado por la capital del Reich, pero en las mañanas despejadas como aquella era evidente el caos y la desolación de Berlín, la misma estampa que había contemplado en cada una de las ciudades que habían sufrido bombardeos durante la guerra. A veces se le antojaba Berlín a Robert Bishop como una boca enorme y desdentada, una boca con caries, con sangre y agujeros, o una escombrera descomunal en la que los franceses, los británicos, los norteamericanos y los rusos estuvieran excavando para encontrar un tesoro. Y, bien mirado, no eran sino tesoros lo que los hombres como él, cada uno en su bando, tenían la misión de encontrar.

Mientras esperaba el Jeep en la puerta del edificio reconvertido en apartamentos donde se alojaba, miró el cielo, plomizo, oscuro, una sombra triste que cubría una ciudad en ruinas, y respiró hondo. Su chófer llegó menos de dos minutos después. Al verlo esperando en la acera, como cada mañana, miró el reloj con disimulo, para asegurarse de que no había llegado tarde. Bishop no se había molestado en explicarle que se despertaba siempre muy temprano, que no soportaba quedarse demasiado tiempo encerrado en su habitación y prefería esperarlo en la calle.

—Buenos días, señor. En la oficina me han dado esto para usted.

Además de mirar el reloj esa mañana, el chófer le entregó un sobre.

Bishop lo abrió con desgana, y, antes de leer su contenido, se quedó un

instante mirando al muchacho, que no parecía tener intención de mover el coche hasta que hubiera leído la nota.

Frunció el ceño antes de leer el documento. Era un sobre con el sello de la oficina de la OSS. Lo leyó y dejó escapar el aire, despacio, por la nariz. Arrojó el cigarrillo a la acera húmeda y se quedó mirando la colilla, como si pudiera encontrar una respuesta en la boquilla que se consumía. Al otro lado de la acera, un crío también miraba el pitillo a medio terminar. En tiempos de escasez, los cigarrillos americanos se pagaban a buen precio en el mercado negro. Bishop sabía que en cuanto el Jeep arrancase el chaval correría a cogerlo. Tal vez sería aquella su única ocupación durante la mañana: buscar las colillas que los soldados aliados tiraban al suelo sucio de Berlín. Todavía se quedó mirando Bishop un momento al niño antes de ordenar a su chófer que lo llevase a la dirección que le habían apuntado en la nota, y antes de que arrancase hurgó debajo de su chaqueta para buscar el paquete de tabaco, sin estar del todo seguro de la razón por la que lo hacía: le apetecía fumar otra vez, pero también quería regalarle los cigarrillos que le quedaban al mozalbete que seguía quieto en la acera esperando a que se fueran, y se alegró por ello. A veces, cuando pensaba que su vida ya no tenía arreglo, se descubría pensando cosas buenas para los demás, como en ese momento y, entonces, igual que ahora, le afectaba una mezcla de extrañeza y de alivio. Al menos quedaba dentro de él algo del ser humano que había sido, pero tampoco estaba seguro de que esa sensación o esos buenos sentimientos le sirvieran para salir adelante. El coche ya había arrancado cuando consiguió encontrar el paquete de tabaco, y todavía se quedó unos segundos mirando la colilla que había arrojado al suelo, pensativo, por el espejo retrovisor, hasta que alguien la aplastó con la suela del zapato y siguió su camino. Con la mano rebuscando en el interior de su chaqueta giró la cabeza para encontrar al chico, pero ya se había marchado. Se removió en el asiento, incómodo, y luego le leyó en voz alta al chófer la dirección que venía escrita en la nota, marcando cada sílaba para que no hubiera duda, inseguro todavía de su dominio de la lengua alemana. Antes de doblar la esquina, volvió a mirar por el espejo y vio al niño agachado en la acera, seguro que recogiendo otra colilla que alguien había tirado. No giró la cara para asegurarse de que el

chaval se había cobrado una buena pieza ni le dijo al chófer que parase, pero de repente se vio a sí mismo con esa edad, se imaginó una vida paralela a la que había vivido, una vida en la que a los doce años él también hubiera tenido que recoger colillas durante todo el día para poder llevarse un plato caliente a la boca, y de lo único que le entraron ganas fue de estar muy lejos de allí.

Cuatro meses después de que acabase la guerra parecía imposible que algún día la capital de Alemania pudiera recuperarse. Junto a calles que hubieran sido la envidia de cualquier escombrera había otras por las que parecía que la guerra no había pasado, avenidas por las que circulaban tranvías que llevaban a la gente a trabajar, berlineses que trataban de rehacer sus vidas aferrándose a las rutinas cotidianas: levantarse temprano, tomar tal vez un café, quien pudiera, a pesar de las restricciones.

Ya no quedaban signos externos del Gobierno nazi. Las esvásticas y las águilas imperiales habían desaparecido igual que los uniformes o las botas lustrosas de los oficiales de las SS. Pero cuando Bishop miraba un poco más adentro se daba cuenta de que aún quedaba mucho trabajo por hacer. Casi todo. Él no era más que un oficial de inteligencia enemigo en la capital de un país ocupado, y su obligación era desconfiar de todo el mundo, por muy cerca que dijeran sentirse de los vencedores. La nota que le había entregado el chófer era una prueba perfecta de ello. Bishop se la había guardado en el bolsillo y sabía lo que se iba a encontrar cuando llegase a su destino. Todavía no había sentido ese agujero en la boca del estómago, eso sucedería después, pero la preocupación era algo que no podía separar de su trabajo, y mucho menos, por paradójico que pudiera parecer, en tiempos de paz.

Cuando llegaron había otros dos coches aparcados en la acera, uno de la policía berlinesa, y otro del ejército de los Estados Unidos, además de un puñado de curiosos arremolinados en la acera. Bishop no llevaba uniforme. Como en el París ocupado por los nazis, también había dejado de llevarlo desde que lo destinaron a Berlín, en julio. No llevar uniforme le resultaba más cómodo y menos intimidatorio para los demás, lo cual facilitaba su trabajo y le permitía moverse con más libertad por los sitios donde nadie lo conocía. A pesar de ir de paisano, los soldados se cuadraron al verlo llegar.

Bishop respondió con un leve movimiento de cabeza y luego se quedó mirando al de mayor graduación, un teniente del ejército norteamericano que enseguida lo informó de la situación.

—La policía alemana se puso en contacto con nosotros esta mañana. Una llamada anónima los avisó de que habían encontrado el cadáver de un hombre abandonado en la acera. Cuando avisamos por radio para dar el nombre del muerto, me ordenaron que no tocásemos nada hasta que usted viniera.

No había reproche ni desdén en las palabras del teniente. Tan solo era la manera fría y escueta que un militar tenía de contar lo sucedido.

Bishop asintió antes de dirigirse a la acera. Todavía no se había encargado nadie de cubrir el cadáver con una sábana. Dedicó una especie de vago saludo al policía alemán que se interponía entre el cuerpo tendido en la acera y los curiosos que no se decidían a abandonar la escena del crimen. Después del horror de seis años de guerra, a Bishop le sorprendía que a la gente todavía le quedasen ganas de contemplar a un tipo muerto en la calle. El charco de sangre llegaba hasta el asfalto, como una alfombra roja y viscosa. El hombre estaba boca abajo y su espalda no presentaba ningún signo de violencia. Tanta sangre alrededor solo podía significar que lo habían degollado. Bishop se agachó y, procurando no mancharse el traje ni el abrigo, le dio la vuelta al difunto. Tenía los ojos cerrados, y estaba seguro de que no se debía al gesto piadoso de quien le había rebanado la garganta esa noche. La piel ya estaba fría. Bishop tragó saliva y a duras penas contuvo una arcada. Él tampoco se había acostumbrado a tocar a un muerto después de seis años de guerra. Hay ciertas cosas a las que uno no llega nunca a habituarse.

Por la forma y la trayectoria del tajo estaba claro que quien le había rebanado el cuello era diestro, más alto que el fallecido, y que lo había pillado por sorpresa. Pero eso no era lo que más le importaba. Su trabajo no era descubrir quién lo había matado, sino haber evitado que lo matasen. Y había fallado, otra vez. Conocía a ese hombre. No es que fuera famoso, pero había visto su foto muchas veces durante el último año, durante los últimos meses de guerra. Los últimos doce meses los había pasado siguiendo su pista y la de

algunos de sus compañeros. Si hubiera venido a buscarnos a nosotros, se lamentó Bishop, más por no haber conseguido hacer bien su trabajo que por lástima hacia el muerto, ahora estaría vivo. Lo pensó antes incluso de darse cuenta del pico del papel que le asomaba en el bolsillo de la chaqueta, como si alguien lo hubiera metido allí de mala manera o porque quisiera que quien encontrase el cadáver no tuviera sino la curiosidad de sacarlo y mirarlo para ver lo que ponía, tal vez la lista de la compra, un secreto de estado, un poema de amor que ya no llegaría a su destino o la última voluntad de quien sabe que se está jugando la vida. Estaba seguro Bishop de que quien lo hubiera degollado quería que supieran su identidad, que no tuvieran que marearse o quebrarse la cabeza o hacer preguntas para averiguar su nombre. No era solo un mensaje para ellos, sino también una advertencia para los que quisieran intentar lo mismo que él. Pero estaba seguro Bishop de que faltaba una carpeta o un sobre con documentos, secretos que se habían convertido en una mercancía valiosa, más valiosa incluso que las joyas o el dinero porque había gente que estaría dispuesta a pagar mucho por ellos, matar incluso.

Hasta podría llegar a sentir compasión por aquel hombre. Era más que posible que su motivación para arriesgar el cuello no hubiera sido la avaricia, al menos no solo la avaricia o las ganas de enriquecerse, sino algo tan sencillo como sobrevivir. Abrió su cartera con la certeza de conocer su nombre, la fotografía que tal vez ya no se parecería demasiado al rostro azulado del cadáver. George, murmuró, antes de leer. Hans Albert George. Alguno de los compañeros de este tipo que ahora estaba tirado en el suelo merecerían que les hubieran puesto una soga al cuello y le hubieran dado una patada al taburete bajo sus pies. El mundo no iba a ser peor sin ellos. Seguro que tampoco mejor, pero eso tampoco tenía remedio ya.

La nota la dejó para el final. Se quedó mirándolo un instante antes de cogerla, como si sus actos fueran el resultado de un ritual que ni él mismo alcanzaba a entender, en lugar de la muestra del hastío o el cansancio que ya le provocaba todo esto. Tres muertos como ese iban ya desde que lo destinaron a Berlín. Los tres con la misma profesión, los tres degollados, los tres con sus documentos de identidad en la cartera, en la calle, y los tres con la misma nota en el bolsillo. La cogió con dos dedos, como si fuera posible

encontrar unas huellas que sirvieran para encontrar al culpable. No era más que un papel arrugado que alguien había escrito apresuradamente y había guardado en el bolsillo de la gabardina de un hombre que agonizaba, el asesino tal vez mirando a un lado y a otro para asegurarse de que nadie lo estaba viendo y pudiera recordar su cara para contárselo a la policía de Berlín o a ellos, que eran quienes más interés tenían en encontrarlos. En encontrarlos a todos.

Desdobló la nota, despacio, todavía en cuclillas en el suelo. Decía lo mismo que las otras, a mano, en alemán. Bishop tradujo, mentalmente, sin decir nada. «Todo aquel que sienta el espíritu alemán, a nosotros se unirá. Todo aquel que enarbole una bandera blanca, un puñal en el cuerpo encontrará». Quien hubiera sido el autor de estos versos tal vez no pasaría a la historia de la poesía ni le darían el premio Nobel de Literatura, pero el mensaje era bastante claro.

Se levantó y le entregó los documentos al policía berlinés que seguía haciendo las veces de barrera entre los curiosos y el cadáver. No era deferencia o cortesía profesional, sino que, simplemente, no los necesitaba. No era la primera nota con ese ripio que encontraba abandonada en un cadáver, y el nombre del muerto ya lo había memorizado mucho antes de que la guerra terminase y de que él pudiera imaginar que acabaría desangrado a un tiro de piedra de la Postdamerplatz, en el sector norteamericano. Había leído un dossier completo sobre su vida y su trabajo, el de él y el de muchos de los que trabajaban con él. A algunos pudieron localizarlos a tiempo. Otros se escaparon o no quisieron colaborar con ellos y, ahora, los que no habían demostrado de una forma lo bastante clara su patriotismo estaban terminando degollados en la calle. Peor para ellos. Para ser sincero, a Robert Bishop le daba lo mismo. No sentía apego por ninguno de estos tipos, es más, creía que si a alguno le rebanaban el cuello de oreja a oreja el asesino incluso le haría un favor al mundo. Pero sus jefes no opinaban lo mismo. Las órdenes eran encontrarlos a todos antes de que lo hicieran quienes los consideraban unos traidores y los matasen o que los localizasen los rusos y pudieran pasar al bando equivocado. Y la cuestión era que al final Robert Bishop solo cumplía órdenes.

El policía alemán le dio las gracias al recoger los documentos que le entregó y le sostuvo la mirada. Bishop acostumbraba a tratar a los alemanes con desconfianza, sobre todo si llevaban uniforme. Nadie podría asegurarle que ese hombre que ahora examinaba con detenimiento los documentos no se alegraba igual que él pero por otro motivo de que alguien hubiera degollado al tipo cuya sangre pisaban. Pero así estaban las cosas. Y no dejaba de parecerle bastante cínico pensar que estaban en tiempos de paz con las suelas de los zapatos manchado de sangre. Pero también eran tiempos extraños estos. Antes de subir al Jeep se fijó, incómodo, en las marcas rojas que sus pisadas habían dejado en la acera, como un rastro que lo persiguiera, huellas de las que no podía desprenderse, como si él fuera el último responsable de ese asesinato.

«Todo aquel que sienta el espíritu alemán, a nosotros se unirá. Todo aquel que enarbole una bandera blanca, un puñal en el cuerpo encontrará». Murmuró para sí Bishop el ripio de parvulario cuando se dirigieron a las oficinas de la OSS. Ya sabía lo que Marlowe le iba a decir, y tendría razón. Cada vez había más muertos y cada vez les quedaba menos tiempo.

A Robert Bishop le gustaba el chófer que le habían asignado en Berlín porque era un chaval callado, siempre conducía de una forma tranquila, sumido en sus propios pensamientos, atento al tráfico a veces complicado entre los escombros de una ciudad devastada. Apenas había arrancado el Jeep, tuvieron que detenerse detrás de un camión en cuya cuba rebosaban los cascotes. A la derecha, a lo lejos, se podía adivinar el edificio del Reichstag, que todavía conservaba su majestad en mitad de la escombrera en la que se ha convertido la ciudad. Las paredes estaban llenas de agujeros, habían desaparecido las águilas y las esvásticas, pero en Berlín no costaba ver, en cada edificio oficial que se mantenía en pie y que había sido ocupado por los aliados, banderas con barras y estrellas, tricolores, Union Jacks o martillos dorados que se cruzaban con hoces sobre fondo rojo.

El chófer reanudó la marcha con suavidad después de que el camión terminase la maniobra. Bishop estaba seguro de que se moría de ganas de preguntarle por el cadáver, pero se mordía la lengua o era muy discreto. No hizo ningún comentario. Se limitó a aparcar el coche delante del edificio que

albergaba la oficina de la OSS para dejarlo allí, como cada día.

Cuatro plantas y ciento cincuenta escalones más arriba, estaba de la mesa del ayudante del coronel Marlowe. El suboficial se levantó y se cuadró al verlo llegar, pero Bishop le respondió con una breve inclinación de cabeza. Nunca habría imaginado que sus costumbres militares se relajarían tan pronto, y no era por falta de disciplina, sino por un cansancio hondo que lo afectaba desde hacía ya demasiado tiempo. Últimamente se comportaba como un autómatas cuya única función era cumplir con su deber hasta que sus jefes le asignasen otra misión. Y la suya, desde que llegó a Berlín, era salvar a ciertos tipos a los que sus compatriotas más radicales degollaban para después dejar notas de dudoso valor poético en sus bolsillos. Eran muy escurridizos y no parecían tener muchas simpatías por los norteamericanos, ni aunque estuvieran decididos a salvarles la vida a toda costa. Pero, de alguna manera, Bishop los entendía. No querían salvarlos por una cuestión filantrópica. Los agentes de la OSS no eran unos héroes abnegados que estuvieran dispuestos a dar la vida por ellos. Lo que pasaba era que les interesaba capturarlos antes de que lo hicieran los rusos. Así de simple.

El coronel Marlowe estaba de pie mirando unos papeles. Cuando levantó los ojos de ellos, le dedicó a Robert Bishop un vistazo no exento de extrañeza o desdén. No le gustaba o no se acostumbraba a verlo sin uniforme, y Bishop estaba seguro de que preferiría que se lo pusiera al menos para ir a verlo. Pero, aunque siendo estrictos las ordenanzas lo obligasen a ello, para ambos estaba claro que para su desempeño en Berlín era mejor que no lo llevase.

Lo primero que hizo fue sacar la nota que le había robado al cadáver hacía un rato. El coronel la leyó sobre la mesa, como si no quisiera cogerla todavía.

—Otro más —dijo, al terminar de leerla, y sacudió la cabeza. Parecía lamentar aquella nueva muerte como una pérdida personal.

—Otro más —repitió Bishop, de una manera fría, para dejar claro que personalmente no le afectaba lo más mínimo el cadáver que había visto esa mañana.

—Es el tercero en dos meses.

Robert Bishop se lo quedó mirando. Sabía la cifra perfectamente. Él

mismo había tenido que comprobar las identidades de los otros dos hombres que habían muerto de la misma forma que el de esta mañana. Pero estaba seguro de que no había reproche en las palabras de su superior. Solo preocupación.

Marlowe se sentó e invitó a Bishop a hacer lo mismo.

—Robert. Tenemos que solucionar esto cuanto antes. Ya hay más muertos que vivos en la lista.

Le enseñó un papel con dos nombres tachados. Trazó una línea sobre el nombre de Hans Albert George y ya solo quedó uno. Bishop sabía de memoria los nombres de la lista. Había pasado casi un año entero de su vida buscando a estos hombres.

Ya sabía lo que le iba a pedir Marlowe. Era inevitable. Y no estaba seguro de si quería que sucediera. Bishop se dijo que no y se preparó para protestar, para mostrarse enfadado aunque sabía que al final no le iba a quedar más remedio que acatar las órdenes de un superior. Una cosa era no llevar uniforme y otra muy distinta negarse a cumplir una orden por una cuestión personal.

Pero Marlowe, viejo zorro, dio primero un rodeo para tantearlo. Sonrió otra vez, pero solo un momento, como una especie de calma que precediera a la tormenta. Ahora lo miró, muy fijo. Ya no había escapatoria. No había vuelta atrás.

—Vas a tener que volver a Francia.

Aún sostenía Bishop la lista con el último hombre por tachar en la mano, un mapa que indicaba su destino, el lugar adonde iba a tener que ir para salvar la vida del hombre que aún no habían matado.

—A Francia —respondió, sin dejar de mirar el papel. Marlowe asintió.

—A Francia, sí.

Dejó escapar el aire despacio, como si estuviera muy cansado.

—¿Está ella allí?

Marlowe se lo quedó mirando, como si quisiera imprimir un suspense absurdo a la conversación.

—Por supuesto que sí —le dijo, por fin—. Ya estamos seguros de que ha regresado.

—¿Y no la han matado? ¿No la han linchado sus antiguos compañeros de la Resistencia? ¿No ha ido nadie a vengarse de ella?

El coronel apuntó otro esbozo de sonrisa. Él también parecía cansado.

—No, pero estamos preparados para que no le ocurra nada malo. Nuestros hombres la vigilan. Ella no lo sabe. Ahora hay que convencerla de que nos ayude.

—¿Y tengo que hacerlo yo?

—Eres el único que puede convencerla.

—Lo dudo mucho.

Marlowe sacudió la cabeza, chasqueó la lengua.

—Robert...

Bishop levantó las manos como si se disculpase.

—A Francia —dijo otra vez.

—Llévate la lista.

—Parece que vamos en serio.

—No podría ser menos, tratándose de lo que se trata.

—Llévate la lista y utilízala si no te queda más remedio. Háblale de Franz Müller primero. Tal vez con eso sea suficiente para convencerla.

Robert Bishop sabía que no iba a ser sencillo saber qué argumentos se podían utilizar para convencer a una mujer que había pasado por la situación de ella. Tal vez desde la perspectiva de un despacho en Berlín pudiera parecer fácil, pero sobre el terreno iba a resultar mucho más complicado.

—¿Y no sería más sencillo obligarla a venir? Simplemente. Que cualquiera de esos hombres que la tienen vigilada la subiera a un tren o a un avión con destino Berlín.

El coronel negó con la cabeza.

—Necesitamos que coopere de una forma voluntaria. Es de la mejor forma que puede ayudarnos.

—Insisto: yo no soy el más indicado para que ella se preste a ayudarnos.

Marlowe levantó la cabeza como si lo señalase con la barbilla. Parecía sonreír por dentro, aunque no quisiera aparentarlo. Y no creía Bishop que ese asunto le resultase divertido.

—Robert, tendrás que salir mañana para Francia.

A Bishop no le costaría encontrar varios motivos para querer vengarse de Anna, pero la mujer a la que tenía que convencer para que regresase a Berlín con él también tenía motivos para odiarlo. Muchos. Para querer verlo muerto también quizá. Se marcharía mañana, y el encuentro no iba a ser el de dos antiguos amigos que se dan un abrazo o un beso por los viejos tiempos. Bishop se decía que no quería volver a Francia, que ahora era el momento para dejar el servicio por fin, lo que llevaba pensando desde hacía mucho tiempo. Que estaba muy cansado como para recorrerse media Europa en busca de una mujer a la que no le apetecía ver o, tal vez, no podía reconocer que se moría por ver de nuevo. Quería ir y no quería ir. Así de extraña era la vida. Anhelaba volver a verla pero también deseaba que sufriese, besar sus labios por fin y verla muerta al mismo tiempo.

El resto del día lo pasó recopilando documentos que quería repasar durante el viaje. El dossier de Anna, su foto de los archivos del MI5 Y la OSS, al principio de la guerra. Había otras dos carpetas. Una empezaba con la foto de un ingeniero alemán cuyo rastro había desaparecido. No estaba en ningún campo de prisioneros, y a Bishop le gustaría pensar que estaba muerto, pero cuatro testigos habían asegurado verlo pasear tranquilamente por las calles de Berlín, algunos decían que con la funda de un violín bajo el brazo, pero de esto último estaba convencido Robert Bishop que se lo decían después de que supieran que el hombre al que buscaban era aficionado a tocar ese instrumento y pensaban que así les darían una recompensa más fácilmente si al final aparecía gracias a la información que proporcionaban.

No era tan fácil encontrar un alemán que delatase a otro alemán, conque al ingeniero aeronáutico Franz Müller seguro que lo había visto mucha más gente, incluso se pasearía con tranquilidad por ciertas calles donde sabía que nadie lo iba a delatar. Se había convertido Bishop en la niñera de cuatro tipos a los que no conocía. Tres habían muerto ya, así que no debía de ser muy bueno cuidando de los demás. Pero tampoco resultaba fácil salvar la vida de alguien que no quería que lo salvaran.

Era de noche ya cuando el chófer lo devolvió a su casa, pero Bishop le ordenó que parase dos calles antes de llegar, en la puerta de un café. Le dijo buenas noches, señor, y confirmó la hora a la que lo iba a recoger mañana por

la mañana para llevarlo a la estación. Demasiado temprano. Se acomodó Bishop en la barra del café y dio cuenta del primer trago. Poco después ya se encontraba con fuerzas para caminar de vuelta a su casa. No iba dando tumbos. Tres vasos de bourbon no eran bastante. Sentía un calorcillo agradable en el estómago y la vista se le había nublado un poco, lo suficiente para sentirse cómodo. No tenía ganas de acostarse. Esa noche no. No todavía. Caminaba por las calles de Berlín por las que todavía había gente. Ya estaba oscuro, pero aún era temprano. A Robert Bishop le gustaría decir que paseaba sin rumbo fijo, pero sabía exactamente hacia dónde lo llevaban sus pies. Media hora después se encontraba en la misma acera donde esa mañana había estado comprobando la identidad de un hombre muerto. Ahora estaba oscuro y una niebla espesa había bajado desde el cielo, como una capa de algodón que difuminara las luces de las farolas. Todavía había restos de sangre en el suelo, reseca, la misma sangre que todavía debía de estar pegada a la suela de sus zapatos. No había nadie en esa calle. No pasaban coches, ni gente. Era el lugar idóneo para un asesinato.

Miró Bishop las ventanas que a duras penas se distinguían al otro lado de la niebla. Cualquiera podía haber visto a al asesino, pero resolver el crimen no iba a ser tan fácil como ir llamando puerta por puerta para preguntar a la gente. Además, lo de menos para él era saber quién había rebanado el cuello de ese hombre. Sabía por qué, y eso era más que suficiente. Su misión era salvar a cuantos pudiera de esa lista, no detener a los culpables. Siempre habría alemanes radicales que se negaban a aceptar la derrota, tipos capaces de matar a compatriotas suyos a los que consideraban traidores porque estaban dispuestos a vender sus conocimientos, su experiencia y sus secretos al mejor postor o simplemente por una casa con jardín y una vida tranquila en Estados Unidos.

Escuchó unos pasos que se acercaban y se dio la vuelta. Se palpó la pistola bajo la chaqueta, pero no la sacó todavía. Era el ruido inconfundible de unos tacones sobre la acera. No es que no pudiera ser una mujer la que había acabado con la vida del científico que habían encontrado por la mañana. Podía ser una mujer tanto como un hombre. Pero Bishop no creía que fuesen a matarlo. Aún no. Pasó junto a él, muy despacio, y le dio las

buenas noches, en inglés, pero con un acento alemán que no quería o no podía disimular. Al cabo de un par de pasos se detuvo y lo miró. Recortó la distancia que lo separaba de él y se dio cuenta Bishop de que a pesar del carmín, la sombra de ojos barata, el abrigo negro y las medias no era más que una chiquilla.

—Buenas noches —repitió—, ahora en alemán.

Él tenía las manos en los bolsillos, lejos de la pistola, y ahora ella estaba tan cerca de él que si sacase un cuchillo podría rajarle el cuello sin mucho esfuerzo. A lo mejor mañana alguien tendría que informar al coronel Marlowe de que Robert Bishop había aparecido muerto en la misma acera donde se encontró el último cadáver con unos versos horribles escritos guardados en una nota en sus bolsillos. «Todo aquel que sienta el espíritu alemán, a nosotros se unirá. Todo aquel que enarbole una bandera blanca, un puñal en el cuerpo encontrará». Qué ironía. Al final su nombre podía sumarse al de los tres hombres que habían matado sin que pudiera hacer nada. Su nombre, que ni siquiera estaba en la lista.

No es que el apego a la vida fuera una de las cosas que más lo distinguían últimamente, pero casi sin darse cuenta había retrocedido un par de pasos. Still, le dijo la muchacha, y su voz, igual que sus gestos, su piel o sus ojos no eran sino los de una niña. Miró la joven a un lado y a otro, para asegurarse de que nadie podía verlos, se llevó las dos manos a las solapas del abrigo y se desabrochó con habilidad profesional para mostrarle a Bishop su cuerpo desnudo. No lleva ninguna ropa debajo, tan solo las medias y los tacones. Sonrió al enseñarle su desnudez, la crema pálida de la piel, los pechos pequeños, naturales o porque aún no se le habían formado del todo, la mata de vello castaño entre sus piernas. Permaneció así unos segundos y sonrió, antes de contemplar ella misma su cuerpo y cubrirse un poco, como si se sintiera avergonzada o aturdida de repente, sin abrocharse el abrigo todavía. Miró a Bishop, esperando una respuesta, pero este sacudió la cabeza, enérgicamente, como si la reprendiera, y entonces ella se abrochó los botones del abrigo, sin poder contener un gesto de decepción. Volvió a mirarlo invitadoramente antes de terminar la tarea con el último botón, por si había cambiado de idea y al final se decidía a pasar la noche con ella. Antes de que

se marchara, Bishop había puesto en su mano un billete después de buscarlo atropelladamente en su cartera. La obligó a cerrar su mano sobre él, la miró a los ojos y le dijo que se fuera. De nuevo lo miró, dispuesta a abrirse el abrigo otra vez, incluso sus dedos volvieron a tocar el primer botón, pero Bishop dijo que no con un movimiento de la mano.

La vio perderse en la niebla, y no pudo evitar ponerse a mirar otra vez las ventanas de los edificios cercanos. Tal vez alguien lo hubiera visto y estuviera ahora riéndose de él. Un agente de la OSS desorientado y medio borracho que se encuentra con una prostituta joven y hermosa en la calle y no es capaz siquiera de aprovechar la oportunidad. No podía ver a nadie en los edificios, pero a pesar de ello Bishop se tocó el ala del sombrero para saludar a quien lo estuviera viendo. Lo que de verdad le gustaría ahora era que estuviera allí el chaval que por la mañana estaba esperando para coger la colilla de lucky strike.

Sacudió la cabeza y sonrió. Siempre pensaba demasiado. Ese había sido su gran problema. Tal vez la única razón por la que había venido hasta aquí esta noche había sido esa, y ni él mismo había querido darse cuenta hasta ahora. No era el cadáver de esa mañana, ni la nota de los alemanes que todavía se resistían a rendirse. Ni siquiera había venido porque todavía no le apetecía meterse en su casa hasta que mañana saliese de viaje a Francia para encontrarse con el pasado en el que no quería pensar. Cada uno tenía sus manías, y a Bishop no le gustaba ir dejando cuentas pendientes. Antes de marcharse dejó el cigarrillo a medio terminar en la acera, con cuidado, cerca del borde, donde era más difícil que alguien pudiera pisarlo. Sabía que lo que acababa de hacer tenía mucho de absurdo, de imposible, pero la vida era así, absurda, incomprensible, casi siempre.

Rubén

Apura el pitillo frente a la puerta del edificio donde ha estado esa tarde. Le arranca las últimas caladas despacio, mirando las brasas de la punta al consumirse, la tregua exigua que puede permitirse antes de subir y llamar a la puerta del piso cuya ventana ahora puede ver iluminada desde la calle, la luz encendida, una silueta que se deja entrever al otro lado de la cortina, como una sombra chinesca. Rubén sabe que esa ventana es la más grande del piso, la que da a la calle. Él mismo se ha sentado muchas veces junto a ella para leer tranquilamente mientras fumaba un cigarrillo o haciendo tiempo escuchando música mientras Anna regresaba de la academia.

Se dice que ya no puede esperar más, que tiene que subir, cuando trata de arrancar una calada al pitillo y no le queda más remedio que reconocer que se le han terminado las excusas, que el paquete de tabaco está vacío y que ya no puede demorarse más en la acera. Ha llamado al teléfono del piso varias veces, casi todas desde Austria, cuando lo liberaron. Pero nadie respondió jamás a ese número, y entonces se dijo que tal vez lo habían cambiado o que ahora quizá podría ser de otra persona, o que el mundo podría haber evolucionado en cinco años mucho más de lo que él podía sospechar, que tal vez los teléfonos ya no funcionaban como antes de que lo encerrasen, de que lo apartasen del mundo y de que le pusieran un uniforme con un triángulo azul en el pecho. Incluso había escrito Rubén una carta y la había enviado para anunciar su llegada. La dirección y el teléfono de su casa los recordaba muy bien, se los había repetido cada día en el campo, tumbado en un jergón

estrecho junto a otros dos presos, como animales los tres. A pesar del cansancio y del frío se esforzaba cada noche en recordar su nombre, Rubén, Rubén Castro, su nombre y su número de teléfono y su dirección, una letanía a la que agarrarse para seguir considerándose a sí mismo una persona y no un animal. Pero el teléfono que había marcado cuando lo liberaron no había respondido nunca a sus llamadas, y quizá aquella carta que envió desde Austria antes de empezar el viaje de regreso a Francia no había llegado tampoco a su destino, o quizá sí llegó pero la persona a quien iba dirigida se había mudado. Anna podría ya no estar aquí, y tal vez alguien a quien no iba dirigida la carta que Rubén le había escrito a Anna cuando lo liberaron la había abierto con extrañeza o con curiosidad, alguien que ahora vivía allí y se había sentado a leerla, alguien que se había enterado de su vida, de sus penas y de sus anhelos y tal vez había llorado al terminar o se había reído o se había mostrado indiferente o había pensado que las cosas que contaba no eran más que los desvaríos de un desequilibrado, o no la habría leído siquiera y había hecho una bola con ella y la había arrojado a la papelera sin poder devolverla a quien la había enviado ya que Rubén Castro no había escrito ninguna dirección en el remite porque no la tenía.

Quien hubiera recibido aquella carta que él había mandado desde Austria, Anna u otra persona que ahora vivía en este piso a cuya puerta Rubén vuelve a llamar, está a punto de abrir. Se ha vuelto a ajustar el nudo de la corbata y se ha pasado la palma de la mano por el pelo prematuramente ralo y encanecido antes de encontrarse con nadie.

A pesar de estar convencido de lo contrario, hasta el último momento ha conservado Rubén un hilo de esperanza. Se ha imaginado a Anna abriéndole la puerta del piso, mirándolo extrañada durante unos segundos, como si no lo reconociese o ya hubiera dejado atrás, hacía mucho tiempo, el último resquicio de esperanza, una minúscula dosis de ilusión por volverlo a ver con vida. A Rubén le gustaría que ahora, al llamar a la puerta de su casa, solo hubieran pasado unas horas y no cinco años desde que se fue, mirar a Anna y pedirle disculpas por haber ido a dar un paseo y haber olvidado las llaves. Es eso lo que tiene pensado decir si es ella quien le abre la puerta, si es capaz de articular palabra después de verla llevarse la mano a la boca con sorpresa y

luego ponerse a llorar antes de echarse en sus brazos. Mi vida, perdóname, pero es que me he dejado las llaves olvidadas esta tarde cuando fui a dar un paseo. Rubén se repite la frase para darse coraje antes de golpear la puerta con los nudillos por segunda vez en el mismo día. Mi vida, perdóname, pero es que me he dejado las llaves olvidadas esta tarde cuando fui a dar un paseo.

Pero no es Anna quien lo recibe en el piso, y Rubén siente incluso una especie de alivio secreto al ver el rostro del hombre mayor, casi un anciano, que lo mira con gesto hosco al otro lado del umbral. Inclina brevemente la cabeza para saludarlo. Desde que ha salido del campo no es capaz de acostumbrarse a mirar a nadie que no conoce directamente a los ojos. Demasiados fantasmas lo acompañan. Sostiene el sombrero en el pecho, por el ala, como si pudiera protegerse, girándolo despacio.

—Buenas noches —le dice—. Perdone que le moleste, pero estoy buscando a una mujer que se llama Anna Cavour. Vivía en este piso hace algunos años, antes de la guerra.

No es hasta entonces cuando mira a los ojos del hombre que lo observa desde la que había sido su casa con el ceño fruncido. Viste un batín de cuadros y unas pantuflas. Es muy mayor, y seguramente vive solo. Si no, no habría abierto la puerta él. Es probable que no oyese el timbre del teléfono o que hubiera dado de baja el número y por eso nadie contestaba a sus llamadas, las que hizo desde Austria y las otras dos que ha hecho esta tarde, desde una cabina, luego de salir de la academia adonde había ido para buscar a Anna. Puede que ese anciano haya leído la carta que mandó desde Austria. Lo mejor será ser sincero con él.

—Yo vivía con ella aquí, en este piso. Hace cinco años que no he vuelto a París. Los nazis me llevaron preso.

El viejo sigue mirándolo, como si calibrase la veracidad de sus palabras. Su piel pálida, el pelo casi blanco, la extrema delgadez, los ojos hundidos tras las gafas diminutas. Rubén podría tener cuarenta años menos que el hombre que ahora habita el piso donde había vivido con Anna, pero, a primera vista, para alguien que no fuera demasiado observador, podría parecer que tenían los dos la misma edad.

—¿Es usted español?

Rubén asiente. Han pasado más de ocho años desde que salió de España pero su acento todavía lo delata. Se permite alegrarse un instante por ello, por conservar un rasgo de sus orígenes.

—Vine a París antes de que terminase la guerra en España. Trabajé aquí durante tres años, pero luego vinieron los nazis y me detuvieron.

No espera Rubén ninguna clase de hospitalidad por parte de un anciano a cuya puerta acaba de llamar para preguntarle por una mujer que ha vivido allí antes que él. Pero al menos no le ha cerrado la puerta y lo está escuchando, y eso ya es bastante más de lo que está acostumbrado o espera de nadie.

Y cuando cruza el umbral es un extraño en una casa que habitó en otro tiempo, en otro mundo que ahora se le antoja tan lejano como si nunca le hubiera pertenecido. Los muebles no son los mismos, hay un sofá nuevo en el salón, y una mesa con dos sillas dispuestas de una forma diferente a como Anna y él las tenían. El sofá ahora está frente a la ventana: seguro que al anciano le gusta comer mientras ve la calle. Se pregunta cómo será ahora la habitación en la que Anna y él dormían, si ese hombre también utilizaría la misma cama grande y cómoda que ellos habían compartido durante poco más de un año, apenas un suspiro, qué poco tiempo, se ha lamentado Rubén cada vez que lo ha recordado cuando estaba preso.

Es su misma casa, pero al mismo tiempo tampoco lo es. El olor es distinto. Puede ser el de una persona mayor, pero desde luego no es el olor de la mujer a la que ha venido a buscar, ni el aroma que llega desde la cocina es el mismo de los platos ricos que Anna y él preparaban cuando vivían allí. Se le vienen demasiados recuerdos a la cabeza, pero respira hondo, cierra los ojos, para contenerlos. Ahora no, se dice. Ahora no es el momento de derrumbarse.

Se ha sentado Rubén a la mesa sin darse cuenta, y todavía no ha cogido el vaso de vino que ha aparecido de repente, como si hubiera brotado de la madera por arte de magia. El hombre que ahora ocupa la que antes había sido su casa arranca un pequeño sorbo a otro vaso de vino.

—Así que español —lo escucha decir.

Rubén asiente. Español, sí. Como si eso significase algo.

—Llegué aquí en el 37, pocos meses después de que empezase la guerra

civil en España. Me instalé en París. Encontré un trabajo decente, enseñaba latín en un instituto y me enamoré de una mujer estupenda, pero luego los alemanes llegaron a París y se complicó todo.

Rubén no teme hablar mal de los alemanes. No es imposible, pero sí es bastante difícil encontrarse en París con alguien que a estas alturas simpatice con los nazis, o al menos que se atreva a reconocerlo. Le parece que el hombre que está sentado frente a él habría escupido de buena gana si se encontrase en la calle y no en su casa antes de hablar de la ocupación.

—Y ahora lleva unos cuantos años fuera y quiere encontrar a su mujer.

Rubén asiente.

—Así es. Vivíamos en París antes de la guerra, como le he dicho, y he venido hasta aquí sin muchas esperanzas de encontrarla, pero es el único sitio donde se me ocurre que pueda dar con ella. Pero ya veo que no vive aquí. ¿Lleva usted mucho tiempo en este piso?

—Apenas un año. Poco después de que liberasen París me mudé a este edificio. Para entonces el piso ya llevaba vacío algún tiempo, según me contaron. No había muebles, ni recuerdos, ni objetos personales de quien hubiera vivido antes aquí. De verdad que lamento no poder ayudarle más.

Rubén se encoge de hombros. Es cierto que no esperaba mucho más, pero tenía que venir e intentarlo. Se queda unos minutos más sentado a la mesa, sin embargo. Escucha al anciano hablar sobre la vida en París después de que se hayan ido los alemanes, los proyectos del general De Gaulle o la forma en que la gente joven se iba olvidando tan rápidamente de la guerra, a pesar de que apenas hace un año que los soldados de la Wehrmacht paseaban por París con la misma tranquilidad que si lo hicieran por Berlín.

Luego Rubén se levanta y le da la mano. Todavía queda más de la mitad de vino en el vaso, pero no es capaz de terminárselo. En realidad, ni siquiera le apetece tomar vino. No le preocupa, pero desde que el campo fue liberado se ha dado cuenta de que ha perdido el gusto por la comida y por la bebida, y la razón no puede ser otra que él, Rubén Castro, no es sino un muerto andante, un cadáver que se arrastra a duras penas en un mundo que ya dejó de pertenecerle hace mucho tiempo, el mundo de los vivos, un fantasma que no termina de marcharse porque quizá le queda una última misión que cumplir.

Le da las gracias al anciano y vuelve a estrechar su mano antes de marcharse. Antes de cruzar el umbral para salir, no puede evitar que sus ojos viajen un instante hacia el final del pasillo, allí donde se supone que debe de estar el dormitorio. Se alegra de que al final el hombre no le haya ofrecido su casa para quedarse a pasar la noche. Ya ha visto bastante.

Baja las escaleras despacio cuando la puerta se cierra tras él. Lo hace sin mirar atrás, pero con la certeza de que esta ha sido la última vez que visitará la que fue su casa. No sabe dónde está Anna, si aún sigue en París o si está viva siquiera, pero la puerta que se ha cerrado a su espalda es la prueba insoslayable, si es que no le había quedado claro ya, de que su vida, por mucho que lo intente, jamás volverá a ser como antes de que la Gestapo se lo llevara. Apenas le quedan opciones o lugares donde preguntar por Anna.

Vuelve a ajustarse el nudo de la corbata en el bajo y se coloca el sombrero antes de salir a la calle otra vez. Ya hace un buen rato que la noche le ha ganado la partida. Deja la maleta en el suelo para abrocharse un botón de la chaqueta. Está a punto de terminar el verano, pero ya hace fresco por la noche en París. Se acuerda de eso de repente. Desde que ha llegado a la ciudad, los recuerdos, los olores, las sensaciones que estaban enterradas o que él mismo se había esforzado en olvidar se agolpaban unos detrás de otros cuando menos se lo esperaba, en el momento más inoportuno. Ya no puede evitar contener las imágenes que ha conseguido mantener a raya a duras penas cuando ha estado en el piso: Anna recibéndolo con un beso al volver de dar clases en el instituto, Anna mostrándole lo que había preparado de comer, Anna dormida en el sofá mientras él lee junto a la ventana, Anna sonriéndole desde el pasillo, camino de la habitación. Rubén ha perdido las ganas de vivir, pero es la vida la que se resiste a abandonarlo, lo golpea en el rostro como una ráfaga de aire fresco, una brisa que, sin embargo, resulta molesta para quien ha decidido hace mucho tiempo que no es sino un muerto en vida y que cuando la siente lo único que puede hacer es volver la cara, cerrar los ojos, y mirar para otro lado.

Enciende otro pitillo, le da una larga calada, paladea la nicotina y antes de poner los dos pies en la calle se detiene. Alguien lo llama. Lo llama por su nombre. ¿Rubén? Escucha que preguntan a su espalda. ¿Rubén Castro?

Quienquiera que lo llame no parece estar seguro de que sea él. Han pasado cinco años desde la última vez que estuvo en el edificio, pero también pueden haber pasado veinte si uno se detiene lo suficiente a considerarlo. Han sucedido tantas cosas desde entonces que es como si fuera una vida entera. Por eso su nombre suena igual que una interrogación. ¿Rubén? ¿Rubén Castro? Para él también resulta extraño escucharlo. Rubén Castro. Un nombre y no un número cosido a un traje a rayas sobre un triángulo azul que lo identificaba como español republicano, y sus compañeros del campo rara vez se dirigían a él utilizando su nombre de pila y su apellido al mismo tiempo. Le decían Rubén, Rubén a secas, o solo su apellido, Castro. Y ahora es tan raro que alguien lo llame por su nombre completo que antes de volverse para ver quién se dirige a él piensa un momento que tal vez haya ingresado ya, por fin, en el mundo de las tinieblas, y que quien ahora quiere saludarlo no es sino uno de los muchos espectros que ha conocido cuando estaba vivo, pero que se marcharon de este mundo antes que él porque no tuvieron tanta suerte y ahora festejan su llegada, por fin, al lugar donde llevan esperándolo desde hace tanto tiempo.

De pronto siente más frío. Como si a pesar de todas esas veces que ha pensado que ya no pertenece al mundo de los vivos no pudiera evitar cierta aprensión cuando parece inevitable ya su entrada en el mundo desconocido y tenebroso de los muertos, un lugar del que ya no podrá regresar nunca. Nadie puede.

Y el mismo Rubén Castro que podría estar vivo pero que también podría ser ya parte del mundo de los muertos se gira despacio, el pitillo recién encendido todavía en la boca del cadáver andante, el ceño fruncido de a quien le cuesta trabajo ver en la oscuridad o no acaba de comprender todavía en cuál de los dos mundos está, porque para él también es igual que encontrarse con un fantasma. La voz le suena. Lo transporta al pasado como una de esas máquinas del tiempo de las novelas. Se trata de una mujer que vive en el bajo y que también era su vecina antes de que se lo llevaran. Quizá ella ya es también un ectoplasma que como él se arrastra por el mundo, desorientado. Su nombre. ¿Cuál era su nombre? El ceño aún más apretado cuando trata de recordarlo.

—¿Rubén? —vuelve a preguntar ella—. ¿Rubén Castro? —lo pregunta y abre la puerta del piso un poco más, como si la posibilidad de que fuese él y no otro fantasma la tranquilizase—. ¿Rubén? —pregunta de nuevo la mujer, y entonces él asiente, se saca despacio el cigarrillo de la comisura de la boca, sin dejar de fruncir el ceño porque no puede ver todavía su rostro del todo en la oscuridad del zaguán. No relaja el gesto hasta estar más cerca y poder mirar su cara y que de pronto le venga a la memoria su nombre, igual que un fucilazo.

—Marlene —dice por fin, y no está seguro de tender su mano para estrechársela. De repente se ha dado cuenta de que aún sigue en el mundo de los vivos, y recuerda que a los que todavía están ahí les disgusta o les resulta incómodo tener que tratar con alguien cuyo mayor deseo es abandonarlo, decir adiós para siempre y no volver a ser molestados jamás—. Marlene —repite—. Soy Rubén. Rubén Castro, sí. He estado fuera mucho tiempo.

La mujer asiente. ¿Cuánto hace que alguien no le da un abrazo? No lo recuerda, pero Marlene acaba de hacerlo. ¿Cuánto hace que no siente el calor del cuerpo de una mujer pegado al suyo? Eso sí que lo recuerda. Fue hace demasiado tiempo, en este mismo edificio donde está ahora, al despedirse de Anna. Cómo podría olvidarlo. Estás vivo, le dice Marlene, y le pasa la mano por la cara, como si fuera ciega y la única forma que tuviese de estar segura de que el espectro al que acaba de dar un abrazo es de verdad Rubén Castro sea cartografiándole el rostro, la piel pegada de los pómulos, las púas ásperas de la barba que lleva tres días sin rasurar.

—Ven anda, entra en mi casa. Te prepararé algo de comer. Seguro que tienes hambre. Estás tan flaco que casi no te reconozco. Dios mío, pero qué te han hecho. Me he asomado a la puerta porque no estaba segura de quién eras. He pensado incluso que podías ser un ladrón. A punto he estado de ponerme a dar gritos para que viniese la policía o te asustaras y echases a correr. Y, fíjate, al final resulta que eres tú. ¿Cuántos años han pasado? ¿Cuatro?

—Cinco —responde Rubén, al que su antigua vecina ha sentado en el sofá como si fuera un niño obediente. Ya no es dueño de sus actos desde que ella lo ha reconocido en el portal. Desde la cocina llega un olor estupendo. Parece sopa.

—¿Cuándo has llegado? ¿Desde cuándo estás en París? Rubén no recuerda haber compartido jamás ninguna clase de intimidad con esa vecina que de repente se muestra tan amable con él. Solo retiene vagamente la imagen de haberle dado las buenas tardes, los buenos días, cosas así, alguna conversación banal de descansillo de escalera, algún comentario intrascendente sobre alguna bombilla que hay que arreglar o la conveniencia de sacar la basura a una hora determinada mejor que a otra. Marlene es una mujer soltera o viuda, Rubén no está seguro, quince años por lo menos mayor que Anna. Siempre fue amable con ellos cuando vivían allí, pero nunca tuvieron más confianza que la que mandaban las normas de comportamiento de los buenos vecinos que han de llevarse bien. Pero el olor de la sopa es tan rico que no puede sino quedarse. Los muertos, o los que están en la antesala de la muerte, también pueden tener hambre, piensa cuando ella va hacia la cocina.

Está de espaldas Marlene, apenas puede verla, pero se da cuenta de que está removiendo la sopa en la olla. Escucha el sonido de los platos cuando los saca de un mueble de la cocina y traga saliva. Platos de loza blanca. Le encanta cómo suenan. En su vida, en lo que le quede de vida, se ha prometido que jamás volverá a utilizar para comer un cuenco de madera. Por muy buena que sea la comida que contenga. Un cuenco de madera, no. Arcadas le dan solo de pensarlo. Mira por la ventana, al otro lado de la calle. Alguien camina con prisas, seguro que para volver a casa. En la esquina lo ve torcer a la izquierda, en dirección hacia la plaza de la Bastilla. La calle se queda otra vez vacía, tan en silencio que por un momento cierra los ojos y pierde la noción de donde está. Pero no tarda en volver a escuchar a Marlene trasteando en la cocina. El olor de la sopa, de nuevo, tan sabrosa. Abre los ojos Rubén. Es como si se hubiera quedado dormido. Tal vez sea eso lo único que ha aprendido en cinco años de cautiverio, la capacidad de dormirse en cualquier lado, aunque solo sea un momento. Dormirse y descansar, aprovechar cualquier receso para recuperar las fuerzas que eran tan escasas y tan necesarias para poder seguir a este lado de la línea, aunque solo fuera un día más, esa frontera desvaída que marcaba la frontera entre los vivos y los muertos.

Marlene aún está en la cocina. Enseguida va a traer la comida. Rubén tiene el sombrero en la mano. Se quita las gafas diminutas y se frota los párpados con las yemas de los dedos. Le escuecen los ojos. ¿Cuánto tiempo hace que no duerme a pierna suelta durante toda una noche?

—Estoy buscando a Anna —dice, por fin, como quien lanza una pregunta al viento o habla solo sin esperar respuesta—. Hasta ahora nadie ha podido darme noticias sobre ella, ni en la academia donde trabajaba, ni arriba, en el piso donde vivíamos.

Ya no sabe qué hacer. No está seguro de dónde puede preguntar. Lo piensa Rubén y de repente se da cuenta de que, después de haberla buscado en su trabajo y en su antigua casa, de algún modo ya no está seguro de querer conocer la respuesta. Piensa incluso que, de alguna forma, las personas a las que ha preguntado por Anna se han esforzado en esconder la verdad, en no decirle algo que a lo mejor le va a doler mucho escuchar, como un niño al que se le oculta una tragedia porque aún no tiene la capacidad de asimilarla.

En eso Marlene no es diferente a los demás. En cuanto le pregunta por Anna escucha cómo la sopa deja de removerse en la olla, apenas un instante, pero es suficiente para que Rubén se dé cuenta. La cuchara quieta, la respiración de Marlene suspendida durante un segundo que a Rubén no puede pasarle desapercibido. Se coloca de nuevo las gafas, despacio, y la mesa que tiene delante, la silla en la que está sentado o el trozo de calle que se ve al otro lado de la ventana del piso recuperan de pronto las formas nítidas.

Cuando el plato de sopa está en la mesa se le inunda la boca, es como un torrente, un dique que acaba de romperse. Vuelve a mirar por la ventana y se traga la saliva antes de que Marlene pueda darse cuenta del hambre que tiene, antes de que se percate del tiempo que hace que no prueba una comida como aquella. Se le hace eterno el tiempo que su antigua vecina tarda en sentarse para que los dos puedan empezar a cenar. Solo es el momento que tarda en traer dos piezas de pan, dos vasos y una botella de vino. Rubén coge la cuchara, acaricia con una sonrisa el borde del plato, tan blanco, tan limpio, como los amantes que prefieren cerrar los ojos para concentrarse en las caricias y en la ternura sin que los ojos estorben. Aprieta los párpados con suavidad mientras se lleva la primera cucharada de caldo rico y caliente a los

labios. Repite el gesto tres, cuatro veces, muy despacio, pero ya con los ojos abiertos. Coge un trozo de pan y lo mastica lentamente, y luego arranca un largo sorbo al tercer vaso de vino de la noche. Ya no puede esperar más tiempo para preguntar otra vez. Al cabo, esa es la razón por la que ha vuelto a París. Mil quinientos kilómetros con la carta de repatriado como salvoconducto. Casi tres días en tren para llegar, porque las comunicaciones, después de la guerra no siempre funcionan, y lo único que necesita es una respuesta.

—¿Dónde está Anna, Marlene? Nadie puede decirme nada sobre ella. ¿Has estado viviendo aquí todo el tiempo desde que la Gestapo vino a buscarme? ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué no quiere nadie contármelo? ¿Acaso sabe todo el mundo algo que yo ignoro? ¿Algo que nadie puede decirme? ¿Tan terrible es?

Rubén Castro le ha formulado todas las preguntas despacio, sin levantar la voz, una detrás de otra, sin ansiedad, la cuchara sopera descansando en el plato de tacto agradable y caliente. Es Marlene la que parece nerviosa, incómoda.

—Me acuerdo de cuando vinieron por ti. No quise abrir la puerta. Tenía miedo. Perdóname.

Rubén se encoge de hombros. Jamás hubiera esperado que nadie abriese la puerta o hiciese nada por él. Ni aun queriendo hubiera podido ayudarlo.

—¿Qué pasó con Anna? —pregunta de nuevo.

Intenta sonreír, o al menos no parecer demasiado ansioso o enfadado.

—Anna siguió aquí después de que te detuvieran. Me consta que te quiso ayudar, que habló con mucha gente, que fue hasta el cuartel general de la Gestapo todos los días durante mucho tiempo para preguntar por ti, pero que nunca la dejaron verte ni le dieron noticias sobre ti. Pero a ella no le gustaba hablar de eso, de lo que te había pasado. Se había vuelto muy desconfiada desde que te detuvieron. Es lo normal, supongo. No la culpo. Como pudo, siguió adelante con su vida, con su trabajo en la academia. Con el tiempo parecía que los alemanes se habían instalado en París definitivamente. Había banderas con cruces esvásticas por todos lados, hasta en el ayuntamiento — Marlene no puede evitar una mueca de asco al contárselo a Rubén—. Los

oficiales de la Wehrmacht paseaban por la ciudad vestidos de uniforme y con sus guías bajo el brazo, como si fueran turistas. Visitaban el Louvre, Notre Dame, el barrio Latino, subían a Montmartre a comer pastelillos o a fotografiarse junto al Sacré Coeur o se acercaban a Versalles de excursión. La gente acabó acostumbrarse. Yo no, pero sí hubo quien terminó por habituarse. Supongo que es lo normal: la vida sigue, y nadie puede quedarse estancado, como si el tiempo se hubiera detenido.

Se para Marlene un instante, parece estar pensando con cuidado lo siguiente que va a decir. Ahora es ella la que mira la calle. Es como si de pronto hubiera perdido el apetito. De la sopa se levanta un hilillo de humo agradable, pero la mujer ha dejado la cuchara en el plato y a Rubén le da la sensación de que no la va a volver a coger. A él le pasa lo mismo. Debería comer, tiene mucha hambre, pero tampoco se siente capaz ahora mismo de seguir haciéndolo.

—¿Se acostumbró Anna? ¿Qué quieres decir con eso? Marlene deja de mirar por la ventana, lentamente, y se lo queda mirando. Es como si de pronto hubiera regresado al pasado, un viaje rápido a un tiempo que ha quedado atrás no hace tanto.

—Supongo que tienes derecho a saberlo todo.

—Para eso he venido desde Austria hasta París. Para encontrar a Anna, para saber qué ha pasado durante todos estos años. Cinco años —concluye, bajando la voz, como si hablase para sí—. Cinco.

—¿Qué quieres que te diga? —Marlene le sostiene la mirada.

—Es lo único que quiero. Saber la verdad. Saber por qué nadie quiere hablarme de Anna, por qué la gente a la que he preguntado por ella ha evitado decirme algo. ¿Acaso piensan que no lo podré soportar? ¿Tan duro es lo que ocultan? ¿Tan trágico? No te puedes imaginar cómo es el lugar de donde vengo. Nadie que no haya estado allí puede imaginarlo siquiera.

Ahora Marlene baja los ojos y asiente, como si comprendiera. Parece buscar en la sopa que se enfría la respuesta o el valor necesario para contarle a Rubén lo que sabe, o peor, lo que se imagina o es un secreto a voces entre quienes tuvieron algún trato con Anna cuando los alemanes ocupaban París.

—Es posible que Anna cambiase después de que te detuvieran —va a

intentar decírselo con el mayor tacto posible, pero está segura de que al hombre al que ha invitado a cenar en su casa le va a resultar igual de doloroso —. La gente cambia, como te digo. Ha de adaptarse a los tiempos si quiere sobrevivir, y Anna tal vez hizo lo que tenía que hacer, porque no le quedó más remedio. Quién sabe. Yo no lo comparto. No puedo compartirlo. Y la mayoría de quienes la conocían o te habían conocido a ti o habían sido amigos tuyos tampoco. Es algo imposible de aceptar. Sobre todo después de que te hubieran detenido. No fue al principio, desde luego, si es que se puede decir esto en su descargo, si es que cabe alguna clase de disculpa en lo que hizo. Creo que no fue hasta finales del 42 por lo menos, o quizá ya estábamos en el 43.

Rubén ya ha dejado definitivamente la sopa. Ha vuelto a quitarse las gafas y a frotarse los ojos. Después de haber llegado hasta aquí y de haber pedido que le contaran lo que había pasado le gustaría taparse los oídos y echar a correr. Correr hasta que le fallasen las fuerzas y le reventasen los pulmones. Correr, sí. Marcharse tan lejos como sus débiles piernas fueran capaces de llevarlo. Pero Marlene se lo va a contar todo.

—A mí, cuando me lo contaron, no me lo creí. Te lo juro.

La había visto con algún hombre antes, Rubén. Lo siento. No me gusta ser yo quien te lo diga, pero es la verdad. Había pasado mucho tiempo desde que te detuvieron, más de un año, y es posible que creyese que estabas muerto, o a lo mejor le habían dicho que ya no volverías nunca. Fuera lo que fuese, ella jamás se lo contó a nadie. Pero fue a finales del 42, o en el 43, como te decía, cuando se la empezó a ver con un alemán. Decían que era un ingeniero, sin embargo otros aseguraban que era militar, pero cuando él venía por aquí lo hacía de paisano, sin ningún coche oficial, como si fuera un parisino más que se pone un traje y viene a recoger a su novia para ir a cenar.

Marlene se queda callada un instante después de decir novia pero luego se encoge de hombros. ¿Qué gesto puede hacer delante de un hombre al que le está contando que la mujer de la que está enamorado lo ha traicionado?

—Al principio fue discreta, pero luego, a medida que pasó el tiempo, dejó de importarle que la vieran con ese hombre por la calle, pasear cogida de su brazo por el bulevar Beaumarchais, cuentan que algunas veces él vestido de

uniforme incluso, con la gorra de plato, las botas lustrosas y los pantalones bombachos, pero eso no te lo puedo asegurar. La gente es muy exagerada con los chismes. Un día recogió sus cosas del piso, sin que la viera nadie, desde luego, y ya no volvió nunca por aquí. Sus amigos habían dejado de hablarle. Yo también, Rubén. Lo siento, pero yo también le retiré el saludo. Es lo que cualquier persona decente hubiera hecho. Dejar de hablarle. Podía haber sido peor. Hubo quien aseguró que la mataría en cuanto tuviera una oportunidad. Se había convertido en una traidora. A ella, que vivía con un republicano español antes de que los alemanes ocupasen París, la sangre que había heredado de su madre le había jugado una mala pasada y la había convertido en una traidora. Fíjate. Anna. La misma Anna que tú habías conocido, con sus ideas, con sus convicciones de izquierda, sentada en una terraza del boulevard Beaumarchais con un científico alemán y sus amigos nazis.

Rubén quiere salir a correr, volar por la ventana si pudiera. Taparse los oídos le gustaría. Se traga el vino que le queda en el vaso de un trago, al beber se le escapa un hilillo de líquido por la comisura. Siente que le falta el aire de repente. Coge la botella y la vacía de nuevo en el vaso. Lo hace sin mirar a Marlene, es como si estuviera solo y la voz de un fantasma le contase lo que había pasado, encajando algunas piezas de un puzle que después de completarlo piensa que tal vez hubiera sido mejor no haberse preocupado de verlo terminado. Pero ya no hay vuelta atrás. El último vaso de vino le ha hecho entrar en calor.

—¿Dónde está Anna ahora? —le pregunta—. Necesito saber dónde está.

—No lo sé, Rubén. Me gustaría decírtelo, pero no puedo, y no te creas, más de uno quisiera saber dónde está Anna para pedirle cuentas. Se dicen cosas terribles sobre ella. Quién podría decir cuáles son verdad y cuáles mentira. Parece ser que al principio de la ocupación, no mucho tiempo después de que te detuvieran, empezó a colaborar con la Resistencia, pero con el tiempo terminó cambiando de bando. Quién sabe. Tal vez cambiaron sus ideas o sus intereses o se sintió confusa y perdió el norte. Puede que la obligaran. Eso solo ella puede saberlo. Lo que a mí me han contado es que traicionó a sus compañeros, que murió gente por su culpa. Pero ni siquiera eso lo tengo claro. A pesar de todo, me gusta pensar que tuvo algún motivo

para comportarse de esa forma, a veces creo que incluso me gustaría sentarme a tomar un café con ella y que me contara por qué se comportó así, por qué hizo lo que hizo. ¿Quieres saber dónde está? Ya te digo, en eso no puedo ayudarte. Ojalá pudiera.

Le ha cogido la mano desde su lado de la mesa. Rubén piensa que lo que Marlene quiere es que no beba más. La gente cambia con el tiempo, le ha dicho, y él ha pasado cinco años fuera, en el infierno, y tal vez Marlene tema que al final acabe poniéndose violento, que se vuelva loco, si es que no lo está ya, después de lo que ha pasado y de lo que ella acaba de contarle.

Pero Rubén también está confundido. Y aturdido, y cansado. Mira la botella de vino, aún por la mitad, como una tentación.

—Anna se fue de París antes de que llegaran los aliados. Te hubiera gustado estar aquí, Rubén, el año pasado, en agosto. Los españoles fueron los primeros en entrar en la ciudad, con el general Leclerc al mando. Aquel día fue una fiesta. El día más feliz de mi vida.

Rubén ya sabía que los españoles fueron los primeros que entraron en París, pero ahora mismo eso le da igual. Incluso le sería indiferente que le contaran que los hombres de la 101 aerotransportada se habían lanzado en paracaídas sobre Madrid para echar a Franco del Pardo. Ahora solo piensa en Anna. No es capaz de verla cogida del brazo de un alemán, da igual que sea un oficial de la Wehrmacht, un científico o un SS. No puede ser. Ella no. Tiene que ser otra. Anna no, sino alguien que se le parece.

—Dicen que se marchó con él a Alemania. En el fondo, a nadie le extrañó. Ella es medio alemana y se había unido a un alemán. Luego he oído algunas cosas sobre ella. Que estaba viviendo ya en Berlín cuando los rusos conquistaron la ciudad, incluso que había muerto durante un ataque aéreo al convoy de soldados con los que ella iba camino de Berlín. No puedo decirte si está viva o muerta, Rubén. Lo lamento. Pero créeme si te digo que a mí de verdad me gustaría que estuviera viva y que nos explicase por qué hizo lo que hizo, por qué nos traicionó.

Rubén se levanta. Al hacerlo se da cuenta de que el mundo se ha vuelto borroso, que las piernas apenas lo sostienen. Se toca las gafas sobre el puente de la nariz, para comprobar que las lleva puestas. Mira a Marlene, a quien ya

ha dejado de escuchar, y luego la botella de vino. Está vacía. Hace un momento quedaba la mitad, pero ahora está vacía.

—Siento habértelo contado, Rubén, pero me has pedido que te diga la verdad. Lo siento, te juro que lo siento.

—¿Cómo se llama ese alemán?

Se lo pregunta y sabe que en realidad a él le da igual conocer el nombre del tipo con el que estuvo Anna. Qué más da cómo se llame. Como si eso importase. Como si el nombre tuviera alguna clase de significado.

—El nombre. ¿Para qué quieres saberlo? Déjalo correr, Rubén. Eso pertenece al pasado. Los alemanes se fueron de París. Los nazis han sido derrotados. Déjalo estar. Tienes toda la vida por delante.

Rubén sacude la cabeza. Tiene que apoyarse en el respaldo de la silla para mantenerse en pie. Solo quiero saber su nombre, insiste, haciendo un esfuerzo por mantenerse erguido, y Marlene hace un gesto, como si le costase recordar. Tiene que saber su nombre. Marlene los vio juntos muchas veces, cuando ya le había retirado el saludo a Anna. No solo ella, sino mucha gente, todo el mundo conocía el nombre del alemán con el que Anna había iniciado una relación. Si no se lo dice ella lo hará cualquier otro. Qué más da que Rubén sepa su nombre. Müller, le dice, como si de repente lo recordase. Franz Müller.

—Müller —repite Rubén—. Franz Müller.

Ya ha cogido el sombrero. Se ha estirado la chaqueta. La habitación le da tantas vueltas que de pronto se le ocurre que es un niño al que han subido por primera vez a un tióvivo. Procura mantener firmes la piernas flacas, el cuerpo erguido al menos mientras esté en el salón de Marlene. Baja la cabeza Rubén. Se pone el sombrero por fin.

—Muchas gracias, Marlene. Me ha encantado probar tu comida.

Pero el plato de sopa todavía está más de medio lleno sobre la mesa. Ya se ha enfriado.

—¿Adónde vas, Rubén? Quédate aquí, aunque solo sea esta noche. Es tarde. Seguro que todavía no tienes donde alojarte en París. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, hasta que encuentres algo.

Marlene le coge la mano. Es la primera vez que una mujer le coge la

mano en cinco años. Una mano de mujer, tan suave.

—Quédate. Sabes que en mi casa sobra sitio.

Rubén no está seguro del motivo de la insistencia, pero no se va a quedar a pasar la noche. La mano de Marlene no se aparta de la suya. Siente que se la acaricia, el dedo que se desliza con suavidad sobre su dorso. Ha bebido demasiado. Está confundido.

—Tengo que marcharme.

Marlene todavía estira los dedos para acariciarle el brazo. Pero Rubén ya se ha dado la vuelta y le ha dado las gracias de nuevo.

—Gracias por la comida. Gracias por el vino. Gracias por la compañía. Gracias por decirme la verdad.

Sale a la calle vacía, dando tumbos, pero lo bastante recto como para no perder del todo la compostura. Antes de llegar a la esquina tiene que apoyarse un par de veces en la pared para recuperar el aliento y el equilibrio. Gira a la izquierda, en la rue Roquette, hacia la plaza de la Bastilla. De repente comprende que lo mejor que ha hecho es marcharse de casa de Marlene. Necesita un espacio abierto porque se ahoga. Le falta el aire. No puede respirar. No ha llegado a la plaza todavía cuando siente el sabor amargo del vino que ahora le repugna, le sube desde el estómago y no puede evitar un torrente pastoso, mezcla de vino, sopa, pan y bilis, que le sale por la boca, una catarata que se derrama en la acera, frente a la columna del Catorce de Julio.

Anna

Durante un mes, cada día Anna hace dos recorridos idénticos. Uno, desde su casa en la rue Lappe para coger el metro en la plaza de la Bastilla que la lleve a su trabajo en la academia. Luego, aprovechando la pausa para comer, de nuevo el metro hasta la plaza de la Concordia, cruzar por los jardines de las Tullerías, no más de cinco minutos, incluso menos si camina deprisa, para atravesar luego la rue de Rivoli y plantarse en la puerta del hotel Meurice.

El soldado que está de guardia le corta el paso. Anna incluso es capaz de encontrar algo parecido a una sonrisa que comprime el barboquejo del casco. Este soldado alemán, igual que todos los que montan guardia en la puerta del cuartel general de la Gestapo, la conoce. Lleva un mes haciendo el mismo recorrido, a la misma hora, salvo los sábados y los domingos, que lo hace más temprano. No la dejaron pasar hasta el sexto día. Un oficial vestido de negro la atendió en un despacho dispuesto en una de las habitaciones lujosas de aquel hotel donde Anna no había entrado nunca antes de que los alemanes ocupasen París.

—Estoy aquí porque quiero saber dónde está mi marido.

Aún no se han casado, pero no es el momento de explicarlo.

El oficial de la Gestapo la mira detrás de unas gafas pequeñas de montura metálica. Se parecen a las de Rubén. La semejanza, en lugar de tranquilizarla, no consigue sino inquietarla todavía más.

—Rubén Castro —le dice al hombre uniformado cuando le pregunta el nombre, y luego lo repite—. Rubén Castro.

El hombre que lleva unas gafas como las de Rubén mete la nariz en una carpeta en la que hay un montón de papeles. Las fichas de los detenidos aumentan cada día, y Anna está segura de que aquella carpeta no es más que una de las docenas de carpetas que debe de haber guardadas en los archivadores que han instalado en esa oficina improvisada en el hotel.

Al cabo de unos minutos el oficial saca un papel de entre todos los que hay en el archivo.

—Rubén Castro —dice—. Aquí está. Español, republicano, comunista.

—Debe de haber un error.

—¿No es español? ¿No es republicano? ¿No es comunista?

Anna se queda callada un instante.

—Eso fue en España. Durante la guerra. Pero que militase en el partido comunista no quiere decir nada. Él no ha hecho nada malo. Se vino a vivir a París en el 37. Desde entonces se ha dedicado a dar clases de latín. Puede usted comprobarlo en su ficha.

Anna le habla en alemán. Y es eso, está convencida, además de por ser mujer, la única razón por la que los soldados de guardia han sido amables con ella y le han permitido pasar. Siempre resulta agradable y cómodo que se dirijan a alguien en su idioma materno cuando está en un país extranjero. Aunque se trate de un ejército de ocupación.

—Aquí lo dice bien claro. Rubén Castro, nacido en Sevilla el quince de febrero de 1910. Español, republicano, comunista, miembro del PCE. Profesor de latín.

—Es un buen hombre. No ha hecho nada.

—Eso lo decidirá el tribunal que se encargue de juzgarlo.

—¿Va a ser juzgado? ¿Por qué?

El oficial se levanta. Se quita las gafas para frotarse los ojos. Anna frunce el ceño. Le molesta que sus gestos le recuerden a los de Rubén. Cuando se las vuelve a poner ya ha desaparecido de su rostro cualquier atisbo de amabilidad.

—Es todo lo que puedo decirle, mademoiselle. No hay ningún error en la ficha de su marido. Lo más probable es que haya sido juzgado y que lo hayan enviado a un lugar seguro.

A un lugar seguro. El poder tiene muchas formas de mostrarse, y el cinismo es, desde luego, una de ellas.

—Pero, ¿de qué se le acusa? Si es que puede saberse.

El oficial de la Gestapo golpea tres veces con el dedo índice la ficha de Rubén.

—Republicano. Comunista. Miembro del PCE. Mejor no haga más preguntas, mademoiselle. Su curiosidad puede acabar convirtiéndola en sospechosa también a usted.

Anna también se ha levantado. Le hubiera gustado arrancarle las gafas a ese mequetrefe de la Gestapo de una bofetada. Pero tiene que contenerse. No va a arreglar nada si lo hace, no podrá ayudar a Rubén de esa manera. Así no.

—Tenía entendido que los alemanes y los soviéticos eran aliados — aunque la prudencia aconseje que deba contenerse, Anna es incapaz de guardarse aquella última pulla.

—Mademoiselle, no me tienta. Que su madre sea alemana no me va a impedir detenerla si continúa haciendo preguntas impertinentes. Acepte mi consejo. Si su marido es un buen ciudadano, no tendrá ningún problema y volverá a verlo antes o después. Son tiempos nuevos estos los que estamos viviendo. Un nuevo mundo. Un nuevo orden. Una nueva era.

Lo dice y parece orgulloso de sus palabras, pero ya se ha levantado y ha puesto una mano en la espalda de Anna, indicándole el camino de salida. Ella se muerde los labios, se muerde la lengua. Si la detienen, no va a poder ser de ninguna ayuda a Rubén. Abandona el vestíbulo con techos altos, tan lujosos, del hotel Meurice, y durante un mes, cada día, como en una protesta silenciosa, a pesar de saber que no va a conseguir que le hagan caso, acude a la rue de Rivoli, y, desde la acera de enfrente, junto a los jardines de las Tullerías, se queda unos minutos mirando el cuartel general de la Gestapo en París. De lunes a domingo se manifiesta en silencio. Durante unos minutos observa entrar y salir gente del hotel, a veces se queda mirando desafiante a los guardias que, desde el otro lado de la calle, se dan cuenta de que es ella otra vez. Tal vez la toman por loca, se le ocurre, pero es mejor que la tomen por loca a que piensen que es una persona peligrosa o contraria a los intereses del Reich.

Si es un día entre semana, al cabo de unos minutos camina hasta la boca de metro para continuar con su trabajo en la academia. Si es un sábado o un domingo, después de hacer guardia delante del frontispicio del hotel Meurice regresa andando, derrotada y sin fuerzas por la rue de Rivoli, una caminata que la agota más todavía. A medida que pasa el tiempo, el ánimo y las energías la van abandonando, y cuando llega el último día del mes es como un fantasma que pasa junto al Louvre sin verlo, y al llegar a la plaza de la Bastilla la columnata se le antoja un faro que la guíase hasta su casa. Pero este último domingo, al llegar a la altura de la rue Roquette, sin embargo, se ha detenido unos segundos porque ha tenido la sensación de que alguien la sigue. No es la primera vez que lo piensa. De hecho, hace más de una semana que se siente afectada por la misma inquietud, tan extraña, de que alguien la observa. Antes no se había preocupado mucho, pero ahora tiene miedo. Quienquiera que ande detrás de sus pasos, si es que hay alguien que ande detrás de sus pasos, ahora la está siguiendo hasta su casa.

La primera vez que pensó en ello fue ocho o diez días antes, al volver de la visita diaria a la puerta principal del hotel Meurice hasta la boca de metro para regresar a sus clases en la academia. Había visto a un hombre fumando tranquilamente, apoyado en la pared de un edificio de la acera de los jardines de la Tullerías junto al que Anna se había tomado la obligación de no pasar porque corría el rumor de que se utilizaba como almacén en el que los nazis guardaban los objetos que habían empezado a confiscar a los judíos de París. Luego, de noche ya, al salir de la academia, creyó haberlo visto de nuevo. Entonces se preguntó si también habría viajado en el mismo vagón de metro que ella hasta la academia. No ha vuelto a pensar mucho en ello. Se dice que eran visiones, el producto de su imaginación que, a medida que pasan las semanas sin saber nada de Rubén empieza a ver el mundo como un espejismo.

Pero este último domingo del mes cree haberlo visto otra vez en la plaza de la Bastilla. Su casa está muy cerca y Anna no está dispuesta a que quienquiera que la siga sepa donde vive. Antes de adentrarse en la rue Roquette gira a la izquierda, en dirección al bulevar Beumarchais, y no ha cruzado todavía cuando cae en la cuenta de que, si alguien la está siguiendo,

si está al tanto de sus visitas al cuartel general de la Gestapo o del lugar donde trabaja, lo más lógico es pensar que también sepa dónde está su casa. Aprieta el paso sin mirar atrás. Lo más extraño, lo que más le inquieta también, es que quien quiera que la está siguiendo puede muy bien no pertenecer a la Gestapo, porque los nazis no tienen que andar con sutilezas para detenerla. No, no puede ser de la Gestapo, y eso es lo más extraño, lo más preocupante o tal vez lo más peligroso: no saber de quién se trata.

Gira a la izquierda, en la rue de Pas de la Mule, y trata de darse ánimos pensando que a lo mejor se trata de un amigo español de Rubén que procura mostrarse con mucha discreción para no ser detenido él también por la Gestapo. Como Rubén, muchos de los españoles que han llegado a París en los últimos años por causas políticas, se han convertido en objetivo de la siniestra policía nazi.

En la plaza de los Vosgos se siente más tranquila, tal vez porque es domingo, hace un buen día y hay mucha gente paseando. O porque es un sitio donde a Rubén le gustaba acercarse algunas tardes de sol a leer. Ella misma acostumbraba a venir también. Bromeaba con Rubén, lo cogía del brazo frente a la ventana de la casa donde había vivido Víctor Hugo. Algún día, en nuestro piso de la rue Lappe, le dijo, en más de una ocasión, habrá una placa que dirá que allí vivió el escritor Rubén Castro Fernández, el gran escritor Rubén Castro Fernández, el insigne escritor español Rubén Castro Fernández.

Desde el banco en el que se ha sentado ahora, también puede ver la ventana de la casa que habitó Víctor Hugo, pero Rubén ya no está con ella, y tal vez ya nunca llegará a escribir esa novela que se demoraba un mes tras otro con la excusa de que aún había muchas cosas que no estaban claras en su cabeza. Le gustaría que todo lo que estuviera pasando ahora no fuera sino una novela de las que a Rubén le gustaría escribir, que ojalá pudiera escribir algún día. Que lo que estaba viviendo no fuera más que una farsa, una ficción, que abriera los ojos y se despertase en la cama junto a Rubén, muy cansada, después de una fatigada noche de pesadillas.

Mira a un lado y a otro Anna, pero no es capaz de encontrar nada ni nadie que le llame la atención. Niños jugando, parejas de enamorados, padres jóvenes que sacan a sus hijos a pasear una mañana soleada de domingo. No

hay gendarmes ni soldados alemanes. Es como si un ejército extranjero no hubiera ocupado París, como si no hubiera guerra en Europa. Tampoco hay en la plaza un hombre que parezca seguirla. O tal vez sí. Anna no está entrenada, no sabe detectar los indicios que le sugieren que alguien anda tras sus pasos, y tampoco sabe cómo identificar a nadie o darle esquinazo. Pero no le cabe duda de que hay alguien que se ha convertido en su sombra, y no solo desde esta mañana, sino por lo menos desde hace una semana, que era cuando ella se había percatado. Tal vez estaba siendo observada desde mucho tiempo antes.

Espera un buen rato sentada en el banco, se arregla el pelo, como si no tuviera otra cosa que hacer salvo perder el tiempo hasta la hora de la comida. En la plaza no deja de entrar y salir gente. Resulta imposible determinar, incluso para alguien con un ojo adiestrado, si alguien que pasa por allí en realidad no hace sino observar sus movimientos. Desea Anna con todas sus fuerzas que sea un español que le trae noticias de Rubén, un amigo suyo al que tal vez ella no conoce y que está esperando el momento idóneo para abordarla y darle alguna novedad. Es mejor pensar en positivo que volverse loca elucubrando sobre las intenciones de quienes pasean por la plaza y le dedican una mirada fugaz.

Luego Anna se levanta. Ya es la hora de comer. En lugar de sentirse aliviada por haber despistado a quien la sigue se lamenta por no haberse acercado a él directamente, haberle abierto camino. Tal vez haya perdido la oportunidad de tener noticias de Rubén, lo que lleva intentado cada día desde hace un mes en las dependencias principales de la Gestapo en París.

Cruza la plaza y emboca de nuevo la rue de Pas de la Mule para dirigirse a su casa. Es lo mejor. Si se trata de alguien de la Gestapo o cualquiera con intención de hacerle daño se lo hará igualmente, resuelve, y gracias a ese pensamiento consigue estar un poco más tranquila. No hay nada que pueda hacer, nada salvo dejarse ver esa mañana de domingo de mediados de otoño en París, el primer otoño que la ciudad está ocupada por los alemanes. Camina decidida hacia la plaza de la Bastilla y, antes de cruzar el bulevar Beaumarchais, se detiene unos segundos frente al monumento. En esa esquina es donde un rato antes ha tenido la sensación insoportable de que

alguien la seguía. Tal vez hay alguien con los ojos puestos en su espalda mientras camina, pero ella no se apresura ahora. Más bien al contrario, incluso la afecta una leve punzada de decepción cuando llega a la esquina de la calle donde está su casa.

Le gustaría volverse, pero se abstiene de hacerlo, no por aprensión, sino porque no quiere espantar a quien pueda seguir sus pasos. Está claro que quien la sigue prefiere abordarla, si es que finalmente lo hace, en las cercanías de su casa. Pero al llegar al portal no puede evitar detenerse un instante y mirar a un lado y a otro, por si ve al mismo hombre que hace unos días fumaba un pitillo tranquilamente en una esquina de los jardines de las Tullerías mientras la observaba.

Pero no hay nadie en la calle. Ningún hombre que lleve sombrero quizá para ocultarse el rostro, tan solo una mujer joven que empuja el carrito de un niño. Chasquea la lengua y se mete en el edificio, sin detenerse, no quiere que Marlene la vea, abra la puerta y la invite a pasar a su casa. No tiene ganas. De los vecinos del bloque ha sido Marlene la única que de verdad ha mostrado interés en sus problemas. Los otros lo único que han hecho es mirar hacia otro lado cuando se la han cruzado por las escaleras, les da miedo que a ellos también pueda llevárselos la Gestapo, o es que piensan que si se han llevado detenido a Rubén es porque habrá hecho algo malo o porque tal vez desarrolla una actividad política clandestina. No es más que un español republicano exiliado, uno de tantos, o a lo mejor es mucho más sencillo y lo que ocurre es que a sus vecinos lo único que les pasa es que no quieren problemas.

Abre la puerta de su piso sin haberse encontrado con ningún vecino. Cuelga el bolso en el respaldo de una silla y se mete en la cocina para preparar algo de comer. Quiere hacer tiempo. Mientras se calienta la comida, se asoma por la ventana, una, dos, tres veces, por si hay alguien apostado en la calle, alguien que espera que ella vuelva a salir y así tener la oportunidad de encontrársela. Pero la suerte le resulta esquiva esa tarde, y ahora se pregunta si no hubiera sido mejor haberse quedado un rato más en la plaza de los Vosgos, sentada en el banco como quien espera una cita, hasta que un hombre al que no conoce, un hombre que lleva días buscándola hubiera

decidido que por fin había llegado el momento de hablar con ella.

Pone la mesa, apenas tarda en hacerlo. El ánimo ensombrecido, igual que todos los días desde que se llevaron a Rubén, porque solo hay que poner cubiertos para uno. Desde que él no está, Anna casi siempre pica algo sola, de pie, en la cocina, pero ahora tiene la sensación tal vez absurda de que, si pone la mesa, como si tuviera un invitado, hará tiempo para que el hombre que la sigue aparezca en la calle. Ya ha puesto el mantel, media botella de vino, y no puede retrasar más el momento de empezar a comer. Con el plato en la mesa piensa qué día de la semana que empieza mañana se cruzará otra vez ese hombre en su camino. Enciende la radio antes de sentarse, pero no ha probado todavía una cucharada de su almuerzo cuando escucha que alguien llama a la puerta.

Tiene que aguzar el oído. Incluso piensa que puede no ser más que una alucinación. Se levanta para desconectar la radio. Aunque tiene una corazonada, no es lo más recomendable tener la radio encendida cuando llaman a la puerta. A veces la frecuencia se cambia sola, y, en lugar de música, por el altavoz puede salir de pronto la voz de Churchill animando a los británicos a resistir con coraje los bombardeos alemanes. Se queda quieta, de pie, en el pequeño salón de su piso, la radio apagada, el hilillo de humo que sale de la verdura hervida, y durante unos segundos que se le antojan infinitos contiene la respiración. Incluso piensa que se está volviendo loca.

Nada, ni un ruido. Tal vez solo ha sido producto de su imaginación. A lo mejor no ha llamado nadie y, lo que es peor: ¿y si tampoco la ha seguido nadie? ¿Y si es que no había nadie en la esquina de los jardines de las Tullerías? ¿Y si se estaba volviendo loca y lo único que veía eran fantasmas? Respira hondo, para relajarse, para escuchar mejor, pero el corazón le bombea sangre con tanta fuerza que lo siente latir en los oídos. Espera un momento. Vuelve a mirar por la ventana. No hay nadie en la calle. Ni un alma. Apoya la cabeza en el cristal. Tiene que controlar sus emociones. Desde que se llevaron a Rubén no ha habido una sola noche en la que haya podido conciliar un sueño decente y, evidentemente, lo que le está sucediendo ahora no es más que una consecuencia de todo eso. Se vuelve despacio. Ahora vas a encender la radio otra vez, se dice. Vas a escuchar algo

agradable y vas a terminar de comer tranquilamente, te vas a beber media botella de vino y luego vas a dormir un buen rato.

Una música suave se apodera del apartamento cuando Anna gira el interruptor otra vez, pero, antes de sentarse, de nuevo vuelve a escuchar unos nudillos golpear la puerta del piso. Ahora no se lo piensa. Abre la puerta, sin echar un vistazo primero por la mirilla, y en el umbral hay un hombre al que está segura de haber visto más de una vez durante los últimos diez días. El sombrero ahora lo lleva en la mano, pero Anna tiene la certeza de que es el mismo tipo que la seguía esta mañana, el mismo al que ha esperado sin ningún resultado en la plaza de los Vosgos.

—Buenas tardes —se presenta, y Anna enseguida detecta en sus palabras un leve acento británico o quizá norteamericano—. Me gustaría hablar con usted, si tiene un momento.

Anna asiente, levemente. Desde luego, murmura. Se aparta para que pueda entrar y, antes de cerrar la puerta mira a un lado y a otro para asegurarse de que nadie los ha visto. Está segura de que la conversación que va a tener con él no es de las que pueden contarse a los vecinos ni a los amigos.

Ahora el hombre está sentado a su mesa. Anna desvía la punzada de nostalgia que siente al verlo en la silla en la que debería estar Rubén. Aún no ha tomado un sorbo del vaso de vino que le ha servido. Antes ha rechazado amablemente el plato de verduras hervidas que le ha ofrecido. Sigue siendo un desconocido, pero le ha dicho su nombre antes de sentarse. Aún no ha bebido del vaso porque está esperando a que ella lo haga del suyo primero. Es un tipo educado. Eso salta a la vista. Robert Bishop es su nombre. Anna no sabe si es inglés o norteamericano. Su inglés no es tan bueno todavía como para darse cuenta tan pronto, y él habla un francés notable, aunque resulta obvio que aún no ha podido desprenderse del todo de su acento. Pero lo más lógico es que ese hombre que está en su casa sea un ciudadano norteamericano. De momento, y aunque mucha gente espera que suceda pronto, los Estados Unidos no le han declarado la guerra a Alemania. Y hay quien piensa que tal vez no ocurrirá nunca. Pero Anna no hace preguntas. Prefiere dejar que sea él quien hable. Al cabo, es el tal Robert Bishop quien la

lleva siguiendo desde hace días.

—Hace tiempo que estoy queriendo hablar con usted —le dice el recién llegado, como si le adivinase el pensamiento.

—Lo imaginaba —Anna arranca el primer sorbo de la copa de vino. Luego será él quien la imite—. Pues usted dirá.

—No me he acercado antes a usted porque he preferido esperar el momento oportuno para hacerlo en un lugar discreto, donde nadie pueda vernos o escucharnos. Los jardines de las Tullerías o los alrededores de la academia donde trabaja no me parecían los lugares más idóneos.

—Ni tampoco la plaza de la Bastilla, supongo y mucho menos la plaza de los Vosgos.

—Efectivamente. Y tampoco la puerta del hotel Meurice.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Bishop?

—En realidad somos nosotros quienes podemos ayudarla.

Lo que más inquieta a Anna es el «nosotros». De pronto, aquel hombre que está sentado a su mesa, antes incluso de haberle propuesto nada, parece como si quisiera diluir su personalidad entre un grupo abstracto de gente a la que acaba de referirse como «nosotros».

—¿Nosotros?

Robert Bishop. Pasa un dedo por el borde del vaso de vino antes de responder.

—La gente para la que trabajo.

—¿La gente para la que trabaja?

Bishop vuelve a dejar el vaso en la mesa. Asiente levemente.

—Podemos avanzarle noticias sobre Rubén Castro.

Anna se queda con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca, el gesto suspendido un instante, como si el desconocido que la ha estado siguiendo y ha llamado a su puerta a la hora de comer hubiera venido a fotografiarla.

—¿Dónde está? ¿Cómo está?

Las dos preguntas se le escapan de la boca atropelladamente. Luego se detiene. Quizá no sea ese el orden más adecuado.

—¿Quién es usted?

Bishop se pone recto en la silla, como si se sintiese incómodo en la postura que estaba o como si fuera a decir algo importante.

—Mademoiselle Cavour, única hija de Henri F. Cavour y de Helga Petersen, tal vez yo sea la solución a sus problemas.

Anna traga saliva. La solución a todos sus problemas. Ojalá. Pero seguro que no es tan sencillo.

—¿Dónde está Rubén? —ahora repite la misma pregunta que un momento antes, pero con más calma.

—Creemos que está vivo.

—¿Creemos? ¿Dónde está? ¿En París?

Anna espera que le diga que sí para levantarse, coger el bolso y acompañarlo para ir a ver a Rubén, pero su invitado sacude la cabeza y a ella le parece como si lo lamentase.

—No, en París no. Ni siquiera está en Francia. A los presos políticos como él se los han llevado a Alemania. Creemos que está en un campo de prisioneros, como la mayoría de los republicanos españoles.

A pesar de que lo imaginaba Anna se ha puesto a llorar sin darse cuenta, sin poder remediarlo, ni siquiera tiene ganas de fingir delante de un desconocido.

—¿Cómo puede saber que está vivo? ¿Quién es usted? —se seca Anna las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Es inglés? ¿Americano?

—Soy ciudadano norteamericano —el hombre arranca otro sorbo al vaso—. Soy periodista. Escribo para varios periódicos de mi país.

Anna no está prestando atención. Ella solo quiere información sobre Rubén. Rubén es lo único que le importa. No los periódicos en los que escriba el hombre que está sentado en el salón de su casa.

—¿Cómo puede ayudar a Rubén a salir? Robert Bishop se apresura a sacudir la cabeza.

—Ahora mismo pensar en sacar a Rubén de donde está no es posible. Me temo que es algo que ni siquiera podemos contemplar. Pero tal vez más adelante. Dependerá del curso de la guerra, de que Inglaterra resista y de que los americanos al final se involucren de una forma más firme, que le declaren la guerra a Alemania.

Anna vuelve a pasarse el dorso de la mano por los párpados. Le escuecen, pero ya están secos.

—No veo entonces cómo puede ayudar a Rubén —ahora es ella la que toma un trago de vino—. Y tampoco veo la manera en que yo puedo ayudarles a usted y a las personas para las que trabaja.

Robert Bishop casi apunta una sonrisa. Está preparado para esa pregunta.

—Lo primero, deje de ir cada día al cuartel general de la Gestapo. Hasta ahora los nazis han sido amables con usted, por condescendencia, porque es usted una mujer, por amabilidad o tal vez porque usted es medio alemana. Pero un día pueden cansarse de sus protestas o de verla cada mañana en los jardines de las Tullerías y meterla en una celda.

Anna sacude la cabeza.

—Yo no he hecho nada malo ni ilegal. Tan solo he ido a interesarme por el paradero de una persona a la que se llevaron de su casa. No pueden detenerme por eso, y tampoco por pasear por la rue de Rivoli.

Ahora la sonrisa de Bishop es más evidente. Sacude la cabeza, chasquea la lengua.

—Mademoiselle Cavour, por favor. Seguro que no es usted tan ingenua.

—Soy ciudadana francesa. Mi padre era francés. Llevo casi toda la vida viviendo en París.

—Vivía usted con un republicano español que tiene el carnet del partido comunista.

—Hitler y Stalin son ahora aliados —de pronto se había puesto a la defensiva. —El hombre que está sentado a su mesa, en la misma silla que Rubén había ocupado cada día antes de que se lo llevaran, ocupando un sitio que no le corresponde, no es sino un desconocido.

—Ese razonamiento podría servirle para un oficial de segunda clase de la Gestapo, y eso si tiene la suerte de encontrarlo de buen humor.

Anna se lo queda mirando. De repente se ha puesto tensa. Le duele la espalda.

—Tranquila. No se preocupe. De mí no tiene nada que temer. En mi profesión uno acaba enterándose de todo. Incluso de lo que se habla en las dependencias de la Gestapo. Pero le repito que estoy aquí para ayudarla.

Anna no sabe qué pensar.

—¿Ayudarme a qué? Ya me ha dicho que no puede sacar a Rubén de donde está. Y también que ni siquiera puede estar seguro de dónde se encuentra.

—Mademoiselle Cavour, créame. Ahora mismo nadie podría informarle de la situación de Rubén mejor que yo. Y todo lo que puedo decirle de Rubén se lo he dicho ya. Estamos viviendo unos tiempos difíciles.

—Eso no es ninguna novedad. Robert Bishop asiente.

—Pero los tiempos que se avecinan pueden ser aún peores. ¿Quién sabe cuántos años pueden seguir los alemanes ocupando París? ¿Dos? ¿Cinco? —hace una pausa, se queda mirándola—. ¿Diez? Ahora mismo eso es imposible de saber. La única certeza es que va para largo. El único país que ha resistido es Inglaterra. Al menos hasta ahora.

Anna respira hondo. Lleva un rato hablando con un hombre del que no tiene por qué fiarse.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Acaso quiere incluirme en un reportaje para uno de esos periódicos en los que escribe? ¿Son todos los periodistas tan directos como usted? ¿Hablan todos tan a la ligera con quienes no conocen? Pero no. Usted lo sabe todo sobre mí. Sabe incluso los nombres de mis padres. Sabe dónde trabajo, dónde vivo, y hasta está al corriente de mis visitas diarias al cuartel general de la Gestapo.

—Pero le aseguro que puede usted confiar en mí.

Anna baja los ojos. Hace mucho que la comida del plato está fría. Ya ni se acuerda de si tenía apetito. Tal vez ni siquiera tenía hambre cuando se preparó el almuerzo o lo hizo antes por costumbre que por apetito.

—¿Sabe una cosa? Tampoco me creo que sea usted periodista.

Bishop sonríe otra vez. Se lleva la mano al interior de la chaqueta, buscando la cartera.

—Puedo enseñarle mi carnet de prensa. Anna sacude la cabeza.

—No hace falta. Dígame, señor Robert Bishop, si es que ese es su nombre verdadero —está a punto de abrir la boca, pero Anna le corta con un gesto—. No, no se moleste en convencerme de que sí lo es. ¿Qué es lo que puedo hacer por usted?

Robert Bishop se echa un poco hacia atrás en el respaldo de la silla y luego se pone recto, como si le doliese la espalda. Ahora se inclina un poco sobre la mesa, la mira a los ojos y baja la voz, como si, después de haber estado siguiendo sus pasos durante días, ahora fuese a confesarle el mayor de los secretos.

—Mademoiselle Cavour —le dice, mirándola a los ojos, muy fijo—. Quiero que usted trabaje para mí.

Anna levanta las cejas de una manera exagerada. No tiene intención alguna de ocultar su perplejidad.

—¿Que trabaje para usted? No me diga que me ha seguido hasta mi casa para ofrecerme un trabajo como reportera.

Robert Bishop debería haber sonreído al menos ante el comentario jocoso de Anna, pero no mueve ni un músculo. No hay el menor atisbo de sonrisa en su cara. Ver una sonrisa en el rostro de Robert Bishop es imposible, pero ella no puede saberlo todavía.

—¿Qué tendría que hacer? ¿Para qué quiere que trabaje con usted?

—Al principio me basta con que se reúna de vez en cuando conmigo y me cuente algunas cosas —ahora Bishop ha vuelto a apoyarse en el respaldo de la silla—. En mi profesión es muy importante la información, por insignificante que pueda parecer.

Ahora a Anna sí le parece que al menos un poco de ironía sí se esconde tras sus palabras, pero, otra de las cosas que aprenderá con el tiempo, es que con Robert Bishop nunca se sabe cuándo está de broma, si está de broma alguna vez siquiera. Su carácter serio, reservado y meticuloso lo va a ir conociendo durante los próximos meses. Porque aún no se lo ha dicho, pero su respuesta es sí. El hombre que está sentado ahora en el salón de su casa y que arranca el último sorbo al vaso de vino antes de levantarse es un espía. No le cabe duda a Anna.

Siente que esto no le está pasando a ella. Le gustaría pensar que se trata de una novela o una película de esas que tanto le gustan a Rubén. Pero Rubén está preso, tal vez en Alemania, como la ha informado Bishop, y ella no puede ni debe permitirse ningún pensamiento frívolo. Nunca ha imaginado que conocería a un espía, ni siquiera lo ha deseado, y la única razón por la

que va a decir que sí al hombre que se ha presentado en su casa es porque le ha dicho que puede proporcionarle información sobre Rubén. Lo demás no importa.

Están los dos de pie. Casi sin darse cuenta, como si fuera otra persona la que se hubiera apoderado de ella durante la comida, Anna ha estirado el brazo y se sorprende estrechando la mano del hombre que está a punto de marcharse.

—De acuerdo. Colaboraré con usted. No estoy segura de en qué puedo serle útil, pero lo haré.

El hombre asiente. Inclina la cabeza un poco. Por un momento Anna cree que está a punto de besarle la mano.

—Hace usted lo correcto, mademoiselle. No le quepa duda de ello. Dentro de unos días volveremos a encontrarnos.

—¿Dónde?

—No se preocupe. Yo la buscaré.

Aún no se ha marchado Robert Bishop de su casa cuando Anna le dice lo que es más importante para ella:

—La próxima vez que nos veamos quiero que me traiga alguna noticia sobre Rubén.

Y el hombre que tal vez sea un espía pero no se lo ha dicho todavía, y Anna piensa que tal vez no se lo dirá jamás, baja los ojos antes de abrir la puerta. Con el pomo todavía en la mano a ella le parece que el tiempo se ha quedado suspendido de repente. Tal vez no ha sido buena idea decirle esa última frase que ha sonado como un ultimátum, pero no lo ha podido evitar. No se ha podido callar.

—Necesito saber que al menos está bien —matiza.

Robert Bishop asiente, un gesto apenas terminado, antes de abrir la puerta. No dice una palabra. Cierra la hoja tras él (con suavidad, como si no quisiera que los vecinos del bloque escuchasen que se iba. Anna tarda un poco en asomarse a la ventana, pero no mucho más que un momento, y cuando quiere encontrarlo al otro lado del cristal le resulta imposible ver a nadie en la calle. Mira a la derecha y a la izquierda. Levanta el cristal basculante de la ventana para asomarse, por si todavía está en el portal, pero

no hay rastro de Robert Bishop. Anna se repliega despacio al interior de su apartamento y, antes de cerrar la ventana, vuelve a mirar a un lado y a otro de la calle. Es como si el americano no hubiera existido nunca, como si la visita no hubiera sido más que un producto de su imaginación. Si creyese en los fantasmas, pensaría que Robert Bishop, o como quiera que se llamase, no había sido más que un espejismo que se le ha cruzado delante de los ojos desde hace diez días por culpa del cansancio y la tensión que lleva acumulados desde que se llevaron a Rubén. Un cansancio y una tensión que habían estado haciendo mella en ella hasta casi volverla loca. O hasta volverla loca.

Se sienta en la silla. Luego recogerá su plato, la botella y los dos vasos de vino. Que haya otro vaso en la mesa es la prueba de que Robert Bishop ha estado en su casa, que lo que acaba de pasar no ha sido una alucinación.

Si el hombre que acababa de marcharse hubiera querido, se habría dejado ver en la calle. Anna piensa que si había descubierto que él la seguía durante estos días ha sido porque él ha preferido dejar patente su interés en encontrarse con ella, que a lo mejor quería dejarse ver, preparar el terreno para cuando le propusiera que trabajase para él.

Ahora solo espera que la próxima vez que se lo encuentre le traiga alguna información sobre Rubén.

Buenas noticias.

Ojalá.

Rubén

Cinco años antes había paseado del brazo de Anna por esa misma plaza. Los domingos, a veces, caminaban hasta la boca de metro, en verano, para ir al bosque de Boulogne o cruzaban el río para pasear por el barrio Latino y llegar hasta los jardines de Luxemburgo o seguir un poco más lejos, hasta Montparnasse. Rubén recordaba muy bien la última vez que habían dado ese paseo. Cómo podría olvidarlo. Un domingo por la mañana, primavera. Los alemanes todavía no habían llegado a París. Incluso si uno era optimista podía pensar que tal vez nunca lo harían, que a lo mejor la locura se detendría. Nadie era capaz de imaginar entonces que sucedería todo lo que vino después. Ni los más pesimistas. Anna y él tampoco. Ya habían celebrado su primer aniversario juntos. Rubén le iba a pedir a Anna que se casara con él. Llevaba un anillo en el bolsillo. Había jugueteado con él durante todo el paseo.

Al atravesar el Sena se detuvieron unos minutos en el puente de Notre Dame. Allí fue donde estuvo tentado de sacarlo la primera vez. Pero siguieron caminando, atravesaron la Île de la Cité, cruzaron sin prisas el barrio Latino. Rubén pensaba hacer tiempo para llevar a Anna, después de pedirle que se casara con él, al café Procope, sentarse los dos juntos en la cristalera, y tal vez darle el anillo allí, si es que aún no había encontrado el momento oportuno para hacerlo durante el paseo. Había conocido Rubén a otras mujeres, pero con Anna era diferente. Gracias a ella, había podido sobrellevar mejor la vida gris de profesor español exiliado en París por culpa

de la guerra. Pero a Rubén le daba un poco de miedo regalarle el anillo. Los habían presentado unos amigos comunes. El joven profesor español de latín y la guapa parisina de padre francés y madre alemana congeniaron enseguida. No tardaron en hacerse muy amigos. Anna no hablaba español y Rubén no sabía una palabra de alemán. Quedaron en que cada uno enseñase al otro el idioma que no sabía. Mientras tanto, hablaban en francés. A ella le hacía gracia su acento español. A él le gustaba cómo se reía.

—Hablas muy bien francés, pero no has perdido tu acento español. Me gusta. Espero que no lo pierdas nunca.

Fue entonces cuando se besaron. Apenas hacía una semana que los habían presentado. Estaban sentados a una mesa, frente a la cristalera del café Procope, y Rubén quería llevarla ese domingo otra vez a ese mismo lugar para pedirle que se casara con él.

Enseguida se habían ido a vivir juntos. Todo de una forma natural, y aunque quería estar convencido de que ella le diría que sí, que se casaría con él, a Rubén no dejaba de afectarle cierta aprensión al pensar que la petición de matrimonio podría romper el encanto, cortar un flujo invisible, una corriente en la que los dos se sentían cómodos y felices, y que tal vez les llevaría por caminos que no sospechaban y que, aunque estuvieran convencidos de salir airoso, era una incógnita y tal vez les diera miedo —a ella, y Rubén reconocía que a él también— estropear.

Corría una brisa fresca, muy agradable, esa mañana. Se detuvieron frente al palacio de Luxemburgo, delante de la fuente inmensa. Los patos perezosos parecían felices en el agua. A esa hora todavía no había apenas nadie en los jardines. Anna miraba el hermoso edificio, las ventanas amplias, las tejas azules, como de castillo medieval. Rubén hizo lo mismo, como dos turistas que visitan París por primera vez y se detienen delante de un monumento que los ha dejado boquiabiertos. Pero los dos habían pasado demasiadas veces por delante de aquel palacio como para quedarse detenidos allí como si fuera la primera vez. Sobre todo Anna, que llevaba toda su vida en París.

Pero Anna lo sabe. Lo sabe todo. Rubén no ha sido capaz de engañarla. Su inquietud, su preocupación y sus nervios han sido demasiado evidentes estos últimos días como para que ella no pudiera darse cuenta.

—¿Cuándo me lo vas a preguntar?

Ha dejado de mirar el palacio de Luxemburgo y ahora lo está mirando a él. Rubén se hace el distraído. Sigue atento a la fachada del edificio como un turista que buscase el mejor encuadre para hacer una foto. Se vuelve Rubén Castro, sacude la cabeza, como si no pudiese comprender del todo, no todavía. El ceño fruncido.

—¿Preguntarte el qué?

Pero no llega a terminar la frase. Anna está sonriendo, y es entonces cuando él se relaja.

—Si me quiero casar contigo.

Rubén se queda mirándola.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan segura de que iba a pedírtelo esta mañana?

Anna se encoge de hombros.

—Eres demasiado transparente. Estás nervioso. Llevas toda la mañana con la mano dentro del bolsillo de la chaqueta. Incluso ha sido difícil no escuchar algo metálico y redondo sacudirse dentro de su caja...

Se ha puesto tan serio que de repente a él le gustaría echar a correr para salir disparado de allí, borrar el paseo, su nerviosismo, sus gestos tan obvios de adolescente tímido que no sabe cómo comportarse delante de una mujer.

—Sí.

Rubén piensa que ella no ha dicho nada, sino que ha sido su imaginación la que lo hace ver visiones, como un viajero sediento que de pronto ve un espejismo en el desierto, un oasis con palmeras que no existe más que en su mente. Pero Anna se ha dado cuenta. Siempre va por delante de él en todo.

—La respuesta es sí.

Le ha cogido la mano sin que él se haya percatado del gesto, no se ha dado cuenta hasta sentir el roce de sus dedos. Solo es capaz de pensar que Anna está a punto de darle un beso y que él, tan torpe, todavía no ha tenido el valor de sacar el anillo del bolsillo. En un gesto teatral, exagerado, se retira.

—Espera. Hagamos esto bien.

Se ha separado medio metro de ella. Busca en el bolsillo la cajita que le han envuelto en la joyería con tanto cuidado, en papel azul, muy elegante,

con un lazo amarillo. Los dedos torpes se le atascan en el forro del bolsillo. No lo encuentra ahora, y por un momento piensa que tal vez, de tanto jugar con él se le habrá caído durante el paseo, pero al final consigue sacarlo.

—Está aquí.

Rubén se echa a reír, y entonces se relaja. De pronto se ha quedado tranquilo. Le quita el lazo a la cajita, separa el papel procurando no romperlo, para que ella pueda guardarlo como recuerdo, levanta la tapa para enseñarle la joya, y cuando ella está a punto de cogerla él la cierra y se retira de su alcance.

—Espera, espera. Hagámoslo bien —dice de nuevo. Clava una rodilla en el suelo Rubén. Se lleva al pecho la mano libre después de volver a abrir la tapa de la caja que contiene el anillo y mostrársela a Anna.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ya está. Ya lo ha dicho. Los dos se están riendo.

Tal vez alguno de los pocos que pasean por los jardines de Luxemburgo a esa hora de la mañana están pendientes de lo que hacen, pero les da igual. Anna le coge la mano, lo obliga a levantarse.

—Ya sabes la respuesta. Esta debe de ser la primera petición de matrimonio en la que la novia ha aceptado antes de que el novio se lo pida.

Rubén no sabe qué decir.

—Ponme el anillo, anda.

Es un aro de plata, con una piedra engastada que a Rubén le ha costado casi la mitad de su sueldo de un mes como profesor. Pero ha merecido la pena. Todo. La compra del anillo, el paseo desde su casa hasta el parque, haberse puesto de rodillas, las risas de los dos.

—Ahora solo nos falta bailar —le dice Anna.

Rubén mira a su alrededor. Los domingos por la mañana siempre hay un violinista que toca en el parque. Anna y él siempre se acercan hasta donde está tocando, se quedan escuchándolo a una distancia prudente, respetuosa. Se trata de un hombre joven. Siempre va muy bien vestido y muy limpio, como si no le hiciera falta tocar el violín para comer, parece que toca en la calle por el simple placer de disfrutar de la música y hacer disfrutar a los

demás también.

Anna y Rubén han fantaseado muchos domingos acerca de su origen.

—Es un estudiante de música de la Sorbona que aprovecha los domingos de sol en París para tocar en el parque y poder costearse el alquiler de un apartamento.

Rubén enseguida rebatía el argumento. Sacudía la cabeza convencido de lo que iba a decir o de que Anna no tenía razón.

—Es demasiado mayor para ser un estudiante. Y va muy bien vestido. Es un extranjero. Un extranjero como yo que acaba de llegar a París y no conoce a nadie. Ni siquiera sabe hablar francés. Está todo el día en silencio, y la única forma que tiene de comunicarse con los demás es mediante su música.

Anna negaba de nuevo.

—No, y tampoco es un estudiante, sino un profesor que viene hasta aquí cada domingo, porque así demuestra a sus alumnos que el de artista es un oficio puro, abnegado, desinteresado.

—Qué va —replicaba Rubén—. Es un músico extraordinario que ha sido desposeído del habla mediante un sortilegio. Hubo una vez en su vida que no se portó bien y un mago lo privó de la capacidad de hablar. Ahora solo puede tocar los domingos en el parque de Luxemburgo, hasta que una mujer muy bella, en lugar de echarle una moneda en la funda del violín, lo bese en los labios, muy despacio. O, mejor —Rubén enseguida se animaba—, era el mejor violinista del mundo, pero se volvió tan vanidoso que, una vez, durante el festival de música de Salzburgo, llegó a decir en un momento de descuido que era incluso mejor de lo que Mozart había llegado a ser nunca, y entonces el fantasma del genio austriaco se le apareció una noche para castigarlo a vagar por el mundo y pedir en la calle.

—Vale, basta por hoy, Rubén. Me rindo. Eres más ingenioso que yo.

Anna siempre zanjaba la discusión con un fingido mohín de desagrado.

—Llegarás a ser un gran escritor si te lo propones algún día.

Luego echaban unas monedas en la funda del violín y se marchaban sin preguntarle al músico por su verdadera identidad. Preferían no hacerlo y seguir jugando a las adivinanzas cada domingo. Cada uno por separado iban imaginando durante la semana las vidas posibles del violinista del parque de

Luxemburgo, existencias entretejidas que incluso Rubén no había descartado convertir en una novela si algún día se decidía de verdad a escribirla. Pero ese domingo, cuando la presencia del violinista habría sido más oportuna o deseada que nunca, no había acudido a su cita semanal en el parque de Luxemburgo. Rubén no lo tenía planeado, pero ya que le había dado el anillo a Anna, puesto que ella le había dicho que se casaría con él antes incluso de que él se lo pidiera, resuelve que lo que ahora procede es sacarla a bailar. Bailar los dos un vals en el parque mientras el violinista toca para ellos, y luego hablar con el músico, por fin, preguntarle por su identidad, por su origen. Invitarlo a comer con ellos y contarle cuántas vidas le habían imaginado cada domingo sin su permiso, enterarse por fin de si era un profesor o un estudiante, un francés o un extranjero como Rubén, si podía hablar o si de verdad se había quedado mudo después de que el fantasma del mismísimo Wolfgang Amadeus Mozart se le hubiera aparecido una noche durante el festival de música de Salzburgo para castigarlo por su vanidad desmedida.

—Me encantaría que me sacaras a bailar ahora.

Como siempre, Anna parecía haberle leído el pensamiento. Rubén la tomó por la cintura, ella le pasó una mano alrededor del cuello, entrelazaron los dedos de las manos que les quedaban libres, cerraron los ojos y pensaron que el violinista estaba allí, tocando un vals solo para ellos. Títiri, títiri, titiri, titiri... Rubén murmuraba los acordes, y los dos se movían por la tierra del parque, un dos tres, un dos tres, un dos tres. Había gente alrededor. Rubén los había visto antes de cerrar los ojos, pero le daba igual que los mirasen, que los tomasen por locos, porque un violinista al que tal vez el fantasma de un genio había privado de la voz estaba tocando un vals para ellos. No hacía falta que el músico estuviera allí, no era necesario siquiera que tuvieran que escucharlo. Aquella mañana de domingo, Rubén pensó que podría ir bailando desde allí hasta la rue de la Ancienne Comedie y entrar bailando en el café Procope. Comer allí con Anna y luego tomar un metro hasta Montmartre, volver a bailar sin música con ella en la estación mientras esperaban la llegada del tren, sin importarle lo que pensara la gente que los miraba.

Cuando abrieron los ojos había algunos curiosos a su alrededor. A falta

del violinista ellos se habían convertido inopinadamente en la atracción de aquella mañana de domingo en el parque. Se separaron despacio. Era como si de repente les hubiera dado vergüenza haber estado bailando sin música delante de unos cuantos extraños.

Pero esta vez no ha querido llegar Rubén Castro hasta los jardines de Luxemburgo. Hace mucho rato que ya es de noche. Pero tampoco sabe adónde ir. Cinco minutos después de vomitar la bilis, el vino y la sopa ha llegado al río. Lo atraviesa por la Île de Saint Louis. Se acuerda de que siempre fue un lugar muy tranquilo. No sabe por qué, pero aprieta el paso, cada vez más, como si alguien lo persiguiera. No tarda en llegar al otro extremo de la isla.

Sin haber cruzado todavía el puente de Saint Louis se detiene un momento a mirar la catedral de Notre Dame, las torres gemelas apenas iluminadas a esa hora por la débil luz de la luna. ¿Qué esperabas encontrar a tu vuelta? Han pasado cinco años desde que te detuvieron. Te pudiste haber marchado a tiempo, cuando aún no habían venido por ti, pero en un gesto que tuvo más de estupidez infantil que de verdadera valentía decidiste quedarte en París con Anna, que se habría marchado de la ciudad si se lo hubieras pedido.

Ahora mira Rubén Castro las aguas oscuras del Sena, y es como una tentación a la que no está seguro de poder resistirse. Pese a ello prefiere retrasar un poco el momento. Atraviesa el puente y rodea la catedral, sin prisas. Tal vez está buscando un motivo para no saltar todavía, algo que le proporcione una razón para no dejarse arrastrar por las aguas turbias del Sena. Vuelve por sus mismos pasos al puente. Hasta el río solo hay unos cuantos metros, no muchos. No se va a hacer daño en la caída, y la corriente no es tan fuerte como para que pueda engullirlo enseguida. Pero su ventaja radica en que no tiene fuerzas para aguantar mucho tiempo nadando. Le basta tener la voluntad suficiente para tirarse y esperar unos minutos hasta que sus escasas energías lo abandonen y el río se lo trague. Tampoco es una sensación nueva para Rubén. Es como estar al borde del abismo otra vez, como si en lugar de encontrarse en un puente sobre el Sena donde está a punto de saltar hubiera viajado en el tiempo otra vez esa noche y estuviese en lo alto de la cantera del campo de prisioneros, después de haber subido los

ciento ochenta y seis escalones con un bloque de treinta kilos sujeto a su espalda. Era verano. Hacía tanto calor que, cuando estaba en el fondo de la cantera al lado de la forja en la que se fabricaban los punzones para picar la piedra, Rubén tenía la sensación de que se derretiría y sus restos se derramarían sobre la tierra como la cera de una vela consumida. Los SS les habían permitido quitarse las camisas de rayas.

El sudor le chorreaba en la cara, desde el gorro. Aquella había sido una de las veces que subir la escalera se le había antojado de veras la última de todas. Casi tres años habían pasado desde que lo detuvieron y Rubén Castro había pasado por dos campos: Sandbostel, en el norte de Alemania, y luego ese de Austria, junto a otros miles de españoles.

Al principio lo destinaron a una carpintería, en una fábrica del pueblo en la que por su trabajo los SS cobraban un sueldo. Era un esclavo. Desde que se lo llevaron de su apartamento era como un muerto, el fantasma que seguirá siendo cuando vuelva a París para buscar a Anna, pero él todavía no puede saberlo, cuando el campo sea liberado por los americanos, cuando vuelva a ser un hombre libre al que le resultará tan difícil encontrar las ganas de recuperar su vida. Un muerto es lo que es ahora Rubén Castro y un muerto de verdad es lo que quiere ser aquella mañana en lo alto de Wiener Graben. Saltar es lo que quiere. Volar cincuenta o sesenta metros hasta estrellarse contra el suelo. Ha visto cómo los SS han empujado a algunos prisioneros por pura diversión, o como otros compañeros suyos han aprovechado un descuido de los vigilantes para arrojarlos ellos mismos al vacío, sin soltar la piedra descomunal que llevan sujeta a la espalda en una especie de mochila de madera. Ha visto tantas cosas terribles desde que lo encerraron que piensa que lo único que ha aprendido es que la imaginación de las personas no tiene límites cuando de hacer daño con impunidad se trata.

Esa mañana de verano, ni él mismo sabía cómo estaba vivo todavía, cómo había conseguido llegar hasta su tercer año de cautiverio sin que el hambre, el trabajo forzado, las palizas, las enfermedades o los castigos hubieran acabado con él. Nunca había sido un hombre fuerte, y por alguna razón que no entendía había visto caer a otros mucho más fuertes que él, mejor preparados para sobrevivir al cautiverio. Pero ya no podía más. A él no iban a tener que

empujarlo cantera abajo. Ni siquiera se iba a aligerar de peso. Lo mejor sería saltar con el bloque de granito. Pesaba tan poco que se le antojaba que, si se lanzaba al vacío sin la piedra, podría caer como una pluma, quedar suspendido en el aire, llegar hasta el fondo de la cantera mecido, sin hacerse daño. Solo iba a tener que salirse de la fila al llegar arriba. Él estaba en la parte de la derecha, apelotonado entre docenas de prisioneros que acarreaban piedras como él. No tendría que dar más de dos pasos hacia el abismo y dejarse caer, como un fardo. No serían más que unos segundos. Esperaba no sentir nada. Solo quedaban treinta escalones para llegar arriba. Rubén, igual que sus compañeros, contaba todos los peldaños cada vez que subía la escalera. Ciento ochenta y seis en total. Ahora solo le faltan treinta. Veintinueve. Apenas dos minutos. Luego veinte o treinta metros más subiendo la cuesta hasta llegar al borde del barranco y podría dejarse caer. Ninguno de sus compañeros tendría tiempo de impedirselo. Los SS tal vez ni siquiera se darían cuenta hasta que no se hubiera estrellado en el fondo de la cantera. A lo mejor pensarían que se había caído, que era otro desgraciado al que las fuerzas lo habían abandonado. Solo diez escalones le faltan ya. Medio minuto. Cuarenta y cinco segundos a lo sumo y ya habrá llegado al final de la escalera. Se esfuerza en pensar en Anna. Desde ayer ya ni siquiera tiene su retrato. Se siente un cobarde por no resistir aunque sea solo un día más, nada más que un día para poder verla. Y entonces escucha la música de un violín que toca un vals y piensa que acaso la antesala de la muerte es un espejismo, que en la despedida, antes de saltar, va a escuchar otra vez la misma música que escuchó ayer a la hora del almuerzo, la misma que había tarareado con los ojos cerrados cuando bailaba un vals con Anna en París después de que le pidiera que se casara con él.

La columna de presos que sube la escalera se ha detenido. Alguien ha debido de caerse en las primeras filas. Son tantos los que suben que, si dos o tres se detienen, nadie puede avanzar. Rubén sabe que a alguno de sus compañeros ahora mismo le están dando una paliza o que tal vez le han fallado las fuerzas y ha caído fulminado. Todos los prisioneros bajan los ojos. Ninguno quiere ver lo que pasa. Es posible que uno, dos o tres, quién podría decir cuántos, vuelen ahora cantera abajo.

Rubén esperaba saltar un poco más adelante, hacia la mitad del camino empinado que unía la escalera con la entrada del campo, pero tal vez, ahora que están parados, sea el momento. Los SS pueden tenerlos todo el día ahí si se les antoja. Todo el día y toda la noche, de pie, con treinta o cuarenta kilos de piedra cargados en la espalda. Algunos bloques pueden pesar incluso más que los hombres que los acarrean. Rubén se aleja un paso de su fila. Nadie dice nada. No escucha a nadie gritarle en alemán para que vuelva a su sitio. Se separa otro paso. El hombre que está a su lado, un prisionero militante del Partido Comunista francés, lo mira y niega con la cabeza, sin hablar le pide que se quede en la fila, que no se acerque al precipicio. Rubén no sabe si lo hace porque no quiere que un compañero se quite la vida o si porque lo que teme es el castigo de los guardias a quienes estaban junto al prisionero que se ha lanzado al vacío. Dos pasos. El violín suena ahora más fuerte. Tal vez es que todos se han quedado en silencio mientras los guardias recomponen la fila. Tres pasos lo alejan a Rubén de su sitio. Ya puede ver el barranco, pero primero hay un pequeño terraplén que tendrá que salvar si quiere volar hasta el fondo. Habrá de bajar con cuidado hasta el extremo del pequeño desnivel para no caerse con la piedra y que alguno de los guardias lo vea y se lo impida. Qué paradójico es todo, piensa Rubén. Los guardias pueden matarte a su antojo, pero no te permiten que acabes con tu vida por ti mismo.

Rubén ya está en el terraplén, a tres metros de la fila. Pone un pie en la hierba con cuidado, porque el suelo aquí no es tan uniforme y puede caerse y hacerse tanto daño que no tendría fuerzas para levantarse y entonces ya no podría volar hasta el fondo de la cantera. La columna sigue en silencio. Apenas puede distinguir, delante, el eco sordo de un disparo que ha terminado con la vida de uno de los presos que ha caído al suelo. Es lo que le espera a él cualquier día si no es capaz de lanzarse ahora al vacío.

Y otra vez vuelve a escucharlo, y de nuevo piensa que es una alucinación, un espejismo por culpa del calor y el cansancio. Tanto calor y tanto tiempo hace que no bebe que le sangran los labios y la lengua se le ha hinchado y siente que no le cabe en la boca. Y esa música otra vez. En el campo hay un cuarteto de músicos desde ayer. No son presos. A los SS les gusta poner en el patio a los prisioneros que saben tocar instrumentos y hacerlos interpretar

alguna pieza mientras controlan el trabajo de los prisioneros. Saber tocar un instrumento y formar parte de la banda de música es un privilegio en un campo de concentración. Pero, por lo visto, es el cumpleaños del hijo de un hombre de negocios amigo de Frank Ziereis, el jefe del campo, que ha contratado a los músicos para darle una sorpresa. A Rubén le habría gustado ser músico y tal vez ser uno de los presos privilegiados que pueden tocar en la Appelplatz de vez en cuando en lugar de acarrear piedras cantera arriba. Pero también sabe que la música es una de las muchas perversiones de las que disfrutaban los SS, como la frase que ha visto coronar la puerta de entrada del campo: Arbeit macht frei. Rubén habla un alemán rudimentario, el que aprendió con Anna y ha mejorado a la fuerza en tres años que lleva preso, pero es bastante para conocer un proverbio alemán que, cuando escucha música en el campo, lo recuerda y le parece tan perverso como si hubiera sido inventado por la mente de un psicópata: «Wo man singt, da lass dich nieder. Bose Menschen kennen keine Lieder». «Donde oigas cantar siéntate tranquilamente. Los malvados no tienen canciones». Y le ha dado rabia sentirse tranquilo. Algunas veces le ha afectado incluso una paz inmensa cuando ha escuchado a los otros presos tocar.

Ahora es el momento. El violín suena a lo lejos, pero hace tanto calor y los prisioneros tienen tanto miedo que es posible que muy pocos escuchen los acordes. No habrá más de doscientos o trescientos metros de distancia. El viento tiene que soplar desde allí, porque, en el terraplén, Rubén escucha tan fuerte la música que piensa que no es posible que sea música de verdad, sino que está soñando y por eso los acordes del violín le llegan tan nítidos. Cierra los ojos y de pronto está en París otra vez, en París tres años antes. Es por la mañana. Está con Anna frente al palacio de Luxemburgo, le acaba de pedir que se case con él, y ella le ha dicho que sí. Luego ha puesto un anillo en su dedo y los dos bailan al son de la misma música que escucha ahora.

De pronto hoy se convierte en ayer. Abre los ojos, mira la muralla del campo. No puede ver a nadie, pero sigue escuchando el violín. Quienquiera que lo esté tocando debe de estar muy cerca de la puerta. Igual los músicos están ensayando en el patio o algún guardia caprichoso le ha pedido a uno de los músicos que ha pasado la noche allí, que toque el violín para distraer el

tedio de su turno. Títiri, títiri, titiri, titiri... Es el mismo vals que bailó con Anna, sin música. Mira el fondo de la cantera. Abajo, un prisionero parece haberse dado cuenta de lo que está a punto de hacer y por precaución se ha apartado de la veta de piedra en la que trabaja. Pero Rubén ha dado un paso atrás, lentamente, y luego otro, y otro. Vuelve a su fila, justo antes de que la columna reanude su marcha. Cuando pasan cerca del muro que circunda el campo, ya no escucha la música, pero no puede olvidarlo. Es como si el violín hubiera sonado solo para él.

De nuevo abre Rubén los ojos en el Pont Neuf. Ha atravesado la Île de la Cité y tiene la espalda pegada a la baranda de piedra del puente, y es como si llevase otra vez el bloque a la espalda, igual también que si llevase puestas unas alpargatas raídas y un traje de rayas azul y gris. Mira a un lado y a otro antes de saltar. Le gustaría que hubiera un violinista cerca, un violinista que con su música le recordase que hubo un día que tuvo una vida que disfrutar y que le diera una razón para no arrojarle a las aguas oscuras del río. Pero no hay músicos esta noche. Ni siquiera los ha visto en la Île de la Cité, junto a Notre Dame o en los alrededores de Saint Chapelle. Así que hasta aquí has llegado, se dice Rubén Castro. Cinco años después de que la Gestapo te llevase y has acabado de nuevo en París para esto.

Pero el mundo parece detenerse, de pronto es como si todo se hubiese parado y él fuera la única persona que estaba en París.

¿Qué te ocurre, Rubén? ¿Por qué no saltas? ¿Qué vas a hacer? ¿Buscarla otra vez? No sabes dónde está. Ni siquiera sabes si está viva. ¿Por qué no te tiras de una vez, si ya hace mucho tiempo que decidiste que ya no querías vivir más? ¿Por qué, en lugar de saltar, pasas las piernas al otro lado del murete de piedra con cuidado de no caerte? ¿Acaso te da miedo tirarte?

Cierra los ojos, sacude la cabeza al apartarse del abismo. No es solo el recuerdo de una música que una mañana imaginó y lo hizo feliz lo que lo ha salvado ahora, sino la esperanza de que le queda algo por hacer todavía. Al cabo, no quiere marcharse de este mundo sin encontrarse otra vez con Ann, saber que está viva, contarle lo que ha pasado, mirarla a los ojos y preguntarle por qué hizo lo que hizo. Hay muchas preguntas que nadie podrá responderle jamás. Rubén lo sabe, pero va a tratar de encontrarse con ella por

última vez.

Camina despacio, de nuevo, hacia el corazón de la Île de la Cité. Junto a la entrada principal de Notre Dame hay un músico tocando un acordeón. Se queda quieto un momento el preso recién liberado del campo de concentración. Si ha tocado algo, él no lo ha escuchado desde el otro lado de la isla. Rubén sonríe un instante. ¿Sabes? Una vez un músico me salvó la vida. Por eso estoy aquí. Porque creo que se lo debo. Está a punto de decírselo, pero se queda callado, viendo cómo se mece suavemente al ritmo del instrumento.

Todavía no ha pasado por la oficina del partido para decirles que ha regresado del mundo de las tinieblas. Ellos son los únicos que pueden prestarle ayuda, los únicos a los que puede acudir. Eso lo hará mañana. Apenas lleva dinero, pero busca una moneda en el bolsillo y la deja caer en el sombrero que el músico ha puesto boca arriba, a sus pies, junto a las otras monedas que ha recaudado esa noche. El acordeonista inclina la cabeza y alegra los acordes durante unos segundos para darle las gracias.

Luego empieza a caminar sin rumbo fijo. Se pierde en la noche, muy despacio. Lo único que sabe es que le queda un largo camino por delante. Demasiado largo tal vez.

Anna

El hombre que volvía a Francia no era el mismo que saltó en paracaídas en territorio enemigo por primera vez después de haber estado destinado en París bajo la tapadera de periodista que escribía para varios diarios norteamericanos. Había pasado un año y medio, y eso no era demasiado tiempo en la vida de nadie. En dieciocho meses uno no podía cambiar tanto, pero para Robert Bishop era como si hubiera pasado mucho más tiempo, peor todavía, como si hubiera muerto durante ese periodo y ahora fuera otra persona la que viajaba al pasado, a Francia, en busca de Anna para convencerla de que volviese a Alemania con él.

Robert Bishop había saltado en paracaídas muchas veces en los entrenamientos. Los tres meses que pasó en Carolina del Norte, en el campamento, y luego sobre la campaña inglesa. Lo había hecho con sol y con lluvia, de día y de noche, pero ninguna sensación era la misma que volar a oscuras sobre territorio enemigo, la luz diminuta de una granja que se ve desde el cielo, el frío en los huesos, más frío que en Inglaterra o en Estados Unidos porque ahora había peligro de verdad y cualquier error podría costarle la vida. Saltar un minuto antes o un minuto después podía suponer la diferencia entre caer cerca de quienes lo esperaban o en manos de unos soldados que no pondrían reparos en entregarlo a quien correspondiese para torturarlo: quién eres, de dónde vienes, qué has venido a hacer aquí.

Antes de cada misión memorizaba el mapa que llevaba guardado en la mochila. Una de las primeras cosas que le enseñaron en los entrenamientos

era que, en el trayecto que va desde el avión hasta el suelo, hay cosas que un soldado puede perder, desde el fusil hasta la cantimplora o la munición. Él mismo había podido comprobarlo, con arresto incluido. En su primer salto en territorio ocupado no llevaba ningún fusil. Incluso vestía de civil. Un pantalón de franela, camisa blanca, chaqueta de paño oscuro, incluso una gorra llevaba guardada, pero el frío antes de saltar era mayor que durante los entrenamientos.

Y ahora es igual que saltar en paracaídas, piensa en ello otra vez. La sensación es idéntica, el mismo vacío en la boca del estómago, el miedo que uno no puede evitar por muchos saltos o por muchas horas de entrenamiento.

Es lo mismo mientras mira distraídamente el paisaje oscuro al otro lado de la ventanilla del tren. Siete meses antes había recorrido el mismo camino que ahora pero en sentido opuesto, de una Francia liberada a una Alemania que se debatía en los últimos estertores, como un pez moribundo que da los últimos coletazos cuando lo sacan del agua. Todavía era territorio enemigo donde entraron, un grupo de hombres no muy numeroso, apenas una docena, buscando a los científicos que aún trabajaban para el Reich. Dos grupos de hombres, uno para buscar a los físicos que habían sacado adelante el programa atómico del III Reich —Werner Heisenberg, Van Weizsacker y algunos más— y otro dispuesto a entrar en una fábrica donde trabajaban algunos de los ingenieros más talentosos de Alemania.

Bishop formó parte del grupo que se infiltró en Alemania para llegar hasta Mittelweke. Allí, debajo de una montaña, había una fábrica donde se montaban las VI y las V2, las bombas teledirigidas con las que los nazis habían estado jugando a los dardos en Londres. Había unos cuantos ingenieros cotizados, y Werner van Braun, la pieza que todos se querían cobrar, se entregó sin resistencia, con un brazo roto y escayolado de una manera tan aparatosa que incluso parecía cómico verlo allí, dando la bienvenida a los agentes norteamericanos de la OSS, como si llevase toda la guerra esperando que llegasen para liberarlo. Van Braun siempre le había parecido a Bishop un cínico. Había cientos de hombres esclavizados para él y para los otros ingenieros en la fábrica y ahora se mostraba dispuesto a cooperar como si no hubiera pasado nada.

No pudieron capturarlos a todos. Al final hicieron cuentas, y entre los dos grupos infiltrados en Alemania se les habían escapado diez hombres de los que querían capturar: tres físicos, tres químicos y cuatro ingenieros. Desde que terminó la guerra, su única misión había sido encontrarlos. Para la OSS era muy importante interrogarlos, averiguar cuánto sabían o qué secretos conocían, pero era más importante aún que no fueran con sus secretos y sus conocimientos y sus inventos al lugar que no debían. De los cuatro ingenieros que Bishop se tenía que encargar de buscar, ninguno había vuelto a su casa después de la guerra. Nadie sabía nada de ellos. Puede que hubieran muerto o que ya se hubieran pasado con sus secretos al bando equivocado. La capacidad que la gente tiene de cambiar de colores nunca dejaría de sorprender a Robert Bishop. Esperaba que si no los encontraban le asignasen cualquier otra misión, que lo devolvieran a casa durante una temporada para descansar, pero ya habían aparecido muertos tres y ahora tenía que hacer lo imposible para encontrar el último de los nombres de la lista. El cadáver de Hans Albert George había aparecido junto a la Postdamerplatz de Berlín. Demasiado cerca de la zona soviética como para no sospechar lo que andaba haciendo por allí. El cuello rebanado de oreja a oreja. La documentación intacta en el bolsillo, el dinero en la cartera, y ese ripio ridículo: «Todo aquel que sienta el espíritu alemán, a nosotros se unirá; todo aquel que enarbole la bandera blanca un puñal en su cuerpo encontrará». Muchas veces el peor enemigo está en tu mismo bando.

Aún no estaba claro que hubiera un movimiento de resistencia nazi organizado después de la guerra. No parecía que fuesen más que unos cuantos chavales exaltados a los que les gustaba ser llamados Werwolf, Hombre lobo, un nombre que a Bishop se le antojaba tan épico como absurdo. Algún sabotaje, un altercado que a veces se les había ido de las manos y había terminado con algún muerto, pero estos que mataron a Hans Albert George en Berlín tenían muy claro que no querían que vendiera información a los rusos. Tampoco es que quienes lo asesinaron hubieran preferido que hubiera ido con sus secretos a los americanos, seguro que no. A Bishop no le cabía duda de que lo habrían liquidado de la misma forma.

Viéndolo con la perspectiva del tiempo, Bishop pensaba que tal vez fuera

el momento de reconocer, aunque tal vez solo en su fuero interno, ese lugar donde guardaba las cosas para sí y de las que nadie se enteraría nunca, que quizá sus actos estaban dirigidos por todo lo que había pasado desde que se encontró con Anna la primera vez. No la había vuelto a ver, y disponía de una información que ella no podía saber, así que no estaba de más que reconocer que el nombre de Franz Müller estaba entre la lista de los ingenieros a los que debían localizar era una motivación, tal vez extraña y morbosa. A lo mejor con eso bastaba para convencer a Anna.

El viaje hasta Francia ahora era más cómodo, y sobre todo menos arriesgado que cuando hubo de saltar en paracaídas, cuando los Estados Unidos ya habían declarado la guerra a Alemania, pero los aliados todavía no habían desembarcado en la Europa Continental. Podía haber esperado un día y haber volado desde el maltrecho aeródromo de Tempelhof, pero había preferido viajar esa misma noche, tener tiempo para poder pensar sentado cómodamente en el vagón. Ahora Robert Bishop contemplaba el paisaje húmedo, bosques de cuentos de hadas, ríos repletos de agua y montañas con túneles interminables, lugares que no parecían haberse enterado de los seis años de guerra que habían pasado.

Salvo por las banderas con las esvásticas, que ya no estaban, en París todo parecía igual que entonces. Los campos Elíseos, el Arco del Triunfo, la rue de Rivoli, el Louvre, donde no era difícil ver a los oficiales de la Wehrmacht pasear con sus guías para recorrer el museo o haciéndose fotos junto a hermosas jovencitas francesas, como hombres solteros que estuvieran de vacaciones. Anna, al principio, no podía reprimir un gesto de asco cuando las veía, como si les dieran ganas de escupir, pero también pensó Bishop entonces que evidenciaba su desagrado para que él se diera cuenta de la repugnancia que le causaba lo que le había pedido que hiciera, dejar claro que lo haría porque era una orden, y porque gracias a eso salvaría muchas vidas y contribuiría a la derrota de los alemanes. Luego supo, demasiado tarde, que también había otros motivos para seguir adelante con la misión que le encomendaron, llevar esa doble vida peligrosa que la asqueaba, y al final resultaba difícil saber en qué lado se encontraba, dónde estaba el bien y dónde estaba el mal, quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos, a qué

principios había que atenerse, si es que, en tiempos de guerra, a alguien que hubiera pasado por lo mismo que ella pudieran quedarle principios a los que agarrarse.

Era por la mañana cuando llegó a París, así que tenía todavía todo el día para llegar a su destino, antes de que se hiciera de noche incluso. Según el informe que le había entregado Marlowe, Anna llevaba nueve meses viviendo en la granja abandonada de un primo de su padre, doscientos kilómetros al sur de París, esperando quizá que alguno de sus antiguos compañeros viniese a matarla. Tenía por delante, pues, unas cuantas horas de carretera. Una lástima que el chófer fuera tan parlanchín. Apenas quince minutos después de haberlo conocido, ya le estaba pormenorizando el carácter de algunas jovencitas francesas con las que aseguraba haber tenido algún escarceo amoroso desde que llegó a París, su primer destino, al final de la guerra.

Estaba Bishop desacostumbrado a la camaradería masculina, a las conversaciones cuarteleras. Movi6 el respaldo del asiento, y se colocó el ala del sombrero sobre los ojos, como si tuviera sueño. Al principio tuvo que fingir, pero no tardó en darse cuenta de que estaba muy cansado. Apenas había dormido en el tren, pero ahora, por alguna razón que no entendía, y que tampoco necesitaba entender, las palabras del chófer le llegaban como un rumor cada vez más lejano, parecía que le estaba hablando en un idioma extraño a pesar de que era el suyo, sentía que su cuerpo se relajaba. Iba hacia el pasado del que llevaba tanto tiempo queriendo escapar. Y en lugar de rebelarse, su cuerpo parecía haberse resignado, se había cansado de luchar, de pelear contra lo inevitable, y ahora, cuando quedaban solo unas pocas horas de viaje hasta la granja donde la OSS le había confirmado que vivía Anna, como si no hubiera dormido en semanas, le regalaba un sueño profundo, placentero.

Cuando se despertó, sentía la boca pastosa, la lengua seca y los párpados le pesaban tanto que creía que nunca más podría abrir los ojos. Multiplicada por el cristal del parabrisas la luz se le antojaba intensa, anaranjada, como en los veranos de su niñez. No sabía cuánto faltaba exactamente para la granja de Anna, no había estado nunca allí, pero le gustaba pensar que lo adivinaba por el color de la hierba, el contorno de las colinas, la forma de los árboles o

incluso la inmensidad del cielo en el campo o el olor de la tierra húmeda.

Cuando ya había abierto los ojos del todo, el chófer le anunció que habían llegado. Era un sendero custodiado por una fila de árboles, junto a la carretera. Luego, menos de un kilómetro de camino llano hasta llegar a un arco de madera, le explicó. Desde allí, todo recto hasta la casa, pero le dijo al soldado que detuviera el coche. Prefería ir andando hasta la puerta, que Anna lo viese llegar. Era mejor caminar unos minutos. En el año largo que habían pasado desde la última vez, tantas veces como había pensado en ella, en cómo sería el momento en que volvieran a verse, no había sido capaz de encontrar una frase que decirle. Y ahora era tan estúpido que confiaba en que iba a ser capaz de componerla en los dos minutos que iba a tardar en recorrer el camino que había desde el arco de la entrada de la granja hasta la casa.

Todavía no era de noche, pero había una luz encendida dentro.

Quién le iba a decir a Bishop que vendría a buscarla catorce meses después de haberse visto por última vez en París y que tendría que convencerla de que fuese con él a Berlín para ayudarlo a encontrar a Franz Müller antes de que el enemigo de ayer lo matase o que el enemigo de mañana dispusiera de una información que no podían permitir que cayese en sus manos. Pero eso no le iba a importar mucho a Anna. No era su problema. Para ella la guerra había terminado y ya había cumplido con creces, a pesar de todo lo que pudieran achacarle.

Se quedaron un momento mirándose, cada uno a un lado del umbral, sin decir nada, dos fieras a punto de saltar. Un hombre que tal vez desea darle una bofetada y luego besarla, o al revés, o ambas cosas a la vez, si es que eso fuera posible. Una mujer que odia a un hombre al que hace más de un año que no ha vuelto a ver. Un hombre que, en el fondo de su corazón, espera secretamente que ella lo ame, a pesar de todo. Cuando estaba en la puerta de su casa, Bishop todavía guardaba la sorpresa que podía convencerla para ir a Berlín o hacerle mucho daño también. Pero no dijo nada. Ninguno de los dos dijo nada. Todavía tardaron en abrir la boca. Los dos. Robert Bishop no sería capaz de decir cuánto tiempo estuvieron así.

Fue Anna la primera en romper el silencio.

—Has venido, por fin.

No se apartó de la puerta. No movió la mano que tenía detrás de la cintura. Robert Bishop bajó los ojos, como si buscara la respuesta en el suelo.

—Era inevitable.

Sacudió la cabeza, muy despacio. Con calma. Lo que había vivido había transformado su carácter. Sin duda. Y no precisamente para bien.

—No voy a entregarme. Soy inocente. No hice más que lo me pedisteis que hiciera.

Ahora era ella la que bajó los ojos, como si le diera vergüenza o no le estuviera diciendo la verdad. Toda la verdad al menos.

—No he venido para detenerte. Estoy aquí para pedirte un favor.

Levantó Anna la cabeza, como si no comprendiera. Casi le apuntaba con la barbilla. Todavía ocultaba una mano detrás de su cuerpo.

—Puedes guardar el cuchillo. He venido en son de paz. No va a ser necesario que lo utilices conmigo.

Iba a costar convencerla. Eran muchas las cosas que había perdido estos años. Bajó los ojos Anna otra vez, como si buscara la respuesta en la punta de sus zapatos.

—Merecerías que te abriese en canal, como un cerdo. Lo sabes.

Lo miró fijamente. Solo haría falta acercar una cerilla a sus ojos para que se convirtiesen en un lanzallamas. Robert Bishop estaba seguro de que ella pensaba que esa sería una bonita manera de vengarse de él, de ajustar cuentas con el pasado. No le respondió. Se quedó mirándola, esperando que llegase el momento en que lo dejara pasar y pudiera contarle para qué había venido a buscarla desde tan lejos.

—Quiero que vengas conmigo a Berlín.

Ella no dijo nada. La expresión neutra. Lo mismo podía soltar una carcajada, echarlo de su casa o clavarle el cuchillo que ocultaba a su espalda. O las tres cosas, en ese mismo orden.

—Franz Müller está en Berlín.

Anna tragó saliva, dejó escapar un poco de aire. Parecía muy cansada. El nombre había provocado el efecto que Bishop deseaba.

Pero ella se recompuso enseguida. Asintió, con una falta de afectación que era incapaz fingir del todo. Se dio la vuelta y entró en la casa. Robert

Bishop la siguió, sin ser invitado a pasar.

—Franz Müller —repitió, como si después de haberle clavado un cuchillo disfrutase moviendo la hoja dentro de la herida.

Ella se había sentado en una silla.

—Está vivo.

No era una pregunta. Sus palabras habían sido más bien una afirmación. Se había quedado mirando un punto indefinido de la pared, como si la pintura tuviese algún desperfecto y estuviese pensando en el modo de repararlo.

—Estoy seguro de que sí.

Se encogió de hombros, como si no le importase. Ahora fingía muy mal. O tal vez no quería fingir. Parecía incluso amagar una sonrisa, como si se apuntase una victoria íntima.

—No estoy seguro de que no te alegres de que Franz Müller esté vivo.

Aún seguía mirando Anna la pared, como si la respuesta estuviese en el desconchado.

—Pensé que había muerto durante la ocupación de Berlín. O que lo habíais hecho prisionero.

Bishop negó con la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro. Está en Berlín. Libre, como si jamás hubiera roto un plato.

—Puede que nunca haya roto un plato.

—No deberías poner la mano en el fuego por él. Ni por nadie.

—Si está en Berlín, entonces solo tenéis que ir a por él.

—No es tan sencillo.

Anna dejó escapar un suspiro, resignada.

—Con Franz Müller las cosas nunca son sencillas.

Se había levantado. Ya no miraba a ningún sitio más que a los ojos de Bishop.

—Anna, tienes que venir conmigo.

Estuvo a punto de rozarle un brazo al decírselo, pero detuvo la mano. Anna no quería que la tocase. Tal vez, pensó Bishop, ya jamás querría que la volviese a tocar ningún hombre.

Sacudió la cabeza. Despacio, pero con firmeza.

—Yo no voy a ir a ningún sitio.

Robert Bishop bajó la voz, acercó su cabeza a la suya, como si hubiera alguien más en la casa y no quisiera que escuchase su conversación.

—Tienes que venir conmigo a Berlín.

—Vete, Robert. No puedo decir que haya sido un placer encontrarte de nuevo.

Pero Bishop no se iba a dar por vencido. Y ella lo sabía.

—Anna, ¿cuánto tiempo crees que tardarán en venir a buscarte?

—Me da igual.

—Vendrán, Anna. Vendrán y te matarán. Lo sabes. Y antes de matarte puede que te afeiten la cabeza y te pinten una esvástica en el cráneo y te hagan pasear por el pueblo y te torturen.

Bishop sintió la bofetada antes incluso de ver moverse la mano de Anna. Tal vez porque se lo merecía le había dejado que se la diera.

—Eres un hijo de puta.

Lo insultó despacio, marcando cada sílaba. Como si destilase un odio acumulado durante mucho tiempo.

—Sabes que es verdad lo que te digo.

—Lo único que hice fue cumplir con vuestras órdenes.

—Las cumpliste con creces. Pero luego actuaste por tu cuenta. En lugar de ir a Berlín y esperar nuestras órdenes desapareciste.

Ahora ella debería bajar los ojos, pero en lugar de eso le sostuvo la mirada.

—Qué sabrás tú de lo que hice.

—Entonces, ¿por qué regresaste?

—Eso a ti no te importa.

—No te pases de lista. No juegues conmigo. Sí que me importa.

Se dio la vuelta Anna, como si Bishop ya se hubiera marchado. Tal vez iba a coger el cuchillo otra vez. Todavía no lo había visto, pero el agente de la OSS estaba seguro de que Anna no le habría abierto la puerta, ni a él ni a nadie, sin un cuchillo escondido con el que tener oportunidad de salvar la vida.

La mujer empezó a dar vueltas por la casa, movió las sillas del comedor,

estiró las cortinas. Le gustaría pensar que él se había marchado, que ya no tendría que volver a recordar el pasado, que tendría oportunidad de empezar una nueva vida, que no habría de ir a Berlín aunque el hombre que la empujó a convertirse en lo que era ahora hubiera venido a pedirle que lo hiciera, que fuera a Berlín para encontrarse con Franz Müller.

—¿Qué quieres? ¿Qué me convierta otra vez en la puta de Franz Müller?

No había tenido que volverse Anna para saber que Robert Bishop no se había marchado de su casa. Sabía que no lo haría hasta que consiguiera lo que se había propuesto. La amenazaría. La chantajearía. Incluso la denunciaría a sus antiguos compañeros de la Resistencia o llegaría a inventarse cosas sobre ella para que no le quedase otro remedio que abandonar la granja de nuevo y hacer lo que él quería en Berlín.

Robert Bishop se dio cuenta de que a Anna no le daba miedo que los de la Resistencia vinieran a buscarla para matarla, humillarla y torturarla. Si fuera así, no habría regresado a Francia jamás. Lo que le pasaba es que estaba muy cansada, no quería hablar con nadie, no quería volver a pasar otra vez por lo mismo. Ahora estaba a salvo de los uniformes y de las cruces gamadas. Esos ya no volverían a molestarla. Tampoco Franz Müller iba a volver a Francia nunca. Es en Berlín donde podía esconderse, ocultar su identidad, donde su familia, sus amigos o la gente en la que confiaba podían ayudarle.

—Nunca has sido la furcia de nadie.

Es la primera vez que Robert Bishop parecía mostrarse amable con ella, como si quisiera agradarle. Tal vez se sentía culpable por lo de Franz Müller. No por haber mencionado su nombre ahora para convencerla de que viajase a Berlín con él, sino por lo de antes, durante la guerra, cuando los alemanes habían ocupado Francia y nadie parecía que pudiera echarlos.

Ahora Anna se había vuelto. Lo estaba mirando. Le gustaría tener el cuchillo en la mano otra vez, tenerlo y clavárselo en la barriga, de abajo a arriba, como un cerdo.

—Tú me pediste que lo hiciera.

Bishop calló. Pero no tardó en contraatacar.

—Basta ya, Anna. Esto parece la discusión de una pareja de enamorados.

—Tú y yo nunca estuvimos enamorados.

Bishop soltó un bufido, pesado, por la nariz.

—¿Qué quieres, Robert? ¿Que vaya contigo a Berlín? ¿Para qué? No me necesitas para encontrar a Franz Müller. Hay algo más. ¿De qué se trata? Dímelo.

Entonces Bishop supo que había ganado la partida. Que al final iría a Berlín con él. Solo tenía que decirle algo que ella quisiera escuchar. Convencerla.

—Hay un grupo de lunáticos alemanes que se empeñan en no rendirse. Se llaman a sí mismos el Werwolf. Franz Müller es un traidor para ellos, un ingeniero que puede vender sus secretos al mejor postor. Solo en Berlín ya han matado a tres. Franz Müller es el único que queda.

—No me creo que tu interés sea solo salvarle la vida. Hay algo más, ¿verdad, Robert Bishop? Contigo y con tus jefes siempre hay algo más. ¿De qué se trata? ¿Quieres que os ayude a encontrarlo para que os cuente todos los secretos que sabe? Es eso, ¿verdad?

Bishop sacudió la cabeza.

—Estos últimos meses te han vuelto paranoica.

Anna hizo como si no lo hubiera escuchado o no le dio importancia a las palabras de Bishop.

—¿Y qué papel juego yo en esa operación?

Bishop se sentó frente a ella. Le gustaría cogerle las manos, pero ella no se lo permitiría.

—Franz confía en ti.

Anna sacudió la cabeza.

—Franz no confía en mí. Lo abandoné cuando debía haberme reunido con él en Alemania.

—Ya lo sé. Pero tienes una excusa que lo convencerá.

Anna volvió a negar con la cabeza.

—Lo abandonaste porque tenías miedo de regresar a Alemania. Era un país derrotado, viajabas con un ejército en retirada.

—Él nunca me perdonará eso.

—Sí te lo perdonará. Y ahora volverás a Alemania porque también tienes miedo. Miedo de tus vecinos, de tus amigos, de la gente de París que te vio

con él. Tarde o temprano querrán vengarse de ti, humillarte, torturarte por haber colaborado con los alemanes.

—Tendréis que rehabilitarme antes o después. Fue lo acordado.

Bishop asintió. No podía olvidar la promesa que él mismo le hizo. Cuando todo acabe y se sepa la verdad te convertirás en un mito, una heroína, como Juana de Arco. Juana de Arco murió en la hoguera, le respondió Anna. Espero que a mí no me suceda lo mismo. Bishop casi sonrió al recordarlo.

Ahora podría hablar de hogueras de nuevo, de redenciones y de perdones imposibles. Pero él también había cambiado. No hacía tanto tiempo que hablaron de Juana de Arco, pero ninguno de los dos volvería a ser el mismo de antes.

—Te rehabilitaremos en cuanto encontremos a Franz Müller en Berlín. No tardaremos mucho, apenas unos días. Tampoco tenemos más tiempo. Luego podrás volver aquí con todos los honores. El alcalde declarará un día de fiesta en tu honor. Tus vecinos querrán poner tu nombre a una calle.

Anna ni siquiera sonrió.

—No quiero honores, Robert. No podrás convencerme con eso.

—Lo sé.

—Tampoco podrás convencerme con amenazas. Me da igual que vengan a buscarme y me rapen la cabeza y me pongan una esvástica en el cráneo y me humillen y me torturen. Eso también deberías saberlo.

Bishop asintió.

—Estaba seguro de ello.

—Solo quiero que cuando venga de Berlín, tú o tus jefes os encarguéis de contarle a todo el mundo que hice lo que hice porque me lo ordenasteis, porque me dijisteis que así ayudaría a ganar la guerra, a salvar vidas.

—De acuerdo. Pensábamos hacerlo.

Anna se quedó mirándolo, muy fijo, para que no hubiera dudas.

—Y una cosa más, Robert.

—Dime.

—No quiero que ni tú ni nadie enviado por ti vuelva a molestarme nunca más. Nunca.

Bishop se levantó, se estiró las arrugas del pantalón. Asintió, satisfecho.

—Nadie volverá a molestarte. Tienes mi palabra.

Anna lo atravesó con la mirada, sin levantarse. Bishop no era capaz de sostener sus ojos. Un hombre al que le avergonzaba empeñar su palabra. Cuántas veces había tenido que comprometerse y luego había tenido que romper la promesa. No hacía tanto tiempo que él creía en la importancia de dar la palabra. Un hombre sin palabra no puede llamarse a sí mismo como tal. Y Bishop ya había empeñado la suya varias veces en vano, lo había hecho a sabiendas de que no iba a poder cumplirla o que no le correspondía a él la última decisión. Ahora era lo mismo. Le estaba diciendo a Anna que nadie volvería a molestarla, pero ni siquiera él podía estar seguro.

—Vendré a buscarte por la mañana —le dijo, para despedirse, sin darle la mano o un beso, sin rozarla siquiera.

Anna asintió con la cabeza, otra vez la vista fija en la pared, como si el hombre que había venido del pasado no hubiera sido sino un fantasma, un mal recuerdo que esa noche no la dejaría conciliar el sueño, como tantas veces. Robert Bishop, el hombre que una vez se presentó en su casa para ayudarla y acabó condenándola para siempre a las llamas del infierno.

Bishop se marchó despacio, como si levitase sobre los tablones de madera, sin hacer ruido, y antes de perderse en el pasillo que lo llevaría a la salida se volvió para mirarla, sentada en la silla, la vista perdida en la pared, como si buscase la solución a un enigma. Miró la casa por última vez, la escalera, al otro lado del pasillo, que seguramente llevaba hasta la habitación de Anna. Al menos en su coraza exterior, Robert Bishop era un hombre inmune a los deseos carnales y más que capaz de soslayar los sentimientos que le estorbasen, pero no pudo evitar sentir una bola incómoda en la garganta. Pero el instinto de supervivencia ordenó que sus ojos saltasen a la cocina, como un resorte. Encima de la mesa había un cuchillo largo, afilado, y estaba seguro de que muy bien podría haber terminado clavado en su vientre.

Y lo peor de todo, lo que más le inquietaba, era estar convencido de que se lo merecía.

Rubén

Primero se va a sentir culpable, luego se va a preguntar qué hace allí, más tarde se va a querer matar y al final se preguntará por qué ha sobrevivido.

Todo lo que sucede después de que se lo lleve la Gestapo para Rubén es como un cursillo acelerado. Igual que si hubiera tenido que ir actualizando conocimientos o ponerse al día en su trabajo. A la misma estación de París, desde donde ha salido el tren, habían llegado también otros compatriotas republicanos que venían del sur, la mayoría de Chartres. Rubén se entera de que han pasado los dos últimos meses trabajando en un régimen de semilibertad, en una granja cuyos propietarios habían de rendir cuentas a los SS. Él estaba entonces en París, había intentado alistarse meses antes de que los alemanes entrasen por Bélgica, les cuenta a sus nuevos compañeros, pero ya no fue posible. Todo fue tan rápido.

Se sienta Rubén en el tren y cierra los ojos, seguro de que los otros españoles lo están mirando. Sus manos delicadas, como de poeta o de pianista, apenas tienen nada que ver con las manos endurecidas de callos y de heridas por la vida y por la guerra de los demás. Su piel, tan pálida que parece que nunca podrá tostarse ni aunque pasara el resto de su vida tumbado al sol, las gafas diminutas suspendidas en la nariz. Ninguno le ha preguntado en qué lugar del frente estuvo en la guerra en España. Para qué. Es tan obvio que lo más cerca que ha estado de una trinchera ha sido en las fotos que acompañaban a los reportajes que había visto en los periódicos desde su exilio apacible en París que ni siquiera se molestan en preguntarle.

Son cuatro días de viaje y, extrañamente, ni Rubén ni ninguno de los españoles que viajan con él son maltratados, al menos no peor de lo que se espera que sean tratados unos prisioneros. A Rubén se le acusa por sus ideas. Por sus ideas y por haber escrito en un periódico en el que se criticaba abiertamente la ocupación en París por parte de las tropas alemanas. Se había limitado a poner por escrito lo que todos pensaban en silencio o comentaban en privado. No había insultado a nadie, no había dirigido sus críticas contra ninguna persona en concreto, pero igual que le había sucedido en Sevilla en el 37, decir lo que pensaba había terminado acarreándole problemas. El asunto, dado que hasta ahora los alemanes se habían comportado con ellos de un modo aceptable, no dejaba de tener su ironía, bastante retorcida, si se paraba a pensarlo. Había tenido que marcharse de España por escribir en un panfleto contra el alcalde de Sevilla y por haber preguntado también por la lista de sus compañeros profesores de instituto desaparecidos. Ahora, en París, había preguntado por sus amigos judíos a los que no había vuelto a ver. Desaparecían un día y nadie sabía más de ellos. Rubén fue a casa de algunos, pero los vecinos habían mirado para otro lado por miedo o tal vez porque también se alegraban de que se los hubieran llevado y fingieron que no sabían nada. Que quienes habían sido sus vecinos durante meses, años, habían dejado de asomarse a la puerta un buen día y ya está. Eso era todo. Como si fuera tan sencillo, como si alguien pudiera tener la caradura o la desvergüenza de convencerse de que no había pasado nada. Rubén lo escribió en un periódico modesto, una publicación casi artesanal. Fue el último número que salió a la venta. Ya había sido bastante raro que el director hubiera aceptado publicarle ese artículo. Quizá también estaba harto, como Rubén, de esconderse, de mirar para otro lado, de sentir vergüenza cada mañana cuando enfrentaba su rostro en el espejo y lo que le daba más miedo era que llegase un día en que, de tanto cerrar los ojos y agachar la cabeza al levantarse una mañana ya no se reconociera.

Rubén ya no podía esconderse más, no era capaz de seguir huyendo de sí mismo. Lo había hecho tres años antes, como el niño mimado que consigue escapar del castigo o la reprimenda mientras sus compañeros de clase se llevan siempre la peor parte. Pero esos tiempos habían quedado atrás. No es

que se alegrase de que aquellos hombres de la Gestapo hubieran ido a detenerlo aquella tarde de domingo a su piso en París. No era tan estúpido ni tan ingenuo como para eso. Ojalá. Es lo que le gustaría ser, un niño, para poder convencerse de que adonde se lo llevaban iba a estar mejor. Pero tal vez aquella detención y aquel viaje en tren con sus compatriotas que habían tenido que cruzar los Pirineos con lo puesto después de la caída de Barcelona es lo que se merece por haber escapado a su destino y a su responsabilidad en España.

Y es todo una ironía tremenda, una paradoja enorme que, de no estar preso o de poder evitar pensar que probablemente las cosas no podrían ir sino peor, le hubieran encajado una sonrisa, una carcajada tal vez. Si los rumores son ciertos una vez que los reunieran a todos los españoles los iban a embarcar en un tren con destino a los Pirineos, y otra vez volvería a estar en su país, y, pasase las penalidades que pasase en cualquier prisión donde lo encerrasen junto a los otros republicanos exiliados, esta vez Rubén se había prometido no dejar que nadie pudiese ayudarlo gracias a la influencia o a los contactos de su padre. Tardase en salir de la prisión donde lo encerrasen en España el tiempo que tardase. Cuando estuviera libre, Rubén Castro volvería a ser un hombre que se respetaba a sí mismo, y que podría sentarse en cualquier vagón con otros compatriotas milicianos, o con quien fuese, y les sostendría la mirada, sin tener que bajar los ojos o desviar la vista al paisaje al otro lado de la ventanilla del tren porque le daba vergüenza.

Atraviesan Bélgica, pasan cerca de Holanda, pero no cree Rubén que haya entrado en el país, porque se ha fijado en los carteles, y aunque ahora Bélgica y Holanda y Francia y media Europa no son más que apéndices de Alemania, aún es demasiado pronto, se permite esa pequeña broma en su fuero interno, y no han tenido tiempo los nazis de quitar los carteles en sus idiomas originales y ponerlos en el suyo. La conquista ha sido tan rápida, tan inesperada y tan fulminante que por fuerza la asimilación de lo sucedido tiene que ser más lenta. No queda otro remedio. Rubén espera que eso no suceda nunca. Que la asimilación nunca se produzca, que nadie llegue a planteárselo siquiera, que Inglaterra resista y que los americanos se decidan a entrar en la guerra de una vez por todas.

Tres días hasta llegar al norte. Muy al norte. Rubén nunca ha estado tan lejos de su casa. Han dormido en el tren. Incluso les han permitido bajar en algunas estaciones. A veces durante el trayecto se ha preguntado si alguna de las cosas que había escuchado sobre los nazis o que le han contado sus compañeros del vagón no son sino infundios. Pero nadie puede mentir tanto ni tener esa capacidad de fabulación. Aún tardará unos días en comprobarlo por sí mismo, y tendrá más de cuatro años por delante para acordarse de lo ingenuo que fue durante aquel primer viaje, cuando piensa que muy bien puede ser cierto eso de que los nazis están reagrupando a todos los españoles exiliados en Francia que han detenido para entregárselos a Franco. Es lo mismo que él le había dicho a Anna cuando ella tenía miedo de que vinieran a detenerlo, que tal vez lo peor que podría pasarle era que se lo llevaran de vuelta a España, y que entonces más adelante ella podría irse allí a vivir con él, si es que a él no lo dejaban volver a París, pero esperaba que no hiciera falta eso siquiera, que ella no tuviera que irse a España o que él no se quedase aislado al otro lado de la frontera porque los alemanes aún seguían en París.

Todo va a salir bien, mi vida. No te preocupes, que no me va a pasar nada. La miraba y se preguntaba enseguida Rubén si ella no pensaba lo mismo que él cuando su madre le decía de niño que estaba segura de que a su Rubén no le iba a pasar nunca nada malo porque ella sabía que un ángel de la guarda lo protegería. Sea verdad o mentira, lo que su madre le contaba de pequeño o lo que Anna creyese de sus falsas afirmaciones de seguridad, la cuestión es que está vivo y que, aunque no va a negar que ha pasado miedo, y que está convencido de que aún habrá de pasar mucho más miedo, lo cierto es que, hasta el momento, todavía no ha llegado a temer de verdad por su vida.

La primera sensación en Sandbostel, al bajar del tren, es que hace mucho frío. No es más que primeros de noviembre, pero, en cuanto pone los pies en el andén, Rubén siente que las puntas de los dedos se le congelan, igual que si los hubiera clavado como garfios en un bloque de hielo. Las últimas falanges las tiene blancas, como si no le pertenecieran. Se guarda las manos en los bolsillos, tiritando, y apenas puede evitar el empujón de un soldado de las SS que le ordena colocarse en la fila.

No han sido siempre los mismos soldados los que lo han vigilado durante

el trayecto. Algunos han sido relevados por otros en las estaciones. Rubén no ha hablado con ninguno, y está seguro de que de ellos tampoco habrían querido conversar con sus prisioneros. Los ha escuchado hablar, aunque no los entendía del todo. Durante el tiempo que había pasado con Anna había practicado el alemán, pero parecía que no el suficiente. En la estación de Sandbostel, al norte de Alemania, Rubén se dice que espera no pasar allí el tiempo necesario para perfeccionarlo del todo.

Se pregunta cuánto tardarán en volverles a dar algo de comida. Hace más de doce horas que se le ha terminado la exigua ración de mantequilla de baja calidad y la hogaza de pan duro que le habían entregado antes de subir al tren en París. La mantequilla olía tan mal y el pan estaba tan duro que había estado a punto de despreciarlo. Pero los guardó, por fortuna, no tanto porque pensase que acabarían pareciéndole un manjar exquisito, sino porque le daba vergüenza que alguno de los españoles que venían de Chartres lo viera desperdiciar la comida. Algunos de ellos se los habían tragado en cuanto se los dieron, como si fuera la primera vez que probaban bocado en su vida. Tal vez, pensó Rubén, aquello no podía estar tan malo. Es que él no sabe todavía lo que es tener hambre de verdad. Ahora siente un agujero en el estómago, un clavo que le atraviesa desde el ombligo hasta la espalda. Piensa que tiene más hambre de la que jamás ha tenido en su vida. No es capaz de imaginar todavía que en el futuro la necesidad será tan grande como para desear comerse sus propios excrementos.

En Sandbostel no son buenas las condiciones. A los españoles republicanos se los ha alojado a todos juntos en un barracón cuyo jefe es un Kapo con muy mala leche, preso por delitos de sangre. La comida consiste en un cuenco con sopa por la mañana, otro a mediodía, y una minúscula rebanada de pan por la tarde con algo que parece ser, al menos eso es lo que le dicen algunos, una aún más minúscula rodaja de chorizo. Hace mucho frío, pero los españoles todavía pueden conservar sus ropas, sus pantalones gruesos de franela y alguna chaqueta, las gorras que les protegen del viento del mar del Norte, que cuando sopla hacia el sur, consigue que la Appelplatz del campo se convierta en un páramo por el que desfilan los presos con las manos metidas en los bolsillos, los hombros encogidos y los pasos cortos

para conservar el calor, como si fueran pingüinos. Alguno de los compañeros ha dicho que es como si estuvieran de permiso, que, si en lugar de otoño fuera verano, aquello sería lo más parecido a unas vacaciones que ha tenido jamás. Otro le ha dicho, socarrón, que lo que están haciendo los SS es engordarlos para cuando llegue el día de la matanza que estén bien rollizos, como los cerdos en el campo.

Pero Rubén tiene la sensación de no haber estado nunca en un sitio tan incómodo, que jamás en su vida ha tenido tanto frío o que ni una sola vez en sus treinta años de existencia ha tenido una conciencia más clara de lo que es tener hambre después de haber comido, una sensación desagradable que no lo abandona. Pero se calla, miente incluso diciéndoles a sus compañeros que en Sandbostel no se está tal mal, y solo de vez en cuando mira para otro lado y trata de imaginar lo que tiene que haber sido la vida de dura para estos hombres que pueden pensar incluso que ese campo puede ser incluso un buen destino.

Había llegado a pensar que bastaría con venir hasta aquí para poder mantener a raya su conciencia, que solo con haber sido detenido y llevado desde París hasta un campo de prisioneros al norte de Alemania iban a desaparecer de su cabeza o de su memoria los sentimientos de culpabilidad por haber tenido siempre la suerte o las influencias para poder librarse de todo en el último momento, de no haber tenido que sufrir lo mismo que los otros. Pero sus compañeros piensan que han tenido suerte: no tienen que hacer ningún trabajo, no hay ninguna tarea asignada para ellos. Por la mañana suena la campana y salen a formar en la puerta del barracón, y luego están todo el día holgazaneando hasta que llega de nuevo el recuento, por la tarde, y así un día, y otro, y otro, durante tres semanas en las que el único contacto que tienen con el exterior son los aviones que de cuando en cuando sobrevuelan el campo, escuadrillas de cazas o de bombarderos alemanes que se dirigen hacia Holanda o hacia el mar del Norte. Rubén no es capaz de distinguir unos aviones de otros, pero la mayoría de los españoles con los que está ha pasado tres años de guerra y simplemente por el ruido del motor o por la forma de las alas es capaz de distinguir, con precisión de entomólogo, si se trata de un Junker o de un Messermicht.

No llevaba más de una semana en el campo cuando se había hecho muy popular entre el resto de los presos que compartían el barracón. Rubén pensaba que alguien como él no llegaría jamás a integrarse con ellos —estaba seguro de que en cuando se lo preguntasen y se enterasen de que llevaba exiliado en París desde el 37 enseguida le harían el vacío—, pero tal vez porque compartir el mismo infortunio de haber sido hecho prisioneros estrechaba involuntariamente los lazos de amistad, enseguida había sido aceptado como uno más, incluso habría llegado a hacerse amigo de algunos.

De todos los españoles presos en Sandbostel, Rubén es el único capaz de manejar el idioma alemán con la soltura suficiente para entender y hacerse entender. Entre sus compañeros no hay otro profesor, ninguno de los que su padre calificaría con desprecio como intelectual. La mayoría tenía oficios muy dignos antes de alistarse o que los obligaran a alistarse en la guerra de España. Trabajos que Rubén siempre había admirado cuando se desempeñaban con aplicación y esmero: carpinteros, albañiles, pintores de brocha gorda, electricistas o picapedreros, y ellos, para su sorpresa, en lugar de sentir rechazo hacia un profesor de latín con ínfulas de escritor que se había librado de los padecimientos de la guerra en España, lo tratan con respeto y con deferencia, algunos parece que están a punto de quitarse la gorra cuando le dirigen la palabra, y a Rubén le incomoda que, a pesar del cautiverio y del hambre y del frío, aún no haya sido capaz de desprenderse del todo de ese aire de señorito que siempre ha tenido la vida resuelta.

Pero no va a tardar Rubén en ser como los demás, en sentirse igual que todos sus compañeros. Pronto el cautiverio va a igualarlos a todos, y dentro de pocos meses costará distinguir a unos de otros, como si fueran copias calcadas, el mismo traje con rayas, la misma delgadez extrema, la piel pegada a los pómulos marcados, los ojos hundidos en las cuencas, sin brillo, los pies que arrastran sobre el barro, como si a la muerte se llegase cansado.

El primer indicio es un empujón, más fuerte del que los SS le han dado hasta ahora, antes de que los trasladen. Por la mañana los han reunido en la puerta del barracón y, después del recuento, les han anunciado que los van a trasladar. Rubén, como cada día, ha traducido a sus compañeros las palabras del Kapo.

Se los llevan. Es lo que ha dicho el jefe del barracón, con claridad, incluso parece alegrarse por ello. Rubén duda un momento antes de traducir las palabras. De pie, junto a él, se queda mirándolo un momento, esperando que repita las palabras para no equivocarse al transmitir las a sus compañeros. El Kapo asiente, sin sonreír, los ojos clavados en Rubén, que tiritita de frío bajo la chaqueta, la misma chaqueta con la que salió de París. Al contrario que la mayoría de sus compañeros Rubén solo trae la ropa con la que ha salido el día que la Gestapo fue a detenerlo al piso de la rue Lappe.

—Esta mañana nos van a trasladar —dice, a todos. Y en ese momento, cuando aún cualquier cosa es posible, en la formación de presos se escucha un grito de júbilo. Muchos piensan que los van a meter en un tren y los van a devolver a España, y aunque a buen seguro que allí los espera también el presidio, la mayoría prefiere una cárcel de su país a ser prisionero de los nazis en Alemania.

—Ruhe! —Grita el Kapo—. Ruhe!

Se mete dentro de la formación, empujando a los presos de las filas que no se han apartado de su camino. Mira a unos ya otros, sin ser capaz de discernir quién se ha atrevido a expresar su alegría porque los vayan a trasladar. Empuja a uno, que trastabilla antes de caer al suelo, arrastra a otro compañero de la fila, y luego a otro, como fichas de dominó, sin que los demás puedan hacer nada. Antes de que el Kapo salga de la formación hay seis o siete presos españoles que tratan de incorporarse de la pasta viscosa de fango y de nieve en la que se ha convertido el suelo del campo después de dos días de tormenta.

Empuja también a Rubén cuando llega a su lado, pero por pura suerte este no llega a resbalar en el barro. Le señala con el dedo, como si le advirtiera, y le ordena que les diga que los españoles son todos una mierda y que no se hagan ilusiones porque no los van a devolver a España, que nunca lo van a hacer, que recojan sus cosas porque los van a llevar a un campo peor que este, mucho más duro, y que en cuanto estén allí todos, incluido tú, gusano español, lamentaréis haber nacido. Se queda callado, como si disfrutase del efecto que sus palabras están ejerciendo en Rubén. Cada día que despiertes lamentarás no haber muerto mientras estabas dormido.

Rubén se queda mirándolo, las gafas torcidas sobre la nariz, las cejas escarchadas de nieve.

—¡Traduce! —le grita el Kapo.

Pero Rubén no es capaz de articular palabra. Está tiritando, aunque piensa que ahora no es por culpa del frío, sino del miedo. Antes de que el Kapo lo empuje de nuevo, Rubén levanta la voz y les dice a sus compañeros que recojan sus cosas, que enseguida van a subir a un tren que los va a sacar de allí. El resto prefiere callárselo. No les cuenta las amenazas. No les dice que no los van a llevar de vuelta a España, ni que en su nuevo destino van a estar deseando la muerte. Pero nadie es capaz de dar un grito de alegría esta vez, ni de celebrar la salida de aquel campo de prisioneros. Es como si todos sus compañeros hubieran aprendido alemán de repente, como si hubieran entendido una por una las palabras del Kapo y todos supieran que dentro de muy poco la única ilusión que les va a quedar será la de estar muertos.

En la estación los conducen a empujones hasta el tren, y comparado con este, el viaje desde París a Sandbostel va a ser como un paseo en un expreso de lujo. A Rubén lo arrastra un torrente de presos que es empujado por los Kapo, que con las porras amenazan a los españoles cuando llegan a la estación después de sacarlos de los camiones en los que los han traído. En el camión de Rubén ninguno ha abierto la boca. El trayecto desde el campo hasta la estación, apretujados todos en la parte trasera, bajo la lona, es lo más parecido a un velatorio. Rubén ha tenido la suerte de ser uno de los últimos en entrar y puede respirar mejor. Se pregunta si esa apretura, esa forma de tortura, no es más que una de las muchas maneras de las que pueden matarlos, despacio, acabar con ellos sin tener que verles siquiera la cara mientras los llevan a la estación. Ninguno se pregunta ahora si los van a devolver a España, como se rumoreaba, sino si de verdad los van a trasladar a otro sitio, o es que simplemente van a liquidarlos de una vez.

Otra vez los gritos de los Kapo antes de subir al tren. Las porras que chocan contra la chapa del camión, y luego los golpes a los primeros en bajar, en la espalda, en los brazos, en las piernas, en la cabeza. Rubén se lleva las manos a la cabeza para protegerse, pero no puede evitar los palos. *Loss, loss, schnell, schnell*. Es lo único que escucha, casi todos los *Kapo* gritan lo

mismo. *Loss, loss, schnell, schnell*. Venga, venga, rápido, rápido, con insultos entreverados. Nunca va a dejar de sorprender a Rubén la manera con que los Kapo, que no son sino presos también que gozan de algunos privilegios, se comportan con sus compañeros.

Al bajar del camión, apenas ha podido dar tres pasos. Antes de dar el siguiente y después de haber recibido una lluvia de golpes, Rubén se ve rodando por el suelo, y los compañeros, que son obligados a bajar del camión con la misma urgencia que él, le pasan por encima. Se hace un ovillo, contiene la respiración, se gira hacia un lado de mala manera, y cuando el mundo se vuelve borroso, un velo turbio que le pasa por delante de los ojos, piensa que todo ha terminado, que el destino ha querido que expíe sus culpas pisoteado por sus propios compañeros. Cierra los ojos, resignado, piensa que hasta aquí ha llegado y se pregunta si no debería encomendarse a Dios a pesar de que hace muchos años que ha dejado de creer en Él. Pero morir no debe de ser tan fácil, porque alguien lo coge por los sobacos y lo levanta. Alguien que debe de tener mucha fuerza. Rubén abre los ojos, está de pie y está vivo, pero el mundo sigue siendo una nube borrosa, como si se hubiera quedado a medio camino, con un pie a cada lado de la línea que separa a los vivos de los muertos. Los mismos brazos que lo han levantado del suelo ahora lo llevan hacia el vagón, casi lo arrastran en volandas. Siguen lloviendo las porras de los Kapo, y los gritos en alemán, que aunque tal vez solo él sea capaz de traducir, quizá todos puedan entender ya. Antes de que pueda darse cuenta está dentro de un vagón, apretujado junto a docenas de presos, más apretado todavía de lo que estaba en el camión, y la puerta se cierra enseguida, chirría tanto que se le han puesto los pelos de punta, y ahora el mundo además de borroso es una nube negra, un cajón oscuro donde un montón de hombres tiene tanto miedo que ni siquiera son capaces de hablar. Todavía hay alguien que lo sujeta para que no se caiga, y hasta ahora Rubén no está seguro de haberlo reconocido. Es Santiago, un valenciano enorme que ha compartido su mismo barracón durante las últimas dos semanas en Sandbostel. Le ha salvado la vida al levantarlo, pero aún le ha hecho otro favor incluso más grande también.

—Toma —le dice—. Aquí tienes esto, que se te habrá caído al bajar del

camión.

Sin apenas poder mover los brazos Rubén agarra sus gafas. Levantar las manos para colocárselas entre tantas apreturas es tan difícil que tiene que intentarlo varias veces, y cuando lo consigue se da cuenta de que las patillas están torcidas, y que uno de los dos cristales tiene una grieta desde la montura hasta el centro. Pero se alegra de que el mundo vuelva a ser nítido, aunque oscuro todavía. Algunos presos se asoman por los resquicios de los tablones del vagón, unas rendijas por las que apenas se cuelan unos rayos de luz.

—¿Qué pasa? —preguntan los que no ven—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

—Nos han metido en un camión de ganado.

—¿Pero qué esperabas? ¿Que nos llevarsen en un vagón de primera clase? ¿Y desde cuándo has sido tú un señorito?

Algunos presos se ríen. Rubén también. No está mal un poco de sentido del humor dadas las circunstancias. No lo puede decir exactamente, pero en el vagón debe de haber por lo menos setenta u ochenta presos. Todos de pie y apretujados, como sardinas en lata. Tanta gente que apenas pueden moverse. Imposible pensar en sentarse, en descansar. Pero el trayecto no puede durar demasiado. Es imposible que todos puedan pasar así demasiado tiempo.

—Seguro que nos llevan hasta otra estación más grande, a lo mejor Hamburgo, y allí nos volverán a distribuir.

—No nos han dado comida, ni agua. No podemos ir muy lejos.

Anna

Cuando faltaban dos semanas para que comenzasen las navidades, le había pedido unas vacaciones a la directora de la academia. Su jefa no le puso pegas. Entendía que los últimos meses habían sido muy duros para ella. Madame Froissard le correspondió con un gesto desacostumbradamente cariñoso. Había llegado a conocer a Rubén y sabía que Anna no tenía ninguna familia: sus padres habían muerto, y no tenía ni hermanos. No era extraño que quisiera viajar a España esos días para estar con la familia de su prometido, a quienes todavía no conocía, según Anna le había contado. Habían pasado más de tres años desde que Rubén abandonó España y desde entonces no había podido regresar, ni tampoco su familia había podido visitarlo en París. Madame Froissard se mostró comprensiva, pues, con la situación. Le deseó suerte y le dio un beso su último día de trabajo antes de entregarle un sobre con el salario completo de diciembre a pesar de que solo había trabajado dos semanas.

En el mismo tren que viajaba a los Pirineos, pero en un vagón de primera clase, también iba sentado Robert Bishop. Sin embargo, Anna no se encontró con él en ningún momento del trayecto. Todavía no había sido adiestrada en su desempeño como agente, y aunque después de regresar de aquellas vacaciones forzadas nunca vería las cosas del mismo modo, ya era del todo consciente de que habría sido demasiado arriesgado que alguien la hubiera visto sentada junto a Robert Bishop en el tren. Antes de que su entrenamiento intensivo comenzase, Anna había empezado a actuar como una espía, o es

que el periodo de entrenamiento había empezado ya, pero ella todavía no lo sabía.

Tuvieron que atravesar la frontera y llegar hasta San Sebastián para que Robert Bishop y ella se sentasen juntos en un café, desde cuya terraza se podía ver la cúpula del hotel María Cristina, al otro lado de la ría, y un buen trozo de playa y de mar, y pudieran hablar cara a cara, sin preocuparse de que alguien de la Gestapo o de la Abwehr estuviese pendiente de su conversación. Pero Robert Bishop no estaba nunca relajado.

Cuando llegó al café, ella ya estaba esperándolo.

Anna se había alojado en el hotel de Londres, un lujo que ella no se podía permitir, pero tal vez sí el servicio secreto británico o norteamericano, todavía no estaba segura de para quién trabajaba Robert Bishop. El billete desde París no lo había comprado en primera clase por si alguien la vigilaba y sabía que ella no podía afrontar un dispendio semejante, pero ahora disfrutaba de una habitación con vistas al Cantábrico revuelto de diciembre y a la isla de Santa Clara.

Había paseado toda la mañana por la ciudad, hasta llegar diez minutos antes de la hora convenida a su cita con Bishop. Aunque lo había vuelto a ver en otras cinco ocasiones, desde aquel día que se presentó en su casa, el agente norteamericano —Anna ya nunca había vuelto a pensar en Bishop como en un periodista, de hecho, cuando recordaba el día que habló con él por primera vez terminaba concluyendo que ni siquiera entonces se creyó que fuera periodista— seguía siendo para ella tan oscuro como el mayor de los enigmas.

Desde que estuvo en su piso la primera vez, pasaron otras tres semanas hasta que volvieron a encontrarse y, durante aquel tiempo no pasó un solo día sin que Anna mirase demasiadas veces a un lado y a otro, se parase en mitad de la calle o fingiese arreglarse el pelo en un escaparate por si pillaba desprevenido a Bishop mientras la estaba siguiendo. Pero lo que había pasado cuando el norteamericano se fue de su casa y ella se asomó a la ventana no era sino la confirmación de lo que había pensado: o era un fantasma o no resultaba posible averiguar si estaba cerca, si él no quería que su presencia fuera evidente.

Fuera a encontrarse de nuevo con él o no, Anna había hecho caso a su consejo de no volver a acudir a su cita diaria frente al cuartel general de la Gestapo. Los dos primeros días se sintió extraña sin hacerlo, como quien deja un hábito en el que se ha instalado cómodamente, casi sin darse cuenta, y ahora hubiera llegado el momento de abandonarlo. Procuró concentrarse en sus clases de alemán, en pensar que cada día que consiguiese arrancar al calendario era un día menos que le faltaba para ver a Rubén, o para que al menos Bishop le pudiera traer alguna noticia concreta sobre él.

La segunda vez que el americano vino a verla fue tan sorprendente o tan inesperada como la primera. Era de noche. Anna ya había cenado y estaba a punto de acostarse. Como cada día, se había asomado a la ventana, por si él venía a hablar con ella, que estuviera allí para hacerse el encontradizo, avisarla de que bajase a la calle y se entrevistasen tal vez en un parque o en un café apartado, a salvo de las miradas de gente que estuviese atenta a cualquier cosa que pudieran contarse. Le había costado despojarse de la costumbre peligrosa de acudir cada día a la puerta del hotel Meurice, pero a cambio había adquirido otro hábito que a la larga podía ser no menos perjudicial para su salud, o al menos para su estabilidad mental, porque estaba quebrantando su ánimo. De tanto esperar a que el supuesto periodista norteamericano apareciese de nuevo, a veces Anna sentía que se le estaban rompiendo los nervios. Pero menos mal que últimamente le costaba mucho conciliar un sueño digno de ser llamado así. De otra forma, pensó, justo después de haberse metido en la cama, no se habría enterado de que unos nudillos golpeaban suavemente la puerta de su casa.

Se puso una bata y abrió sin preguntar quién era. Estaba segura de que se trataba de él, y que algún vecino lo viese en la escalera del edificio no le parecía la mejor idea. Habían pasado dos meses ya desde que se llevaron a Rubén, y lo que menos le apetecía era que la gente con la que se tenía que cruzar cada día por las escaleras la mirase con una mezcla de estupor y rencor porque le había faltado tiempo para encontrar un amante que había reemplazado a su novio, el exiliado español, con lo bueno que era.

Robert Bishop cruzó el umbral inmediatamente, sin decir una palabra, y Anna estuvo segura de que pensaba exactamente lo mismo que ella.

—No sé si debo encender la luz.

Ya se habían sentado los dos en el pequeño salón.

—Da lo mismo —respondió Bishop—. Que nos vean juntos aquí no es demasiado grave, todavía. Al fin y al cabo usted no deja de ser una mujer soltera a la que visita un amigo.

La frase podía haberla ofendido, no estaba segura de si más la primera parte que la segunda, pero al final no podía sino reconocer que no le faltaba cierta lógica. Aún no la había terminado de asimilar cuando él se lo aclaró.

—No se ofenda, mademoiselle Cavour, pero que nos veamos en su casa, por ahora, puede que sea la mejor de las opciones. He preferido venir tarde para no encontrarme con alguno de sus vecinos y que cuando usted los viera no tuviese que enredarse en explicaciones engorrosas o sonrojarse. Este es un edificio pequeño, seguramente dado al cotilleo y a las murmuraciones. Pero tiene la ventaja de que tanto madame Lusignon como el matrimonio Picard, con sus dos preciosos gemelos, son ciudadanos franceses sin relación con los alemanes, y tampoco son judíos o tienen ideas políticas por las que la Gestapo considere que han de estar vigilados. Y tampoco son patriotas que se están organizando para luchar contra los nazis mientras llega el día en que París sea liberada.

Anna dejó escapar el aire por la nariz. Lenta, pesadamente.

—Ya veo que está usted muy bien informado.

Bishop se inclinó en la silla, acercando su cabeza a la de ella.

—La información, mademoiselle, ya se lo dije, forma parte esencial de mi trabajo.

Hablaba en susurros, como si le confesase un secreto.

Anna le preguntó si le podía ofrecer algo de beber o de comer, pero el norteamericano declinó amablemente la invitación.

—¿Ha tomado usted alguna decisión?

A Robert Bishop parecía gustarle ir al grano.

—¿Me ha traído usted noticias de Rubén?

El supuesto periodista sacó un pequeño sobre de su chaqueta, sin ninguna parsimonia.

—Lo único que sabemos es que se encuentra en un campo de prisioneros

en el norte de Alemania, un lugar llamado Sandbostel. Parece ser que es uno de los lugares donde han mandado a los presos políticos, entre ellos los republicanos españoles exiliados en Francia, a los que han sido detenidos, como Rubén, o a los que fueron hechos prisioneros en Dunkerque.

—¿Pueden ustedes sacarlo de allí?

Bishop sacudió la cabeza sin dudar siquiera.

—Ahora mismo es imposible pensar en algo así. Los alemanes son los dueños de Europa.

—No veo entonces cómo pueden ustedes ayudarlo. Tendrá usted claro que el único motivo para que yo colabore es para que lo saquen de donde está.

Bishop asintió, como si le diera la razón a una colegiala.

—La única forma que tenemos de ayudar, no solo a Rubén, sino a todos los que están presos con él, a la gente de este país ocupado por los alemanes, es contribuyendo cada uno, en la medida que podamos, a ganar esta guerra.

—No veo qué puedo hacer yo por usted, por ustedes. Ni siquiera sé quiénes son. No soy más que una mujer sola en un país ocupado.

Anna vio a Bishop apuntar ese gesto, idéntico al del día que habló con él por primera vez, en ese mismo salón, pero a la luz del día, lo más parecido que el americano podía articular —aún no lo conocía apenas, pero, por alguna razón, eso ya lo tenía muy claro—, a una sonrisa.

—Eso no se sabe, mademoiselle. Tal vez dentro de unos meses yo ya no pueda moverme por París con la misma libertad con la que me muevo ahora. En cuanto los Estados Unidos se decidan a entrar en esta guerra, yo me convertiré en ciudadano de un país enemigo y tendré que marcharme.

—¿Llegará Estados Unidos a involucrarse en la guerra? En la pregunta de Anna había un brote de esperanza. Era un secreto a voces que sería la entrada de Estados Unidos en la guerra la mejor ventaja que podrían tener los ingleses y la Francia ocupada para devolver a los alemanes a las fronteras del tratado de Versalles. Pero a muchos, sin embargo, aquella idea se le antojaba una utopía. Y Anna, que había perdido la noción de muchas cosas desde que se llevaron a Rubén, no sabía con qué carta quedarse.

—Al final, los Estados Unidos entrarán en esta maldita guerra. No le

quepa duda de ello, mademoiselle. Solo es cuestión de tiempo.

—Ojalá —dijo Anna, mirando de pronto por la ventana, como si pudiese atisbar un rayo de esperanza en la niebla que se había apoderado de París esa noche. El otoño llegaba a su fin y hacía mucho frío. Se arrebujó con la bata y no miró a Bishop todavía. Los faros de un coche alumbraron la ventana y, durante un segundo, proyectó un haz luminoso sobre la pared, como si el comedor de su casa fuese una sala de cine.

Por un momento contuvo la respiración. A Rubén lo habían detenido de día, y no podía decir que los hombres que habían venido a buscarlo no hubieran sido correctos, incluso tenía que admitir, por mucha rabia que sintiese al hacerlo, que habían sido amables. Pero también había escuchado muchas historias desde que los alemanes se habían instalado en París. En voz baja la gente contaba que había coches que de noche frenaban en la calle, delante de la puerta de un edificio cualquiera donde vivían unas cuantas familias normales y corrientes. Enseguida se escuchaba el sonido premonitorio de las botas militares sobre el asfalto, los puños que golpeaban una puerta con la firmeza de quien sabe que al hacerlo conseguirá asustar más todavía a quien vive en el edificio, alguien que tal vez se acurruca bajo las sábanas como un conejo o que, al escuchar los golpes, se pone delante de su mujer y sus hijos, y todos en silencio miran la puerta del piso, la ven temblar y acaso incluso saben que los que llaman no se lo van a pensar dos veces antes de derribarla a patadas. Luego se llevaban a alguien. Las historias siempre terminaban de la misma forma. A lo mejor había algún disparo o a quien hubieran venido a buscar lo bajaban a empujones por las escaleras y lo metían en un coche. Botas militares otra vez, los neumáticos de un automóvil que chirrían al arrancar en la oscuridad. Siempre de noche. De noche daba más miedo.

Hasta que no escuchó el motor del coche perderse al final de la calle, no soltó Anna el aire. Con el rabillo del ojo le pareció que Bishop tampoco se sintió del todo tranquilo hasta que también dejó de escucharlo al final de la calle y estar seguro de que no se había detenido en la puerta del edificio.

Pero pensar que Bishop se había puesto nervioso tal vez era aventurar demasiado. Aún no lo sabía con certeza —no en vano era la segunda vez que

se habían visto— pero ya intuía que aquel hombre que se había vuelto a sentar en la misma silla en la que siempre se sentaba Rubén sabía disimular muy bien sus emociones. O es que acaso no las tenía.

Apenas ha pasado un mes desde aquella noche en la que al final le dijo a Robert Bishop que sí, que trabajaría para él y para sus jefes, quienquiera que sus jefes fuesen, si con ello podría contribuir, de alguna manera, a la derrota de los nazis, que los alemanes se fuesen de París y ya nunca más volvieran, que Rubén regresase sano y salvo de dondequiera que estuviese. El americano asintió en su casa aquella noche. El gesto grave, los ojos clavados en ella, como si quisiera asegurarse de que no había dudas en cuanto a lo que le iba a decir.

—Puede llegar a ser peligroso —le advirtió, hizo una pausa, sin dejar de mirarla, los ojos azules del falso periodista ahora se le antojaban fuego helado—. Muy peligroso.

Después de haberse encontrado en París con él varias veces de una forma más o menos clandestina, Anna había pensado mucho en aquella advertencia. Europa estaba en guerra, la mitad de Francia ocupada por un ejército extranjero, y ella trabajaba para unas personas que no conocía y cuyo único nexo era Robert Bishop. Gente que, por supuesto, era enemiga de los nazis. Pero, en todo el tiempo que había pasado desde que ella le había dicho que sí al americano, aún no había sentido la cercanía del peligro, la sequedad en la boca por el miedo de estar haciendo algo prohibido y peligroso.

Tal vez porque era demasiado poco tiempo quizá para que le pudiera haber pasado algo malo, pero también era cierto que Robert Bishop no le había pedido todavía su participación en ninguna acción concreta. Hasta ahora era como una agente a la que aún no le habían adjudicado un destino, pero le inquietaba hacer cosas sin saber el motivo, era como montarse en un tren cuyo destino desconocía, pero, en otra de las reuniones que tuvieron, Bishop le advirtió que no debía hacer preguntas. Jamás.

Y ahora, después de haber cruzado la frontera española, cuando lo ve llegar, tiene la sensación de que va a encontrarse con alguien diferente. No es que ahora su jefe haya aparecido sonriendo, ni mucho menos, pero tal vez porque París queda lejos, Anna tiene la sensación de que está un poco más

relajado. Pero esa impresión apenas le dura un instante, y enseguida piensa que se debe a su propia convicción de que es imposible que una persona no pueda sonreír jamás o mostrarse relajada alguna vez.

No están en París, y aunque también hay nazis en San Sebastián, no puede ser tan peligroso como allí. Además, faltan menos de dos semanas para la Navidad. Es ella la que debería estar más triste porque no ha vuelto Rubén. Una sombra inoportuna de la que no puede desprenderse le nubla el ánimo al acordarse de él —dónde estará, cómo se encontrará, cuánto frío o cuántas penalidades estará pasando—, sin embargo, es Robert Bishop el que muestra el mismo gesto amargo de siempre, el ceño fruncido, mirando con disimulo que ya no puede fingir delante de ella cada pocos segundos a un lado y a otro, catalogando sin poder remediarlo a cada una de las personas que disfruta del sol del invierno en la terraza del café.

—En cualquier lado puede haber alguien escuchando.

Nunca hay que bajar la guardia. Pero ya lo irás aprendiendo todo, poco a poco y a su debido tiempo.

Cada una de las veces que se han encontrado en París le ha sugerido algún detalle del que ella no estaba al tanto: cómo dar el esquinazo a alguien que la está siguiendo, cómo ir detrás de una persona sin que esta se dé cuenta de que va tras sus pasos.

—Durante las dos semanas que pasarás en Londres lo aprenderás todo correctamente.

Anna no tenía que reincorporarse en la academia hasta la primera semana de enero. Aún faltaba casi un mes. Aparte de los quince días de entrenamiento que iba a recibir, le sobraba una semana larga para incorporarse al trabajo. Pero Bishop le va a resolver la incógnita enseguida. Se ha pedido un café y ha removido el azúcar, pero antes de darle siquiera un sorbo, como si no procediera hacerlo hasta resolver primero el asunto para el que se había citado con Anna, con los ojos señala el periódico que ha dejado doblado sobre la mesa.

—Ahí dentro tienes un billete de tren para Madrid y una reserva en un hotel modesto, pero limpio, de la ciudad. Y también otro para Sevilla.

—¿Sevilla?

Bishop asiente. Ya ha probado el primer sorbo de la taza, un pequeño placer que se concede después de cumplir la obligación de decirle que tiene que viajar a Sevilla. Anna ya sabe para qué, pero piensa que mientras no se lo diga abiertamente, tal vez haya una posibilidad, por muy pequeña que sea, de que esté equivocada, de que el motivo por el que Bishop quiere que viaje a Sevilla es muy distinto a aquello que está imaginando. Pero no es tan ingenua como para creérselo además de desearlo. No es necesario que haya recibido ya el periodo de instrucción en Londres como para no pensar que va a poder eludir ir a Sevilla. Una coartada ha de ser creíble. Cuanto más, mejor. Es otra de las cosas que ha escuchado decir a Bishop cuando se han reunido en París. Y ella ya había pedido tres semanas de vacaciones en la academia con el único pretexto de viajar a España para visitar a la familia de Rubén durante las Navidades.

—Supongo que no me queda otro remedio que ir a conocer a la familia de Rubén.

—Es lo lógico, dadas las circunstancias. Las Navidades están a la vuelta de la esquina.

—Pero las relaciones entre Rubén y los suyos no eran todo lo buenas que cabría esperar. No estoy segura de que vaya a ser bien recibida.

Robert Bishop baja la cabeza un momento, se gira un poco, como si quisiera recrearse en la playa que parece que está tan cerca que podría incluso tocarla con la punta de los dedos si estirase el brazo un poco. Pero ella sabe que aprovecha el gesto para hacer un barrido visual y comprobar cuántas de las personas que estaban sentadas en la terraza cuando él llegó se han marchado ya o quiénes a los que no había visto antes se han sentado. Anna está segura de que ha contado a todos y cada uno de los que están en el restaurante. Es imposible. Bishop nunca se relajará. Forma parte de su naturaleza.

—Nadie dijo nunca que este trabajo fuese sencillo —le escucha decir Anna—. Quiero que vayas a Sevilla a visitar a la familia de Rubén. Hazte visible. Sal a la calle con ellos.

—No sé si querrán recibirme siquiera. Rubén no tenía ningún contacto con ellos desde que se marchó a París. Su padre no le perdonó su militancia

comunista.

Ya no sigue hablando. El resto se lo calla. Lo demás prefiere guardárselo para sí. Tal vez lo mejor para Rubén hubiera sido hacer caso a su padre, tragarse sus ideas y haberse quedado en España, dar clases de latín en un instituto de Sevilla, una vida tranquila, sin sobresaltos, administrar el patrimonio familiar si él quería. Una vida regalada hubiera tenido si no hubiera sido tan cabezota, sin riesgos, un hijo ejemplar, como sus hermanas, y no la oveja negra de la familia.

Robert Bishop vuelve a mirarla con ese gesto condescendiente que le molesta tanto.

—Lo sabemos todo sobre la familia de Rubén. Por eso es importante que te dejes ver con ellos. Desde Sevilla tendrás que ir a recibir dos semanas de instrucción en Inglaterra, la verdadera finalidad de este viaje, pero la coartada para salir de Francia ha sido venir a Sevilla para visitar a la familia de Rubén, y eso es lo que vas a hacer.

Pero Anna no ha escuchado a Robert Bishop decir la última frase. Sigue pensando en que tal vez lo mejor que podría haber hecho Rubén en su vida fuese haber hecho caso a su padre, no haber salido de Sevilla. Pero, también, si no se hubiera marchado a París no la habría conocido a ella, aunque tampoco se lo habría llevado la Gestapo.

—¿Me has entendido, Anna? ¿Te has enterado de lo que te he dicho?

Ella asiente, aunque todavía su cabeza está muy lejos de allí.

—Iré —dice, por fin, mirando a Bishop, antes de coger el periódico y levantarse—. No te preocupes que haré lo que me pides.

Se aleja del café sin mirar atrás. Camina despacio Anna. Unos pocos minutos después se detiene a mirar la playa Zurriola, al otro lado de la ría. Es diciembre y apenas hay nadie, pero a ella le gustaría poder pasear cada día por ese lugar, los pies descalzos sobre la arena, si viviera en una ciudad como esta.

Abre el periódico por primera vez desde que sale de la terraza. El billete de tren es para dentro de cuatro horas. Le hubiera gustado quedarse más tiempo en San Sebastián, aunque hubiera sido un solo día. Tal vez volver hasta allí esa misma tarde y subir al monte Igeldo para ver la puesta de sol

desde la cima. Pero tiene que coger un tren para hacer algo que le desagrada bastante. Y está segura de que esto en lo que se ha metido no ha hecho más que empezar. Visitar a los padres de Rubén es solo una de las muchas cosas incómodas que va a tener que hacer.

Esa mañana, cuando se vuelve y mira cómo el cielo se ensombrece tras la cima del monte Igueldo, Anna no puede imaginar todavía cómo va a ser capaz, de cuántas más cosas terribles le habrá de pedir Bishop porque es su obligación y porque se ha comprometido, y, lo que es peor, algo que no puede saber todavía, es que al final las llevará a cabo todas, punto por punto, a veces sin protestar siquiera.

Rubén

Pasan los minutos y ya no se escuchan más que camiones que llegan desde el campo de prisioneros hasta la estación. Seguro que están llenando los otros vagones de presos también. Luego solo queda el silencio, y a medida que pasa el tiempo la luz que traspasa los tablones es cada vez más débil. Pero todavía es de día. Al menos eso es lo que parece cuando el tren arranca por fin. Algunos presos silban. Otros intentan aplaudir, pero no pueden en la estrechura del vagón.

—Al menos hoy no vamos a pasar frío.

—Sí, vamos a viajar calentitos, todos bien pegados, como si fuéramos novios.

El tren comienza su marcha, muy despacio. No sabría decir Rubén cuántos presos en total, pero unos cuantos vagones repletos como el suyo arrojarían un total de por lo menos mil presos en el convoy.

El viaje puede ser largo. Rubén cierra los ojos pero no puede dejar de escuchar las palabras del Kapo de Sandbostel que no tradujo a sus compañeros. No vais a volver a España. Van a llevaros a un campo de prisioneros donde muy pronto desearéis estar muertos. No sabe el destino del tren. Le cuesta respirar. Está en la mitad del vagón, cerca de una de las paredes, apoyado en la espalda enorme de Santiago pero demasiado lejos de una rendija. Se ahoga entre tantos compañeros, el aire viciado y las ventosidades inevitables por culpa de la tensión y del miedo. También tiene hambre, pero esta no es una sensación nueva. Lo peor es la sed, y Rubén se

esfuerzo en no pensar en el hambre y en la sed porque sabe que si no es capaz de soslayar el agujero del estómago y la sequedad de la boca el viaje será insostenible. Algunos compañeros han comentado que quizá, si es que no los llevan a España, su destino muy bien podría ser la frontera rusa, ahora que Hitler y Stalin han llegado a un acuerdo de no agresión. Santiago se lo ha preguntado a Rubén, apretados en el vagón, espalda contra espalda, sin poder girarse para verse la cara cuando hablan.

—¿Crees que nos llevarán a Rusia?

Rubén ha visto cómo le han adjudicado, a su pesar, el papel de intelectual del barracón, y ahora lo sigue siendo en el tren. Pero su opinión tiene un peso que le incomoda. Ha cargado con una responsabilidad que no le corresponde:

—Es posible —responde. Y se encogería de hombros si pudiese para subrayar su razonamiento—. Es posible. Rusia no es un mal sitio, a pesar de todo. Lo malo es que habrá que acostumbrarse al frío.

—Pero bueno —dice Santiago, firme, la cabeza rígida. Es tan alto que su coronilla casi toca el techo—. Al menos ya nos hemos ido acostumbrando al frío en el norte de Alemania. No creo que sea mucho peor en Rusia.

Rubén calla. Lo que les espera puede ser mucho peor. Según el Kapo va a ser mucho peor.

Es de madrugada cuando el tren se detiene. Los que han podido se han quedado dormidos, de pie, apoyados los unos en los otros.

—Deberíamos hacer turnos para descansar. Sentarse todos es imposible.

—Pero si ni siquiera podemos estar de pie.

—Podríamos hacerlo a ratos. Si nos apretamos un poco más contra la pared del vagón, una fila podría sentarse cinco minutos, y luego otra fila, y otra, y así sucesivamente.

—Eso, todos apretados mientras los otros se sientan.

—Probémoslo.

Rubén tiene la mala suerte de que su fila sea la que ha de esperar el último turno para poder sentarse. La espalda de Santiago lo protege de ser aplastado, pero arrinconado como está le sigue costando respirar. El espacio del vagón es el que es, y hay demasiados hombres dentro. No es el único que se ahoga. Son muchos, todos los que están en su fila.

—No puedo respirar —dice uno—. Que se pongan de pie los que se han sentado.

No hay espacio. Rubén no puede ver nada desde la pared, pero parece que los del otro extremo se levantan a pesar del cansancio. Están todos agotados. Todos. Los que se han sentado y los que no. Pero escuchan voces, alguno que protesta, uno que no quiere levantarse todavía. Les dice a sus compañeros que esperen, que aún no han pasado los cinco minutos que habían acordado.

—Dos minutos más —suplica, y en el vagón es como si estallase un terremoto. Los presos empujándose para coger un buen sitio, puñetazos a duras penas porque casi no se pueden estirar los brazos. Dura poco, por fortuna. El que no quería levantarse ha sido convencido a golpes. Luego todo el mundo se calla.

A Rubén se le ha ocurrido que el tren fuera a salirse de las vías por culpa de la pelea. A lo mejor, piensa, en todos los vagones está pasando lo mismo y el tren puede descarrilar de verdad. ¿Será eso mejor que llegar a su destino? ¿No será peor el infierno que les espera? Algunos de los presos todavía creen que los van a devolver a España. Muchos más están convencidos de que los van a entregar a los rusos. Y Rubén sigue callado. Mientras no diga nada piensa también que todavía es posible que las amenazas del Kapo de Sandbostel no sean ciertas, que aún no los lleven al infierno, que los hayan retenido en un campo de prisioneros del norte de Alemania para reagruparlos y más tarde llevarlos a todos en un tren hacia el sur, a la frontera con España, o que a lo mejor el tren se desviará luego hacia el este y el destino final sea Rusia. Se esfuerza en pensarlo Rubén, una forma de seguir vivo, de mantener la esperanza ahí dentro. España es mejor que el infierno adonde los mandan. Solo hay que aguantar. Aguantar un poco más. No tiene hambre. No hace frío. El aire es puro, como el de un olivar en invierno en España, y Rubén no está en el vagón, sino en París, junto a Anna. Cierra los ojos, apoya la cabeza en la espalda del gigante valenciano y tiene la sensación de haberse quedado dormido. Nunca se ha quedado dormido de pie. Ni siquiera sabe si eso es posible, dormir de pie, como los caballos. Pero tampoco nunca ha estado tan cansado en su vida. Y cuando pase el tiempo se acordará de este viaje, del agotamiento que siente ahora, y lo único que deseará será estar otra vez en

ese tren, que no llegue nunca a su destino, que el infierno no empiece, mejor seguir en ese tren donde no se puede respirar, donde el único aire que le llega a los pulmones sea una mezcla de sudor, de ventosidades y de orines y de excrementos, porque algunos de sus compañeros no han podido evitar vaciarse el vientre o la vejiga encima.

Tantas horas en el tren que ya ni se acuerda. Desde por la mañana Rubén también tiene ganas de mear, de cagar no, por fortuna, porque hace muchas horas que no ha probado bocado. Pero de mear sí. Le duelen las ingles pero se resiste a hacérselo encima. Al menos mientras pueda. En uno de los rincones del vagón han acordado los presos habilitar la letrina, que no es más que un trozo de suelo donde cagar, mear o vomitar el que todavía tenga algo guardado dentro del estómago y no quiera esperar a hacer la digestión para soltarlo por abajo.

Rubén aprieta los párpados. Procura no mearse encima. No sabe si está dormido o no, sigue soñando que está en París, y de pronto está en ese olivar en invierno en el que ha pensado antes, no hay duda, porque el mundo cambia sin que nadie pueda evitarlo. Primero París, pero París sin Anna. ¿Dónde está Anna? Anna no aparece en el sueño. Luego está solo, en el olivar, y no hay nadie con él. No están sus compañeros ni escucha el suave traqueteo del vagón al mecerse sobre las vías. El caso es que le encanta estar ahí, con los olivos, el olor de los terrones húmedos, en silencio, y sobre todo se siente en paz y tranquilo. Debe de ser Andalucía, es el mismo olivar de su familia de cuando era niño, hace una temperatura agradable y no hay nieve, y además de olivos también hay naranjos, y limoneros, y una higuera detrás de una colina. Cierra los ojos en el sueño y huele el azahar aunque no es primavera. Lo sabe Rubén porque está en casa, o es que nunca se ha ido de Andalucía. Y cierra los ojos aún más. Tanto que le duelen los párpados y al final se relaja, siente un alivio en la entrepierna que deja de preocuparle, ya no tiene ganas de orinar, en el campo puede hacerlo cada vez que le dé la gana, y entonces empieza a sentir frío, pero las ingles y parte de una pierna las siente calientes. Abre los ojos, va tomando conciencia poco a poco de que aún sigue en el tren, que es madrugada de finales de otoño en algún lugar impreciso de Alemania, que el frío empieza a ser insoportable a pesar del

calor de todos los cuerpos de los prisioneros arrojados, y que esa sensación cálida de la entrepierna es porque se ha meado encima mientras estaba dormido. Es una faena, pero no lo ha podido evitar. Y ahora, además de soportar la vergüenza por habérselo hecho encima, como si fuera un niño de pañales, lo que tiene es miedo de que alguno de sus compañeros la tome con él por no haber pedido que lo dejaran ir al rincón, al cagadero —todavía hay algunos que se permiten hacer bromas a pesar de la situación tan desesperada en la que se encuentran— para mear, como todo el mundo.

¿Es posible que todavía ninguno sea capaz de intuir adónde los llevan? Rubén también tiene miedo de que alguno de ellos haya entendido las palabras que el Kapo ordenó que tradujese en la puerta del barracón y les diga a los demás que les ha mentado. Rubén os ha engañado, compañeros, sí, ese mequetrefe de las gafas que se acaba de mear en los pantalones. Si se ponen violentos no va a poder hacer nada. Morirá aplastado, como una cucaracha. Ni siquiera el corpachón de Santiago va a poder salvarlo. Seguro que su amigo se ha dado cuenta de que se ha meado encima, pero no ha dicho nada, puede que porque prefiere no avergonzarlo delante de los demás, delante de él mismo quizá, o porque no quiere que la tomen con él. Aunque es más que posible que Rubén no haya sido el único que se ha meado o cagado encima. El olor a excrementos y a orines es tan intenso dentro del vagón en determinados momentos que no hay otra respuesta salvo que más de uno no haya podido aguantarse y se lo haya hecho en los pantalones. Pero cuando Rubén termina de abrir los ojos del todo y toma conciencia por fin de que está despierto se da cuenta de algo que no sabe muy bien qué significa, si será bueno o malo, si el final del viaje o el principio del infierno o si tal vez no significa nada. Pero hay algo de lo que no hay duda: el tren se ha parado del todo, todavía puede escuchar el chirrido inconfundible de las bielas al frenar como si fuera un eco lejano, un ruido que puede incluso proceder de otro mundo. Muchos de los compañeros deben haberse quedado dormidos porque no se han dado cuenta.

—Nos hemos parado —le dice Santiago, tieso, como una estatua, pero Rubén apenas puede ver nada.

Pasa el tiempo, y alguno dice ea, ya hemos llegado, como si hubiera sido

un viaje de placer y hubieran arribado cansados a la puerta de un hotel. Luego, la puerta del vagón se abre y tiene que cerrar los ojos, como si el sol hubiera salido de repente. Una luz tan potente que no puede evitar sentir miedo de quedarse ciego si la mira fijamente. Aprieta los párpados. Los que pueden moverse con menos dificultad se tapan los ojos.

—Joder, la luz —se atreven algunos a protestar.

Fuera se escuchan voces, y al abrir la puerta una ráfaga de aire helado se cuela en el vagón, y aunque lo primero que consigue el viento frío es hacerlo tiritar, a Rubén en el fondo lo alivia porque espera que pueda llevarse algo del mal olor.

—*Wer kann hier Deutsch sprechen?* —escucha decir, y como nadie contesta, quienquiera que la haya pronunciado repite la frase—. *Wer kann hier Deutsch sprechen?*

Son palabras en alemán que se mezclan con ladridos de perros. Desde dentro solo se puede ver el foco. Preguntan por alguien que hable alemán. Ninguno responde, y Rubén, en un grito apagado que siente ridículo desde su rincón, como si fuera el gallo de un adolescente que no ha podido evitar, dice que él habla alemán, y al abrir los labios también maldice su suerte por ser el único hombre del vagón capaz de hacerlo.

—*Ich kann* —repite, sin estar seguro de si desde donde están los de fuera pueden oírlo.

Santiago se hace a un lado para que Rubén pueda pasar, pero apenas consigue dejarle espacio entre otros dos presos que están apretujados contra él, en la estrechura del vagón es imposible que pueda salir, que pueda llegar hasta la puerta, al foco desde el que parecen brotar las voces.

Ich kann, murmura, de nuevo, pero está seguro de que al otro lado del vagón, desde la puerta, nadie podrá escucharlo, y si no es capaz de llegar a tiempo las puertas del vagón se cerrarán y entonces el tren arrancará y ya no podrá hacer nada por sus compañeros. De nuevo será todo oscuridad, quién sabe por cuánto tiempo más. *Ich kann*, repite, empujando en vano la espalda de un compañero para que lo deje pasar. *Ich kann*.

Entonces Santiago empuja a los demás con su espalda enorme, sus hechuras de gigante.

—Dejadlo pasar, coño. Dejad pasar a este, que habla alemán.

Y como pueden los presos del vagón se hacen a un lado, como las aguas que se abren para dejar pasar a Moisés y al pueblo de Israel.

—*Warten!* —grita Rubén—. *Warten Sie bitte!*

Se pone la mano en la frente a modo de visera cuando está delante del foco.

—Pídeles agua y comida. Pregúntales cuánto falta para llegar a nuestro destino.

Cegado por la luz, apenas puede distinguir a los soldados que le hablan desde el andén. Solo puede escucharlos a ellos y a los perros. Es como si dentro de un momento los soldados fuesen a soltar a los perros para que muerdan la mercancía que transporta el convoy. Rubén pregunta adónde van, pero no le responden nada. Les pide agua, se la pide por favor. *Wasser, bitte.* Pero la única respuesta que obtiene es una carcajada, una risotada limpia, sin pudor por su precariedad. Un cubo grande es lo único que consigue que le entreguen. Un recipiente metálico que es aproximadamente la mitad de grande que un bidón.

No es posible que de ahí puedan beber todos. Pero algo es algo. Rubén le pide ayuda a un compañero para poder coger el cubo. Aunque no es muy grande, lleno de agua seguro que pesa lo suyo, y Rubén no es muy fuerte. Pero cuando entre él y otro preso lo cogen se dan cuenta de que está vacío. Detrás del foco un soldado le dice que es para hacer sus necesidades, y los demás se ríen. Para que podáis cagar y mear sin ensuciar el vagón, españoles de mierda.

—¿Y el agua? —le pregunta el otro preso a Rubén, sin soltar el cubo, como si fuera el espectador de un truco de magia fallido o que todavía no ha sucedido—. ¿Y el agua? ¿Qué pasa con el agua?

Rubén todavía está mirando el foco, la mano libre a modo de visera para protegerse los ojos. Espera que, a pesar de todo, lo único que hayan pretendido los soldados haya sido reírse de ellos, porque al final les darán agua, al menos agua sí. La luz sigue encendida cuando los soldados cierran la puerta.

—¿Y el agua? ¿Qué pasa con el agua?

Ahora no es solo el que sujetaba el cubo con él quien se lo pregunta, sino algunas voces desde el fondo del vagón.

—¿Y el agua? ¿Dónde está el agua?

El tren empieza a moverse, lentamente, y el preso que lo ha ayudado ha soltado el cubo y le ha dado una patada, desesperado.

—No ha dado tiempo a que nos traigan agua —responde Rubén—. Antes de que hayan podido llenar el cubo el tren ha arrancado.

Es una mentira piadosa. Espera que no la tomen con él, no por haberles mentido, sino por no haber llegado a tiempo desde el rincón para pedirles agua a los soldados. Desde donde está le va a ser difícil volver al sitio de antes. Una vez que han retirado el foco y han cerrado las puertas resulta imposible ver nada dentro del vagón. Rubén tiene el cubo en los pies, y lo único que ha podido comprobar es que aquí, cerca de la puerta, donde las grietas de la madera del vagón son más grandes, o tal vez porque no está en un rincón o la espalda de Santiago no puede protegerle, el frío es mucho más intenso. Es insoportable, el viento helado y húmedo que se le cuela por la ropa y se le mete dentro de la piel. Puede sentir cómo se instala dentro de sus huesos.

No lo van a dejar pasar. ¿Por qué iban a querer dejarlo pasar a un sitio más cómodo o más cálido del vagón si al final, ha terminado por darse cuenta, lo único que impera allí dentro es la ley del más fuerte? Y en eso Rubén tiene las de perder. Santiago está al otro lado, pero está tan oscuro que ahora, además de que le costaría mucho llegar, pues sabe que los compañeros no lo van a dejar pasar, también le va a resultar muy difícil orientarse.

En una curva siente que lo empujan contra las tablas y teme morir aplastado. Tiene el cubo justo detrás de él, entre sus muslos y la pared, y ahora no hay rastro del otro preso que lo había ayudado a sujetarlo, tal vez ha podido volver a su sitio y ahora está callado, protegiéndose del frío o sufriendolo en silencio, como todos, tratando de aguantar lo mejor posible. Por fortuna, el tren se endereza enseguida, y Rubén logra recuperar la verticalidad. Apoya la espalda contra la de un compañero para que la próxima curva no lo coja desprevenido, trata de cerrar los ojos, concentrarse para pensar que no hace frío, y el vagón vuelve a dar un bandazo en otra curva. Si

el tren descarrila estará muerto pronto. Todos estarán muertos, asfixiados o estrujados: el compañero que ahora echa el cuerpo sobre él mientras el tren sale de la curva pesa tanto que lo aplastará contra las tablas del vagón. Ni siquiera el ganado viaja en esas condiciones. Rubén está seguro de ello.

El tren vuelve a recuperar la verticalidad, parece que ahora es una línea recta. Pero el otro preso no ha cambiado la postura, y Rubén así no puede respirar y, además, teme que un movimiento brusco del tren pueda romperle las piernas. Piensa en el borde metálico del cubo, que le aprisiona a la altura del fémur, y está seguro de que el riesgo de fractura es real. Intenta empujar al compañero, suavemente, para que no se enfade, y entonces la cabeza cae sobre el hombro de Rubén, como un borracho que no puede sostenerse en pie. Le da un codazo para despertarlo pero debe de estar profundamente dormido o sus nervios adormecidos por el frío porque no se da cuenta de que lo está empujando.

—Oye, compañero. Me estás aplastando.

Rubén trata de apartarse un poco, aprovechando un movimiento del tren, pero el otro se desliza hacia abajo, como si resbalase porque se ha quedado sin fuerzas. Al moverse se ha puesto de lado, y vuelve a darle un codazo en el costado, ahora más fuerte que antes, pero no reacciona. Le toca la cara y la siente helada, pero eso no tiene por qué querer decir nada. Su cara también tiene que estar helada. La cara y el resto del cuerpo. Rubén le toca la barba, estalactitas de escarcha, los ojos cerrados, le pone la mano en la nariz, y no siente que respire. Quiere creer que no puede notar el aire porque él también tiene las manos congeladas, que no siente el pulso en su garganta porque sus dedos son alfileres helados que han perdido la sensibilidad. En otro movimiento brusco del tren, tal vez un bache en la vía, parece que el compañero se ha incorporado. Menos mal, suspira Rubén, pero no del todo aliviado. Está de pie el preso pero otra vez ha caído sobre él, como si estuviera cansado o un problema le impidiese mantenerse firme. Sin embargo ahora se ha vuelto hacia él, y tiene la cara casi pegada a la suya. No se mueve. Sube despacio la mano para comprobar si de verdad no tiene aliento, y entonces el vagón se vuelve a mover y parece que están los dos abrazados, como dos muñecos de trapo agotados por el viaje, y la luz de la luna ilumina

el interior del vagón, y aunque es solo un instante Rubén ha podido ver sus ojos cerrados, la boca apretada, las cejas y las púas de la barba blancas de nieve. Está muerto. Está muerto este compañero que ni siquiera sabe cómo se llama y nadie salvo él se ha dado cuenta. O a lo mejor es que sí se han percatado pero nadie ha dicho nada o no ha querido darle importancia.

¿Es que acaso ninguno ha podido darse cuenta? Toca la espalda de otro para decírselo, pero apenas puede moverse, y es posible que no haya tentado su brazo o su espalda lo bastante fuerte como para que se dé cuenta de que lo llama. Vuelve a hacerlo, pero no responde. Consigue echar a un lado, solo un poco, el cuerpo del compañero que se ha muerto de frío, y cuando vuelve a golpear la espalda del otro piensa que también puede estar muerto. Rubén lo empuja contra el compañero que está más cerca, pero tampoco consigue que reaccione. Lo intenta con otro, y lo mismo. Uno, dos, tres, por lo menos cuatro de los hombres que lo rodean están muertos, muertos de frío, y si sigue junto a la puerta del vagón es posible que él sea el próximo en correr la misma suerte.

Pero hay algo que puede ser incluso peor que estar muerto. Lo piensa Rubén y se apodera de él un pánico nuevo, una sensación que, por extraño que le parezca, le hace desear, en caso de tener razón, estar muerto también, ser uno como los demás y no estar en ese vagón que ahora imagina atestado de cadáveres. ¿Y si están todos muertos ya, todos menos él? O, peor todavía, ¿y si ocurre justo lo contrario? ¿Y si él es el único que está muerto pero son los otros los que están vivos? La muerte tiene que ser una cosa muy rara, a lo mejor no es más que gritar desesperado sin que nadie te escuche, o se hacen los dormidos, o quizá es que ya no pueden enterarse de las palabras de alguien que ha abandonado ya para siempre el mundo de los vivos. Rubén quiere gritar, pero no consigue que de su garganta salga siquiera un hilo de voz.

Apoya la espalda en las tablas del vagón, heladas pero ya ni siquiera las siente, y se da cuenta de que, además del frío, más fuerte incluso, lo que tiene también es mucho sueño, tan cansado está, tanto frío hace y tanto tiempo lleva sin comer ni beber que tal vez la única forma de descansar y de poder soslayar el sufrimiento sea abandonándose a un sueño profundo y no

despertar, dejarse vencer por el cansancio y morirse de verdad o tal vez despertar cuando el tren haya llegado a su destino. Es como caer por un agujero, deslizarse por un tobogán, y lo más extraño es que resulta incluso agradable, dejarse llevar, caer hasta el fondo, abandonarse.

Ha cerrado los ojos, ha decidido que ya no puede luchar más, pero ahora siente unas voces que lo reclaman, unas manos que lo agarran y no lo dejan rendirse, caer por el abismo, descansar por fin. Poco a poco siente de nuevo el traqueteo del tren, el perezoso deslizarse del vagón por la vía, el frío inmisericorde que se cuela por los intersticios de las tablas. Abre los ojos, y otra vez es oscuridad lo único que alcanza a ver, pero sí escucha voces. No entiende muy bien lo que dicen, pero son voces en español, voces de sus compañeros, sin duda. Está rodeado de cadáveres helados pero, más allá de los muertos que lo circundan, el resto de sus compañeros está vivo, y él también, y lo están llamando. Todavía tarda unos segundos, adormecido de cansancio y de frío, en darse cuenta de lo que le están diciendo. No es no te mueras Rubén, no es aguanta camarada, resiste. No son palabras de ánimo las que escucha. La realidad acostumbra a ser siempre más prosaica de lo que uno desea, a veces es como una bofetada, y sus compañeros tienen una necesidad mucho más concreta y terrenal que la de salvarle la vida.

—Oye, tú, el del cubo —le dicen—. Pásalo para acá, que por aquí hay uno que se está cagando y en el suelo ya hay demasiada porquería.

Unas manos apartan los cadáveres que rodean a Rubén y hasta entonces no tiene espacio suficiente para darse la vuelta, coger el cubo y entregárselo a las manos que lo solicitan con urgencia, con cierta sorna incluso. Llega un momento en que cuando todo está perdido son las necesidades más básicas las únicas que importan. Comer, vivir, dormir, cosas que parecen imposibles en el tren, o un lugar donde poder cagar o mear sin tener que ensuciar, más todavía, el suelo del vagón de ganado donde los han metido.

Agarra el cubo Rubén, pero también aprovecha que lo tiene para colocarse en el hueco que le han abierto los otros presos, para apartarse de la parte más fría del vagón. Se abre paso entre los cadáveres para buscar un sitio mejor, sin soltar el cubo, como si fuera un salvoconducto, un cubo para hacer las necesidades, las manos agarrando el asa como si fuera un salvavidas, y de

hecho, de algún modo lo es, su pasaporte a la vida.

—¡El cubo, coño! ¡Venga ya ese cubo!

Y ya no puede conservar el salvoconducto por más tiempo. Otro preso al que no puede verle la cara se lo ha quitado y ha levantado las manos para pasarlo hasta el rincón por encima de su cabeza. Rubén ya se había meado encima antes, y por fortuna no siente que lleve dentro nada sólido, para no tener que hacérselo encima o tener que llegar hasta la letrina improvisada. Después de haber entregado el cubo se da cuenta de que aún está lejos de Santiago. Espera que su amigo siga vivo.

Anna

Sola, en un tren que viaja al sur de Europa es el principio de una misión que no sabe adónde la va a llevar. Por lo visto, y aunque aún no ha recibido esas dos semanas de instrucción en Inglaterra sobre las que tanto le ha advertido Bishop, ya es una agente que trabaja para los aliados, y este viaje en tren hacia el sur de España, donde no ha estado nunca, tal vez forma parte también del entrenamiento, pero no puede estar segura. No puede estar segura de nada. Mirándolo bien, piensa Anna, la cabeza apoyada en el cristal a través del que mira el manto verde azulado de los olivos en Jaén, con algunas copas nevadas a lo lejos, seguro que el resultado de una helada tempranera, la situación para ella no deja de tener cierta extrañeza: parece estar ejerciendo de espía sin tener ni idea de cómo hacerlo para un hombre que, a su vez, trabaja para otros hombres de un país que, en el invierno de 1940, todavía permanece ajeno a la guerra que se libra en Europa.

De vez en cuando, Anna deja de mirar por la ventana y se entretiene imaginando las vidas de los pasajeros que la acompañan en el vagón. Lo hace con discreción, los mira como si no le interesase en realidad lo que están haciendo, como si estuviera de verdad aburrida de mirar por la ventana y los olivos de Andalucía se hubieran transformado de tanto verlos en un paraje tan rutinario que incluso había dejado de percibir que estaban ahí.

Tal vez alguna de las personas que viajan en el mismo vagón que ella, incluso en otro vagón, controla sus movimientos discretamente, y en cada parada se asoma para comprobar que no se baja antes de llegar a su destino,

aprovechar que el tren se ha detenido para salir en el último momento y ella intenta darle esquinazo. O incluso podía ser alguien a quien Bishop le había encargado que la acompañase en el viaje aunque ella no estuviese enterada, para vigilar sus movimientos, para ayudarla si en algún momento era necesario.

El único entrenamiento que ha recibido han sido sus encuentros con Bishop y, cuando está sola en un tren que la lleva a visitar a los padres de Rubén, piensa que no es fácil pasar desapercibida. Hay momentos en los que la ansiedad se apodera de ella. De repente es como si todo el mundo estuviese mirándola, como si cada uno de los que viajan en el vagón supiera todo sobre su vida, que su nombre es Anna, Anna Cavour, que hace seis semanas aceptó trabajar para un hombre que se llamaba Robert Bishop, ayudarle a echar a los alemanes de París, y que ahora, antes de ir a Inglaterra para recibir instrucción como agente, tenía que viajar hasta el sur de España para encontrarse con la familia de Rubén, aunque no le parecía buena idea.

Pero, por fortuna, la ansiedad desaparece con la misma rapidez que se presenta, y Anna no tarda en distraerse de nuevo mirando el paisaje que se extiende al otro lado de la ventanilla. Lo mira y se acuerda de Rubén, como si acaso le faltasen motivos para hacerlo a cada instante. Piensa en las veces que él le había descrito con tanto detalle, como si su memoria fuera un álbum de fotografías, el mismo paisaje que lleva viendo ya durante muchos kilómetros, las montañas de Sierra Morena que quedaron atrás hace rato, la postal de olivares infinitos que atraviesa la provincia de Jaén.

Cuando llega a Sevilla ya es de noche. Han sido casi doce horas de tren mal contadas desde Madrid. No sin esfuerzo, Anna se traga el lamento de no haber venido hasta aquí con Rubén. Él no es muy dado a la nostalgia, pero ella había visto más de una vez cómo le brillaban los ojos cuando alguna vez le decía que llegaría el día, antes o después, en que cruzarían los dos la frontera y viajarían hacia el sur, a Sevilla. Hace dos meses se lo habría tomado a broma. Incluso se habría reído a carcajadas si alguien le hubiera dicho que antes de terminar el año ella viajaría sola a España para conocer a la familia de su prometido, sin haber sido invitada, porque un supuesto periodista norteamericano le había dicho que tenía que hacerlo. Su español no

es perfecto, pero sí lo bastante correcto como para hacerse entender sin demasiados problemas. Tal vez por haber crecido utilizando al mismo tiempo dos idiomas, el francés y el alemán, aparte del inglés que había estudiado en París, no le había costado mucho hacerse con el duro, seco, y a ratos complicado idioma que había aprendido el tiempo que pasó con Rubén.

Aparte de unas luces que indican que falta muy poco para la Navidad, Sevilla en una noche de diciembre es una postal oscura. Solo hace veinte meses que ha terminado la guerra civil y las restricciones que padece el país son evidentes, mucho más a medida que se adentra en el sur que en San Sebastián o en Madrid. Sin embargo, a pesar de estar a mediados de diciembre, y aunque las temperaturas son bajas, el frío es mucho menos intenso y cortante que en París. Vuelve a acordarse de Rubén. No puede evitarlo. Dos años en París y aún no se había habituado al clima. Yo vengo del sur de España, decía, y no sé si me acostumbraré nunca. Piensa en él ahora, en un campo de prisioneros de Alemania, en cuánto estará sufriendo. Para animarse se dice que Rubén es fuerte, que a él no podrá ocurrirle nada malo, que aguantará hasta que los alemanes pierdan esta guerra. Porque Anna quiere creer que al final los alemanes serán derrotados, o que Bishop o las personas para las que ha empezado a trabajar harán lo posible para ayudar a Rubén a salir de donde está.

Firma con su nombre verdadero al registrarse en la pensión. Bishop le ha dicho que conviene que se deje ver, que procure dejar un rastro de su visita a la ciudad. La mejor coartada, le había insistido, es siempre la que resulta más creíble, la que nadie puede rebatir, la que incluso es verdad. No podría haber firmado con otro nombre, además, mientras no le proporcionaran una identidad impostada y unos documentos falsos. Esa era otra de las cosas que le había comentado Bishop que haría en Inglaterra, adoptar varias identidades inventadas. Pero ahora, su pasaporte verdadero, con su nombre y su foto, es lo único que tiene.

La pensión está a un paso de la catedral, pero es tan tarde y Anna está tan cansada que solo tiene fuerzas para tumbarse en la cama. Le gustaría deshacer la pequeña maleta, desnudarse, darse un baño caliente y dormir doce horas seguidas, pero no le apetece salir de la habitación y encerrarse en un

cuarto de baño que no está muy limpio al otro lado del pasillo. No sabe cuántos clientes más hay en la pensión, si hay alguno siquiera, y tal vez no sea lo más recomendable meterse en una bañera tibia a media noche.

Trata de mantener los ojos abiertos. Se esfuerza en estirar los párpados, quiere escuchar cualquier ruido que le parezca extraño, pero es la primera noche que pasa en la pensión y no es posible que pueda compararlos con nada. Lo mismo este silencio es lo habitual. Nadie que abra o cierre la puerta, nadie que llame al timbre para preguntar por una habitación. Tal vez sea ella el único cliente, pero prefiere no quedarse dormida todavía. Cierra los ojos, pero enseguida los vuelve a abrir. Se pregunta cuánto tiempo se habrá quedado dormida. Tal vez solo unos segundos. El cuerpo no le responde. Es como si su cerebro se hubiera despertado mientras sus piernas y sus brazos todavía siguen dormidos. Mira de reojo la silla con la que ha apuntalado la puerta. Si alguien quiere entrar al menos se despertará y así tal vez tendrá una oportunidad de salvarse. Pero, ¿por qué he de preocuparme?, se pregunta, antes de rendirse al sueño, como si cayese en un pozo profundo del que no va a poder salir porque sabe que, tan adentro, por mucho que grite, nadie la podrá escuchar.

No soy más que una mujer que ha venido a esta ciudad para hacer una visita de cortesía a la familia de su novio. No soy una espía, al menos no todavía, se escucha decir, dormida ya. No es una espía, todavía no lo es. Ella no es más que Anna Cavour, francesa, de madre alemana, que hasta hace una semana trabajaba en la academia de madame Froissard en París.

Le cuesta a Anna esa mañana unos minutos tomar conciencia de dónde se encuentra. Estira el brazo, que se derrama al borde de la cama, tan estrecha, y se da la vuelta enseguida, como si temiera caer al vacío. El día se cuela a través de la cortina agujereada, una docena de pequeños haces de luz que se proyectan en la pared, puntos blancos en la sombra de la cal. Abre los ojos, no sin esfuerzo, porque los párpados le pesan tanto que cree que no va a poder abrirlos sin ayuda. Sin fuerzas todavía para levantarse, en la precaria oscuridad que le proporciona la cortina raída, distingue la silla inclinada que atranca la puerta. Se permite una sonrisa. No hace falta que haya recibido entrenamiento aún en Inglaterra para tomar precauciones. Está en Sevilla. Ya

ha tomado conciencia de ello y se ha levantado, y esa mañana le va a tocar una tarea muy desagradable.

Media hora después sale de la pensión, gira a la derecha y, al atravesar la avenida donde está la catedral, se levanta las solapas del abrigo y se ajusta la bufanda. Es temprano todavía y hace bastante frío. La casa de la familia de Rubén se encuentra en dirección opuesta, cerca de la plaza de toros, pero es demasiado pronto, piensa, para hacer una visita. Recorre despacio la calle paralela a uno de los laterales de la catedral y gira a la derecha, en una plaza donde tiene la sensación de que, si pudiera estirar los brazos un poco, podría tocar al mismo tiempo la pared del palacio arzobispal y la Giralda. No le apetece mucho hacer turismo. Lo que tiene es prisa por marcharse a Inglaterra para recibir ese adiestramiento que Bishop dice que es tan importante y regresar a París. A veces piensa que Rubén puede regresar en cualquier momento y que ella no estará en casa. Es un pensamiento que procura evitar, pero le cuesta mucho, porque enseguida la ansiedad se apodera de ella. Rubén que regresa, como Lázaro resucitado, llama a la puerta de su casa y ella está muy lejos, y entonces deambula durante días por las calles de París. Nadie lo reconoce porque ha perdido mucho peso durante el tiempo que ha estado en prisión, su salud se ha resentido tanto que ya no es el mismo, y acaba marchándose de la ciudad para no volver jamás porque cree que ella lo ha abandonado.

Pero ahora, mientras espera, no le queda más remedio que pasear por la ciudad, dejarse ver junto a la catedral, la Giralda, recorrer las callejuelas estrechas del barrio de Santa Cruz. Camina despacio, procurando soslayar el deseo de que Rubén estuviese a su lado, guiándola por los rincones de los que tanto le había hablado en París.

Pasan más de diez minutos del mediodía cuando, después de caminar sin rumbo, ha llegado al río, a la misma embocadura del puente de Triana, donde Rubén le había contado que estuvo los primeros días de la guerra civil manifestándose junto a sus camaradas, los sindicalistas. Al otro lado del río, recuerda Anna de pronto, como una iluminación, que hay una taberna en la que Rubén acostumbraba a reunirse de vez en cuando para hablar de política con sus amigos, unos cuantos idealistas como él, gente de la más diversa

procedencia, pero que comulgaban todos con los mismos ideales. Miguel Carmona, el jornalero de Almería que se había venido a Sevilla para trabajar en las obras de la Exposición del 29; Gordon Pinner, un inglés grandullón y pelirrojo que hablaba español tan bien como si se hubiera criado en el barrio del Arenal; Márquez, el dueño de la taberna, al que luego acabaron fusilando los primeros días del alzamiento; o Rosa, su viuda, que se había sobrepuesto a la tragedia y se había hecho cargo del negocio con una presencia de ánimo que Rubén nunca había dejado de admirar. Le había hablado tanto de aquellos amigos, que Anna no pudo evitar recordar sus nombres ahora y, aunque era la primera vez que visitaba Sevilla, sentía como si ya hubiera estado allí antes. Pero al final decide no cruzar el puente. Tal vez la taberna de la que le hablaba Rubén ya no exista si los fascistas fusilaron al dueño y, también, Anna sabe que en España no está bien visto que las mujeres frecuenten solas las tabernas. Y, además, ya es hora de cumplir la misión para la que ha venido hasta aquí.

Desde el puente que no ha querido cruzar se ve la Maestranza, y no muy lejos de allí está la casa de la familia de Rubén. Su prometido le había contado muchas cosas, pero quizá porque no tenía previsto ir en un futuro próximo nunca le había dicho la dirección exacta de su casa. Anna solo sabía que era una vivienda antigua y a ratos lujosa situada en una calle del barrio del Arenal, muy cerca de la plaza de toros. Sin embargo, Robert Bishop no había tardado en conseguir el nombre de la calle y el número, y le había asegurado que la familia de Rubén todavía vivía allí: su madre, su padre, sus dos hermanas pequeñas. A Anna le gusta pensar que Bishop es como un mago, o tal vez un embaucador, al que no le cuesta conseguir lo que quiere. Enseguida la había convencido para que trabajase para él y para sus jefes con la vaga promesa de que trataría de informarla sobre la situación de Rubén, y estaba segura de que, en pocas horas, había conseguido toda la información necesaria sobre la familia de su novio, si es que no la tenía desde mucho antes, antes incluso tal vez de haberse presentado en su casa por primera vez. Lo más probable era que tuviera a alguien en la ciudad que lo pusiera al corriente de todo, tal vez la misma persona que ahora la seguía a ella, de una forma discreta, atenta a sus movimientos mientras paseaba por la ciudad,

mientras cumplía con el desagradable trámite de ir a visitar a los padres de Rubén.

Menos de diez minutos después de haber clavado la barbilla en el pecho para protegerse del aire helado y encaminarse en dirección a la plaza de toros, estaba delante de la casa de la familia de Rubén. Una puerta gruesa de dos hojas de madera que estaba abierta la conducían a un amplio zaguán con baldosas blancas y negras, como un tablero enorme de ajedrez desgastado por las pisadas y por el tiempo. Delante de ella, un cancel de hierro y cristal le impedía pasar dentro de la casa en la que Rubén había nacido hasta que golpease el aldabón.

Es Enriqueta la que abre. Anna contiene una sonrisa al ver a la mujer. Aunque entrada en años y habiendo pasado con creces la edad de jubilarse, la mujer no le parece tan mayor como se la ha descrito Rubén. Ya trabajaba en su casa antes de que él naciera, y si aún seguía haciéndolo era porque nunca se había casado y con los años se había convertido en un miembro más de la familia, como una tía soltera que se ha quedado a vivir con ellos porque Rubén y sus hermanas son como sus propios hijos. El uniforme y la cofia, le había asegurado Rubén, como si quisiera disculparse o despojarse de un prejuicio clasista que lo avergonzaba, son unos aderezos de los que Enriqueta nunca querrá desprenderse, como la línea que marca la frontera entre los dueños de la casa y la que, a pesar de todo, no dejaba de ser una criada. Pero Anna guarda silencio. No quiere empezar diciendo que Rubén le ha hablado mucho de ella. Ya se lo contará más adelante, si es que tiene ocasión. Todo dependerá de cómo se desarrolle el encuentro con los padres de Rubén.

—Buenos días —le dice Anna, despacio, procurando vocalizar bien cada sílaba, por si acaso su español no es tan bueno como le gustaría—. Vengo a ver al señor Antonio Castro —hace una pausa, espera un segundo para comprobar que se ha expresado bien, y también porque recuerda que Rubén le ha contado que Enriqueta, con los años, se ha vuelto un poco dura de oído—. O a la señora de la casa. Cualquiera de los dos estaría bien.

Enriqueta le dice que espere un momento. Le pregunta que a quién tiene que anunciar.

—Anna, Anna Cavour. Puede decirles que vengo de París. Enriqueta

asiente, y aunque se queda un momento pensativa antes de seguir su camino no dice nada. No tarda mucho en volver.

—¿Pero no ha pasado todavía? No se quede ahí.

La toma del brazo, le ayuda a quitarse el abrigo, la invita a pasar a un estudio después de atravesar un patio con una fuente adornada con la imagen de un ángel del que no brota agua.

La criada le pide que se siente en el estudio, detrás de una puerta acristalada de la que cuelgan unas cortinas de encaje, elaboradas con mimo y paciencia. Ahí dentro huele a madera vieja, a páginas gastadas. Anna lleva el orden del estudio de la casa de Rubén grabado en la memoria, pero no lo ha sabido hasta estar dentro. Las estanterías colmadas de libros, dispuestos de una forma idéntica a como se lo había descrito él. Mi padre es un notario jubilado. En mi casa nunca faltaron libros. Una vez me dijo que lo mejor que podía haber hecho era sacarlos todos al patio y hacer una hoguera, como en El Quijote, que los poetas me habían sorbido el seso igual que al hidalgo los libros de caballería. Era una de las contradicciones de la vida. Si no hubiera tenido tantos libros en su casa, su hijo habría estudiado Derecho y se habría convertido en un próspero notario como su padre, como su padre y como su abuelo, y no habría estudiado Latín para convertirse en un mediocre profesor de instituto, con sueldo escaso e ínfulas de poeta.

El hombre que abre la puerta no se parece a Rubén. Yo me parezco más a mi madre, recuerda Anna al verlo. Tiene el pelo blanco y el labio superior coronado por un fino y cuidado bigote.

—Buenos días —le pide a Anna que vuelva a sentarse—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy amiga de Rubén.

Lo mejor es ser directa. No andarse por las ramas. Le parece que los ojos del notario jubilado se contraen de repente. Por lo demás, ningún gesto. Al final, asiente con la cabeza, levemente, y luego parpadea, despacio.

—De Rubén, su hijo —termina por aclarar Anna, aunque sabe que no es necesario—. Lo conozco de París.

Mi familia nunca aprobaría que viviéramos juntos sin estar casados. Mi padre va a misa todas las mañanas desde que tengo memoria, cada día antes

de ir a trabajar. Yo también lo he tenido que hacer durante muchos años, en el colegio, a veces incluso lo echo de menos, fíjate, concluía Rubén con una sonrisa.

—Somos amigos. He venido a pasar unos días a España, aprovechando las vacaciones de Navidad, y he querido visitar a su familia.

—¿Le ha pedido Rubén que venga a vernos? —le pregunta el padre después de asentir con la cabeza de nuevo y quedarse pensativo un instante.

—No, no me lo ha pedido.

Anna quiere ser todo lo sincera que pueda.

—Pero estoy segura de que no le importará que lo haga, incluso más, que le alegrará que haya venido a ver a su familia.

—Sabrá usted que hace más de tres años que Rubén se fue.

—Lo sé.

El padre de Rubén ha inclinado un poco el cuerpo desde el otro lado del escritorio.

—Entonces estoy seguro de que también sabrá, si es amiga de mi hijo, que hace mucho tiempo que no tenemos contacto con él.

Es como si la interrogase. Antonio Castro se asemeja ahora más a un juez en activo que a un notario jubilado.

Anna asiente.

—Lo sé. Pero también estoy segura de que la familia siempre es la familia.

El anciano deja que se le escape el aire por las fosas nasales, como un dragón cansado.

—La sangre —le dice, y mira por la ventana, como si buscara la respuesta en el recuadro de la calle que enmarca el cristal—. ¿Cómo está Rubén?

Ahora Anna prefiere mentir. Bishop le ha dicho que lo mejor es que sea sincera con la familia de Rubén, que más adelante quizá pueda serles útil que el servicio secreto alemán se entere de que ella les ha contado que a su hijo se lo llevaron preso los nazis. Nunca se sabe lo que puede traer el futuro, le había advertido. Antes de que empieces a trabajar para nosotros, no sería una mala idea que dejases constancia, aunque fuera lejos de París, de que no

tienes un buen recuerdo de los alemanes. La vida da muchas vueltas. Quién sabe si más adelante tendrás que cambiar de bando y necesitarás una coartada para volver a nuestro lado.

Pero Anna no quiere pensar en eso, y lo más importante es que no está dispuesta a permitir que la familia de Rubén sufra más de lo que ha sufrido ya si es que ella puede evitarlo.

—Rubén está muy bien. Enseña latín en un instituto de París, pero tuvo la buena idea de pedir el traslado antes de que los alemanes ocupasen la ciudad. Se marchó al sur, cerca de la frontera española. No es que allí esté completamente a salvo pero desde luego es menos peligroso que haberse quedado en París.

El padre de Rubén suspira, como si de repente hubiera sentido un gran alivio.

—¿Es verdad que es peligroso para los republicanos españoles que están en Francia que ahora los alemanes hayan ocupado el país?

A Anna le hubiera gustado decirle que tan peligroso como si estuviera en España, pero sacude la cabeza.

—Depende del lugar. Ahora mismo el sur es más seguro. Se permite cierta libertad.

—Libertad —repite el anciano, deteniéndose en cada sílaba, como si quisiera asegurarse de que no se le quedaban en la boca—. Libertad. ¿Sabe usted, señorita, cuántos problemas ha traído esa palabra? ¿Sabe usted cuánta sangre se ha derramado sin que nadie sepa lo que significa? Libertad. Rubén todavía viviría aquí si no estuviese obsesionado con esa palabra.

Aquí, en su casa, con su familia. Tendría un trabajo decente y una buena vida en lugar de ser un exiliado en un país extranjero, un nómada al que no le permiten volver.

Anna apenas balbucea una respuesta. No sabe muy bien qué decir, pero en realidad tampoco quiere decir nada que moleste al padre de Rubén. No es necesario. Que la visita se desarrolle así es lo esperado. Por eso le resultaba tan incómodo venir. Rubén ya le había contado cómo estaban las cosas en su casa. Que pudo haberse quedado en España y no quiso, que pudo haber vuelto pero prefirió quedarse en París porque no quería tratos de favor. Rubén

era así, por desgracia, y Anna nunca había dejado de lamentar que por haberse mostrado tan cerril y no haberse querido marchar de París, al final la Gestapo se lo hubiera llevado detenido.

Por suerte, el padre de Rubén sigue su discurso.

—Podría haberse quedado aquí. No tenía que haberse metido nunca en política. La política solo trae problemas. Nada más que problemas.

Sacude la cabeza, levantándose.

—Luego pude haberlo ayudado, para que no hubiese tenido que marcharse a Francia, y también he podido ayudarlo para que regrese, pero Rubén nunca ha querido favores, y mucho menos de su padre. Es como si le gustase mantener una penitencia, como si pensase que con su propio sufrimiento el mundo será más justo. Pero la vida no es una utopía, señorita. La vida es mucho más complicada que eso. Lo que pasa es que mi hijo siempre ha sido un idealista y no ha querido entenderlo. Cuando lo vea, puede decirle que estamos bien. Su padre, su madre, sus hermanas. Que cuando quiera puede volver a su casa. Solo tiene que decírmelo.

Anna piensa que tal vez es lo mejor que Rubén podría haber hecho. Volver a su casa, con su padre y con su madre y con sus hermanas, haberse tragado su orgullo y sus ideales para vivir una vida tranquila y sin sobresaltos en un casa cómoda como aquella, con un buen trabajo, encontrar una mujer española de su misma clase social con la que poder formar una familia.

Pero no deja de ser utópico pensar en eso dadas las circunstancias. A Rubén se lo había llevado la Gestapo porque lo consideraba un elemento subversivo que no había considerado siquiera marcharse de París cuando llegaron los alemanes. Tan insignificante se creía.

Cuando el viejo notario sevillano se levanta, Anna sabe que la conversación ha terminado.

—Puede decirle a Rubén que su familia lo espera.

Anna cruza el patio después de que el padre de Rubén le haya estrechado la mano para despedirse. A ella le hubiera gustado conocer también a su madre, encontrar en ella alguno de los rasgos de su hijo. En París había visto algunas fotos de ella, unas fotografías antiguas, con Rubén y con sus dos hermanas pequeñas. También le hubiera gustado verlas a ellas. Seguro que

están hechas unas mujeres. A lo mejor, cuando vuelva a verlas ya se han casado y tienen hijos, me harán tío y yo ni siquiera me enteraré. Es como si escuchase allí mismo a Rubén lamentándose.

Pero Enriqueta la espera al otro lado del patio, a punto de abrir la puerta de la calle. Le hubiera gustado poder decirle a su madre, al menos, que ella era mucho más que una amiga para su hijo, que se iban a casar pero la llegada de los alemanes a París había retrasado sus planes. Que él le había pedido matrimonio una mañana con mucho sol de primavera y que habían bailado un vals sin música en los jardines de Luxemburgo.

Enriqueta ya ha abierto la puerta. Le sonrío a Anna. Es una mujer amable, desde luego. Como Rubén se la había descrito.

—¿Cómo está mi niño? —le dice, bajando la voz, y Anna no está muy segura de haber entendido la pregunta—. Mi niño, mi Rubén. Mi pequeño.

Anna sonrío.

—Está muy bien —miente, pero le gustaría estar diciendo la verdad, y al hacerlo sabe que se está engañando a sí misma también, que de tanto mentir esa mañana ha llegado a un punto en que a veces es ella la que se cree sus propios embustes—. Trabaja dando clases en un instituto, en el sur de Francia. Está muy bien —repite, y se da cuenta de que mentir no es tan difícil una vez que se empieza. Es como coger carrerilla.

—Mi niño. Era tan guapo.

Anna sonrío, y ahora es de verdad.

—Muy guapo, sí. Lo era y lo sigue siendo.

Enriqueta la mira ahora como si de súbito la hubiera visto por primera vez. Anna piensa que la mujer se ha dado cuenta de que no ha sido sincera, que por mucho que se haya esforzado en fabricar una farsa o en edulcorar la verdad terrible no lo ha conseguido.

—Usted es su novia, ¿verdad? Mi niño...

Anna ahora vuelve a sonrío.

—Su novia, sí. Yo soy su novia.

—Lo sabía. Usted también es muy guapa. Rubén siempre ha tenido muy buen gusto. ¿Por qué no se queda un rato? Su madre y sus hermanas no tardarán mucho en llegar. Pronto será la hora de comer. A su madre le gustará

mucho conocerla.

Anna se queda mirando a esa mujer que la está invitando a comer en casa de Rubén. Tiene que tragar saliva despacio para que no se le note la emoción. Es como aguantar un dique, una bola gruesa que está a punto de estallarle en la garganta. Pero no puede permitirse llorar. Ahora no. Eso será luego, cuando vuelva a la pensión. Claro que le gustaría comer con la familia de Rubén, con su padre, aunque hubiera sido tan seco con ella hacía un momento, con sus hermanas pequeñas, Lucía y María, que seguro que estaban hechas ya unas mujeres, quizá con novios formales; con su madre, que Anna sabe que tiene los mismos ojos que Rubén porque él se lo ha dicho muchas veces y porque ella también lo ha comprobado en las fotos. Pero no soportaría sentarse a la mesa con ellos y no decirles la verdad. Está segura de que si lo hace no se lo perdonará nunca, que durante el resto de su vida no sentirá sino asco de sí misma. En el futuro tendrá que hacer cosas peores, cosas que si ahora mismo se las dijeran pensaría que le están hablando de otra persona. Se ofendería incluso. Le retiraría el saludo o incluso le daría una bofetada a quien se lo hubiera dicho, pero ahora no puede quedarse a comer. Eso es lo único que sabe.

—Me encantaría quedarme, señora —coge las dos manos, arrugadas de tanto trabajar, de Enriqueta. La mira a los ojos—. Me gustaría mucho, de verdad, pero aún tengo un largo viaje por delante, y he de coger un tren esta misma tarde. Dígales a la madre y a las hermanas de Rubén de su parte que les manda muchos besos. Que se encuentra muy bien y que en un futuro no muy lejano podrá volver a España —vuelve a tragar saliva. Con más dificultad esta vez—. Que los echa mucho de menos a todos.

Enriqueta y ella se abrazan en mitad de la calle. Anna ha tenido que encorvar el cuerpo para poder rodear con los brazos a la mujer que había criado a Rubén desde que nació. Pero tiene que marcharse ya. De ninguna manera quiere encontrarse con su madre. No lo soportaría. Le dice adiós a Enriqueta, por fin, pero hay algo en los ojos de la mujer, o quizá la criada le está diciendo a su manera que no ha conseguido engañarla, que la vieja tata se ha dado cuenta desde el principio de que Anna no le ha dicho toda la verdad, que lo que oculta sobre Rubén puede ser tan triste o tan terrible que

ni siquiera se atreve a preguntárselo.

Después de despedirse de la mujer Anna pasea un rato, sin rumbo, por las calles del centro, los adornos de Navidad apagados porque aún es de día. En diciembre, los días en Sevilla son más largos que en París. No ha comido siquiera, no le apetece. Cuando llega a la pensión se tumba en la cama, boca abajo, sin quitarse el abrigo. Faltan cinco días para la Nochebuena y no tiene conciencia de haberse sentido nunca tan sola, y un llanto lento se apodera de ella sin darse cuenta. El caso es que llora, ya no puede contenerse más. Lloro hasta que se queda dormida, profundamente, como una niña pequeña a la que han acunado mientras le cantan una nana.

Cuando se despierta ya ha oscurecido. Siente que los párpados le pesan y que le escuecen los ojos. Se quita el abrigo y los zapatos, se levanta y se alisa la falda. Tiene que marcharse de Sevilla. No quiere pasar allí ni un solo día más. Pero no sabe adónde habrá de ir, ni en qué medio de transporte hacerlo. Solo le queda sentarse en la habitación de la pensión y esperar. Esperar, sí. Tal vez sea esa otra de las cosas que tiene que aprender en su nueva vida. Aprender a sentarse y a esperar las órdenes de los que mandan, que esa gente invisible que va a dirigir su destino a partir de ahora la informe de cuál es el siguiente paso que debe dar.

Rubén

—¡Santiago! —Acierta Rubén a levantar la voz desde su sitio—. ¡Santiago!

—¡Rubén! —responde el gigante valenciano enseguida—. ¿Qué tal van las cosas?

—Aquí seguimos, compañero. Con mucho frío y mucha hambre, pero todavía estamos por aquí.

—Oye, Rubén, ¿qué te dijeron los Krautz en la estación? ¿Sabes adónde nos llevan?

Rubén se queda callado un momento. Ahora no sabe qué decirle a su amigo y, lo que es peor, si le confiesa sus dudas o sus temores delante de todos —y de un extremo a otro del vagón no puede evitar que se enteren— aquello puede acabar con ellos, o lo que es peor, podrían sus compañeros incluso tomarla con él, pensar, y quizá con razón, que los había engañado, darse cuenta de que hay cosas que no les ha contado, no solo en la estación donde se ha detenido el tren y les entregaron aquel cubo que ahora han convertido en un retrete improvisado, sino desde que los hicieron formar antes de salir.

—En Sandbostel me dijeron que a España —se queda callado otro instante y ahonda en la mentira que sin embargo tiene algo de verdad. Piensa que, a lo mejor, el Kapo de Sandbostel fue tan cruel que quiso engañarlos, que por pura rabia no quiso decirles que de verdad iban a devolverlos a España—. Cuando había luz parecía que el tren iba al sur. Así que quizá vayamos por buen camino, y nuestro destino sea ese, los Pirineos.

—Entre Sandbostel y los Pirineos hay muchos sitios —dice una voz en la oscuridad.

—¿Cuáles? —pregunta otro.

—Casi toda Alemania —responde el de antes—. Y Austria, y Suiza, y Francia.

—¿La Francia ocupada?

—¿Qué te crees, que porque estemos en la Francia libre no van a poder detenernos?

—Siempre será mejor que España, digo yo.

Rubén no sabe adónde los llevan, pero está claro que no es a España, ni siquiera a la Francia libre. Ojalá. En Sandbostel ha escuchado historias de otros presos españoles. Le contaron que tres meses antes salió de Angulema un tren repleto de republicanos exiliados, hombres, mujeres y niños, con la misma promesa que les habían hecho a ellos, que los llevarían de vuelta a España, pero que después de dieciocho días de viaje se detuvieron en una estación de la que nadie pudo ver el nombre y obligaron a bajar del tren a los hombres y a todos los niños mayores de diez años y que ya nunca se supo más de ellos. Rubén piensa que a ellos muy bien puede sucederles lo mismo, que, en cualquier momento, lleguen a un sitio que, como le había avanzado el Kapo de Sandbostel, era lo más parecido al infierno que podrían imaginar, un lugar desconocido para ellos hasta entonces, en donde dejarían de ser personas, si es que no habían perdido ya su condición humana desde que los subieron a ese tren.

Animales es lo que son. De día se hace más evidente su tragedia. En algunos momentos se pueden ver los ojos abiertos de sus compañeros muertos, estatuas heladas que ni siquiera tienen espacio suficiente para poder descansar en paz.

—Seguimos hacia el sur. Dentro de tres días, cuatro como mucho, estaremos en España.

Rubén baja los ojos, como si así pudiera esconder la vergüenza de no decir lo que piensa o de no contar lo que sabe. No van a ir a España y, en el mejor de los casos, aunque el Kapo de Sandbostel les hubiera mentido y fuera verdad que los llevaban a España, tres o cuatro días es un tiempo demasiado

generoso. Desde que empezó la guerra, viajar por Europa se ha convertido en una empresa complicada. Como respuesta a los raids sobre Inglaterra, la RAF realiza incursiones continuamente en el continente, y solo desde que han salido de Sandbostel el convoy se ha detenido dos veces durante horas además de en la estación donde les han entregado el cubo. Pensar que bastarían cuatro días para llegar desde Sandbostel a los Pirineos es aventurar demasiado. Rubén calcula que, si de verdad los llevan a España, el trayecto no será inferior a dos semanas, y que, dadas las condiciones tan precarias en las que viajan, tal vez ninguno de ellos llegará vivo a Hendaya.

Pero aunque el invierno esté a la vuelta de la esquina, peor que el frío, peor que el hambre, y, sobre todo, peor incluso que estar muerto es la sed. Tanta mala suerte tienen que no ha llovido ni ha nevado desde que salieron de Sandbostel, y no hay ni un pedazo de hielo que coger de un resquicio de los tablones para derretirlo aunque sea con las manos y llevárselo a la boca. O una tormenta que descargue sobre el convoy para que al menos los que están más cerca de las tablas puedan mojarse los labios. El cielo, el trozo de cielo que se ve, está despejado, un pedazo azul y frío en el que no parece que en las próximas horas vaya a haber nubes que descarguen agua para alivio de los presos.

A medida que pasan las horas, los hombres parece que estén como adormecidos. Apenas se escucha en el vagón algo más que un canturreo, muy bajito, alguna melodía que Rubén recuerda de cuando vivía en España. Casi todos ellos han sido detenidos o hechos prisioneros después de haber caído Francia y no se resignan a su destino. Sin embargo, todo lo que le ha sucedido desde que los hombres de la Gestapo vinieron a detenerlo para Rubén es como una obligación, una necesidad incluso que él mismo se había impuesto para aliviar la culpa por haberse marchado de España cuando tenía que haberse quedado, por no haberse alistado voluntario en primavera para combatir con los alemanes que estaban a punto de invadir Francia. Anna jamás lo habría entendido, y aunque en el fondo Rubén reconocía que no le faltaba razón al enfadarse con él por tener aquellos ideales tan absurdos —tal vez todos los ideales son absurdos, le había dicho él, por eso se llaman así, ideales— tan pasados de moda, como si fuera un caballero andante, esperaba

que, al final, ella lo hubiera aceptado o se hubiese resignado.

Había pensado mucho en Anna desde que se lo llevaron.

En la prisión, en Francia, durante aquel trayecto hasta Sandbostel en el que parecía que los alemanes los iban a tratar a él y al resto de los presos como si fueran turistas, en las tres semanas que pasó ociosamente internado en el campo, y ahora, enclaustrado en el vagón de un convoy de prisioneros del que no sabe si saldrá con vida. Espera que esté bien, que haya seguido con su vida y con sus clases en la academia, que tenga el valor y la paciencia necesarios para esperarlo, si es que regresa alguna vez, si es que todo esto acaba. Esto tenía que pasar, antes o después, es una cuenta pendiente que Rubén tiene, como cumplir con una obligación que ha venido retrasando desde hace mucho tiempo. No sabe aún cuánto va a tener que sufrir, pero se lo toma como una especie de penitencia que se ha impuesto padecer para igualarse con el resto de sus compatriotas presos, un cursillo acelerado de sufrimiento.

Y tal vez esta sed sea lo peor que le ha sucedido desde que salió de París. Peor que el miedo apenas mal disimulado cuando la Gestapo se lo llevó de su casa, peor que la incertidumbre de los primeros días encarcelado o no saber adónde se los llevaban en aquel tren que salió desde París, peor que los primeros gritos de los Kapo en Sandbostel o recordar a Anna cada noche sin poder tocarla, temiendo olvidar a veces cuál era el olor de su piel. Peor que todo eso, peor incluso que el hambre que no deja de taladrarle el estómago, peor, lo peor de todo, mucho peor de lo que Rubén ha podido imaginarlo nunca, a pesar de que el invierno está a la vuelta de la esquina y hace mucho frío, es la sed. No quiere imaginar lo que tiene que ser ese viaje en verano, apenas unos meses antes. Desde que no está en Sevilla, ha aprendido una cosa que le resulta bastante curiosa, al menos él no se lo esperaba así. Hace mucho frío en Centroeuropa en invierno, pero en verano hay días en los que también hace mucho calor, incluso tanto como en el sur de España. A veces más. Aún tendrá que aprender Rubén lo que es pasar frío de verdad en invierno y calor repugnante en verano, pero, en el tren que lo lleva al infierno que aún no sabe ni siquiera cómo se llama, no quiere imaginar cuánto habrá sufrido esa gente a los que se llevaron en agosto de Angulema con un destino

incierto, hacinados durante dieciocho días —dieciocho, ellos apenas llevan dos, y además es el final del otoño y viajan desde el norte—, atravesando Europa hasta llegar a un lugar desconocido. Solo hay una mujer que ha podido contar aquel viaje, porque a la vuelta los nazis la dejaron en Angulema temerosos de que tuviera una enfermedad contagiosa. El resto había seguido hasta España, pero aquellos hombres y niños que fueron obligados a bajar del tren nadie ha podido averiguar todavía dónde están. Piensa en ello Rubén y se angustia, no tanto por él como por Anna. No quiere imaginarla esperando cada día su vuelta, consumida la salud por el insomnio y la incertidumbre, languideciendo cada día mientras no recibe ninguna noticia de él. Pero no tarda en volver a sentir la sequedad en la garganta, la lengua gorda, los labios agrietados.

Otros siete vagones con presos completan el convoy, y se pregunta si en todos ellos sucede lo mismo, si a ninguno de ellos les habrán dado agua o comida al salir de Sandbostel o alguna de las veces que el tren se ha detenido por culpa de los bombardeos. ¿Viajarán igual que ellos, hacinados en un vagón en el que ni siquiera estableciendo turnos de cinco minutos pueden sentarse? En el vagón de Rubén siguen las peleas. Cuando están de pie, los minutos se hacen eternos. Sin embargo, cuando les llega el turno de sentarse, para algunos el tiempo pasa enseguida, y luego ya no quieren levantarse, dicen a quienes controlan el tiempo que los han engañado, que no han mirado bien el reloj o que han hecho trampas cuando les ha llegado el turno a ellos. Los únicos que no protestan o no dicen nada son los que están muertos o los que como Rubén están tan cansados, tan hambrientos y tan sedientos que ni siquiera les quedan fuerzas para levantar la voz. La sed, la puta sed lo está matando. Ya no puede más. Ha visto amanecer dos días desde que los subieron al tren. Sin comer. Sin beber. Hace un rato se ha vuelto a mear encima y después de mojarse el pantalón ha pensado que incluso ha tenido suerte. Al menos no se ha cagado, eso sería una vergüenza para él, aunque alguno de sus compañeros lo haya hecho sin darle la mayor trascendencia. Pero él no, y lo mejor es no haber tenido que usar el cubo que le entregaron en la estación donde pararon. Sigue ahí, en un rincón, un excusado improvisado que muchos presos han utilizado, algunos entre risas, y Rubén

los envidia por ser capaces de tener ganas de reír en una situación como esta.

Peor que estar prisionero es la vergüenza, no ya de sentirse como un animal, sino de comportarse como tal y además hacerlo con naturalidad porque uno ya ha asumido esa condición. Eso no será nada comparado con lo que aún le queda por hacer, pero aún no puede imaginarlo, todavía no puede saber Rubén cuántas cosas verá o qué cosas será capaz él mismo de hacer. En el tren que lo lleva al infierno todo es posible, piensa: la libertad al final del trayecto, volver a ver a Anna y a su familia, que la guerra termine pronto y a los alemanes los devuelvan a las fronteras del tratado de Versalles, que Franco deje el poder en España y que vuelva la República. Pero también son posibles las cosas malas, y le basta con pensar que esto puede ser el principio del infierno. Peor aún, que ni siquiera haya empezado el infierno.

Tres días y otras dos paradas en mitad de ningún sitio después, Rubén piensa que ya no va a poder resistirlo más. El tren sigue su trayecto cansino hacia el sur, y si el destino final resulta que es la frontera española, los Pirineos están todavía muy lejos. Lo peor es cuando el tren se detiene sin que nadie sepa por qué.

—Nos van a dejar aquí —dicen quienes ya no tienen fuerzas para luchar y piensan que tal vez lo mejor que les puede pasar ya es que los dejen morir en paz.

Hay algunos momentos de silencio, y entonces se escuchan los lamentos o los gritos de los otros vagones. La situación de todos parece ser la misma. Cuando el tren se detiene otra vez, Rubén está seguro de que todo el mundo cree que se trata de otra parada debido a un ataque aéreo inminente o quizá a un desperfecto de la vía por culpa de algún bombardeo anterior. Tanta sed tiene que le gustaría que el artillero de un bombardero inglés tuviera la suficiente puntería para acabar en un segundo con el vagón en el que viaja. Pero esta vez la puerta se abre y, aunque es de día, es como si otra vez los estuvieran apuntando con un foco enorme. Todos los presos que aún están vivos no pueden evitar cerrar los ojos, deslumbrados. Escucha voces en alemán, y perros que ladran, y pasos de gente en lo que parece ser otra estación. Ojalá, piensa Rubén, sea este el final de nuestro viaje y hayamos llegado a España o a Francia o a Suiza o a Austria, pero que sea este el final

por fin.

Y de nuevo la misma pregunta.

—Wer kann hier Deutsch sprechen?

Pero ahora no es el mismo Rubén, el que está abotargado dentro del vagón, que el Rubén que dos días atrás se acercó a la puerta que había descorrido para hablar con ellos. Da lo mismo. La pregunta se repite, y siente que de nuevo todos los ojos cansados se posan en él, que también abre los suyos y parpadea por la falta de costumbre de la luz, y después de un acceso de tos seca que le sobreviene es capaz de articular, con mucho esfuerzo y con un hilo de voz que él habla alemán.

—Kommt hier! Schnell! —le gritan desde el andén.

Sin dejar de apoyar la espalda en la pared se dirige a la voz que lo reclama, pero el espectáculo del interior del vagón iluminado por la luz del día es una secuencia de muerte y de sufrimiento que le gustaría haberse ahorrado. Hay cuerpos en el suelo que ya sabe, nada más verlos, que no se van a levantar nunca. Prisioneros que han sido pisoteados por sus compañeros cuando quizá estaban vivos todavía. Hombres que han perecido de pie y que si aún permanecen erguidos es por las apreturas del vagón que no les han permitido siquiera descansar ni estando muertos. Rubén también sabe que si él puede sostenerse en pie es porque, igual que esos desgraciados que no han podido aguantar el hambre y la sed y el frío, tampoco podría caer al suelo aunque quisiera. Fuera hay decenas de hombres que acarrear espuelas vacías. Los Kapo les ordenan que se dirijan a los vagones por grupos. Un poco más allá, al borde del andén, los SS miran la escena a distancia, como si les molestase mancharse las manos de sangre o, simplemente, de suciedad.

—*Wie viele tot?* —el alemán del Kapo le parece bastante rudimentario. Con un fuerte acento eslavo. Polaco tal vez. Cuántos muertos. Rubén se encoge de hombros, cómo va a saberlo, si ni siquiera sería capaz de asegurar que él mismo está vivo. Cuántos muertos. Ojalá lo supiera. Ojalá que no hubiera ninguno.

—*Wie viele tot?* —el Kapo repite la pregunta, más fuerte esta vez. No es más que otro preso, igual que él pero con ciertos privilegios. Rubén no

tardará en comprobar que basta muy poco para que alguien que es torturado se convierta también en un torturador.

Vuelve a encogerse de hombros.

—*Ich weiss es nicht.*

El Kapo lo aparta de un manotazo y mete la cabeza en el vagón para comprobar él mismo cuántos muertos puede haber allí. El resto sucede tan rápido que a Rubén no le queda otra que asistir, alucinado, a lo que pasa por delante de sus ojos. Los que son presos como ellos pero llevan un traje a rayas y la cabeza rapada, a las órdenes del Kapo tiran de los cadáveres. Los compañeros de Rubén retroceden y él no quiere ni pensar lo que tiene que haber sido estar en el fondo del vagón mientras los otros los aplastaban contra las tablas.

Los cadáveres son amontonados en las espuestas. ¿Cuántos muertos? Demasiados. Algunos compañeros de Rubén aciertan a protestar cuando los presos de la estación tiran de ellos. Demostrar con contundencia que uno está vivo es la única forma de salvarse, de formar parte de la pila de cadáveres. El vagón se va aligerando poco a poco, y Rubén se agarra a una hendidura de las tablas para que la marea de cuerpos de la que los presos uniformados tira y sus propios compañeros empujan para ayudar a sacarlos de allí. Está asustado, y no va a ser esta sino la primera de las muchas veces en las que a partir de ahora va a temer por su vida. Miedo a caer desmayado y que lo confundan con uno de esos mal afortunados que se amontonan en las espuestas —ya se han llevado por lo menos seis repletas desde que empezó la operación—, miedo a ser sepultado en una montaña de hombres moribundos, a no poder respirar o gritar siquiera para pedir ayuda, advertir a los demás de que está vivo, porque está seguro Rubén de que más de uno de los que están en la pila de cuerpos aún está vivo. Le gustaría decírselo al Kapo, pero el miedo lo tiene paralizado. Piensa que si le dice algo o lo advierte también lo van a arrastrar, que a nadie le van a importar sus gritos o sus protestas, que les va a dar igual al final que esté vivo o que esté muerto, que solo será uno más de los cuerpos que se lleven de allí.

Cuando el vagón se despeja un poco y parece que ya no quedan más cadáveres piensa que han debido de sacar cuarenta o cincuenta compañeros al

menos. Al otro extremo consigue ver a Santiago, medio desmadejado pero todavía de pie, y Rubén consigue acercarse a la puerta de nuevo, antes de que vuelvan a cerrarla.

—Oye, tú, el que habla alemán —le dice un compañero—. Pídeles agua. Que nos den agua por lo menos. Si no quieren darnos comida que no nos la den, pero pídeles agua, por tus muertos.

Rubén apoya la mano en la pared del vagón para acercarse a la puerta, renqueando. Los presos que transportan las espuestas arrojan el contenido en un camión aparcado un poco más allá. Esperaba que también los bajasen a ellos allí, pero parece que el viaje va a continuar, y antes de que cierren la puerta consigue ver el nombre de la estación: Dachau. No le suena de nada ese lugar. No tiene ni idea de dónde pueden estar.

El Kapo aún está en el andén, mirando el interior del vagón, por si queda dentro algún cadáver. Los SS siguen un poco más allá, mirando distraídamente el convoy, sujetando las ametralladoras sin mucho entusiasmo, como si no les importara o no les preocupase el hecho de tener que vigilarlos. En realidad, los presos no son más que una horda de hombres desvalidos que no podrían representar siquiera una amenaza ni aunque fueran armados.

—*Wasser* —acierta a pedir Rubén—. *Wasser; bitte*. Piensa que es un hilo de voz lo que le sale, que el Kapo que debe de ser polaco ni siquiera lo escucha.

—*Wasser; bitte* —dice, de nuevo, y piensa que tal vez el polaco lo ha escuchado pero no entiende sus palabras.

Pero Rubén insiste.

—*Wasser; bitte*. Agua, por favor.

Y es el otro el que ahora sonríe, como si de repente hubiera comprendido un idioma que no conocía o las dos palabras que repite Rubén no sean sino una iluminación.

Parece que se le hinchan las pupilas al Kapo eslavo.

—*Wasser* —repite, mirando a Rubén, muy fijo, como si buscase algo dentro de sus ojos—. *Wasser; natürlich*.

Se ríe, y al hacerlo deja al descubierto una boca desdentada, el reflejo de

en lo que Rubén podrá convertirse dentro de no mucho tiempo pero él todavía no lo sabe.

Se vuelve el Kapo, despacio, como si le pesara mostrarse desconsiderado al darle la espalda, y le dice algo a los otros presos y a los SS que holgazanean junto a los vagones. Rubén no ha podido entender lo que les ha dicho, pero al menos ha podido distinguir la palabra agua en la frase. Parece que van a atender su ruego.

—¿Qué te han dicho? —le preguntan desde el interior del vagón.

Rubén se esfuerza en dar esperanza a sus compañeros.

—Se lo he pedido. No sé. Parece que nos van a dar agua. Debe de ser mediodía, y hace un frío intenso con la puerta del vagón abierta, pero Rubén prefiere quedarse ahí para poder respirar aire fresco, aprovechar el mayor tiempo posible, aunque se congele, todo el aire puro que pueda antes de que vuelva a cerrarse la puerta y de nuevo el día se convierta en noche, la luz en tinieblas y el único olor sea el de los cadáveres que aún parece que siguen allí a pesar de que ya se los han llevado.

El camión ya está lleno. Han sacado prisioneros muertos desde todos los vagones que Rubén ha podido ver. De otros vagones también han salido presos y los han hecho formar en el andén sin dejar de gritarles o de darles golpes. Es como si a medida que el tren ha ido viajando hacia el sur el trato hacia ellos se hubiera ido endureciendo. Las palabras del Kapo de Sandbostel van adquiriendo poco a poco el rango de profecía. Tal vez aquello que habían padecido hasta ahora no fuera más que la antesala, el purgatorio en forma de vagón de ganado donde los habían confinado igual que a reses que se dejan transportar mansamente hasta el matadero. Se pregunta Rubén si alguno de sus compañeros mantiene alguna duda de la suerte que les espera.

Diez minutos después, los presos del traje de rayas acarrear algo que parece una serpiente enorme y desmadejada. El Kapo eslavo les da órdenes y los golpea con las porras mientras no deja de señalar el vagón de Rubén. Tiene la vista nublada, por el cansancio y por tantas horas de oscuridad, y no acierta a distinguir qué es lo que transportan. El Kapo se queda mirándolo, y él le sostiene los ojos sin saber muy bien por qué. Luego da una orden a alguien que está fuera del campo de visión de Rubén, y ahora lo mira otra

vez, socarrón. Wasser, le escucha decir, o acaso ha leído la palabra en sus labios agrietados, y en ese momento la serpiente blanca y sucia que transportan los presos se hincha y emite un gorgoteo similar al estertor de un moribundo que precede a un enorme chorro de agua. Wasser, le parece escuchar decir Rubén, de nuevo, al Kapo eslavo cuya sonrisa parece habersele apuntalado en la boca, como si el frío le hubiera congelado el gesto, los ojos abiertos. Parece que disfrute como un niño cuando el caño de agua a presión desestabiliza a Rubén y lo hace resbalar en el mugriento suelo del vagón. No es solo el Kapo, sino también los SS que vigilan distraídamente la escena desde la distancia los que se están riendo al ver a los españoles sin fuerza para aguantar el chorro de agua que sale de la manguera que sujetan los presos, que también se están riendo.

Pronto aprenderá Rubén que la crueldad es una cuestión de jerarquías, que incluso los presos veteranos también pueden sentirse superiores o hasta divertirse viendo cómo otros presos resbalan en el vagón por culpa de la presión del agua, abren la boca como peces moribundos varados en la orilla. Rubén teme que sus compañeros lo aplasten en su afán de poder capturar unas gotas de agua antes de que caiga al suelo, agua muy fría que también está mojando sus ropas y que en cuanto se vaya el sol se convertirá en un aliado mortal del aire helado.

Mientras trata de coger un poco de agua del suelo del vagón Rubén se pregunta a cuántos se habrá llevado el frío por delante cuando vuelva a ser de día. Tal vez mañana él sea uno de ellos.

Pese a ello, lo que más le importa ahora es la sed, igual que a sus compañeros. Y el Kapo eslavo lo sabe. Puede que él también haya llegado hasta aquí, en un tren, en las mismas condiciones en las que viajan el propio Rubén y sus compañeros. Seguro que por eso ahora se ríe, el mismo gesto congelado que está convencido de que ha seguido ahí todo el tiempo, cuando ordena a quien Rubén no puede ver que cierre el grifo, que la broma ha durado bastante, no vaya a ser que los españoles del vagón al final consigan saciar su sed porque han dejado el grifo abierto demasiado tiempo. Pero la manguera es vieja y la orden tal vez ha tardado demasiado tiempo en ser escuchada u obedecida y se desinfla poco a poco, muy despacio. De ella aún

sigue saliendo un chorro considerable aunque sin fuerza por el que los presos se pelean para poder colocar la boca debajo. Los que no han podido aguantar la sed ni siquiera le han dejado opción de probar el agua que aún sale de la manguera, y al final Rubén piensa que, aunque sin haber calmado la sed ha tenido suerte, porque dos SS se han acercado hasta el vagón y la han emprendido a culatazos con los presos que se pelean por el chorro de agua cada vez más débil. A uno de ellos parece no importarle los golpes, porque sigue con la boca abierta, debajo del hilo de agua, como si lo único que existiera en el mundo fuesen él y ese caño insignificante que no tardará en secarse o desaparecer.

Anna

Todas las puertas están cerradas, pero para Anna no es ninguna novedad tampoco que la gente del bloque donde vive evite dirigirle la palabra. Cuando se llevaron a Rubén, al principio todos fueron muy amables con ella. Subían a su casa de vez en cuando. Incluso Marlene, la mujer que vive sola en el bajo, a veces le ha preparado un plato de comida y se ha subido a cenar con ella o la ha invitado a comer en su casa. Bishop se lo había advertido, y Anna pensaba que el hecho de que sus vecinos le hicieran el vacío formaba parte, no solo de lo previsible, sino también de la estrategia que tenía prevista para ella y cuyo último fin a Anna se le escapaba. Pero lo peor no era lo de sus vecinos. Con sus amigos, los de toda la vida, era diferente. Ellos, que la conocían desde siempre, con los que había vivido tantas cosas, eran quienes con más dureza la habían tratado. Ninguno quería entender que, sobre todo después de que se hubieran llevado a Rubén los nazis, hubiera sido capaz de traicionar sus principios. Era algo que no le habían perdonado todavía. Anna se decía que tal vez ella —tal vez no, seguro— habría terminado haciendo lo mismo, retirándole el saludo a cualquier amiga suya que se hubiera vendido a los alemanes. Pero también albergaba la secreta esperanza, puede que ingenua, pero no podía evitarlo, de que, en el fondo, alguno de sus amigos, quizá los más íntimos, se dieran cuenta, aunque no le dijese nada, de que en realidad lo que estaba haciendo era trabajar para ayudar a ganar la guerra, contribuir con su sacrificio —¿acaso no era un sacrificio?— a echar a los alemanes de París, de Francia. A veces piensa que es tan obvio que no

comprende cómo es posible que no se hayan dado cuenta todavía de lo que está haciendo, tan transparentes son para ella sus verdaderos sentimientos que le parece que es imposible que los demás no puedan darse cuenta.

Como si todos formasen parte de una conspiración secreta, ha llegado a pensar que sus amigos, incluso Franz Müller, que parece confiar en ella con la seguridad de quien se siente invencible, saben en el fondo sus intenciones pero la dejan hacer, cada uno por un motivo diferente. Franz Müller para entregarla a la Gestapo y que la castiguen y la torturen cuando llegue el momento; sus amigos para organizar una fiesta en su honor cuando todo acabe. De los dos, es el pensamiento más amable el que desaparece enseguida. La esperanza de reconciliación con sus amigos de siempre, si alguna vez sucede, no va a ser tan sencilla. Ya no la tratan igual —pronto dejarán de hablarte, le había advertido Bishop, como si fuera un adivino— y Anna no tiene dudas de que la relación no puede sino ir a peor. Sin embargo, la otra hipótesis, sí es más probable si las cosas se complican: que Franz Müller descubra que trabaja para los aliados y la Gestapo la detenga y la torture. Y no es imposible si tiene la mala suerte de ser desenmascarada. Anna no sabe lo que ocurrirá entonces. Siente escalofríos al pensar que puedan torturarla y que no sea capaz de soportar el dolor. Pensar que una puede llegar a resistirlo y luego ser capaz de soportar el daño cuando ya te han detenido no es lo mismo. Nadie puede saber la fuerza que atesora dentro hasta que llega el momento, pero Anna está convencida de que, si llega, al final, por mucho que quiera soportarlo, terminará delatando a todos los compañeros de la Resistencia que conoce en París, a los pilotos aliados derribados en la Europa ocupada a los que ha buscado acomodo desde que volvió de Inglaterra, a Bishop, aunque ahora esté tan lejos que ya no pueden detenerlo ni hacerle daño.

Ella se había encontrado con Franz Müller por casualidad, y luego Bishop fue quien la convenció para tirar de ese hilo. Cada vez que Bishop le pide algo, siempre tan serio, desprovisto de pasión, la vida de Anna se pondrá patas arriba. La primera vez fue cuando se presentó en su casa aquel domingo. La segunda, tres años después, cuando le pide que trabaje cierta amistad con Franz Müller. Y la última será cuando haya terminado la guerra

y ya crea que en su vida no queda nada de la mujer que fue, cuando se haya escondido del pasado en el sur, y del pasado regrese un fantasma que arrastrará a otros fantasmas con él. Anna odia a Bishop cuando se lo pide, pero todavía no sabe que aún lo odiará más, cuando pasen unos años, lo odiará tanto que deseará su muerte, peor aún, querrá matarlo ella misma, con sus propias manos.

—¿Qué significa exactamente trabar amistad con Franz Müller?

Bishop la mira, y a Anna le parece encontrar un atisbo de sonrisa en sus labios, pero Bishop no sonríe, es imposible. Robert Bishop no sabe sonreír. Hace mucho que lo sabe.

—Significa lo que tú quieras que signifique.

—¿Me estás pidiendo que me acueste con él?

Bishop no dijo nada. Tal vez era ella la que debería responder a esa pregunta.

—Primero serán tus compañeros de trabajo, luego tus amigos —le advirtió, sin embargo—. Puede llegar un momento en que todos te den la espalda.

Y una de las cosas que supuestamente le deberían haber enseñado durante las tres semanas de adiestramiento intensivo que había pasado en Londres era a no perder el tiempo en preocuparse por lo que la gente que la conocía —sus amigos, sus vecinos, sus compañeras— pensaran de ella a partir de ahora.

—Hay que intentar aprovecharlo todo en nuestro beneficio —le había dicho uno de los cuatro instructores de los que había recibido formación durante las vacaciones de Navidad que había pasado en Inglaterra, donde la nieve, la niebla y la oscuridad parecían pelearse cada día para ganar una batalla en la que trataban de conquistar las horas del día.

Y cuando solo faltan cuatro días para que Robert Bishop le pida que trabaje amistad con Franz Müller pero ella todavía no puede saberlo, Anna se coloca un pañuelo en la cabeza para proteger su peinado del aguanieve que castiga París en abril, le da por pensar que no es la misma que salió en tren de la ciudad dos años y medio antes, rumbo al sur pero también a un destino incierto cuyo resultado todavía no estaba segura de conocer. El nombre de su tarjeta de identificación sigue siendo el mismo, aunque ahora guarda detrás

de la madera contrachapada del armario de su dormitorio otras tres identidades distintas, tan bien realizadas, que ni un experto de la Gestapo con un microscopio hubiera sido capaz de asegurar que se trataba de falsificaciones fabricadas, como tantas, en algún lugar secreto de Inglaterra.

A las siete ha terminado su jornada en la academia. Ya hace bastante que se ha hecho de noche, y Anna, además de ajustarse el pañuelo, se abrocha hasta el último botón del abrigo para protegerse del frío parisino mientras se dirige a la estación de metro que la lleve a la plaza de la Bastilla. Tiene que recoger a tres pilotos norteamericanos derribados en Bélgica que harán escala de dos días en París mientras que otro agente que los llevará al sur venga a buscados. Esa ha sido su principal ocupación desde que regresó de Inglaterra: acomodar a pilotos caídos en territorio ocupado a los que una red de evasión se encargaba de llevar a los Pirineos y cruzar la frontera española.

Cuando se paraba a pensar en lo que hacía, a veces llegaba a la conclusión de que era otra persona, que la antigua Anna Cavour se había empezado a difuminar hasta mezclarse del todo con la nueva Anna desde que salió de París rumbo a España a finales del 40.

En Sevilla fue donde le procuraron la primera de las identidades falsas que ahora escondía en el dormitorio de su piso. Cuando se despertó a la mañana siguiente de haber visitado la casa de la familia de Rubén, se encontró un sobre que alguien había deslizado bajo la puerta. No había escuchado nada, conque, medio dormida todavía, lo primero que pensó fue que había estado allí desde que llegó la tarde anterior y ella no se había dado cuenta. Pero luego resolvió inmediatamente que eso no era posible, que se tendría que haber dado cuenta enseguida. No hacía falta haber recibido ninguna clase de adiestramiento para percatarse de algo tan obvio como aquello. Puede que quien fuese se lo hubiera dejado a la dueña de la pensión para que ella lo empujase bajo su puerta. Dentro había una dirección escrita a máquina. Anna miró el reloj. Si quería llegar a tiempo tenía que darse un poco de prisa. Tenía el tiempo justo para una ducha rápida y un paseo hasta aquella cita.

La dueña de la pensión le indicó la forma de llegar. Estaba muy cerca. Solo tenía que rodear la catedral y adentrarse un poco en el barrio de Santa

Cruz. Anna pensó que era posible que ayer pasase también por delante de aquella casa durante el rato que estuvo dando vueltas antes de decidirse a ir a visitar a la familia de Rubén. No era imposible entonces tampoco que alguien la hubiera seguido desde allí, o incluso antes de llegar hasta la casa de la familia de Rubén, y luego hasta la pensión para dejarle más tarde esa nota. Cualquier cosa que fuese, su curiosidad quedaría satisfecha dentro de poco.

La entrada de la vivienda no era muy diferente a la que había visitado ayer, solo que aquí el cancel era blanco, y en la base del semicírculo superior podía leerse, en números grandes: 1897. Después del mismo trámite del día anterior de criada uniformada y con cofia, un atildado caballero británico con el pelo plateado le entregó un sobre con un billete de tren para Madrid —saldría esa misma noche—, y otro hacia Lisboa. Dentro del sobre había algo más. Un fajo de billetes con pesetas y escudos portugueses.

—En Gran Bretaña la proveerán de libras para sus gastos.

Fue la única aclaración del británico que vivía en el barrio de Santa Cruz pero no le dirá su nombre en todo el tiempo que esté con él. Es lo último que encontró en el sobre lo que más la inquietó. Mirar el pasaporte británico con su foto y un nombre que no es el suyo es una sensación muy rara. Estaba mirando a otra persona que resultaba ser ella. Recordó la foto que el propio Bishop le había hecho un día en su piso de París. Es un reportaje para el periódico, fue la única explicación que le dio, y Anna tardó un poco en entender la broma después de haberlo visto llegar con esa cámara tan pequeña. Un reportaje que estoy haciendo. Tu cara me va a servir para ilustrarlo. Como Bishop era incapaz de sonreír, ni siquiera cuando recurría a la ironía, a Anna le costaba adivinar las muy contadas ocasiones en las que no hablaba en serio. Así que era para esto, pensó ahora al verla, una foto de carnet para un pasaporte británico. No pudo evitar que le temblasen las piernas un instante al pensar en lo medido y en lo controlado que estaba todo. Quienquiera que estuviera manejando los hilos de su vida desde Inglaterra se estaba preocupando de no dejar ni un cabo suelto.

—En Madrid habrá de ser discreta. Ahora es usted otra persona. Esconda muy bien su pasaporte francés porque aunque viaje bajo una identidad falsa puede haber alguien que la reconozca. Se supone que viaja de vuelta a

Francia, aunque al final va a decidir quedarse a pasar las Navidades en el norte de España. Es importante que nadie sepa que viaja a Lisboa.

Anna asintió.

—No se preocupe. No me verá nadie.

Lo dijo, desde luego, sin estar convencida de ello. Nunca había tenido que despistar a alguien que la siguiera. Lo único que podía hacer al llegar a Madrid era salir de la estación de Atocha, rodearla y volver a entrar, cambiar de sitio varias veces en la helada mañana de diciembre mientras esperaba que saliera su tren para Lisboa. Mirar a todo el mundo con desconfianza, como si estuviese cometiendo un delito. ¿O es que acaso no era un delito viajar con un pasaporte falso? Había muchas cosas —casi todas— que Anna no entendía todavía, y que a lo mejor no llegaba a entender jamás. Robert Bishop era un ciudadano norteamericano que trabajaba para una agencia que estaba interesada en que los Estados Unidos declarasen la guerra a Alemania, pero el hombre que le había entregado el pasaporte, los billetes y el dinero en Sevilla era un caballero británico, un gentleman de buena cuna, tal vez un lord o algo así. Eso saltaba a la vista. No había más que ver sus modales o su forma de hablar. Pero cada vez que intentaba Anna pensar en dónde se había metido más le costaba profundizar. Era imposible entenderlo para ella. No era más que un peón en una esquina de un tablero de ajedrez que no podía saber cómo era la partida que se estaba jugando.

Dos días después de dejar Sevilla, volaba en un hidroavión que despegó de Lisboa rumbo a Inglaterra junto a otras siete personas de paisano con las que solo intercambió algún saludo cortés, nada más. No era el momento de intimar con nadie ni le apetecía y, aunque hablaba inglés con cierta fluidez, era consciente de que no lo bastante como para que los demás no se percatasen de su acento francés, y, según el pasaporte con el que había cruzado la frontera hispanoportuguesa, ella era una ciudadana británica de veintiocho años que respondía al nombre de Mary Alcott. Mary Alcott, cada vez que su cabeza dejaba de divagar se repetía ese nombre una y otra vez, como si al escuchárselo decir tantas veces pudiera convertirse en un nombre verdadero, como si la que de verdad viajaba a bordo de aquel hidroavión fuese Mary Alcott y no Anna Cavour. Era como un niño que aprende a andar

y luego a hablar, una libreta en blanco en la que se estaba escribiendo una nueva identidad, una nueva vida. Pensaba también Anna que cuantas más cosas aprendiese, cuanto más capaz fuese de absorber nuevos conocimientos, antes podría regresar a París y conseguir que Rubén volviese de dondequiera que se lo hubieran llevado. Pensar en Rubén y entristecerse siempre era algo simultáneo. Y no es que no quisiera pensar en él, porque, además, si estaba allí era porque había decidido salvarlo, y él era la única razón por la que había accedido a esta locura. Pero durante esas tres semanas en las que tenía que esforzarse mucho porque le iban a ser muy útiles en el futuro —te podrán salvar la vida incluso, aunque ahora mismo te parezca una locura, le había asegurado Bishop— tenía que convencerse de que ella no era Anna Cavour, que Anna Cavour había desaparecido, que había muerto o que ni siquiera había existido nunca, que la mujer que había sido hasta ese momento no era sino una fotografía descolorida por el paso del tiempo escondida en el fondo de la maleta, un nombre que con el tiempo le resultaría extraño a pesar de ser el suyo.

Mary Alcott, volvió a decirse, por enésima vez, medio dormida, la cabeza apoyada en la ventanilla del hidroavión y, entre sueños, ya le inventaba una biografía, unos padres, unos hermanos, un novio tal vez.

Robert Bishop la esperaba en el embarcadero. Le cogió el equipaje y lo guardó en el maletero de un coche oscuro que él mismo conducía.

—¿Todo bien en España? Anna asintió.

—Todo bien.

Para variar, Bishop tenía el ceño fruncido, el entrecejo marcado por esa eterna señal de preocupación, como si buscara la solución a los problemas del mundo detrás del limpiaparabrisas que despejaba del cristal las finas gotas de lluvia. Pero Anna pensó que esta vez podía ser, porque era su forma de conducir, concentrado en el tráfico. Con Bishop nunca podía estar segura de nada, y mucho menos de lo que pasaba por su cabeza.

—Parece que no pudiste estar mucho tiempo con la familia de Rubén Castro. Nadie te vio con ellos por la ciudad.

—No me invitaron. No fue fácil.

Anna también miraba el tráfico con la misma concentración que si llevase

el coche. No tenía carnet y no sabía conducir, pero le parecía raro estar sentada en el lado izquierdo.

—Solo pude ver a su padre. Y no mostró demasiado interés en tener noticias de su hijo. Tampoco me invitó a que me quedase —se volvió hacia él, que seguía atento al tráfico—. No podía obligarles a que me aceptasen como una hija, así, por las buenas. Y luego recibí instrucciones para venir aquí. Pero eso estoy segura de que también lo sabes.

Bishop asintió.

—Tal vez haya sido suficiente —dijo—. Al menos has ido a Sevilla para visitar a la familia de tu prometido.

—Supongo que habrá habido un propósito para ello.

Entonces Bishop no dijo nada. Hizo como si no la hubiera escuchado o como si el tráfico se hubiese vuelto tan complicado de repente que requiriese toda su atención. Fuera lo que fuese, estaba claro que no le respondería a esa pregunta, ni a esa ni a ninguna que él no considerase pertinente.

Y es cierto. Dos años y medio después Anna Cavour no es la misma de antes. Ahora la identidad de Mary Alcott está guardada detrás de un panel de madera contrachapada de su dormitorio junto a otras dos identidades falsas. Un documento que dice que es Ute Faber, ciudadana alemana de Múnich —tal vez había cierta perversión en el servicio secreto al escoger Baviera, la cuna del nazismo—, y otro pasaporte en el que se llamaba Teresa Ramos García, madrileña que llevaba siete años residiendo en París, antes de que estallase la guerra civil al sur de los Pirineos, para que nadie que mirase sus papeles pudiera pensar que había abandonado España por motivos políticos y aquello la convirtiese de inmediato en sospechosa.

Desde su vuelta de Londres, Anna memoriza todo lo que ve, anota en su mente cualquier rumor que escucha, algún comentario sobre un repentino desvío de suministros que pueda suponer una pista sobre cuál va a ser el próximo movimiento del ejército alemán en Europa, la visita de un alto cargo del Reich a la ciudad. Cada día caen toneladas de bombas sobre Inglaterra, y pensar que los aliados puedan derrotar a Alemania en un futuro próximo es poco menos que una quimera. Más que una quimera tal vez. Pero ella, con sus ojos bien abiertos, va a hacer todo lo que pueda. Va a intentar cumplir

con su misión de la mejor manera posible. Igual Rubén está muerto al final —más de dos años han pasado desde que se lo llevaron— y, de hecho, hay muchas posibilidades de que así sea, pero en la vida una nunca ha de rendirse, porque nunca se sabe qué puede traer el futuro.

Por mucho que la hubieran preparado y por mucho que le hubieran explicado durante las tres semanas de entrenamiento que había recibido en Inglaterra, el miedo a que la Gestapo la detuviera cada vez estaba más presente, y para Anna era evidente que en cualquier momento podían arrestarla. Pero ya no hay manera de echarse atrás. No es posible, no tiene ningún sentido hacerlo y, lo más importante, es que en el fondo ella ya no quiere dejar de hacer lo que hace. Se ha metido en esto por una razón muy concreta, y aunque aquella motivación, a medida que han pasado los meses y aumenta la incertidumbre se ha ido difuminando, aún mantiene la esperanza, aunque esté equivocada, aunque sepa que tal vez se obligue a pensar en ello para mantener un rayo de esperanza de que Rubén aún sigue con vida, que aunque no tenga noticias de él desde que se lo llevaron preso los de la Gestapo, si se esfuerza en hacer bien su trabajo, como si fuera una penitencia, al final la vida la recompensará con su regreso.

Es tarde, más tarde de las doce cuando llega a su casa. Se da la vuelta en el colchón, incómoda, incapaz de dejarse llevar por un sueño que esta noche le resulta esquivo. Demasiadas emociones, demasiada tensión como para no dar vueltas en la cama hasta las tantas, sin poder conciliar el sueño. Es por eso por lo que cuando escucha unos nudillos llamar a la puerta no está segura de si lo ha soñado o si está despierta. Se incorpora en la cama. Silencio. Aguanta la respiración para no hacer ningún ruido y poder escuchar mejor. Un momento después vuelve a escuchar los nudillos en la puerta. Le gustaría haberse equivocado, pero ahora no tiene dudas. Alguien está llamando. Tal vez estaba dormida antes y no se ha dado cuenta de que un coche ha frenado en la calle y unas botas o unos zapatos han pisado la acera y han entrado en el bloque donde vive. A lo mejor los de la Gestapo han venido a detenerla por fin y no los ha escuchado llegar. Se levanta despacio y se dirige a la puerta de puntillas, como si así pudiera evitar que se enteren de que está en casa, o que echasen la puerta abajo de una patada sin importarle que ella estuviera dentro.

¿Acaso esos policías nazis siniestros vestidos de negro tenían que rendirle cuentas a ella o a alguien? Anna suelta el aire detrás de la puerta. Tal vez ha aguantado la respiración desde que estaba en la cama, piensa, como si eso fuera posible. Vuelve a escuchar los nudillos que tocan suavemente, como si acariciaran la puerta. No, los de la Gestapo no llamarían de esa forma. Darían un grito o mostrarían su autoridad sin reparos. Ningún vecino iba a subir para protestar. No. La Gestapo no puede ser. Recuerda que antes alguien llamaba a su puerta de la misma forma, con idéntica delicadeza. Pero hacía más de un año que eso no sucedía, desde que los japoneses atacaron Pearl Harbor y Roosevelt había declarado la guerra tanto al Imperio del Sol Naciente como a los alemanes y a los italianos y él tuvo que marcharse de París. No esperaba volver a verlo. Hace mucho que recibe las órdenes a través de un enlace de la Resistencia.

No es lo más prudente abrir a esas horas de la noche sin preguntar quién es, pero tampoco es lo más inteligente preguntar en voz alta el nombre de la persona que ella espera que esté al otro lado. Ya ha quitado la cadena y ha tirado de la hoja cuando murmura su nombre. Bishop, susurra, antes de ver en la oscuridad el rostro del hombre que aún no se ha quitado el sombrero y la mira desde el umbral. No hay luz en el descansillo y su casa también está a oscuras, pero ella no necesita ver su cara, el gesto serio, sin mover ni un músculo, para saber que es él, Robert Bishop, el hombre que nunca sonríe, como si trajese un defecto de fábrica imposible de reparar. Se cuela dentro como un fantasma, sin decir nada hasta que ella ha cerrado la puerta y ha echado la cadena.

—Cuánto tiempo. —Anna sigue hablando en susurros. Se han sentado los dos en el salón, igual que la primera vez que vino a visitarla—. ¿Desde cuándo estás en París? ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

Enseguida se da cuenta de que la primera pregunta es posible que Bishop no la responda, y que la respuesta de la segunda es tan obvia que ni siquiera hace falta haberla formulado. Si ella tiene tres pasaportes falsos escondidos detrás del panel contrachapado del armario, seguro que Bishop puede entrar y salir de Francia con toda una suerte de identidades diferentes.

Pero Anna ha acertado de lleno en su adivinación.

—Desde hace pocos días —responde Bishop, y pasa por alto la segunda pregunta.

Tal vez, piensa, es demasiado obvio y ni siquiera merece la pena que se lo explique. Hay muchas maneras de que un agente extranjero pueda llegar a París. Anna conoce unas cuantas, pero es verdad, cuanto menos sepa mejor para ella, para Bishop, para todos.

—Te dije que volvería.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Estamos pasando una época muy complicada.

Bishop se ha quitado el sombrero y mira por la ventana, parece que distraídamente, pero Anna sabe que no es así, que siempre está alerta, incluso cuando duerme se le antoja que lo hace con un ojo abierto.

—Ha sido un día difícil.

—Ha sido un día difícil para todos.

Bishop sigue mirando por la ventana, pensativo.

—Estuve a punto de no llegar.

Bishop se vuelve hacia ella, como si de repente le interesara lo que le estaba contando.

—¿Qué ha ocurrido?

—No tiene mucha importancia, solo que por poco no llego a tiempo al encuentro.

—Cualquier detalle puede ser importante, por nimio que pueda parecer —responde Bishop, como un profesor que le recuerda a un antiguo alumno una lección que no debería olvidar.

—Me quedé en el café, a la salida del trabajo, para hacer tiempo. Había un oficial de la Wehrmacht, un teniente, borracho, en la barra del café. Se fijó en mí.

Bishop frunce el ceño.

—Solo quería ligar conmigo —se apresura Anna a aclarar.

—¿Estás segura?

—Completamente. Estaba bebido. Se empeñó en acompañarme hasta mi casa. Caminó conmigo durante un buen trecho por la calle hasta que pude quitármelo de encima.

—¿Tuviste que montar algún escándalo?

—A punto estuve. No me quedaba otra alternativa.

—¿Y qué pasó entonces?

—Cuando estaba al borde de hacer lo que no quería pero no me quedaba más remedio intervino alguien.

—¿Alguien?

—Un alemán. Dijo que era un SS, pero iba de paisano. Recriminó su actitud al oficial, que se llevó una buena reprimenda. No me extrañaría incluso que ahora estuviera pasando la noche en un calabozo.

Bishop ha fruncido el ceño otra vez. O es que tal vez no ha dejado de hacerlo desde que se ha sentado en el pequeño salón de Anna.

—¿Te dijo su nombre?

Ella asiente. No ha pensado que pueda ser tan importante lo que le ha sucedido esa tarde. Se lo ha contado a Bishop casi por casualidad.

—Su nombre. Me lo dijo, sí. Al despedirse. Müller. Franz Müller.

El americano se queda mirándola un instante, sin responder. Luego vuelve a asomarse por la ventana, como si escrutase la calle en busca de algún coche que se detenga en la esquina y del que bajen de pronto unos agentes de la Gestapo para subir al piso de Anna y detenerlos.

—Franz Müller —le repite Anna al volverse—. ¿Lo conoces? ¿Sabes quién es?

Y enseguida, nada más formular las preguntas, antes de terminarlas incluso, piensa, igual que ha pensado unos minutos antes, que no debería haberlo hecho. La respuesta es tan obvia que no es necesario.

Franz Müller, repite Bishop, aunque Anna tiene la sensación de que no le habla a ella, sino al vacío, los ojos perdidos en algún punto indefinido de la pared iluminada por la escasa luz que llega desde la calle. No está sonriendo, desde luego que no. Anna ya ha perdido la esperanza de verlo sonreír alguna vez, pero no le cabe duda de que, por alguna razón que él no le va a contar ni ella le va a preguntar, Robert Bishop se siente profundamente satisfecho.

Rubén

Más que los culatazos de las ametralladoras de los SS son los propios compañeros, que tiran de él para salvarle la vida, los que consiguen apartarlo. Pero no es aquí donde va a terminar la perversión macabra, el juego cruel del que tanto parecen estar disfrutando los SS, los Kapo, e incluso los propios presos que aún sostienen la boca de la manguera a dos palmos del vagón. Un compañero ha cogido el cubo de las inmundicias del rincón y les ha gritado a los SS que esperen. Las dos ametralladoras le apuntan al pecho, y lo primero que piensa Rubén es que ese preso es un hombre muerto. Piensa que ni siquiera va a tener tiempo de echar el cubo de la mierda a la cara de los soldados antes de que lo acribillen, pero se extraña al verle levantar la mano en son de paz y luego coger el cubo y vaciárselo encima de los pies, salpicando de porquería a cuantos compañeros que están a su alrededor. Pero nadie protesta, ninguno es capaz de decir nada, y Rubén no puede estar seguro de si la razón es porque como él no entienden lo que está pasando o si por el contrario saben lo que va a hacer y lo aprueban, además. Por favor, les dice, en español, acercando muy despacio el cubo a la boca de la manguera de la que todavía brota un débil caño de agua. Por favor, y la sonrisa del Kapo sigue ahí, inmutable, como si nunca en su vida hubiera disfrutado tanto o como si el gesto del preso español que está pidiendo que le dejen llenar el cubo de los excrementos lo divirtiese de una manera retorcida. Los SS bajan las ametralladoras y también sueltan una carcajada.

—*Ja wohl!* —dice uno, y le hace un gesto al español para que pueda

coger agua. Dentro del vagón se han quedado todos callados. Al preso lo han dejado bajar para que pueda llenar el bidón con comodidad. Pasan dos o tres minutos hasta que la manguera recupera de nuevo esa forma de serpiente flácida, pero el preso espera hasta que haya salido la última gota, y entonces es cuando los SS le ordenan que suba al tren de nuevo.

Rubén no cree que el cubo se haya llenado ni hasta la mitad, y no quiere pensar en lo que hay dentro, una mezcla repugnante de agua sucia y excrementos y orines. Pero su compañero lo agarra como si fuera un tesoro, lo sujeta como si lo abrazara cuando se dirige de nuevo al rincón, y antes de que pueda ocupar su sitio, el Kapo ordena a uno de los presos con traje de rayas que cierre la puerta del vagón, y en un instante todo se vuelve negro otra vez, y hasta que sus ojos vuelvan a acostumbrarse a la penumbra de nuevo, sabe que lo único que va a poder ver es oscuridad, formas confusas quizá de sus compañeros, gente desesperada que a lo mejor, igual que él mismo, lo que preferiría es que las tinieblas continuasen hasta el final del viaje, que no pudieran ver nada hasta que el tren llegase a su destino. Pero comparado con el espacio del que disponían antes de llegar a esa estación y el vagón se vaciase de cadáveres, el sitio del que ahora disponen Rubén y sus compañeros les permite sentarse con relativa comodidad.

Rubén sabe que no va a ser capaz de conciliar ni un mal sueño a pesar de que se ha olvidado ya de cuántas horas lleva sin dormir, pero cierra los ojos y se deja resbalar en las tablas mojadas del vagón hasta sentarse. Se abraza a las piernas, hunde la cabeza entre las rodillas y se cubre con las manos la nuca y aprieta los párpados, y se dice que por muchas cosas que le pasen, por mucho sufrimiento que tenga que padecer, por más dificultades que encuentre en el infierno que le espera —ya no duda de las palabras del Kapo de Sandbostel que se abstuvo de traducir a sus compañeros— él no se va a convertir en un animal. Se lo promete a sí mismo, se lo promete a Anna, a su madre, a sus hermanas, incluso a su padre, que aunque está seguro de que sufriría mucho si pudiera verlo, no podría evitar pensar, decirle incluso que, de alguna manera, lo que le había pasado era porque él se lo había buscado, por destacarse entre los demás cuando lo mejor era pasar desapercibido, por señalarse políticamente cuando lo más sensato era todo lo contrario, por abrir

la maldita boca cuando todo el mundo optaba por callarse, por querer hacerse el valiente cuando a él no le correspondía ser un héroe y además carecía de las hechuras y condiciones para ello. Le gustaría estar con su padre ahora, sentir la mano sobre su hombro que lo consuela, escuchar algún consejo de sus labios, por muy rancio que fuese, aunque no estuviera ni fuera a estar nunca de acuerdo con él. Y no es en el sueño en lo que se ha instalado al cabo de un rato, no sabe cuánto tiempo ha pasado en la misma postura, como si estuviese petrificado, si acaso una falsa duermevela de la que se despierta encogido, tiritando porque la ropa mojada, y la pared del vagón y el suelo también mojados y la falta de luz no van a ayudar a que pueda secarse. Tiene frío, mucho, tal vez más del que ha tenido nunca, ni siquiera en los tres últimos inviernos de su vida que ha pasado en París. Y es raro, muy raro, una sensación muy extraña es la que tiene, tanto frío y tanta sed al mismo tiempo. Se acuerda del cubo de las inmundicias y le sobreviene una arcada que enseguida se transforma en un regusto ácido de bilis en la boca. Se muerde la manga de la chaqueta, y la tela húmeda apenas consigue aliviar la sensación de sequedad, los labios agrietados, el picor de la garganta o la lengua, que siente tan gorda que está seguro de que ni siquiera sería capaz de hablar.

Levanta la cabeza y, aunque está oscuro, puede distinguir las formas de sus compañeros, el contorno confuso de sus cuerpos, incluso la cara de algunos de los que están más cerca de la puerta por la que consiguen colarse algunos rayos de luz, muy poca luz ya, porque no debe faltar mucho para que anochezca.

Ya nadie protesta en el tren. Ahora es todo silencio, como si los compañeros prefiriesen guardar sus energías para más adelante, por lo que pueda pasar, o quizá lo que hacen es, como él, rumiar su destino en silencio, masticar para sí mismos la suerte tan mala que les espera. Nadie la ha tomado con él o le ha recriminado lo que a lo mejor sospechan que no les dijo en Sandbostel. Tal vez es que eso ya ni siquiera importa. Sandbostel queda ya muy lejos en el tiempo, una vida que ahora le parece una ficción, tres semanas en las que han hecho poco más que holgazanear, como si fueran ganado a los que han tratado con mimo para engordarlos antes de meterlos a todos en un tren y llevarlos a su destino, el averno que todavía ni conocen ni

son capaces de imaginar.

Rubén vuelve a encajar la cabeza entre las rodillas y a cerrar los ojos. Si se queda dormido, piensa que durante un tiempo podrá soslayar la sed, y el frío, que va aumentando sin que pueda hacer nada a medida que pasan las horas y se va la luz y se dé cuenta de que su ropa mojada ya no se va a secar. Tal vez el final del viaje sea quedarse dormido y no despertar más. Y durante los próximos meses, lo que más deseará es que hubiera sido así, haberse quedado dormido y no haber despertado. Pero abre los ojos antes de que sea de día, mucho antes, tal vez no se haya rendido al sueño más que un rato, apenas unos minutos. No puede saberlo, porque durante el viaje ha perdido la noción del tiempo. Los minutos se estiran, parecen eternos, y la única referencia es el lento discurrir del convoy sobre las vías, el choque continuo y sistemático de las ruedas del tren con las juntas de dilatación de los raíles, un metrónomo perfecto que marca la duración del viaje.

Lo primero que se pregunta al abrir los ojos es si ya ha llegado a su destino o si, por el contrario, se ha quedado dormido para siempre y ahora lo que ve es lo mismo que veían los muertos en los cuentos de terror de la biblioteca de su padre cuando era un niño, los libros que lo envenenaron con el vicio de la lectura. A lo mejor, por fin, ya es un alma en pena, un ectoplasma desorientado que aún no sabe desenvolverse en su nuevo estado, un fantasma errabundo y perdido en un tren con otros presos que no tardarán en acompañarlo. Pero escucha voces Rubén, y está tiritando y no puede contener un acceso de tos, y el hambre, y la sed, la sed que es insoportable, más que el frío y el hambre y el sueño. Y los fantasmas no tienen ni hambre ni frío ni sed ni sueño. Sigue vivo, pero no le da tiempo a pensar si prefiere estar muerto. Lo que está escuchando son voces de sus compañeros. Están discutiendo. Levanta la cabeza y suspira. Hasta ahora, todas las disputas se han solucionado en muy poco tiempo, en cuestión de minutos, a puñetazos, y luego el viaje ha continuado en silencio, como si no hubiera pasado nada, como el lento discurrir del convoy sobre los raíles. Pero ahora es distinto, o eso le parece a Rubén. Ahora se pelean por el cubo.

—Tú, danos un poco de agua.

Pero el que había llenado el cubo de la manguera en la estación sigue

abrazado a él, como si estuviese poseído. Sacude la cabeza, enérgica, compulsivamente, y Rubén piensa que ha perdido la razón.

—El agua no es tuya, camarada —le insiste otro preso—. Tienes que compartirla con los demás.

—Todos tenemos sed —dice otro.

Pero el del cubo sigue sacudiendo la cabeza, y luego mete la mano en el agua sucia, y como si fuera un cuenco se lleva el líquido a los labios. Rubén desvía la mirada y se alegra de que dentro del vagón esté tan oscuro como para no tener que contemplar a plena luz esa imagen que sabe que le va a repugnar tanto. Ni siquiera aunque haya desviado la vista puede contener otro regusto de bilis en la boca. Él tiene muchísima sed, la misma o tanta que los compañeros, pero pensar en el hedor del cubo le da tanto asco que prefiere mirar para otro lado. Vuelve a hundir la cabeza entre las piernas, pero ni siquiera así puede evitar escuchar la discusión, las voces de los otros compañeros que reclaman compartir agua del cubo de las inmundicias. Le parece escuchar también a Santiago protestar, pero le da lo mismo. Aprieta las rodillas contra las orejas para amortiguar los sonidos, las voces que suben de tono, las palabras que se convierten en amenazas, las amenazas que se convierten en gritos y los gritos que se convierten en puñetazos. Un zafarrancho que sucede dentro de ese vagón oscuro por apenas lamer un cubo que ha servido durante todo el viaje para llenarlo de excrementos. Rubén se pega a la pared todo lo que puede, trata de mantenerse al margen de lo que está pasando, aislarse, como si eso fuera posible, no escuchar a sus compañeros gritar, pelearse entre ellos, matarse incluso por beber del cubo. Pero es imposible no escuchar, sustraerse a los gritos, a los golpes y al silencio que sobreviene luego cuando el cubo se derrama en la refriega, todos se quedan callados un instante, antes de lamentarse y seguir peleando de nuevo.

Ahora Rubén no puede evitar levantar la cabeza y entrever lo que está ocurriendo. Hombres hechos y derechos tirados, la boca abierta en la madera del suelo para poder beber al menos alguna gota del líquido pardusco antes de que se escape todo por el fondo del vagón. Cierra los ojos, pero es lo mismo ver que no ver. Por mucho que quiera no va a poder escapar, va a tener que

seguir ahí dentro y, además, se pregunta también cuánto tiempo va a tardar él en hacer lo mismo que los demás, agacharse y arrastrarse por el suelo del vagón, tratar de humedecerse la lengua en el agua que se ha derramado del cubo, por muy repugnante que sea. Incluso se alegra porque ya se haya derramado toda. El impulso de agacharse es muy fuerte y Rubén no sabe cuánto tiempo más podrá mantenerlo a raya, no levantarse y buscar un sitio a empujones entre los compañeros que lloran desconsolados, como niños a los que sus madres no les prestan atención, porque apenas han podido mojar los labios en esa agua inmunda. Los escucha llorar Rubén y vuelve a taparse los oídos. A lo lejos, muy lejos, suena una tormenta, un relámpago solitario, nubes que pueden estar descargando agua ahora mismo en algún sitio. Piensa en la lluvia fresca, el agua limpia que mojaría su cabeza y sus ojos y sus labios, sobre todo sus labios, si no estuviera encerrado. O que al menos lloviera sobre el vagón, que el agua se colase por el techo igual que el líquido asqueroso se ha escapado por las tablas del suelo. Pero ni siquiera el cielo tiene piedad de ellos, la tormenta suena muy lejos y, tal vez, ni Rubén ni ninguno de los compañeros puede verlo desde dentro, ni siquiera está descargando agua, y son solo truenos que escupen unas nubes secas. O quizá es un espejismo, piensa. Los espejismos no tienen por qué suceder solo en los desiertos, sino también en un convoy que cruza Alemania. A lo mejor no llueve en ninguna parte y lo que está ocurriendo es que Rubén se lo imagina. Sigue escuchando truenos. Lo hace hasta que se abandona de nuevo, y en el fondo se alegra por ello, a una duermevela, un remedo de sueño que, al menos, aunque no consigue transportarlo lejos de allí, sí amortigua el frío, la ropa húmeda que le ha calado ya hasta los tuétanos, el agujero del estómago, las grietas de los labios por culpa de la sed que ya no puede soportar.

Cuando la puerta del vagón se abre, aún no ha amanecido. El tren se ha detenido y Rubén ni siquiera se ha dado cuenta. Se despierta tiritando. Seguro que tiene fiebre, porque tiene frío pero también tiene calor. Escucha voces. Ahora no los iluminan con un foco, pero también gritan desde fuera. *Raus! Schnell!, Raus!, Schnell!* Esta vez nadie ha preguntado si alguien habla alemán, y Rubén siente que ahora no tendría fuerzas para traducir órdenes. Se levanta a duras penas. Le duelen todos los huesos. Los Kapo les gritan y los

golpean con las porras al salir. Es igual en todos sitios. Siempre hay unos presos privilegiados que se encargan de pegarles y de gritarles. Rubén apenas puede esquivar un golpe al bajar. Menos de dos minutos después están todos fuera, y también los del otro vagón del convoy donde todavía quedan presos. Los que no han salido es porque ni siquiera tienen fuerzas para levantarse o porque ya se han cansado de aguantar y han bajado los brazos o se han quedado helados durante la noche y ya no han despertado.

No sabe si este es el final del viaje, si por fin han llegado al infierno, o tal vez es otra parada para que se bajen algunos presos y vuelvan a llenarles de agua el cubo de la mierda. Pero ya no puede pensar en eso. Tan solo aspira el aire húmedo de lluvia reciente, el olor de la tierra mojada del campo que le gusta tanto. Debía de ser verdad y no un sueño lo de la tormenta. Había llovido durante el viaje, seguramente en este lugar donde el tren se ha detenido. Entre la vía y el pequeño edificio de la estación donde están los SS hay un charco enorme. Ya no puede aguantar más. Ha tenido que esforzarse más allá de donde él creía que estaba su propio límite para no pelear también por un sorbo de agua del cubo de las inmundicias, pero ahora no va a contenerse. No sabe si ha llegado a su destino y les van a dar de beber aunque estén en el infierno o si dentro de un instante los van a volver a meter en el vagón y no sabrá si podrá llegar vivo a la siguiente estación.

Comparado con el cubo de las heces el charco le parece una fuente de agua limpia, un manantial que brota de una roca en la montaña en primavera. No soy un animal, se dice, antes de agacharse, y cuando flexiona las piernas piensa que tal vez los Kapo no lo dejen siquiera llegar con los labios al charco, que lo aporrearán o lo empujarán antes de que lo consiga, pero a él le va a dar igual. Incluso que alguno de los SS que están junto al edificio de piedra de la estación le pegue un tiro no le importa nada. Ya está de rodillas. No soy un animal, se repite, antes de hundir la cara en el charco. Los ojos cerrados mientras espera los golpes en la espalda, las manos que le sujetarán los hombros y lo empujarán lejos del agua. Pero le da igual. Ya está bebiendo, y nunca habría creído que el agua sucia de un charco supiese tan rica. Está helada, pero nada en su vida le parece que haya tenido mejor sabor. Ha hincado las manos en el agua también, y espera aguantar varios golpes en

esa postura, resistir todo lo que pueda hasta que lo aparten de allí, pero, incomprensiblemente, nadie le pega ni lo empuja, y Rubén sigue bebiendo hasta que le duele el estómago. Tiene que parar de cuando en cuando para respirar, pero solo levanta un poco la cabeza, sin abrir los ojos, piensa que a lo mejor ha tenido suerte y ninguno de los Kapo y los SS se han fijado en él, que como aún está oscuro nadie se ha dado cuenta de que uno de los presos está bebiendo en un charco, como un animal. Pero no es un animal, no lo es. Rubén lo repite mentalmente mientras bebe el último trago. Entonces levanta la cabeza, esperando que por fin la porra de un Kapo le haga estallar la cabeza o el disparo de un SS impaciente le reviente el pecho.

Pero ha abierto los ojos y lo que ve es como una alucinación. Tan sorprendido lo deja que vuelve a cerrarlos, muy fuerte, como si quisiera despojarse de un velo que le impide darse cuenta de lo que pasa con claridad, pero nada ha cambiado a su alrededor cuando los abre de nuevo. No hay un solo preso que haya salido de los vagones que ahora mismo esté de pie. Quizá con las mismas dudas o con la misma incertidumbre respecto a lo que va a pasar si lo hacen, si les van a golpear o los van a matar por ello, pero a ninguno le ha importado, y es que todos han llegado al mismo límite que él. De rodillas, todavía sin ser capaz de levantarse, Rubén se da cuenta de que todos los presos han hundido la cabeza en los charcos que la tormenta ha formado entre las vías y la estación, el andén precario que se ha convertido en un abrevadero improvisado, y extrañamente nadie les ha golpeado mientras lo hacen, pero no por pena o por solidaridad con el estado lamentable en el que se encuentran, sino porque todos, sin excepción, tanto los Kapo que los han sacado a gritos y a golpes del tren como los SS están ahora mismo riéndose, a carcajadas, algunos se llevan la mano a la barriga y los señalan, como si fueran niños pequeños que nunca en su vida hubieran visto algo tan divertido.

Beben todos igual, con los ojos cerrados, la misma concentración que si estuvieran realizando un trabajo difícil, de precisión. De todos los presos que han bajado de los vagones él es el primero que se ha incorporado después de beber. Aún no ha amanecido del todo pero, mientras se ponen de pie sus compañeros, se fija en el nombre del lugar donde se han detenido. Al otro lado de la vía, en el pequeño edificio de piedra de la estación hay un cartel

que lo indica. Mauthausen, lee Rubén, moviendo despacio los labios aún mojados de agua sucia. Nunca en su vida había escuchado hablar de ese lugar. Se pregunta si es su destino final, el infierno que le había anticipado aquel Kapo de Sandbostel.

Anna

A veces los monstruos se comportan como caballeros y a quienes se les supone hombres honrados y cabales de pronto demuestran tener pocos escrúpulos, como si todo valiera con tal de ganar la guerra, llevar a buen fin una misión.

Franz Müller. Anna apenas podía pensar en otra cosa en el tren. Pero era mejor acordarse y sentirse culpable que tener que hablar con ese hombre que estaba sentado frente a ella, en un vagón de primera clase, en un tren que los llevaba desde París a Berlín después de la guerra. El hombre vestido con un traje elegante que ahora leía distraídamente un periódico fue el que la empujó a acercarse a Franz Müller. No le costó mucho esfuerzo, porque el ingeniero ya se había fijado en ella. Como era un alemán sin uniforme en París, muy bien podría haber pasado por un profesor atractivo, un conquistador capaz de encandilar a las jovencitas con una frase amable, una flor y una copa de buen vino.

Pero no por eso fue un trago agradable. Sobre todo las primeras veces. Luego hubo otros motivos, y alguno de ellos jamás se lo contaría a nadie. Pero cuando Robert Bishop le insinuó que debería ser un poco más amable con Franz Müller le hubiera gustado rajarle el vientre con un cuchillo. No había sido ayer, pues, la primera vez que había tenido ganas de matarlo. Pero entonces también la convenció.

—Es lo más conveniente para que no sospeche de ti. No solo eso, lo mejor para obtener información de primera mano. Podemos salvar muchas

vidas si te muestras amable con él.

—¿Cómo de amable? —le preguntó Anna entonces, una vez que superó las ganas de abrirlo en canal.

—Todo lo amable que seas capaz —le dijo Bishop, con la misma frialdad que le podía haber pedido que se pegara un tiro o que se marchase a Inglaterra con él.

Y el hombre que la empujó a hacer algo que le repugnaba, había logrado convencerla de que lo acompañase a Berlín para volver a encontrarse otra vez con el mismo hombre con quien entonces le pidió que se acostase si era necesario. Pero ahora no iba a ser como antes. Habían pasado muchas cosas, incluso había abandonado Francia junto a la Wehrmacht en un coche enviado por Franz Müller.

Robert Bishop parecía tener el mismo desapego a las emociones que siempre. Seguro que más, después de todo lo que había sucedido. Anna echó un vistazo al vagón comedor donde estaban sentados después de cenar. El agente de la OSS seguía ensimismado en un periódico norteamericano atrasado mientras arrancaba de cuando en cuando un trago al vaso que descansaba en la bandeja. Le dio una calada al habano y la miró, detrás de la cortina de humo. No le costaba imaginarlo comprando cajetillas de cigarrillos caros o de vegueros como ese en el mercado negro de Berlín.

—¿Por qué volviste a Francia? —le preguntó, de repente. A Robert Bishop nunca se le habían dado bien las sutilezas.

Anna se echó hacia atrás en el asiento. Apoyó la cabeza en el respaldo. Estaba muy cansada.

—Era peor seguir adelante. Más peligroso. Llegó un momento en el que me di cuenta de que corría el mismo riesgo si volvía a Berlín que si regresaba. Pensé que era lo mejor. Eso es todo.

—Podían haberte matado tus antiguos compañeros.

—Era un riesgo que tenía que asumir. Pero al final esperaba que alguno de vosotros viniese para contar la verdad. Ya ves, al final, después de seis años de guerra tal vez sea todavía una ingenua.

—No sé si eres consciente del riesgo que has corrido al volver sin avisarnos antes.

—¿Avisarnos? ¿A quién? ¿A ti?

Ahora fue Bishop el que se apoyó en el respaldo. Anna se dio cuenta de que no descansaba la cabeza. Tal vez no quería despeinarse, que el pelo engominado siguiera igual de ordenado en la nuca que en la coronilla. El mismo Bishop tan presumido y tan serio de antes. Dio una larga calada antes de volver a hablar. Su rostro se perdía otra vez detrás de una espesa cortina gris.

—Te habríamos ayudado. A pesar de todo, te habríamos ayudado.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de que nos traicionaste.

—Yo no te traicioné. Lo sabes. Y además, estoy segura de que si no me has matado ya es porque sabes la verdad.

Bishop la señaló con la punta del habano. Medio centímetro de ceniza se sostenía en un precario equilibrio delante de la nariz de Anna.

—Tal vez seas demasiado valiosa todavía —se detuvo en esta palabra— para que dejemos que te maten.

Ella casi sonrió.

—Todavía —dijo, como si quisiera remarcar la misma palabra en la que él había puesto el énfasis de la frase—. Todavía.

—No me tientes, Anna. No me tientes.

Anna se quedó mirándolo, muy fijo. Y Bishop adivinó lo que le iba a decir antes incluso de que las palabras saliesen de su boca.

—Tú tampoco a mí, Robert Bishop. Tú tampoco a mí.

El americano tardó un poco en volver a dar una calada al puro. Para él la conversación había terminado. Cogió el periódico de nuevo para no tener que mirarla a la cara. No le apetecía hablar con ella ahora, no quería que aprovecharse cualquier desliz de la conversación para reprocharle que la obligara a convertirse, otra vez, en poco menos que una furcia. Y en el fondo sabía que Anna tenía razón, y que el dolor que ahora sentía en la espalda tal vez no fuese más que un recordatorio, una especie de justicia poética que la vida le había dejado por haberlo hecho.

—Háblame de ese movimiento de resistencia alemán —aún no había leído más de dos líneas de la sección de deportes del New York Times

cuando ella se lo preguntó—. ¿Quiénes son? ¿Qué pretenden?

Bishop la miró por encima de la página antes de doblar el periódico cuidadosamente y volver a dejarlo en el asiento. Miró a un lado y a otro, para asegurarse de que nadie los escuchaba. No iba a contar nada confidencial, pero hablar en voz baja cuando se trataba de trabajo es un hábito del que cuesta desprenderse cuando se lleva muchos años haciéndolo.

—Pretenden sabotear el trabajo de los aliados, castigar a los alemanes que se rindan o colaboren con nosotros, reorganizarse para crear otro Reich, cualquiera sabe. Puede parecer bastante ridículo dadas las circunstancias. No hay más que echar un vistazo a Alemania. La derrota ha sido absoluta.

—Entonces tal vez no sean más que un grupo desorganizado, sin mucho peligro.

—En parte sí, pero no todos son así. Es verdad que hay muchos chavales que no son capaces de desprenderse todavía de las ideas que les inculcaron y se dedican a travesuras peligrosas, como robar armas o sabotear camiones. A alguno de ellos ya le ha costado la vida.

Anna esperaba ver en el fondo de los ojos de Bishop algo de compasión, pero acaso ya no era capaz de encontrar sentimientos en los ojos de ese hombre o es que había perdido la capacidad de penetrar en su alma.

—Pero en Berlín se han metido en algo que nos importa mucho. Han matado a varias personas y queremos detenerlos antes de que muera alguien más.

—Vaya, es bueno saber que a la OSS ahora le interesa la filantropía.

—Obviamente, no. Pero también pueden asesinar a Franz Müller. Es aquí donde entras tú, como sabes.

Anna no iba a desperdiciar la oportunidad de hablar de Franz Müller.

—¿Y cómo puede ser tan peligrosa una banda de desharrapados?

Bishop se acomodó en su asiento. Arrancó un sorbo al vaso y otra calada al veguero antes de responder.

—Estos no son exactamente una banda de desharrapados. Tampoco lo sabemos exactamente. Mi opinión es que, al menos en Berlín, están bastante organizados. Después de la guerra, la ciudad es un caos. Muchos nazis han cambiado de identidad, y se pasean impunemente por la calle, como si en

toda su vida no hubieran sido sino unos pacíficos ciudadanos que han tenido que sufrir a Hitler y a los suyos tanto como el resto de Europa.

—Cuesta imaginar a Franz Müller así, ocultándose de un lado para otro. —Anna lo dice y mira por la ventana. Apenas se ve nada al otro lado. Las luces de alguna ciudad, a lo lejos, un esbozo de luna en el cielo, detrás de las nubes—. Además, Franz Müller nunca fue nazi. Eso también lo sabes.

Se quedó Bishop callado un instante, como si no estuviera muy seguro de lo que iba a decir.

—La gente cambia. Se adapta a las circunstancias. Anna, esos comentarios no van a ayudar a convencer a tus antiguos compañeros de que no fuiste una simpatizante de los nazis.

Ella prefirió pasar por alto el comentario.

—¿Lo has visto?

—He visto varias fotografías tuyas. Es él, no hay duda. Algo más delgado que antes de que terminase la guerra, pero es el mismo Franz Müller que conocemos. Queremos hablar con él y salvarle la vida. Pero para hacerlo bien te necesitamos a ti.

—No me adules, Robert. Ese truco ya no te va a servir conmigo.

—No es un truco. Es la verdad. Que no me haya gustado la idea de tener que volver a verte no significa que no sea capaz de reconocer tus méritos como agente.

—A mí tampoco me ha gustado volver a verte.

—Pues entonces estamos iguales. ¡Camarero!

Había levantado la mano para llamar antes de que Anna pudiera darse cuenta de que lo hacía.

Cuando el camarero llegó Bishop le pidió otro vaso de bourbon. Luego miró a Anna.

—Estoy cansada —dijo ella, sin embargo—. Me voy a dormir.

Bishop no movió un músculo. El gesto serio, la mandíbula apenas apretada. Sostenía todavía el vaso donde aún quedaba un poco de licor antes de que el camarero viniera y le trajese otro lleno.

—Conviene que descanses —le dijo por fin—. Por la mañana estaremos en Berlín. Tal vez sea un día muy largo.

Anna lo miró. A él y al vaso de bourbon, con intención.

—Es lo mejor para conciliar el sueño.

Ella se asomó otra vez por la ventanilla del vagón. Ahora no había luces a lo lejos. La luna seguía detrás de las nubes.

—Después de la tercera copa consigo instalarme en un sopor agradable. Con la cuarta, ya me siento mucho mejor —se quedó mirándola, y luego desvió también los ojos hacia la oscuridad del otro lado del cristal—. A veces con el quinto ya me puedo quedar dormido.

Anna suspiró antes de volver a mirar a Bishop.

—Pues ya solo te quedan tres para poder conciliar el sueño esta noche. Que tengas suerte.

Cuando descorrió la cortina de su compartimento para buscar la luna imposible a través de las nubes, y sintió la proximidad de una estación porque el tren se detenía, se apoderó de ella una sensación de peligro estrenado, desconocido. De pronto, sintió ganas de huir. De saltar por la ventanilla antes de que el tren frenase del todo. Todavía no se había parado y faltaban pocos minutos para que pudiera ver las caras de la gente que esperaba en el andén cuando vio el nombre de un pueblo en un cartel. Ya estaban en Alemania. Antes de que los soldados entrasen para pedir los pasaportes podía abrir la ventana y saltar, echar a correr como una fugitiva y tal vez regresar a su granja y esperar a que algún compañero de la Resistencia al que conoció durante la guerra viniera a matarla.

Tenía tiempo, pensó. Los soldados no vendrían a molestarla a su compartimento. Bishop se encargaría de todo, les enseñaría su documentación y era más que posible que los soldados se cuadrasen a pesar de que él ni siquiera se hubiera levantado, porque al hacerlo delataría el cuarto o el quinto vaso de bourbon.

Pensó Anna en lo raro que era el miedo. Si había subido a ese tren con Bishop en Francia, era porque estaba convencida de que lo mejor era viajar a Berlín con él y cerrar de una vez por todas las heridas del pasado. Al menos, las que pudiera, porque había otras que sabía que jamás podría cerrar. Pero ahora, cuando se acercaba a su destino, el pánico quería apoderarse de ella. ¿Por qué estaba asustada? Era lo mismo que cuando viajaba a Alemania con

la Wehrmacht en retirada. Había sido lo mejor para salvar la vida. Al final de la ocupación, no le había quedado más remedio que ponerse abiertamente del lado de Franz Müller y los nazis. Con ellos estaba más segura que si se hubiera quedado en París hasta que las cosas se calmasen. Ya habría tiempo de explicarlo todo y de rehabilitarla. No se fiaba de que Bishop o sus jefes contasen a la Resistencia toda la verdad antes de que la encontrasen para matarla. Era así como los servicios secretos acostumbraban a pagar a sus agentes cuando las cosas se complicaban, y había otros intereses: dejándolos en la estacada y que se las arreglasen como mejor pudieran.

Pero los sentimientos formaban un raro cóctel al mezclarse, y el resultado para Anna al final era este pánico que no podía dominar, este miedo que la obligaba a abrir la ventana de su compartimento y asomarse al andén cuando el tren todavía no se había detenido del todo.

Apenas había gente en la estación. Era muy tarde. Los primeros que subieron al tren fueron unos soldados norteamericanos. Otros dos se habían quedado fuera. Miraban a un lado y a otro mientras sujetaban las correas de dos perros que Anna estuvo segura que se lanzarían por ella en cuanto saltara por la ventanilla. Cuando el pánico llegaba, no era capaz de razonar lo que hacía. No se entendía a sí misma. No entendía nada. No sabía por qué al final había decidido quedarse. Se dijo que porque era lo más sensato, que si saltaba del tren no tardarían en capturarla. Y entonces tal vez Bishop no se mostraría tan condescendiente o tan comprensivo con ella.

Pero no era eso. Ella sabía que no. Cuando volvió a Francia estaba dispuesta a morir si hacía falta, que vinieran sus compañeros de la Resistencia y le pegasen un tiro en la cabeza después de un simulacro de tribunal improvisado en la cocina de su casa. Y ahora, cuando había decidido volver a Berlín, era consciente de lo que arriesgaba, estaba bastante segura de lo que se iba a encontrar y a pesar de ello había accedido a ir. El pánico era inevitable, era humano sentir miedo, y saberse en la frontera alemana suponía la última oportunidad de dar marcha atrás.

Estaba sudando. No se había dado cuenta hasta que una ráfaga de aire helado se coló por la ventanilla. Se levantó para cerrarla vio cómo los soldados bajaban del tren. No iban solos. Se llevaban a un detenido. Un

hombre al que tal vez le faltaba algún sello en un papel o cuyo rostro o su nombre no los había convencido. Alemania se había rendido, pero por toda Europa no había sino puestos militares y soldados. Ella misma había sido detenida y había tenido que soportar hambre, frío y humillaciones para volver a casa.

Y, cuando creía que la guerra había terminado, no sabía que todo iba a empezar de nuevo, como si al dejar una cuenta pendiente la vida no pudiese sino avanzar en círculos, ir hacia delante y retroceder hasta que se zanjasen los asuntos sin terminar, se haya pedido perdón a la gente a la que se haya traicionado y, en la medida que podamos, expiado las culpas.

Cuando regresó a Francia, ya se habían acabado los bombardeos y los disparos, el miedo a los invasores y la incertidumbre, pero aún no sabía que muy pronto iba a empezar otra batalla más difícil de librar, una batalla en la que no habría ejércitos ni soldados. Un tiempo más difícil que el que pasó después de acompañar al ejército que se retiraba de París, pero con la esperanza secreta de escapar y volver a su hogar, siempre alerta, siempre pendiente de algún movimiento o despiste o relajación que le permitiera volver al territorio liberado que ahora era territorio enemigo para los soldados con los que viajaba. El mundo cada vez se volvía más pequeño para ellos y Anna, aunque hubiera fingido lo contrario para salvar la vida, no quería ir a Berlín, y la única razón por la que se había marchado en un convoy junto a los soldados que odiaba era porque temía que la acusaran de traición más que por seguir adelante con la misión que le habían encomendado. A esas alturas, para Anna el objetivo de su misión se había vuelto demasiado difuso, como quien termina viendo borroso un cuadro de tanto mirarlo y ya solo ve manchas que no le dirán nada. Pero, a medida que el mundo se iba estrechando, sentía que se ahogaba, que si seguía con ellos hasta el final ya no podría regresar nunca.

Aunque también la hubieran podido matar estando con ellos, no era imposible, en un bombardeo, en una escaramuza, en un encontronazo entre los propios soldados. Tampoco Franz Müller podía protegerla ya, porque, por no saber, ni siquiera sabía dónde estaba. Aún no había podido evitar sentir asco de sí misma por haberse enamorado del hombre al que estaba a punto de

abandonar antes incluso de haberse encontrado con él, empezar a caminar en dirección contraria, hacia el oeste, antes de que fuera demasiado tarde y ya estuviera demasiado lejos. Ni una nota de despedida, ni una explicación, ni un lamento. Ya no sabía por quién llorar. Ya había derramado bastantes lágrimas: por Rubén, por el hombre por el que había terminado sintiendo una clase de afecto que la inquietaba y la repugnaba al mismo tiempo. Tal vez lo único que había aprendido después de todos estos años era que, a veces, aunque no quisiera, no le quedaba más remedio que traicionar sus principios, dar la espalda a lo que siempre había dado sentido a su vida.

Sentía que dejaba atrás, a su espalda, un mundo que se derrumbaba a pesar del convencimiento de unos cuantos locos que se empeñaban en resistir, que estaban convencidos de que la derrota de Alemania era imposible a pesar de que dos ejércitos poderosos estaban cerrando la tenaza cada uno por un lado.

Tardó mucho en regresar a casa. No días, ni semanas, sino dos meses. Todos los soldados iban hacia el este, pero ella viajaba en sentido contrario. No era fácil llegar, pero al final lo consiguió. Cuatro meses de penurias y de miedos. De trenes, de camiones, de autobuses, de campos de refugiados donde la retuvieron contra su voluntad o de caminatas extenuantes por campos embarrados. Era el único paisaje posible después de una guerra. Escombros, miseria, olor a carne podrida y a mierda, y el hambre que te pincha en las entrañas. Y el miedo tampoco se iba a terminar cuando llegase. Lo sabía. Incluso sería peor. Antes o después alguien vendría para acusarla, la señalaría como traidora, y no habría nadie que pudiera defenderla, una voz autorizada que contara que hizo lo que hizo porque era lo mejor para ayudar a echar a los invasores del país, ella no cumplía sino órdenes, igual que todos, igual que tanta gente que lo hacía sin rechistar. Pero también intentaba pensar que también podía ocurrir que nadie sospechase, que con el tiempo todo pasaría y se olvidaría, igual que un mal recuerdo, pero no era tan ilusa, y si hay algo que ya había perdido, lo sabía bien, aunque no quisiera, era la inocencia. ¿Quién podría seguir confiando en los demás después de todo lo que había pasado? Lo único que podía hacer era procurar estar lo más lejos de París que le fuera posible, como si la distancia pudiera salvarla, irse al

campo y arreglar la granja, trabajar como si nada hubiera pasado y acostarse cada noche con la incertidumbre de no saber si antes de que amaneciera alguien habría llegado desde el pueblo o quizá desde más lejos, para vengarse, para matarla. Lo pensaba Anna y tal vez lo deseaba.

Pero lo que no podía imaginar Anna era que otro hombre que se resistía a abandonar el mundo de los vivos, porque aún le quedaba una última cosa por hacer, había recorrido la misma senda penosa atravesando Europa. Un hombre que había cambiado tanto después de cinco años que ni siquiera él mismo reconocería su rostro cuando se agachase en un arroyo para lavarse, de vuelta a la que todavía cree que es su casa. El hombre llegaría después que ella, a París, de noche, sin saber que se ha exiliado en una granja recóndita lejos de allí, procurando ocultarse de las miradas de los vecinos no tanto porque pudieran reconocerlo, sino porque tal vez se asustarían al verlo, un espectro que regresa de la tumba, cómo ha podido sobrevivir, se preguntarán si lo ven. La misma pregunta que él se ha hecho durante todos estos años. Cómo he podido sobrevivir a tanto horror.

Y es otra clase de temor, pero miedo también, lo que Anna siente de noche en el tren que la lleva a Berlín. Quizá era por esto por lo que había accedido a ir, intentó convencerse, aunque enseguida se dio cuenta de que lo único que trataba era de justificar su cobardía por no bajarse del vagón en la estación: para no tener que volver a pasar miedo, hambre, frío ni humillaciones. Era una excusa tan buena o tan mala como cualquier otra, tan grandilocuente o tan rebuscada como casi todas, pero Anna sabía el verdadero motivo por el que viajaba a Berlín.

Se arrebujó en una manta para protegerse del frío alemán. Era como si, al haber cruzado la frontera, hubiera bajado la temperatura de pronto. Pensó en Franz Müller, en cuánto se había reducido su mundo desde que lo conoció, cuando era un ingeniero alemán de vacaciones en París que le mandaba flores y cestas de comida para seducirla, dispuesto a conquistarla como un enamorado cualquiera, un hombre solo que pasa unas vacaciones en territorio enemigo y se enamora de una mujer. La pasión es un sentimiento muy extraño que nubla la mente de quienes la padecen: Franz Müller, obsesionado como un colegial porque ella le hiciera caso, no pudo imaginar jamás que

había sido el hombre obtuso que ahora ultimaba un vaso de bourbon en el vagón restaurante quien la había convencido de que accediera a acostarse con él. Cuando lo conoció, Robert Bishop era un agente idealista que parecía tener las energías suficientes para echar él solo, si lo hubieran dejado, a toda la Wehrmacht de Francia. Unos pocos años después, se emborrachaba después de cenar para poder dormir, sin sospechar que había una razón íntima que la había convencido para viajar a Berlín con él, tal vez el único motivo al que Anna podía agarrarse después de todo por lo que había pasado. Ninguno, pues, seguía siendo el mismo que fue: Franz Müller oculto como una rata en un Berlín devastado, el cínico agente de la OSS emborrachándose para atrapar el sueño. Y ella tampoco era quien Robert Bishop pensaba. Las personas estaban llenas de claroscuros, monstruos que de repente se revelaban bondadosos, héroes que se comportaban como villanos o ella misma, que había llegado a un punto en el que no sabía de qué lado estaba.

Nada había sido igual desde que los hombres de la Gestapo se llevaron a Rubén. Le costaba conciliar el sueño a Anna si trataba de poner en pie el rompecabezas complicado en el que se había convertido su vida. Al cabo de un rato escuchó los pasos inseguros de Bishop arrastrándose hasta el compartimento contiguo al suyo. Lo sintió detenerse antes de abrir la puerta. Sin verlo supo que estaba ahí, de pie, con la vista borrosa, dudando si entrar en su compartimento para dormir unas cuantas horas y despertarse razonablemente fresco cuando llegasen a Berlín o si golpear su puerta con los nudillos para que lo perdonase por haberle pedido que se acostara con otro hombre después de haberle prometido que haría todo lo posible por traer a Rubén de vuelta a casa.

Anna sabía que él no iba a llamar a su puerta porque sabía que ella jamás le abriría, pero se encogió aún más bajo la manta. La luna le alumbró los ojos al salir de una nube y se tapó los oídos con las manos, con fuerza, para no escuchar los nudillos que no iban a golpear en la puerta de su compartimento ni la voz temblorosa de bourbon del hombre pidiéndole perdón por haberle arruinado la vida, por haberla chantajeado para que volviese a trabajar para él. Tan fuerte se apretó los oídos que temió que la cabeza le pudiese estallar. De repente lo único que deseaba era llegar a Berlín, llegar a Berlín para, que

todo acabase de una vez, cuanto antes, que ya no tuviera que pensar en nadie más que en ella misma, cumplir con el pasado, redimir sus pecados y tal vez un día, ojalá que no muy lejano, poder morir en paz.

Franz

Sin embargo, el camino que ha recorrido Franz Müller para llegar hasta el campo de concentración de Mauthausen no ha sido tan directo como el azaroso y duro viaje de Rubén Castro a bordo de un tren de ganado. Desde que disfrutaba una apacible vida como profesor de ingeniería aeronáutica y violinista diletante en Berlín hasta que ha terminado formando parte de un cuarteto de músicos desganados que tocan para el solaz de los SS en un campo de exterminio, el trayecto, aunque no ha sido tan dramático como el de los presos con traje de rayas que ha visto en el Lager, con la perspectiva del tiempo se le ha terminado antojando un laberinto siniestro, un experimento amargo cuyo último fin no fuera otro que convencerlo, reconducirlo, llevarlo de nuevo por el buen camino, que por fin decidiera abandonar esa vida bohemia que no encajaba en su educación burguesa y que además no necesitaba, el sendero que debería haber seguido si no se hubiera empeñado en nadar contracorriente como si fuera un héroe, como si la única manera de probar su valentía delante de los demás no fuera otra que hinchando el pecho y levantando la mano para saludar al Führer o vistiendo uno de esos horrendos uniformes a los que tanto se había aficionado su amigo Dieter Block.

Dieter Block. Por primera vez, Franz Müller se pregunta si será capaz de aguantar, de mantener el tipo mientras toca el violín, si no terminará agachando la cabeza y marchándose a Linz por su cuenta, si al final, qué ironía, no tendrá que pedir clemencia a su amigo para poder volver a Berlín y

alejarse de tanto horror, no tener que ver ya más tanto sufrimiento.

Mientras esperan instrucciones del oficial que los acompaña para indicarles el lugar de la Appelplatz donde se deben colocar, Franz Müller no puede evitar acordarse de su amigo Dieter Block, que lleva un uniforme como ese, pero es varios grados superior al Obersturmführer que les guía. Ya lo era la última vez que lo vio, seis meses antes, cuando fue a Berlín para visitar a su madre. Apenas habían pasado seis años desde que se marchó, y la ciudad y la gente parecía haber cambiado tanto que, sobre todo al principio, para él fue como si estuviese en un lugar que jamás hubiera visitado. Franz Müller estaba seguro de que aunque luego muchos afirmasen sin recato que aquello se veía venir, nadie diez años antes hubiera sido capaz de predecir lo que traería el futuro. Él no habría imaginado jamás que su amigo Dieter Block, con quien se había criado, jugado en la calle o peleado de niño, diez años después sería todo un Sturmbannführer de las SS, y es lo que siempre se ha preguntado Franz Müller muchas veces durante todo este tiempo. Dieter Block y él habían crecido juntos, los dos habían estudiado en el mismo colegio y habían tenido los mismos amigos e incluso a veces las mismas novias, y en algún momento de sus vidas sus caminos se habían desviado. A ambos les gustaba la música desde niños, incluso habían fantaseado con la idea de ser los dos violinistas profesionales algún día, dar la vuelta al mundo interpretando piezas de Mozart por las calles.

—Pero para eso hace falta ser rico.

—O que no te importe el dinero.

—Yo creo que eso es lo mismo.

Los dos acudían juntos a la misma escuela de música.

Beethoven, Brahms, Puccini, Mozart, Strauss, y aunque estaba claro que como violinista, el nivel de Franz era superior al de Dieter, ambos disfrutaban de la música con la misma intensidad, sin envidias, como dos amigos, mucho más que eso porque tanto Franz Müller como Dieter Block consideraban al otro su hermano. Pero las cosas cambian, la vida se tuerce, y era como si sus caminos se hubieran separado para siempre y ya nunca más pudieran volver a unirse. Pero la pasión por la música no los había abandonado jamás. En lugar de explotar su talento de superdotado como ingeniero, Franz Müller había

malgastado unos años valiosos de su vida tocando el violín. Podía haber conseguido lo que hubiera querido, una plaza de profesor titular en el Instituto Kaiser Wilhelm si se lo hubiera propuesto, ahora mismo podría ser incluso, si no lo hubiera dejado todo por su remilgo o sus escrúpulos ante la ascensión del partido nacionalsocialista, tan famoso o tan necesario como el profesor Werner van Braun, pero dos cosas lo habían apartado de su destino: la primera, la militarización de la ciencia en Alemania y la fuga de científicos no arios a otros países con unas condiciones más favorables. Albert Einstein había sido el caso más conocido de todos. El científico más famoso de todos los tiempos se había exiliado voluntariamente en Estados Unidos, después de que Hitler llegase al poder en enero de 1933, y luego se habían marchado otros muchos, y no solo de Alemania. Antes o después iba a estallar la guerra, y a Franz Müller no le iba a gustar participar en ella de ninguna manera.

En la misma época en que su querido amigo Dieter Block vestía por primera vez el uniforme de las SS, Franz Müller había hecho las maletas y había aparcado su prometedora y, si hubiera querido, meteórica carrera como profesor de ingeniería aeronáutica para llevar una vida bohemia como violinista diletante. Al principio, los ingenieros que quisieron pudieron mantenerse al margen de la política, pero luego muchos de los de su gremio habían aceptado la tesis desquiciada de la superioridad tecnológica aria que desembocaba en una fusión absurda entre la capacidad técnica y los principios ideológicos nazis.

Abandonó Berlín justo antes de que comenzasen los fastos de los Juegos Olímpicos del 36 y, a pesar de que por sus venas corría sangre aria, se sentía igual que uno de esos científicos exiliados que habían abandonado el país porque avizoraban oscuros nubarrones. La primera ciudad donde se instaló, como le avanzó a su amigo Dieter Block, fue en la tranquila y hermosa Salzburgo, lo más parecido que había visto en su vida a un cuento de hadas, y que además tenía la ventaja de que se podía pasar desapercibido si se lo proponía siendo uno mismo, en su caso solo un violinista que buscaba en aquella ciudad al lado de los Alpes que el espíritu de Wolfgang Amadeus Mozart se le apareciese para iluminarlo. Indudablemente, ser músico para Franz Müller resultaba mucho más placentero que dedicarse a explicar a los

alumnos de ingeniería del Instituto Kaiser Wilhem de Berlín ecuaciones en una pizarra, pero nadie en su familia había entendido aquella decisión de alguien que ya había cumplido los veinticinco años y dejaba atrás una fulgurante carrera en el mundo de la ciencia por una existencia incierta de músico bohemio.

Dieter Block tampoco. La última vez que se vieron en Berlín, en el café Romanisches de la bulliciosa Kurfürstendamm, su viejo amigo ya lucía el brazalete con la esvástica, y aunque se mostraba con la misma amabilidad habitual en él, Franz Müller advirtió que sus modales eran un poco más autoritarios, y que, aunque seguían siendo amigos como antes, Dieter Block no podía evitar mostrar cierto paternalismo y quería hablar con él para convencerlo de que debía quedarse en Alemania, que un hombre como él podría prestar un gran servicio a su país si ponía su enorme talento al servicio del Reich.

—Podrías llegar incluso a ser premio Nobel algún día. Franz sonrió. Bajó la cabeza ruborizado. Se quedó un momento mirando los coches que circulaban a lo largo de la avenida que atravesaba el barrio de los artistas. Pensándolo bien, se dijo, este no sería un mal lugar para vivir. Prefería estar rodeado de pintores y de poetas que de científicos obsesionados con la idea de fabricar armas terribles.

—Llevo la música dentro —le contestó, sin embargo, a su amigo—. Y eso es algo que no se puede contener, como quien desea ser pintor o dedicar su vida a escribir novelas.

Pero Dieter Block sabía la verdad, y Franz Müller sabía que Dieter Block sabía la verdad. Entre ellos no podía haber secretos. Cada uno sabía lo que pensaba el otro sin que fuera necesario abrir la boca. Para Dieter Block, ahora el Obersturmführer de las SS Dieter Block, no había dudas de que su viejo amigo Franz Müller no estaba de acuerdo en cómo se estaban haciendo las cosas en Alemania, y que tampoco le agradaba ese uniforme y esos galones que llevaba desde que dos años antes participara animosamente en la liquidación de los miembros de las SS. Desde entonces, su ascenso dentro del partido Nacionalsocialista había sido imparable. De estar desempleado había pasado a tener un grado militar medio en el cuerpo de élite del Reich, con un

gran futuro por delante. Por desgracia, pensaba Franz Müller. Y allí estaban los dos, amigos de toda la vida, a ratos observándose como si fueran unos desconocidos y, a veces, cuando Dieter Block se quedaba mirándolo como si no lo entendiera, para Franz Müller era como si fueran dos fieras que se miran con respeto, pero que en cualquier momento podían saltar una encima de la otra. Aunque ninguno de los dos quisiera.

—¿Por qué no te quedas aquí, en Berlín? Nos espera un gran futuro. A todos. —Dieter Block se inclinó sobre la mesa, por un momento incluso había dejado de mirar a las muchachitas que paseaban por la Kurfürstendamm con estos vestidos finos que a cualquier soltero recalcitrante como él le auguraban la llegada inminente de un verano prometedor, y no solo por la celebración de los Juegos Olímpicos en Berlín—. Con tu talento y mis contactos podríamos hacer grandes cosas por Alemania. Y me daría mucha pena, Franz, que desperdiciaras esta oportunidad. No siempre pasan trenes así en la vida.

Pero Franz Müller se encogió de hombros.

—Aún soy joven —le dijo, a pesar de que, más cerca de los treinta que de los veinte, ya no estaba muy seguro—. Antes de sumergirme en el campo de la ingeniería siento que debo probar suerte en el mundo del arte. Luego, si empiezo a trabajar, ya no me será posible intentarlo, y no podré cumplir jamás mi deseo de tocar el violín —se encogió de nuevo de hombros Franz Müller—. Es lo que opino. La vida es larga. Ya habrá tiempo de volver.

—¿Estás seguro de que en tu decisión no ha tenido nada que ver que se haya apartado a los profesores judíos de la enseñanza en las universidades?

Franz Müller se quedó callado. Podía contestarle a su amigo que sí, que por supuesto en su decisión había tenido mucho que ver la expulsión de gente como Albert Einstein, o que hubieran obligado a jubilarse a gente de mucha valía como el venerable Max Planck, y algo que le dolía y le chirriaba tanto al mismo tiempo pero que no se lo iba a decir porque no le apetecía enzarzarse en una discusión con su amigo, era que tampoco podía soportar cuando lo veía vestido con esa camisa parda y ese brazalete con la esvástica, pero polemizar con él no lo iba a llevar a ninguna parte, y no se iba a sentir precisamente cómodo con su amigo si la conversación terminaba desviándose

por esos derroteros. Por culpa de las ideas de cada uno, se habían distanciado mucho durante los últimos años, pero Franz Müller seguía apreciando a Dieter Block igual que siempre, y estaba convencido de que su viejo amigo también a él, a pesar de ese uniforme y esa cruz gamada que lucía orgulloso, aunque en el fondo estuviese convencido de que Franz Müller odiase profundamente las ideas que él había llegado a amar tanto. La amistad tenía estas cosas tan extrañas. Uno podía estar muy lejos del otro en cuanto a sus posturas políticas, pero el recuerdo de todos los momentos que habían vivido juntos era mucho más fuerte, más intenso y más importante que lo que los separaba: haber nadado juntos en el Spree o en el lago Wansee, junto a las exclusivas mansiones que sabían que ninguno de los dos se podría jamás permitir; haber aprendido a tirar piedras a los pájaros que anidaban en los robles de Tiergarten o haber estado enamorado más de una vez de la misma chica o haberse pegado contra otra pandilla del barrio.

Eran tiempos difíciles. Tal vez eso era todo. Tiempos duros para Franz Müller, porque no soportaba lo que estaba pasando por delante de sus narices, y lo que le gustaría pensar es que todo fuera una tormenta de verano, un aguacero que algún día amainaría. Mientras tanto, él prefería estar muy lejos de allí. Y, en cuanto habían terminado las clases en la universidad, había resuelto que era el mejor momento para marcharse de Berlín. Sobre todo si estaban a punto de comenzar los Juegos Olímpicos. A él nunca le habían gustado los lugares bulliciosos. A nadie que lo conociera le iba a resultar extraño que se marchase de Berlín si las olimpiadas empezaban dentro de tres semanas.

—¿Y adónde tienes pensado ir? —le preguntó Dieter Block, que tal vez confiaba todavía en que su viejo amigo regresaría a Berlín después del verano.

—Primero al sur, a Salzburgo. Luego ya veré.

—¿A Salzburgo? ¿Al Musikalfest, quizá?

Franz Müller sonrió. Luego asintió.

—Al Musikalfest, sí.

A Dieter Block también se le instaló una sonrisa en la cara, y volvió a sacudir la cabeza, como un padre condescendiente con un hijo díscolo que

espera que vuelva al redil.

—Me gustaría tocar allí. No sé si será posible este año, quién sabe. Tal vez el año que viene. No hay prisa. Es una cuenta que tengo pendiente, ya lo sabes.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Probablemente, no. Y tiran tanto de uno que llega un momento que no es posible hacer nada contra ellas.

Dieter Block bajó los ojos, como si quisiera pensarse bien lo que quería decir. Sacó un cigarrillo de la pitillera, lo encendió, aspiró una bocanada y se quedó mirando un instante a su amigo Franz Müller antes de responder.

—Franz —le hablaba y le apuntaba con el dedo, como si quisiera darle una lección—. En este país las cosas están cambiando, y para bien. Algún día te darás cuenta y volverás. Y entonces los dos nos sentaremos otra vez en esta avenida, y volveremos a ver pasear a las muchachitas en verano y nos tomaremos una cerveza para celebrar que estás dando clases en la universidad o que te has instalado en un puesto de mayor responsabilidad todavía. Quién sabe. Acuérdate de lo que te digo.

Franz Müller asintió, disimuló una media sonrisa. No tenía sentido discutir, para qué. La amistad tendría que estar por encima de esas cosas, por encima de ideas políticas y de principios. Eso es lo que le gustaría al violinista esa tarde, sentado junto a Dieter Block en la terraza del café Romanisches. No puede saber cuánto van a cambiar las cosas en el futuro, cuántas cosas horribles habrá de ver, y en qué circunstancias tan complicadas y diferentes va a tener que volver a encontrarse con su amigo en el futuro, cuando vuelvan a encontrarse en un Berlín destrozado después de seis largos años de guerra.

—Por que te vaya bien en el Musikalfest —dijo Dieter Block levantando el vaso para brindar—. Que tengas mucho éxito y que te conviertas en un músico muy famoso. Te lo deseo de corazón. Te lo mereces. Tienes mucho talento para ello —hizo una pausa, se quedó mirándolo—, casi tanto como para la ciencia. De los dos, siempre fuiste el más inteligente, Franz.

Franz Müller no pudo contener una sonrisa. Se conocían de toda la vida y ahora era la primera vez que escuchaba esa frase de labios de Dieter Block.

Pensó cuántos años y cuántas frustraciones le habría costado decirlo, reconocer algo que ha sido obvio para todo el mundo siempre. Y no es que ahora el Sturmbannführer Dieter Block hubiera sufrido un ataque de sinceridad, sino que quizá, por fin, después de haber encontrado su lugar en el mundo, con ese brazalete rojo con la esvástica estampada en un círculo blanco, se sentía cómodo por primera vez en muchos años y había dejado de padecer esa envidia recóndita que en el fondo, Franz Müller sabía que no podía evitar muchas veces hacia él, algo que le halagaba y le irritaba secretamente al mismo tiempo. Era lo único bueno que tenía ver a su querido amigo vestido con ese uniforme, si acaso, darse cuenta de que por fin se había encontrado a sí mismo.

Después de pensarlo, la sonrisa no había desaparecido de sus labios.

—Pero, de los dos, tú siempre fuiste el más valiente.

Aquello era verdad. Y a Franz Müller no le había costado ningún esfuerzo reconocerlo, ni ahora ni nunca.

—Y también el que tenía más éxito con las mujeres. Franz Müller sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Eso ya no lo tengo tan claro.

Si los dos eran capaces de disimular un poco, de engañarse a sí mismos, Franz de olvidar el uniforme que llevaba puesto Dieter Block y este de soslayar las ideas políticas de Franz Müller, tan contrarias al Nacionalsocialismo, era como si la vida pudiera ser como si aún fueran los dos unos adolescentes que podrían disfrutar de todo lo que la vida les pusiera por delante.

A principios del verano de 1943, Franz Müller no sabe que va a conocer a Rubén Castro y que ese encuentro va a cambiar sus vidas para siempre, aunque ninguno llegue a saber el nombre del otro, como una piedra que describe una elipse enorme, como si fuera un truco de magia, una parábola tan grande que, tal vez, cuando llega a su destino, quien la lanzó ya no lo recuerda, y, peor aún, no puede sospechar el alcance de lo que hizo. Pero la primera de las consecuencias, la más inmediata, es que a uno lo animará a seguir viviendo, y al otro lo empujará a salir de ahí, a retomar un futuro que no le agrada como ingeniero en Berlín que no será sino una coartada para

llevar a cabo un plan que si se lo contara a alguien no dudará en tacharlo de absurdo. Sabe ya Franz Müller que llamará a su viejo amigo Dieter Block y le contará que se ha rendido, que ha recapacitado después de siete años dando tumbos como un bohemio hasta que ha terminado por darse cuenta de que su vida ha de estar junto a los suyos, su familia, sus amigos, su trabajo, su país. Pero quién podrá imaginar la verdadera razón por la que Franz Müller ha decidido regresar a Berlín. Ni siquiera Dieter Block.

No hay nadie que pueda pensar que su intención ahora es poder viajar a París, otra vez.

Viajar por Europa desde que empezó la guerra no resulta sencillo. Hacen falta documentos, salvoconductos, sellos estampados en permisos oficiales. Lo primero que Franz Müller piensa, ingenuamente, es que acaso Dieter Block le conseguirá todo lo necesario para viajar a París desde Austria, pero enseguida resuelve que no, que eso es imposible. Pero cuando piensa en ello lo ve como el resultado de una larga ecuación o una jugada en la que las bolas de billar chocan las unas contra las otras después de que el taco empuje a la primera de ellas hasta que finalmente una cualquiera, la menos pensada, se cuele por la tronera. El primer toque ha sido cuando llega a ese pueblo pequeño de Austria con otros tres músicos para ensayar para la fiesta del cumpleaños del hijo de un amigo de Frank Zireis, el jefe del Lager. Podría incluso retroceder en el tiempo mucho antes, bastante más, a lo mejor a cuando había decidido abandonar su incipiente y prometedora carrera como ingeniero en Berlín para perfeccionar sus dotes como violinista en Salzburgo.

Franz Müller nunca ha sido una persona que haya hecho muchas amistades entre sus compañeros de trabajo, siempre es de los que ha preferido apartarse, hacerse a un lado y buscar un hueco entre la gente para tocar el violín, aislarse del mundo sumido en complejas cavilaciones matemáticas, estar solo en definitiva. Y entrar en un lugar como este no ha contribuido precisamente a alegrarle el ánimo. Ha escuchado hablar de campos de prisioneros adonde se llevan a los detenidos por motivos políticos. Aún tendrá que ser peor, aún habrá de encontrar cosas peores. Cuando Franz Müller atraviesa los muros de Mauthausen, no hace mucho que a los judíos, después de haberlos despojado de sus casas y haberlos recluido en guetos,

alguna mente desquiciada ha decidido enviarlos a campos como estos para matarlos. Franz Müller y mucha gente todavía son incapaces de pensar que algo así es posible. Pero, con lo que ve allí dentro, más lo que puede imaginar, el violinista ya tendría bastante como para echar a correr hasta que le fallasen las piernas o hasta que los pulmones le reventasen o le estallase el hígado en el costado.

Es por la mañana, y la mayoría de los prisioneros está trabajando fuera del campo, en la cantera o en cualquiera de las empresas del pueblo para las que la llegada de los prisioneros ha supuesto un regalo en forma de mano de obra muy barata que pueden explotar sin que nunca se acabe, porque enseguida vendrán otros desgraciados a sustituirlos. A esa hora, la Appelplatz es una explanada casi desierta en la que apenas unos cuantos presos vestidos con trajes a rayas acarrear con desgana unos tablones que van a servir de tarima de ensayo improvisada.

La vida no se ha portado bien estos últimos años con Franz Müller, y a veces piensa que si tal vez no ha vuelto a Alemania ha sido sobre todo por orgullo o por amor propio. No le gusta al músico el mundo tal y como es, y quizá lo mejor que ha aprendido durante todos estos años ha sido a resignarse a no poder hacer nada por cambiarlo. Él, Franz Müller, el chaval inteligente que había quedado número uno de su promoción, el violinista virtuoso, el hombre sensible que se había marchado de Alemania porque no le gustaba lo que veía, había terminado aceptando que no era más que una mota de polvo en el universo, un pequeño grano de arena que sería arrastrado por el viento sin poder hacer nada salvo aguantarse. Un ingeniero que había abandonado una carrera prometedora para irse a vivir a Austria como un músico bohemio porque odiaba los desfiles y a quienes lucían brazaletes con cruces gamadas por la avenida Unter den Linden, había terminado seis años después formando parte de un cuarteto de aficionados que iba a tocar en la fiesta del cumpleaños del hijo de un amigo del jefe de un campo de exterminio. Ni en sus peores pesadillas habría imaginado que terminaría haciendo algo así. Pero el hambre aprieta, y la realidad es mucho más dura de lo que uno imagina cuando le quedan muchos más años por delante y también es mucho más ingenuo. Aún no ha conocido a Rubén Castro Franz Müller, pero ya ha

decidido volver a Alemania. Ese va a ser su último trabajo. Con lo que cobre emprenderá el viaje de regreso a casa. Sabe que la ciencia y la ingeniería están militarizadas, pero también ha decidido que, si no tiene más remedio que trabajar para el ejército, hará cuanto esté en su mano para contribuir negativamente al desarrollo de esa que se está librando en Europa. Por muy malo que sea trabajar como ingeniero para los nazis, será mucho peor si en un momento dado es llamado a filas y lo mandan al Frente del Este. Alemania ahora mismo es la dueña incontestable de Europa, pero sospecha Franz Müller que, desde que los americanos se han decidido a declararle la guerra después de que los japoneses atacasen Pearl Harbor, la situación podría cambiar en el futuro.

Pero el día que entra en la Appelplatz del Lager el ingeniero brillante que se ha convertido en un violinista fracasado, no puede imaginar qué le va a deparar el futuro.

Han llegado en tren desde Linz, y un camión los ha recogido en la pequeña estación de Mauthausen. El campo de prisioneros está en una colina, y piensa Franz Müller que, si después de un esfuerzo enorme es capaz de soslayar la mole de piedra que se levanta en lo alto, como una fortaleza, aquel lugar podría ser incluso hermoso. El pueblo abajo, los árboles del bosque que rodean el campo. Pero, a menudo, la belleza esconde el más terrible de los horrores, el dolor más indescriptible. Durante los años que pasó en Salzburgo, muchas veces había pedaleado distraídamente en su bicicleta en verano hasta la frontera alemana que estaba tan cerca, una frontera que había dejado de existir en 1938, y había llegado hasta el pueblo bávaro de Berchtesgaden, otro de los lugares más hermosos que uno podía soñar, tan cerca de Salzburgo y de su música que le costaba aceptar que en lo alto de una de esas montañas alpinas cuyos picos no podían verse los días nublados, los jerifaltes del partido nacionalista le habían regalado a Hitler una mansión por su cincuenta cumpleaños, y que en la ladera de esa misma montaña tenían una vivienda de vacaciones, además del propio Führer, su segundo en la cadena de mando y futuro sucesor, el mariscal Goering, o el arquitecto Albert Speer, que además de haber rediseñado Berlín a la medida del gusto grandilocuente de los nazis, abriendo una brecha que iba desde la puerta de

Brandemburgo hasta la Adolf Hitler Platz para que las tropas pudieran desfilar con holgura, se había convertido en el ministro de Armamento del III Reich, el hombre que acabaría siendo el encargado, más o menos directamente, de dirigir su destino cuando regresase a Alemania y no le quedara otra alternativa —era lo más lógico, dado los tiempos que corrían— que trabajar para la ingeniería militarizada de su país.

Es verano pero no hace demasiado calor, y Franz Müller podría incluso pensar que sería un día extraordinario si no estuviera en un campo de concentración. Tres presos han terminado de colocar unos tablones que forman la estructura de un escenario improvisado. Los cuatro músicos se colocan, a instancias de un SS melómano, bajo la protección agradable de la sombra de un toldo que sospecha que se ha montado expresamente para ellos. Otro preso les trae una bandeja con vasos de limonada. Los tratan tan bien que parece que su llegada hubiera sido un soplo de aire fresco, un día de fiesta. Luego, Müller se coloca en el mismo rincón de siempre para tocar, en un extremo del grupo, y cierra los ojos, y respira hondo, y se acomoda el violín en el cuello, y espera las instrucciones del director. En realidad, no es necesario el ensayo, pero quien paga por la música es el jefe del campo y, por alguna razón, la que sea, ha decidido que prefiere que ensayen un día antes, y les han habilitado un barracón para que descansen, coman y pasen la noche allí. Frank Zierys quiere que todo salga perfecto.

Pero esa ilusión no le dura más que un suspiro. Müller sabe que no es verdad lo que quiere imaginarse, que ya ha escuchado y ha visto demasiadas cosas como para ser tan ingenuo. No tarda mucho en aparecer una reata de presos que cruza la puerta principal del campo, docenas de hombres que arrastran los pies, vestidos todos con uniformes de rayas y triángulos multicolores cosidos en la solapa. Triángulos rojos, triángulos azules, triángulos negros o verdes. Mientras la columna pasa por delante de ellos, los otros músicos parece que hayan cerrado los ojos, como si no quisieran distraerse con un espectáculo que no les corresponde ver. Pero es Franz Müller el único que parece incapaz de dejar de mirar a los presos. Con el cuello sujeta el violín que descansa en el hombro, el arco acariciando las cuerdas, pero no deja de estar pendiente del grupo de hombres que pasa por

delante, sin dejar de tocar, con la misma concentración que si no los estuviera viendo, Müller dividido en dos mitades, el músico concentrado en las notas, y el hombre comprometido y sensible que no puede ni debe permanecer impasible. Son presos que arrastran los pies porque están cansados o porque esas alpargatas que llevan no les permiten caminar más rápido. Podría pensar que son solo eso, prisioneros que sobrellevan su destino como mejor pueden. Que el lugar en el que está no es sino un campo de prisioneros, y que los prisioneros, por mucho que uno quiera pensar lo contrario, sufren unas condiciones de vida más duras que quienes están libres. Que si uno es capaz de obviar las torres de vigilancia y las alambradas de espinos electrificadas, podría llegar a pensar que estar en aquel lugar no debería de ser mucho más grave que en un internado severo.

Intenta cerrar los ojos y concentrarse en la música que el arco arranca a las cuerdas de su violín, pero solo es capaz de entornarlos, y luego de unos cuantos minutos de ver pasar hombres desgastados, también ve al final un grupo de presos que tira de un carromato. Piensa el violinista que tal vez vengan de talar árboles del bosque que rodea al campo, que el carromato transporta troncos, o un cargamento que procede de la cantera que ha visto al llegar. Cuando habían empezado a ensayar, aunque la música amortiguase el sonido, podía escuchar con cierta nitidez los golpes de las herramientas picando la piedra. Piensa que debe de ser un trabajo muy duro, no ya estar todo el día, con el calor que hace, sacando piedras de una cantera, sino tener que arrastrar en una carreta bloques tan pesados hasta el campo. Se alegra Franz Müller de haber estudiado ingeniería aeronáutica y de haber desarrollado las habilidades de músico que tenía desde niño, de no haber tenido que realizar jamás un trabajo físico como aquel, arrastrar una carreta repleta de bloques de piedra desde la cantera, tirar de ella por la cuesta, y luego cargar los bloques sin pulir en un camión. Él no tenía callos siquiera. Sus manos eran delicadas, casi como las de una mujer, y estaba seguro de que no resistiría un esfuerzo como aquel durante mucho tiempo. Pero no va a tardar más de dos minutos en pensar que mucho mejor que lo que ha visto sería trabajar en una cantera acarreando bloques romos de piedra o cortando troncos en el bosque. No puede estar seguro, no quiere creerlo. Piensa, o

quiere pensar, porque hay cosas de las que es mejor no enterarse, que lo que cuelga de uno de los lados de la carreta no es la rama de un árbol, o un arbusto que había brotado de una piedra de la cantera, sino algo que parece una pierna pero no puede ser una pierna. Una pierna no. Y lo que asoma por la parte de arriba de la carreta de la que tiran unos presos en silencio no es una mano. Debe de ser una flor, o una rama que se ha colado entre los bloques. Abre bien los ojos Franz Müller, como si al hacerlo pudiera encontrar una respuesta, descubrir por fin que lo que está viendo no es sino una alucinación, el producto de su imaginación desconfiada, la mente demasiado fértil de un creador, pero la carreta está pasando tres metros por delante de él, y ahora, lo que le gustaría es tener imaginación suficiente para poder engañarse con que no son presos amontonados en lugar de troncos cortados de árboles o piedras extraídas de la cantera lo que está viendo, sino cadáveres, montones de cadáveres que desbordan la carreta de la que tiran otros presos que parece que no les afecta ya lo que se ha convertido en cotidiano a pesar de ser tan terrible.

Rubén

Veinticinco palabras. Parece una broma, Anna. Veinticinco. Pero es lo único que me permiten escribirte después de tres años encerrado en el infierno. Hoy nos ha visitado una delegación de la Cruz Roja de Suiza, y los SS y los Kapo se han comportado de una manera inusualmente cortés, extraña, cínica, sí. Incluso ha habido ocasiones en las que a cualquiera le hubiera parecido que nos tratan con amabilidad, como si en lugar de un campo de exterminio Mauthausen fuese un lugar adonde quienes estamos dentro de sus muros hubiéramos venido de vacaciones. Veinticinco palabras que van a ser leídas y censuradas por los SS antes de enviártela en una postal. Apenas he podido decirte nada, querida: que te echo de menos, que espero salir pronto de aquí, que cada día que me levanto es una incógnita y que cuando me acuesto en la litera apretujado junto a un compañero, a veces con dos compañeros, pero estamos tan cansados que enseguida nos dormimos, siento que me apunto una pequeña victoria en el calendario que procuro mantener actualizado en mi cabeza, un almanaque donde cada día hago una cruz imaginaria, y otra, y otra, y así todos los días desde que salimos de aquel tren que nos trajo aquí. ¿Sabes, mi vida? Aquel Kapo de Sandbostel tenía razón: no es que esto sea lo más parecido al infierno que uno pueda imaginar, es que es el mismo infierno. No me reconocerías si me vieras. Soy un esqueleto con las gafas torcidas que arrastra los pies de mala manera por el campo. Tengo la cabeza afeitada, y el resto del cuerpo. Cada sábado nos esquilan, como si fuéramos un rebaño de ovejas que hay que mantener limpias para que puedan seguir

siendo productivas. Como casi todo aquí, el asunto de la limpieza también es paradójico. Nos matan de hambre y nos llueven los palos pero se esfuerzan en mantenernos limpios, como si estuviéramos en un internado para niños ricos. Nos dan para desayunar una taza de caldo que no es más que agua sucia con un poco de sabor. Lo mismo a mediodía, después de más de seis horas de trabajo acarreando piedras, talando árboles o arrastrando una carreta con materiales o con compañeros muertos en el campo, procurando no resbalar con estas alpargatas que tienen la mitad de la suela de madera y la otra mitad de esparto y que no te permiten ni siquiera andar deprisa. Tan incómodas son que algunos presos prefieren caminar descalzos sobre la nieve antes de arriesgarse a dar un traspies y que algún Kapo la emprenda a golpes con ellos.

Han pasado ya más de tres años, Anna, o al menos eso es lo que creo, porque, a pesar de esforzarme en hacer cruces cada día en ese calendario imaginario que procuro mantener en mi cabeza, la verdad es que aquí dentro resulta difícil no perder la noción del tiempo, y a veces la única referencia fiable que tengo del paso de los meses es cuando me veo el rostro flaco reflejado en una ventana, las arrugas que me han salido, la piel pegada a los pómulos por falta de grasa o de alimento. Ya te lo contaba antes: la comida es lo peor. Quiero decir la falta de comida. Por la noche, si uno ha tenido la suerte de seguir vivo, le dan un rebanada, muy pequeña, de algo que podría llamarse pan pero que ni siquiera estoy seguro de lo que es. Corre el rumor de que lo hacen con serrín, pero prefiero no pensarlo, y tengo tanta hambre que aunque tuviera la certeza de que el pan que nos dan está hecho con serrín en lugar de con harina me lo comería igualmente, sin ningún tipo de remilgos. Los escrúpulos no sirven aquí dentro, querida. Dentro del pan hay un trozo minúsculo de algo que podría ser chorizo pero que tampoco puedo estar seguro de lo que es. Pero qué más da. Nunca he sabido lo que es tener hambre hasta estar aquí dentro, y a lo mejor es que es verdad eso de que a todo se acostumbra uno, mi vida, a no comer, a dormir con uno o dos compañeros en la misma litera donde casi no cabría una sola persona, al frío que hace en los meses de invierno, al calor agobiante, no te puedes imaginar cuánto, y te lo cuenta alguien que ha nacido y se ha criado en el sur, durante

el verano. En los tres veranos que he pasado aquí, he mudado la piel de la espalda no sé cuántas veces. Los Kapo y los SS nos dejan quitarnos la camisa en verano, pero nunca he estado muy seguro de si lo hacen para aliviarnos del calor o si en realidad lo que les gusta es ver cómo se nos levanta el pellejo de los hombros bajo el sol de Austria. Pero, ya te digo, yo, tan enclenque o tan poco acostumbrado al trabajo físico, he logrado sobrevivir tres años.

Al principio fue lo peor. Cuando llegamos aquí en aquel tren de ganado, nos trajeron andando desde la estación hasta el campo, algunos no pudieron aguantar la caminata, hacía mucho frío, y las pocas fuerzas que les restaban se habían quedado en el tren. Se escuchaban algunos tiros, pero ninguno de nosotros giró la cabeza para ver qué pasaba. Me da vergüenza contártelo, Anna, yo no sabía entonces, cuando llegamos, que iba a ver tantas cosas como las que he visto, que el horror se iba a convertir en algo cotidiano, que podría acostumbrarme a mirar para otro lado, a hacer como si no existiera, como si yo no estuviese aquí y fuese otro el que viste este uniforme, el que había dejado de ser Rubén Castro, el que ya no era yo sino un número con cinco cifras debajo del triángulo azul que me identifica como español republicano. Pero lo peor fue al principio, como te digo, y sobre todo venir desde la estación donde había leído el nombre de Mauthausen después de beber en el charco igual que todos los presos, hasta el mismo campo, teníamos que atravesar el pueblo que se llama igual que la estación. Nos amaneció durante el trayecto. Todavía no se había rendido ninguno de los compañeros que habían bajado del convoy, no se había tirado nadie a la cuneta sin importarle que los SS que nos custodiaban le disparasen un tiro en la nuca o que sus compañeros no se parasen siquiera a mirar lo que les había pasado o a mostrar acaso una mueca de horror. Qué va. A mí también me fallaron las fuerzas, antes de subir la colina que llevaba hasta el campo, ya podían verse los muros, querida mía. Estaba mareado después de más de una hora de caminata. Hacía tanto frío que ni siquiera sentía los pies. Tenía los dedos helados, los de las manos, algunos blancos y otros amoratados, me dolían tanto que no lo podía soportar, la sangre de la pedrada se me había secado, aunque yo estoy seguro de que se me había congelado en la frente, justo después de que empezase a brotar de la herida. Pero Santiago me sujetó

para que no desfalleciera. Aguanta, que ya queda poco, aguanta camarada, que eso de ahí debe de ser nuestra nueva casa. No puedo más, Santiago, le dije, déjame sentarme en la cuneta. Pero él tiró de mí colina arriba, y a rastras consiguió llevarme hasta la entrada del campo, un muro de piedra, con las garitas de los centinelas, una puerta enorme y una explanada amplia al otro lado.

Hacía mucho frío, mas lo peor de todo no había sido la caminata, incluso había algo que me había costado más trabajo aceptar que los cuatro días de viaje que habíamos tenido que soportar, y fue la pedrada. Sí, ya te he contado que la sangre se me había secado en la frente, de tanto frío. Era por una pedrada, y lo que más me dolía no era la pedrada en sí misma, sino que al pasar por el pueblo nos cruzamos con un grupo de niños que debían de ir al colegio, con sus madres, y que cuando pasamos junto a ellos se pusieron a insultarnos, a gritamos que éramos una mierda, no sé si sabían que éramos españoles, pero de donde fuéramos les daba lo mismo, estoy convencido. El caso es que nos insultaban. A un crío le vi llevarse el dedo índice al cuello, como si fuera un cuchillo que fuera a degollado o fuese eso lo que nos deseaba a nosotros o lo que nos merecíamos, Anna, que nos rebanasen el pescuezo, tan bajo habíamos caído. Las madres de los chiquillos no les decían que se callaran o dejaran de insultarnos. Porque ellas también nos increpaban, también gritaban, la saliva seca en las comisuras de la boca, como poseídas por el diablo, eran como las dueñas de unos perros que los azuzasen contra nosotros, los niños en la calle, con las maletas en la mano camino del colegio. Había una niña pequeña, rubia, con trenzas, no debía de tener más de siete u ocho años, preciosa, me recordaba a mi hermana María cuando tenía su edad. Me quedé mirándola mientras pasábamos. De todos los críos era la única que tenía la boca cerrada, el gesto serio, como si tuviera miedo o no entendiera lo que estaba pasando. Sujetaba la mano de su madre, la boquita tapada con el embozo de una bufanda para no coger frío, el ceño levemente fruncido de quien no comprende o está sumamente concentrado en algo. Me miraba a mí, y de repente, allí, caminando en el pelotón de presos pensé que todavía había esperanza, que en los ojos de aquella chiquilla, en su ceño fruncido y en su gesto de asombro o desacuerdo quizá por algo que no

podía explicarse, había algo que invitaba a pensar que a lo mejor las cosas cambiarían para mejor. Pensé que si me quedaba mirándola podría conseguir las fuerzas suficientes para seguir adelante, para no sentarme en una acera y esperar a que un SS me diera una paliza o me ultimara de un tiro en la cabeza. Estaría la cría a dos metros de mí, o tres, cuando pasé a su lado. Como si hubiera una corriente especial entre los dos, un hilo invisible, parecía que para la niña yo era el único preso que caminaba en el pelotón, y yo solo veía su imagen como congelada entre los demás chiquillos, y sus madres que nos insultaban al pasar, cada vez más fuerte, a cada momento con más intensidad. Aún no la había rebasado, y era como si el tiempo se hubiera detenido, mi vida, yo miraba a aquella niña como si solo con verla pudiera recargarme de energía, pero al llegar a su altura la cría pareció dudar un momento, y entonces soltó la mano de su madre, se agachó mientras los demás no dejaban de gritar, y hasta que no se incorporó y la vi levantar el brazo no quise imaginar que había cogido una piedra y que estaba a punto de lanzármela. Me acertó en la cabeza, y después de aquella piedra empezaron a llover más. Los otros chavales imitaron a la niña, y sus madres, y lo único que podíamos hacer nosotros era protegernos con los brazos, taparnos la cara o la cabeza, pero fue entonces cuando yo me quedé sin fuerzas, exhausto, la pedrada de la cría me había desinflado, me había vaciado las energías que me quedaban, y, cuando llegamos a la colina en la que se levanta el campo, ya no era capaz de seguir. Menos mal que los brazos de Santiago estaban allí para sujetarme y para levantarme, para que no me rindiera. De no ser por el bueno de Santiago, hoy no podría haberte escrito una carta de no más de veinticinco palabras, y esta que no puedo escribir porque no me lo permitirían los guardianes que me custodian, una carta en la que me gustaría contarte todo lo que ha pasado desde que llegué aquí.

Al principio fue muy duro, como te digo, pero al final he resistido. No sé cómo, porque está claro que no soy ni el más fuerte ni el más valiente de todos los que ingresamos en este campo de prisioneros a comienzos del invierno del 40, pero por alguna razón que jamás he llegado a entender y que jamás entenderé, ni siquiera creo que me lo merezca, sigo vivo.

Apenas nos llegan noticias del exterior, y las que nos llegan muchas veces

vienen deformadas o no es más que pura y simple propaganda para desmoralizarnos, otra forma de tortura más sutil que hacernos acarrear piedras desde que amanece o matarnos de hambre poco a poco. Pero también corren rumores por aquí, sobre todo en los últimos meses, de que los rusos avanzan a buen ritmo desde el este, que el Frente Oriental está perdido para los alemanes desde que la Wehrmacht se rindiera en Stalingrado, que los americanos por fin decidieron entrar en la guerra y que pronto desembarcarán en Francia. Cualquiera día, se comenta, querida mía, llegarán a París y los alemanes tendrán que marcharse de nuestra ciudad. Me alegro mucho por ti. Porque estoy seguro de que estás bien, que has podido aguantar todos estos años tan duros y que has sobrevivido. No sé si recibes mis cartas, es posible que ni siquiera te las hayan enviado, que las visitas de la Cruz Roja al campo no sean sino una pantomima, o que a lo mejor sí te llegaron y me has escrito pero no has tenido forma de enviármelas, o que sí me las has mandado pero al llegar aquí han sido destruidas por los guardias que nos custodian. Pero no puedo saber cuánto tiempo más habré de estar prisionero, ni siquiera si antes de que pueda salir algún día por esa puerta de madera para no volver jamás un guardia me pegará un tiro o antes me moriré de hambre y me convertiré en una brizna de humo que sale del horno crematorio, donde queman los cadáveres. ¿Sabes? Fue lo primero que nos dijeron al llegar, cuando nos hicieron formar a todos en la Appelplatz, como si fuéramos soldados, tiritando de frío porque ya empezaba el invierno y el sol no se atrevía a asomarse por detrás de las nubes de este pueblo donde nos habían traído. Antes de que allí mismo nos obligaran a desnudarnos para afeitarnos todo el cuerpo y desinfectarnos, el Hauptsturmführer que nos dio la bienvenida señaló las chimeneas del horno crematorio y nos dijo que por ahí era el único lugar por el que podríamos salir del campo. Muchos de nosotros todavía no nos lo queríamos creer. Pensábamos todavía, a pesar de la crudeza del viaje y de que bastantes de nuestros compañeros no habían podido resistir el trayecto y se habían muerto congelados o de hambre, que la crueldad tenía un límite, una barrera que nadie era capaz de pasar, que ningún hombre, por muy malo que fuese, podría llegar a hacer ciertas cosas que para mí, aquella mañana que me desnudaba, era imposible imaginar, cómo podría, que sería capaz de hacer lo

mismo. Pero tres años después ya no soy la misma persona que trajeron aquí, ni por dentro ni por fuera, ya no. Nunca más volveré a ser el mismo, pero, a pesar de todo, siento que si soy capaz de mantenerme con vida hasta el final, conseguiré salir de aquí e iré a buscarte a París, que podremos los dos juntos recuperar tantos años que hemos perdido, los años que nos ha robado esta maldita guerra y este tiempo que nos ha tocado vivir, y que al final todo este sufrimiento cuando se diluya en el tiempo no será sino un mal recuerdo, apenas una pesadilla de la que habremos conseguido olvidarnos no sin esfuerzo tal vez, pero que habremos dejado atrás.

Los hornos, te decía, los hornos crematorios. Están al otro lado de la Appelplatz, justo enfrente de los barracones. Fueron los primeros españoles que llegaron aquí quienes los construyeron, fíjate. Nosotros hemos sido los que hemos trabajado para levantar este campo. Se queman cadáveres casi cada día, a veces más y a veces menos, pero últimamente por las chimeneas no deja de salir humo, que ahora es menos denso, apenas un gas transparente que se pierde en el cielo de Mauthausen. Cuando llegué aquí, el humo era más oscuro y espeso, y con el tiempo he comprendido que hay una razón macabra para esto, quién me lo iba a decir a mí, que me iba a convertir en un experto en desentrañar el origen del humo que sale por las chimeneas de los hornos crematorios, cada vez menos espeso, sin consistencia, sin sustancia, humo que ni siquiera huele. ¿Sabes por qué? Porque los que quedamos vivos en Mauthausen ya no tenemos grasa, no somos más que esqueletos andantes, piel pegada a los huesos que no tiene nada que ofrecer, cartones viejos que ni siquiera servimos para encender una hoguera. A veces llega una nueva remesa de presos y enseguida una buena parte de ellos son conducidos directamente a las duchas de gas, que están junto al crematorio, y luego queman los cuerpos. Cuando nosotros llegamos no podíamos imaginar lo que les iba a pasar a los más viejos o a los más débiles que fueron apartados tras un breve vistazo de quienes parecían ser médicos, al menos iban vestidos con sus batas blancas y llevaban estetoscopios colgados del cuello. Muchos compañeros fueron apartados y conducidos a la derecha, a donde todavía no sabíamos ni podíamos imaginar, cómo hubiéramos podido, que había unas espitas del suelo de las que salía un gas venenoso que los adormecía o los

hacía toser hasta matarlos.

El primer año fue terrible. Todavía no sé cómo he sido capaz de sobrevivir, y, lo que es peor, lo que algunas veces me atormenta, no saber por qué a mí, qué tengo o quién soy yo para haber sobrevivido. Por qué se me ha concedido la gracia de seguir con vida y a otros no. Pasé por cuatro barracones distintos y por diferentes comandos de trabajo los primeros meses, talando árboles, ayudando a reparar los hornos crematorios, que cualquier día revientan, como una chimenea que se carga con demasiada leña. A veces, cuando paso cerca, procuro apartarme discretamente, no vaya a ser que me vea un SS o un Kapo y me obligue a quedarme allí, todo el día junto al muro, los dedos cruzados para que no reviente. La pared desprende tanto calor que ni siquiera en invierno puede uno soportar estar demasiado tiempo parado a su lado. Desde fuera se escucha hervir el interior, lo más parecido que puedo imaginar al cráter de un volcán. Lo más triste es pensar que a veces deseo que la chimenea del horno estalle y la explosión se nos lleve a todos por delante, al infierno, si es que existe algo peor que este lugar que merezca ser llamado así.

Pero, por fortuna, me pueden más las ganas de verte, querida mía, las ganas de salir de aquí. Aunque no vaya a presentarme en París así. No sé cuánto pesaré ahora, pero no creo que mucho más de cuarenta o cuarenta y cinco kilos. El pelo, que sé que se me ha vuelto blanco de un día para otro aunque cada sábado me afeitan la cabeza, a veces, cuando veo reflejada mi cara en el cristal de una ventana, cuando solo falta un día para que me vuelvan a rasurar, me doy cuenta de que lo único que me asoma en el cráneo o en la barbilla son púas blancas, como si de pronto hubiera envejecido diez, veinte, o quizá treinta años, como si el tiempo transcurriese aquí dentro a un ritmo diferente, mi vida, que tres años me han convertido, sin que haya podido hacer nada por evitarlo, en un viejo, un hombre como mi padre, mayor que él incluso, la vida a dos velocidades, en el campo, donde tan odioso es estar, y es paradójico que el tiempo transcurra de una forma tan rápida, o a lo mejor es que transcurre igual que fuera, incluso más despacio, pero somos los que estamos aquí dentro los que envejecemos, a los que la vida se nos escapa sin que podamos hacer nada.

Pero lo peor, como te digo, Anna, fue al principio, antes de que llegasen los judíos y luego los rusos que habían sido hechos prisioneros en el Frente Oriental. Es por ellos por los que nos hemos enterado de que la Wehrmacht ha sido derrotada en Stalingrado, que los americanos decidieron entrar por fin en la guerra después de que los japoneses atacasen una base naval en el Pacífico. Parece que el mundo está desquiciado, y a pesar del infierno en el que estoy metido me doy cuenta de que en el exterior también impera la locura.

Cuando llega una remesa nueva de prisioneros, procuro acercarme a ellos, a veces les ofrezco la mitad de la ridícula ración que nos dan antes de irnos a dormir para que me cuenten cosas del exterior, sobre todo de París. Alguno me ha mirado extrañado, porque también le pregunto por ti. Imagínate, los rusos, con los que apenas me entiendo más que por señas, lo que deben pensar cuando les pregunto por una tal Anna Cavour que vive en París. Creo que si no se levantan y se van o no me dan un empujón es porque no entienden lo que les pregunto. Lo que más deseo que me cuenten es que los alemanes se han marchado de París, para imaginarte en los Campos Elíseos, llorando de alegría, agitando un pañuelo o dando saltos de felicidad. Te veo ahí y enseguida me entran ganas de seguir viviendo. Tan contento me pongo, que ni siquiera me importa que te abrasces a un soldado americano, que le des un beso incluso. Son momentos de alegría, Anna, y yo fui tan estúpido como para no hacerte caso y quedarme en París en lugar de marcharme al sur, a la Francia libre, donde habría tenido más oportunidades de salvarme, de no irme de tu lado, porque sé que te habrías venido conmigo, los dos escondidos en algún pueblo recóndito del sur, viviendo con un nombre falso, una identidad impostada hasta que la guerra terminase. ¿Sabes? Creo que ya he pagado. He pagado con creces. Ya no me siento mal por haberme marchado de España gracias a las influencias de mi padre cuando debería haberme quedado, igual que los camaradas que compartían mis ideas. Creo que ya he expiado mis culpas, si las tuve, que ya he cumplido por lo que hice, o por lo que dejé de hacer, con estos tres años que llevo aquí dentro. Pero aunque siento que ya no me quedan fuerzas apenas, también pienso que lo peor ya ha pasado, y no es una falsa ilusión, porque también soy consciente de que cualquier día puedo

estar muerto, que me encontrarán congelado en la litera una mañana de invierno y que, con toda seguridad, mis compañeros no dirán nada hasta que alguno haya podido tragarse la ración de comida que me correspondía, que el Kapo de mi barracón se levantará con el pie izquierdo un día y me castigará a pasar la noche desnudo en la nieve, hasta que me muera de frío, o que algún soldado practicará su puntería con mi cabeza mientras atravieso la Appelplatz. Pero eso ya no dependerá de mí, y hace mucho tiempo que llegué a la conclusión de que esas son cosas que no puedo controlar. Con el tiempo he llegado a dominar las ganas irrefrenables que a veces me entraban de arrojarme a la alambrada electrificada, como algunos compañeros no han podido evitar hacer. Es una muerte rápida. Yo lo he visto con mis propios ojos, Anna, el alambre que chisporrotea, el cuerpo que se convulsiona, el humo que sale de la piel o el olor a carne quemada. Tirarme a la alambrada o rebasar la línea de la explanada de la cantera en la que los soldados que nos vigilan se llevan el fusil a las manos esperando a que demos un paso más. Por fortuna, hace mucho tiempo que superé esa etapa de mi cautiverio, querida mía, y hubo varias razones que me ayudaron a ello. La primera me da vergüenza incluso contártela, pero es la verdad, y en circunstancias como las que yo me encuentro tan excepcionales, hay cosas que enseguida salen a la luz, y antes o después uno se da cuenta de que el instinto de supervivencia es la fuerza más grande que se puede sentir, una corriente que arrasa con lo que se encuentra, igual que un dique o una presa que se rompe porque ya no puede contener más el agua que almacena. Más que la amistad, más que el hambre o la sed, más que el amor o el deseo sexual, son las ganas de seguir viviendo en este maldito infierno a pesar de todo, y uno no puede evitar alegrarse, aunque no quiera, cuando dos años después llegan nuevos convoyes a la estación, nuevas reatas de presos a los que les ponen dos triángulos superpuestos en el pecho del traje de rayas, uno rojo y otro amarillo, hasta formar una estrella de seis puntas, la estrella de David, y enseguida son ellos los que se encargan de las tareas más penosas del campo, como el trabajo en la cantera, y caen como cucarachas, igual que antes lo hemos hecho nosotros, los republicanos españoles, y nuestra vida ahora no te diré que es buena, porque esa palabra no puede existir dentro de los muros de

Mauthausen, pero las condiciones de vida de los judíos son mucho peores, y su llegada, de alguna manera, nos ha aliviado un poco de las penurias del campo.

Anna

Al salir del trabajo Anna da un largo rodeo antes de volver a su casa. Están siendo unas semanas muy complicadas, las peores desde que empezó a trabajar para Robert Bishop. Los aliados aún no han llegado a París, y aunque hay muchos alemanes que miran con optimismo el futuro y dicen que la Wehrmacht podrá detener su avance en Cherburgo, que incluso el alto mando podrá llegar con ellos a un acuerdo satisfactorio sin tener que rendir París, en el fondo los hombres más sensatos como Franz Müller saben que la ocupación de París por los alemanes tiene los días contados, que el tema principal de los corrillos clandestinos es el avance de los aliados, imparable ya desde que lograron desembarcar tres semanas antes en las playas de Normandía. Y, para colmo, Müller se ha presentado esta semana en París para verla de nuevo, para tratar de convencerla de que se vaya con él a Berlín. Dos días antes, durante unas cuantas horas, Müller pensó que el final de la guerra estaba muy cerca. Durante buena parte del día, todos los oficiales de las SS fueron detenidos por los propios soldados de la Wehrmacht. Luego se enteró de que el Führer había sufrido un atentado en su cuartel de la Wolfsschanze, en Prusia Oriental, y que de haber tenido éxito la situación habría cambiado mucho. Müller estaba seguro, le había contado a Anna esa noche, que probablemente había más de un alemán en París que lamentaba que la bomba que alguien había colocado bajo la mesa donde Hitler tenía una reunión con su estado mayor no hubiera sido más potente. Ella lo hubiera preferido también, pero no tanto porque el atentado hubiera terminado con la

vida de Hitler, sino porque también pensaba que con el Führer muerto hubiera sido más fácil llegar a un acuerdo con los aliados y ella no tendría que estar sopesando seriamente la sugerencia de Bishop de aceptar la oferta que le había hecho Müller para que se fuera a vivir a Berlín con él.

Después de asegurarse de que no la sigue nadie, Anna toma el metro al salir de la academia. Cada vez ha de tener más cuidado. Desde que los aliados desembarcaron en Europa, los alemanes muestran una mayor inquietud. Ya no los ve nunca paseando tranquilamente por las calles de París, como viajeros despreocupados. Ahora son de verdad soldados en territorio enemigo, hombres hoscos y desconfiados que han de sobrevivir en una ciudad que les resulta cada vez más hostil.

Según parece, lo más probable es que los alemanes tengan que abandonar la ciudad antes de que termine el verano. Entonces va a ser el momento más delicado. Anna lleva más de un año dejándose ver abiertamente por las calles de París con un ingeniero berlinés. Antes de que Franz Müller le hubiera ofrecido marcharse con él, había previsto ocultarse en el mismo piso franco donde se alojaban los pilotos aliados derribados en su viaje hacia el sur, mientras París se vaciaba de nazis, y luego, cuando llegaran los aliados a la ciudad, Bishop se encargaría de explicar a todos los demás miembros de su grupo de la Resistencia el sacrificio enorme que había hecho para ayudar a salvar vidas, a que la ocupación alemana de París durase lo menos posible, que la guerra terminase cuanto antes. Y para ello había tenido que soportar que sus amigos le retirasen el saludo, que la gente que no la conocía la mirase mal cuando paseaba del brazo de un alemán, que incluso más de una vez, cuando iba sola, algún maleducado escupiese en el suelo o que hubiera recibido cartas que la amenazaban de muerte. Y aquellas misivas iban en serio. Ella no se las tomaba a broma, desde luego. Pero todos esos sacrificios los daba por buenos si el resultado final era la victoria. Cuando los alemanes fueran expulsados de París —dentro una semana o dentro de dos meses— Anna sería como el gusano que con la llegada de la primavera se transforma en mariposa. Estaba segura de que ya no volvería a ver a Rubén, pero la vida tenía que seguir adelante, y ella no era la única que había sufrido en aquella guerra tan larga. Müller no podría regresar a París de vacaciones y tampoco

volvería a verlo nunca más. Y que el alemán se vaya es una de las cosas que más desea Anna cuando quedan pocas semanas para que el ejército alemán abandone París. Que se vaya y que jamás vuelva a cruzarse en su vida. El ingeniero alemán de modales amables del que se ha enamorado después de que Robert Bishop le hubiera pedido que se acercase a él para obtener información se ha convertido en alguien tan importante en su vida que a veces se había sorprendido, sin dejar de sentirse incómoda, cogida de su brazo por París de una forma tan natural como lo hacía con Rubén.

Cuando se paraba a pensarlo detenidamente, los sentimientos de culpabilidad se volvían tan insoportables que tenía que reprimir el impulso de arrojarle por el balcón. Ella, que había sido la novia de un republicano español detenido por la Gestapo, al principio acató la orden de Bishop con asco, luego con resignación, y con el tiempo, aunque le costase admitirlo, aunque le hubiera dado una bofetada a quien hubiera tenido la osadía de decírselo a la cara, había terminado encariñándose de ese hombre bueno que la sacaba a pasear las tardes de sol por las terrazas del bulevar Beaumarchais. Sabe Anna que se va a sentir culpable por ello durante el resto de su vida, pero ya no hay vuelta atrás. Lo hecho, hecho está. Nunca podrá volver a ser la misma de antes.

Después de mirar atentamente a un lado y a otro, se queda más tranquila, cruza la calle y sube al piso. Toca la puerta con los nudillos dos veces, hace una pausa, luego tres veces, y al cabo de un momento la puerta se abre y Anna entra sin quedarse a mirar desde el pasillo el rostro de Robert Bishop al otro lado del umbral. Cuando el americano cierra la puerta se detiene a observarlo, despacio. Ha pasado otro año desde la última vez que lo ha visto.

Está mucho más delgado que la última vez. No es fácil en estos tiempos entrar y salir de París para un norteamericano. Está claro que Robert Bishop es un hombre de recursos que igualmente es capaz de convencerla de colaborar con los espías aliados o de conseguir que un ingeniero alemán se enamore de ella, como de entrar y salir de París de un modo clandestino sin que los nazis consigan detenerlo. Y, como siempre, tampoco le sonrío esta vez.

—Me alegro de verte, Anna.

Ella asiente. Se ha acostumbrado a no mostrarse amable con él, a adoptar la misma fría cordialidad que Bishop siempre ha usado con ella.

—Ya queda muy poco para que los alemanes se marchen de París —le dice conduciéndola a un dormitorio.

Anna está segura de que en la otra habitación hay dos o tres pilotos aliados derribados en territorio enemigo que descansan. Prefiere no preguntar. No saber nada. Hasta ahora ninguno de los alemanes que conoce ha dado muestras de sospechar de ella, pero quién sabe si en las últimas semanas de ocupación las cosas se torcerán y acabarán descubriéndola.

Bishop se ha sentado en una silla, lejos de la ventana.

Las luces del piso están apagadas. Anna todavía tarda unos minutos en acostumbrarse a la luz. Apenas puede verse la brasa de la colilla, porque el americano la protege con la palma de la mano. Nunca se sabe quién puede estar mirándote, recuerda aquella máxima que el hombre que ahora está sentado frente a ella le había repetido tantas veces cuando la reclutó para los aliados. Habían sido cuatro años, pero para Anna era como si hubiera pasado una vida entera, incluso más, como si aquello que le había sucedido perteneciera a otra vida o como si de la mujer que Bishop había reclutado no le quedase más que el nombre. Cuando Anna piensa en sí misma antes de que Bishop se hubiera cruzado en su camino, se ve a sí misma como una niña confiada en que, si se portaba bien con los demás, al final los demás se portarían bien con ella.

—Los informes que nos has pasado sobre el trabajo de Franz Müller nos han sido muy útiles.

Anna se encoge de hombros, como disculpándose.

—No ha sido gran cosa. Müller no es muy hablador, y en realidad no creo que guarde tantos secretos como pensabais. Esperemos que la guerra termine antes de que estos avances puedan ser realidad.

Bishop da una larga calada al cigarrillo. Mira la oscuridad a través de la ventana. En pantalones y con la camisa arremangada, también parece muy cansado después de cuatro años de guerra. Una vez que los ojos de Anna se han acostumbrado a la penumbra del piso y con la ayuda de la escasa luz que le proporcionan las brasas del cigarrillo, para Anna son visibles las huellas de

las preocupaciones y del paso el tiempo en su rostro.

Aparte de haber perdido bastante peso, algunas hebras plateadas le adornan las sienes, y la línea vertical que le marca el entrecejo es mucho más profunda que la última vez que se había encontrado con él.

—¿Cuáles son los planes de Franz Müller?

—¿A qué te refieres exactamente? ¿A su trabajo?

Bishop sacude la cabeza.

—No solo a eso. Me refiero a qué piensa hacer cuando Alemania se rinda.

Qué raro resulta escuchar esa frase. Cuando Alemania se rinda.

—Supongo que volverá a trabajar como profesor. No hemos hablado de eso.

—Tal vez podríamos estar interesado en que trabaje para nosotros en el futuro.

Anna está a punto de echarse a reír. Un espía norteamericano ofreciéndole trabajo a un ingeniero alemán en plena contienda.

—Es imposible que acepte, al menos mientras dure la guerra.

El americano arranca una larga calada al cigarrillo. Al otro lado del pasillo se escuchan voces en inglés, gente que habla casi en susurros. Anna hace como si no las oyera.

—La guerra aún no ha terminado —dice Bishop por fin.

—Hay quien asegura que antes de Navidad los alemanes se habrán rendido.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

—Pero los rusos parece que avanzan a buen ritmo por el Este.

—Alemania es muy fuerte todavía y hay que conquistar Europa entera. Ganaremos esta guerra. De eso no me cabe duda. Pero aún queda bastante por hacer.

Después de decir la última frase, se queda mirándola, muy serio, como siempre, pero sin disimular su intención.

Anna se lo piensa un momento. Si Robert Bishop ha querido correr el riesgo de hablar con ella es porque se trata de algo muy importante.

—¿Qué ocurre, Robert?

—Queremos que sigas al lado de Müller hasta el final de la guerra.

Anna toma aire, se lo guarda unos segundos en los pulmones y luego lo suelta despacio antes de responder.

—¿Me estás pidiendo que me vaya a Alemania con él?

—Adonde quiera que él vaya a seguir trabajando. Y está claro que no va a ser en Francia una vez que se hayan marchado los alemanes.

—¿Dónde va a ser si no? ¿Acaso crees que se va a quedar a vivir en París después de que se hayan ido los nazis? Ni siquiera yo estoy segura de que pueda seguir viviendo en París después de que se hayan marchado los alemanes. Ni marchándome al campo y cambiando de identidad creo que pueda estar segura.

—Lo estarás. Sabes que nosotros te apoyaremos.

Anna sacude la cabeza. Tiene ganas de levantarse, de marcharse de allí.

Bishop inclina el cuerpo. Acerca su cabeza a la de Anna y baja la voz. Parece que va a coger las manos de ella para protegerlas con las suyas, besarla tal vez. Pero eso no es posible. Bishop no puede sonreír, y tampoco va a cogerle las manos. Mucho menos besarla.

—Anna, ya no queda mucho para que esta locura acabe. Aguanta un poco. Solo un poco más y todo habrá terminado.

—Si hago lo que me pides, esto no terminará pronto. Tú lo sabes igual que yo, Robert Bishop. Si me marchó de París y me voy a Alemania, tal vez esto no acabe nunca para mí.

—Acabará. Antes o después, acabará. De eso puedes estar segura.

Anna pone la espalda recta en la silla. Se levanta, mira la calle. A medida que se acerca la llegada de los aliados aumenta la oscuridad de las calles de París. Es como si la ciudad para ser liberada necesite sumirse en la mayor penumbra que ha conocido jamás.

—Eso no puede saberlo nadie.

Dijo la frase al vacío, como si Robert Bishop no estuviera allí. Pero el americano también se había puesto de pie y se había colocado frente a ella, al otro lado de la ventana. Los dos se retiraron cuando la luz de los faros de un coche iluminó el cristal. Hasta entonces Anna no se dio cuenta de lo sucio que estaba.

—Anna. He querido hablar contigo porque no quería que esta vez hubiera

intermediarios. Tenía que darte las órdenes yo directamente.

—¿Las órdenes?

—Sí, Anna. Las órdenes. Trabajas para nosotros y hay unas órdenes que cumplir. Esas son las reglas. Lo sabes y lo has sabido siempre.

Ella sabe que Bishop se ha arrepentido de decirlo antes incluso de terminar la frase.

—Ya lo sé. No se me ha olvidado. Lo sé desde que accedí a convertirme en una puta porque me lo pedisteis.

—Anna, por favor.

—En una puta, Bishop. Que no se te olvide. Al menos yo no puedo olvidarlo. Entre otras cosas, porque lo sigo siendo.

—Tienes que irte de París.

—Querrás decir que me tengo que marchar a Alemania con la Wehrmacht. Dentro de poco no habrá otra forma para mí de abandonar París sin correr demasiados riesgos.

—Lo importante es que sigas cerca de Müller. Aunque algunos quieran creer lo contrario, hay quien piensa que la guerra todavía puede durar más de un año. Ya han empezado a lanzar esas bombas teledirigidas sobre Inglaterra.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. No tienes idea de lo que es estar de noche en Londres y de pronto sentir un ruido como de una moto a la que se le ha roto el tubo de escape. Cuando lo escuchas, lo único que puedes hacer es tirarte al suelo o meterte debajo de la cama y cruzar los dedos para que la bomba haya caído lo bastante lejos de tu casa y que el edificio donde vives no salte por los aires, que lo único malo que pueda sucederte sea que estallen los cristales. A veces se rompen todas las ventanas de la manzana. Cuando llegan estas bombas, no es posible llegar a tiempo a un refugio, y solo puedes hacer eso, cruzar los dedos y esperar que no haya caído lo bastante cerca de tu casa. Doce segundos, Anna. ¿Sabes cuánto tiempo son doce segundos cuando no sabes si vas a saltar por los aires? Una eternidad. Hay gente que ha muerto de un ataque de ansiedad al escuchar el zumbido de una bomba de estas. Y parece que los alemanes están trabajando en un prototipo más sofisticado, más mortífero. Y seguro que el profesor Müller estará al tanto. Los nazis no van a

dejar escapar un cerebro como el suyo.

—Entonces, el profesor Müller es un asesino. Müller. Müller. Ya ni siquiera sabe lo que dice.

—En eso estamos de acuerdo. Pero la única manera que tenemos de salvar vidas es que permanezcas junto a él y que nos sigas pasando información.

Anna sacude la cabeza. Pero no dice nada.

—No puedo irme a Berlín. Ahora no. Si lo hago ya no sé si podré volver alguna vez.

—Nosotros podemos hacer que vuelvas con todos los honores.

Anna se queda mirándolo. Desde que conoció a Robert Bishop no es la primera vez que tiene ganas de abofetearlo. Nosotros podemos hacer que vuelvas con todos los honores. La frase, no le cabe duda, es una amenaza velada. Con todos los honores. En realidad, lo que Bishop quiere decir es que, si no acata sus órdenes, la vida para ella en París va a ser menos que imposible porque hay mucha gente que desea verla muerta y él o quienes le mandan se van a encargar de ocultar la verdadera razón por la que ha estado encamada con un científico alemán llamado Franz Müller.

La verdadera razón. Anna sacude la cabeza. No quiere pensar en eso ahora.

—Eres un hijo de puta.

—Anna, es muy importante para nosotros.

Ella niega con la cabeza.

—Me mentiste, Bishop. Y ahora me amenazas. Nunca imaginé que alguien pudiera tener tan pocos escrúpulos.

—No te estoy amenazando. Simplemente cumplo con mi obligación: decirte lo que debo decirte. Seguimos, sigo, confiando en ti. La prueba está en este piso —señala con la barbilla al otro lado del pasillo—. En los hombres que se han alojado aquí desde que lo alquilaste. Nos has resultado una agente muy valiosa, y te doy mi palabra de que serás recompensada por ello.

Anna deja escapar un suspiro amargo. Se da media vuelta, apoya la espalda en la pared. Le gustaría desmadejarse en el suelo, sentarse, acurrucarse

la cabeza entre los brazos y echarse a llorar.

—Me mentiste —repite, sin embargo.

Bishop se acerca a ella después de comprobar que no pasa ningún coche por la calle cuyos faros iluminen el interior del piso. Suspira. Anna tiene otra vez la sensación de que está a punto de cogerle las manos pero no se atreve. A Robert Bishop parece darle miedo el contacto con la gente.

—No te mentí, Anna. Al contrario, siempre te dije la verdad.

—¿La verdad? ¿Y qué es la verdad para ti? ¿Que no puedes ayudarme? ¿Que después de cuatro años no has podido decirme nada sobre Rubén?

—Te he dicho todo lo que sabemos. Es imposible estar al tanto de todo lo que pasa dentro de Alemania.

—Esa fue la razón por la que acepté colaborar con vosotros. Para poder tener noticias sobre Rubén.

Está diciendo cosas que no sabe si siente. Pero, cuando se encuentra con Bishop, no puede contenerse, ha de soltar toda la amargura que lleva dentro. Y a él no le va a contar sus sentimientos. Los de verdad, no. Esos no es capaz de contárselos a nadie.

Bishop enciende otro cigarrillo. A Anna le gustaría tener la voluntad de no cogerlo, pero necesita fumar. Se apartan los dos de la ventana, y, sin hablar, sin mirarse siquiera, arrancan las primeras caladas.

Bishop es el primero en romper el silencio.

—Sé que ha sido muy duro para ti. Pero los tiempos difíciles exigen sacrificios importantes.

Tiempos difíciles. Sacrificios importantes. Anna no puede evitar sonreír despectivamente. Una carcajada le hubiera gustado soltar, reírse de Robert Bishop en su cara, si no fuera en contra de las normas más elementales de seguridad. En aquel piso no vive nadie. No puede haber ruidos, no hay luz, nadie entraba y salía. Anna lo había escogido porque era un edificio no demasiado pequeño en el que apenas vivían dos o tres familias. La veían a ella entrar de vez en cuando, con bolsas de comida que compraba en tiendas diferentes para no llamar la atención, y también veían a algunos hombres que nunca hablaban, que agachaban la cabeza al cruzarse con algún vecino por las escaleras. Seguro que pensaban que era una puta. Lo que no sabían era cuánta

razón tenían. Que, por cuenta del americano, se había convertido en la furcia particular de un ingeniero alemán. Una puta, una puta es lo que es. Que no venga ahora un espía estirado a contarle lo que significaban los tiempos difíciles o la necesidad de sacrificarse.

—Si me voy a Berlín tal vez ya no pueda volver jamás —insiste.

Bishop sacude la cabeza.

—Podrás volver. Seguro que sí. Una vez que hemos desembarcado en Normandía, la dirección de todos los caminos apunta a Berlín. Solo queda el último esfuerzo.

Anna suspira. El último esfuerzo. Cuántas veces ha pensado ella en que solo queda el último esfuerzo.

—No sé si podré. Es lo único que puedo decir —y luego, más por costumbre que porque de verdad esperase una respuesta convincente, le pregunta—. ¿Qué sabes de Rubén?

—Lo mismo que la última vez que hablamos del tema. Nada. Las noticias que llegan desde allí son confusas.

A Anna le gustaría clavarle a Bishop la colilla en los ojos para hacerlo reaccionar. Su frialdad, que al principio de conocerlo le provocaba cierta admiración, lo único que conseguía ahora era repugnarle.

—Esperemos que esté bien.

—Tú no has estado en Alemania. Supongo que no.

El otro no contesta. Pero, por mucha capacidad de movimiento que tenga un agente como él, Anna está segura de que si ha estado en Alemania durante la guerra, cosa que duda, no habrá podido moverse por Berlín con la misma libertad que ella, hija de madre aria e invitada por un respetado ingeniero que trabaja para el Reich.

—Yo sí he estado, y he visto cosas, he escuchado a la gente hablar, y sobre todo he escuchado sus silencios, lo que no quiere contar, lo que prefiere olvidar o de lo que se avergüenza. Rubén está muerto. Estoy convencida. Y a veces prefiero pensar que es mejor que esté muerto a que viva en el lugar donde lo han encerrado.

—No deberías perder la esperanza. Rubén puede estar muerto, desde luego, no digo yo que eso no pueda ser, pero también puede estar vivo y

contando los días para que esta maldita guerra termine.

Lo escucha suspirar Anna, como si Robert Bishop se hubiera vuelto impaciente de pronto o lo enrabietase que la guerra no hubiera terminado todavía a pesar de sus esfuerzos.

Anna se queda mirándolo. Incluso apunta una sonrisa.

—Ya no te quedan argumentos para convencerme. Lo siento.

Pero también sabe que lo que acaba de decir no es sino el torpe farol de una jugadora de cartas novata que se enfrenta a un experto. Robert Bishop puede obligarla a seguir trabajando para él con muchos argumentos. Su propio futuro está en las manos de ese hombre que ahora la mira sin decir nada, como si quisiera que fuera ella la que sacase sus propias conclusiones. Lleva dos años dejándose ver regularmente por las calles de París con un científico alemán. Mucha gente la ha visto sentada en los bulevares de la ciudad junto a otros hombres vestidos de uniforme y sus amantes francesas. En cuanto los alemanes se marchen de París, estará sentenciada si alguien no se encarga de contar la verdad.

Sí que le quedan argumentos para convencerla. Los tiene todos. Otra cosa es que a estas alturas a ella le importe lo que pueda pasarle.

—Márchate a Alemania, Anna. Es ahora cuando nos puedes ser más útil. Cuando estés allí, ya buscaremos nosotros la forma de encontrarte. Vete y sigue actuando con Franz Müller como hasta ahora. —Robert Bishop se queda callado un momento cuando dice esta frase. Es como si de los ojos de ella hubiera salido fuego—. Toda la información que nos consigas a partir de este momento es muy importante. Todavía puedes salvar muchas vidas.

Anna se encoge de hombros.

—Mañana temprano vendrán a recogeros para conducirlos al sur. Supongo que una vez que los aliados han desembarcado en Normandía no será necesario llegar hasta los Pirineos. Pero seguro que eso lo tienes previsto. Habréis de tener mucho cuidado. Los alemanes andan muy agitados estos días. Será que no les gusta tener que abandonar París después de cuatro años. Hace tres días fusilaron a tres miembros de la Resistencia a los que sorprendieron intentando sabotear material de guerra. Me gustaría decirte que este piso es seguro pero tal y como están las cosas ya no puedo garantizar

eso. Solo puedo decirte que tengas mucho cuidado. Y desearte suerte.

A pesar de todo, siente cierto afecto por Robert Bishop.

Igual que él por ella. Puede que un poco retorcido o viciado por los problemas, pero afecto, al cabo. No en vano han sido cuatro años de colaboración, aunque apenas se hayan visto desde que él tuvo que abandonar París porque los Estados Unidos le habían declarado la guerra a Alemania después de lo de Pearl Harbor.

Pero ni siquiera ese afecto tan extraño que siente por él puede impedir que se encamine hacia la puerta sin despedirse. Espero verte en Berlín, lo escucha decir, en voz baja. Suena tan suave a pesar de ser una orden o una amenaza velada que por un instante Anna piensa que es un ruego, que acaso Bishop le está pidiendo un favor. Pero sabe que no es así, que es imposible que le pida un favor a ella. Ni a ella ni a nadie. Bishop, y la gente para la que trabaja, no tienen que pedir favores, y, lo que es peor, tampoco han de preocuparse de dar órdenes. Les basta con utilizar el arma no menos eficaz de la sutileza, las amenazas más o menos encubiertas o incluso presionar abiertamente a aquellos de quienes necesitan algo. Anna sabe muy bien que es como la pieza insignificante de un tablero cuya partida completa es incapaz de ver desde su casillero.

Piensa en eso Anna cuando baja las escaleras, y cruza la calle sin mirar atrás, sin volverse a comprobar si las luces del piso que ella misma ha alquilado hace dos años con un nombre falso siguen apagadas. Al cabo, para Bishop y para los que le mandan esta maldita guerra es como una reñida partida de ajedrez en la que desde sus despachos de Londres o Washington están dispuestos a sacrificar piezas con la distancia y la tranquilidad de a quienes no puede salpicarles la sangre. Y ella no es una pieza importante. Ni mucho menos es la reina, ni siquiera una torre o un caballo. Sabe que no es más que un peón insignificante, la más prescindible de todas las piezas. Pero, por alguna razón, todavía sigue de pie, resistiendo en su cuadrícula del tablero. Y también es cierto que a veces el juego lo decide un peón solitario.

Le gustaría animarse con ese razonamiento, pero lo único que ha conseguido es aumentar su intranquilidad. No sabe cuál es el próximo movimiento. Y se pregunta, de vuelta en su casa, aunque con Bishop se haya

mostrado reacia a continuar en la partida, hasta dónde está dispuesta a llegar, y, lo peor, lo que más le preocupa, si en algún momento de lo que quede de partida no empezarán a difuminarse más todavía las líneas que separan a un adversario de otro, si le va a costar diferenciar, todavía más, en qué dirección ha de avanzar o la mano que dirige sus movimientos desde la sombra.

Hay cosas que prefiere callar o en las que prefiere no pensar, porque ni ella misma quiere conocer la respuesta. Rubén está muerto. Lo sabe con la certeza de quien, cuando desaparece un ser querido, siente desvanecerse también una corriente invisible que los vinculaba a los dos. Y hace mucho tiempo que ya no siente que Rubén esté vivo. Por desgracia es la conclusión a la que llega cada vez que piensa en ello. Después de haberse interesado por cómo vivían los detenidos por los nazis en los campos de concentración no alberga muchas esperanzas, casi ninguna, de volver a verlo con vida, y a lo único que puede aferrarse ya, cuatro años después de que la Gestapo lo detuviera, es a tener alguna noticia suya, saber solo si había sufrido mucho o si por el contrario había abandonado el mundo de una forma plácida.

Anna no ha estado prisionera en ningún Lager, pero no por ello se siente más viva que quien lleva cuatro años encerrado detrás de una alambrada electrificada. Parecía que todo iba a terminar, que en cuanto los aliados llegasen a París iba a poder recuperar su vida y ahora resulta que Bishop tenía otros planes para ella. Pero no quiere volver a Berlín. Y no es el riesgo de estar en un país que está a punto de perder la guerra lo que le preocupa. Ni siquiera los bombardeos le dan miedo. Es más, muchas veces piensa que no sería mala forma de morir si una bomba cae desde el cielo mientras está dormida. Es que no quiere encontrarse con Franz Müller otra vez.

Rubén

Con los rusos pasa lo mismo que con los judíos, Anna. Han sido hechos prisioneros en el Frente del Este, y en lugar de ser enviados a otros campos donde solo hay prisioneros de guerra los mandan aquí, a un campo de exterminio, y he visto llegar remesas de cientos de prisioneros rusos que no han conseguido sobrevivir más de dos o tres semanas. Los nazis, por alguna razón, consideran a los judíos y a los rusos inferiores a nosotros, y les encargan las peores tareas del campo. La cantera es lo peor. De todos los trabajos que pueden adjudicarte en el campo el más duro es la cantera. Fuera de los muros hay un enorme agujero, en la falda de una colina, como el bocado de un gigante. Una pared enorme de la que se extraen —extraemos— bloques de piedra. Yo llevaba alrededor de un año en Mauthausen cuando cometí la estupidez de presentarme voluntario para trabajar allí. Ni siquiera la sonrisa atravesada del Kapo cuando se lo sugerí me disuadió de ello. La primavera estaba muy avanzada, hacía buen tiempo, y quería estar al aire libre, pensaba incluso que el trabajo duro me ayudaría a que las horas pasaran más rápido. Ya había perdido mucho peso, pero todavía me encontraba con fuerzas. Mis compañeros me dijeron que estaba loco, pero me daba igual. Nunca pensé que podría ser tan duro. Por fortuna solo estuve tres días, y luego me destinaron a otro comando que se encargaba de talar árboles en el bosque. No es que uno pueda elegir los trabajos a los que va a ser destinado, que va, ya te puedes imaginar que esto es imposible, que aquí dentro cualquier preso es más insignificante incluso que un insecto, y las otras veces

que he tenido que trabajar en la cantera ha sido porque me lo han impuesto, y no porque yo haya cometido la estupidez de presentarme voluntario. En invierno sopla el viento con tanta fuerza en la cantera que a veces parece imposible mantenerse en pie, las manos y los pies congelados, deseando uno pasar junto a la fragua donde se fabrican las herramientas con cualquier excusa para calentar la ropa húmeda, aunque solo sea un segundo, aun a riesgo de ser reprendido o castigado por los Kapo. En verano sucede justo lo contrario. Hace tanto calor ahí abajo, que si te quitas la camisa te achicharras, y acabas mudando el pellejo por culpa de las quemaduras como si fueras una serpiente. La verdad, Anna, es que no puedo decirte cuándo es peor trabajar ahí, si en verano o en invierno, pero sí que, sea en la estación que sea, allí abajo es donde he visto las cosas más terribles que uno pueda imaginar. Si Mauthausen es el infierno, la cantera es el infierno del infierno. Cientos de hombres famélicos picando piedras en la ladera de la colina y otros tantos desgraciados esforzándose por mantener un equilibrio precario al subir los ciento ochenta y seis escalones que separan el fondo de la cantera de la parte más alta de la colina, del sendero que lleva de vuelta a los muros del campo. La última vez que los subí con una piedra a la espalda que debía de pesar casi tanto como yo o tal vez más, fue cuando estuve a punto de saltar al vacío, como un paracaidista, y caer a plomo en el fondo de la cantera, en el estanque donde se drena la piedra y que estaba lleno de cadáveres ya a esa hora de la mañana. Sí, fue entonces cuando escuché el violín al otro lado del muro. Estoy seguro de que no podía ser otro sino él. Uno de los músicos que habían venido para la fiesta de cumpleaños del hijo de un amigo de Frank Ziereis, el jefe del campo. Al menos esta vez se iba a celebrar el cumpleaños de un niño con música, mi vida, de una forma que podíamos llamar más o menos civilizada. Yo no lo he podido ver, pero me han contado que Obermayer, el lugarteniente de Frank Ziereis, un día trajo a su hijo pequeño al campo para celebrar su cumpleaños, y el regalo consistió en dejar al crío que utilizase su Luger para practicar el tiro al blanco con cualquier preso que estuviera atravesando en ese momento la Appelplatz. Resulta difícil de creer, ¿verdad? Pues así es como fue.

El día que estuve a punto de tirarme cantera abajo, era la quinta o la sexta

vez que me habían obligado a formar parte del comando de trabajo que tenía que estar todo el día acarreando bloques. Tres, cuatro veces al día como mucho eran las que uno podía realizar ese recorrido, cuatro o cinco, si acaso, los menos débiles o a los que quizá ya no les importaba estar vivos o muertos, o acaso ya lo único que buscaban era una forma rápida de acabar con todo.

Un día antes había conocido a un violinista y no era capaz de saber que aquello me iba a salvar la vida. La última vez que me habían asignado trabajar en el comando de la cantera Santiago había venido conmigo. Me extrañó mucho que se hubiera presentado voluntario, pero llega un momento, cuando llevas tanto tiempo preso aquí dentro, en el que dejas de hacerte preguntas, y lo único que te preocupa es resistir, aguantar con vida aunque solo sea un día más. Los compañeros republicanos que estaban trabajando en puestos clave del campo, como en las oficinas, procuraban hacer lo que podían para que sus compatriotas no tuviéramos que trabajar en la cantera, pero no siempre era posible. Ya, ya sé que evitar que unos trabajasen en la cantera suponía también, irremediablemente, que otros pudieran ser condenados al cabo de pocos días a una muerte casi segura. Es triste, ya sé que sí, pero también tengo que decirte que en el campo hay que tomar estas decisiones, darle a uno una ración de comida extra y dejar que otro compañero que no tenga salvación se muera de hambre. Y no es fácil para quien con solo poner o quitar el nombre de una lista puede decidir sobre la vida de sus compañeros. No me gustaría a mí estar entre quienes tienen que tomar una decisión así, sabes que no. Pero la asignación a un trabajo es como los dados que ruedan sobre un tapete verde en un casino, como la bola que se detiene caprichosamente en la ruleta. Y alguna vez toca. Ninguno de los que ya llevábamos reclusos una larga temporada en Mauthausen nos hubiéramos presentado voluntarios para trabajar en la cantera. Por eso me extrañó mucho cuando vi a Santiago en la fila y me dije que se había presentado voluntario. Mi amigo, probablemente había sido uno de los republicanos españoles que más veces había subido los ciento ochenta y seis escalones. Y aunque, como todos, había perdido mucho peso desde que llegamos a Mauthausen, era imposible no reconocerlo en la fila, un gigantón todavía fuerte a pesar del

trabajo duro, la mala alimentación y las duras condiciones de vida de Mauthausen.

Santiago no estaba en el mismo barracón que yo, y no nos podíamos ver tanto como nos gustaría, pero a pesar de ello compartíamos más de algún rato mientras masticábamos despacio un trozo de pan seco, sentados los dos buscando el consuelo del frío sol del invierno austriaco, como si ese trozo de pan fuera lo más exquisito que hubiéramos probado jamás. Algunas veces nos reuníamos un grupo de presos a la hora de comer, y nos imaginábamos que estábamos en un restaurante de postín, que el camarero venía a ofrecernos la carta, y que teníamos para gastar todo el dinero que quisiéramos. El pan, ese mendrugo asqueroso y duro que nos dan y nos sabe tan rico, no es ese pan que sospecho que está hecho con serrín en lugar de con harina, sino un cruasán, o un bollo caliente igual que los que tomábamos los domingos en el barrio Latino, qué rico, igual que el pan con el que me tomaba las tostadas con aceite cuando era un niño. Cierro los ojos y el aceite se me derrite entre los dedos, siento que me chorrea, incluso aparto la pierna para que no me manche el pantalón y me vea un SS y me castigue. Ya sabes lo de esta gente y la limpieza, Anna: nos matan de hambre pero nos rapan la cabeza y nos fumigan todos los sábados y nos obligan a tener el suelo del barracón tan limpio como si pudiéramos comer en él. Nos arrastramos por el barro, pero tenemos que preocuparnos de que nuestro uniforme esté absolutamente limpio cuando nos pasan revista. No te puedes imaginar lo que les ha ocurrido a algunos presos por tener el traje manchado al final del día. El mío tiene un agujero de bala a la altura del pecho desde que me lo entregaron, el agujero de una bala que mató al desgraciado que llevaba este traje antes. Pero el orificio de un tiro junto a la solapa no les importa a los SS, a ellos lo que les preocupa de una forma patológica es la limpieza, por eso aparto la pierna cuando chorrean el aceite y el azúcar, cierro los ojos al sol y estoy en el patio de mi casa de Sevilla comiéndome la tostada que me ha preparado Enriqueta al volver del colegio para merendar. Ahora el pan es exquisito, y el minúsculo trozo de algo renegrido que se puede parecer a un trozo de chorizo si uno hace un gran esfuerzo de imaginación, no es eso sino un filete, o un cochinitillo entero. La sopa aguada a la que algunas veces

hemos echado gusanos para darle sabor es un consomé, a veces chocolate caliente, el mismo chocolate caliente que tomaba de niño en los puestos de la feria con mi padre. Puede parecerte una tontería, pero pensar estas cosas nos hace la vida más llevadera. Cuando llega la hora de volver al tajo tenemos la misma hambre y la misma miseria de antes, pero al menos por un rato es como si no hubiéramos estado en el campo, como si estos muros y estas alambradas electrificadas no existieran, como si estar aquí no fuera más que una pesadilla de la que acabamos de despertar. Después, todo vuelve a ser igual, pero no puedes imaginarte cuánto alivio, mi vida.

Pero ver a Santiago en el comando que iba a trabajar a la cantera me preocupó, y me preocupó mucho más, como te digo, cuando me contó que se había presentado voluntario. Se encogió de hombros. Me gusta cambiar de rutina, añadió, como si fuera posible que yo me lo creyese. Si uno no cambia de rutina la vida es mucho más aburrida. Estoy harto de cortar árboles en el bosque. Mejor la cantera, Rubén, que me estoy oxidando. Necesito un poco de trabajo duro. Me quedé mirándolo, interrogativo, esperando que me diese una respuesta convincente, que me dijera la verdad, pero Santiago siguió con la mirada al frente, ya estábamos llegando a la escalera. Aquel día fue uno de los que hacía más calor de todo el verano. Desde el puesto que me habían asignado, de ayudante del oficial de la fragua, donde el calor era aún más insostenible, podía ver a Santiago, que ya había subido dos veces esa mañana los ciento ochenta y seis escalones de la cantera con una piedra cargada a su espalda.

En el fondo de la cantera había que tener mucho cuidado. Los SS nos vigilaban constantemente, y había una línea marcada en el suelo que no debíamos traspasar bajo ningún concepto. Si te distraías, si te mareabas o si dabas un traspies y caías rodando hasta el otro lado, si por un momento estabas desorientado y traspasabas esa raya blanca pintada en el suelo cualquiera de los guardias tenía la excusa perfecta para dispararte, el motivo para acabar con un prisionero y quizá por ello recibir una gratificación. Muchas veces los guardias, tan cínicos, tiraban una colilla al otro lado de la línea, distraídamente, y luego esperaban a que algún preso incauto aprovechara el momento de despiste de un Kapo para recogerla y fumarse a

escondidas el resto del cigarrillo en el barracón, antes de dormir. Tiraban la colilla y te llamaban, tan cínicos te indicaban con la mano que te acercases, que fueras a recogerla, que no te iba a pasar nada. Son historias que te cuentan, como tantas que escuchas en el campo, un preso que se lo ha contado a otro preso que se lo ha escuchado decir a otro en la cola de la comida, y a pesar de todo el horror que has visto ya, crees que la versión que ha llegado a ti puede haber sido exagerada por las sucesivas fases que ha tenido que pasar. Pero en el fondo esperas, no sé, será porque a lo mejor no has dejado de ser un ingenuo o un idealista, que no sea verdad, y te crees otras formas de tortura, pero no esa.

Llevaba todo el día pendiente de Santiago. Desde la falda de la cantera, el corpachón enorme sobresalía al menos una cuarta por encima de casi todos los demás. Si hubiera sido rubio en lugar de moreno, mi amigo Santiago habría podido pasar por un alemán como los soldados que nos custodiaban, y no por uno de sus compatriotas, mucho más bajitos la mayoría. Yo lo miraba cuando podía, y aprovechaba que desviaba la vista cuando estaba quemando las punteras de los escoplos en la fragua —si no tenías cuidado podías quedarte ciego— y estaba allí, esperando su turno para subir la escalera de la muerte, como ya habíamos bautizado a esos casi doscientos peldaños desiguales que estaban marcados por la sangre de cada uno de los prisioneros. Una vez que había llegado a la escalera, ya no me resultaba tan fácil distinguirlo de los demás. En el momento de subir las piedras se establecía una formación perfecta, como en un ejército, cinco hombres por peldaño que procuraban estar coordinados, por la cuenta que les traía, hasta llegar arriba. Raro era el día en que uno trabajaba en la cantera y no veía caer a un preso por la ladera. Paracaidistas, los llamábamos. Unas veces eran ellos los que no aguantaban más y acababan lanzándose desde el lugar más alto que podían, ayudados por el lastre del bloque de piedra, como yo mismo iba a estar a punto de hacer la siguiente vez que me llevaran a trabajar en la cantera, Anna, pero todavía no lo sabía, cómo podría, que intentaría lanzarme al vacío y que la música de un violín me convencería de que si resistía aún tendría una oportunidad de seguir luchando, de salir vivo de aquí. Aquel día, por tres veces localicé a Santiago de nuevo en la ladera de la colina después de

haberlo visto aguardar su turno al pie de la escaleras, y cuando lo veía sentía un gran alivio, para qué te voy a mentir, porque hacía tiempo que mi amigo ya no era el mismo, eso nos pasaba a todos a veces, que en algún momento decíamos hasta aquí hemos llegado, y entonces ya nada nos importaba, mi vida, y nuestro único deseo era terminar con todo de una vez, por la vía rápida. Eso era lo que llevaba viendo en los ojos de Santiago desde hacía unos días o unas semanas, esa expresión ausente, como de mirar sin ver, la mirada de a quien ya le da todo igual y hasta es capaz de emprenderla a puñetazos con un SS para que lo maten a golpes o de tirarse a la alambrada para morir chisporroteando, el cuerpo humeante desmadejado en los cables eléctricos, su cadáver a la vista de todos, podían dejarlo allí varios días, para que nos sirviera como ejemplo, igual que cuando un preso se fugaba y lo capturaban. Luego lo ahorcaban en la Appelplatz, y nos obligaban a pasar uno a uno por debajo y a levantar la cabeza para que nos diéramos cuenta de que el único futuro posible que nos esperaba si nos fugábamos del campo era una soga al cuello y un taburete bajo los pies.

Sin embargo, cuando Santiago se acercó a la fragua a la hora de comer, pensé que solo se trataba de un producto de mi imaginación, que todo había estado en mi cabeza, porque ahora no veía ni en los ojos ni en su cara más que el cansancio acumulado o el hastío crónico que teníamos todos, como yo mismo, que, aunque no podía verme en ningún espejo, estaba convencido de que mis ojos y mi rostro deberían parecerle a Santiago lo mismo que a mí me parecían los suyos. Peor incluso, después de toda la mañana de verano soportando el calor de la fragua, la piel ardiendo, los ojos semientornados todo el tiempo porque me daba miedo quedarme ciego. Pensaba que algún día saldría de Mauthausen y no podría volver a ver tu cara y enseguida cerraba los ojos. Hubiera preferido que me matasen.

Nos sentamos los dos a masticar el mendrugo. No había un solo lugar en la cantera donde uno pudiese resguardarse del sol a mediodía. Era jueves, y los jueves nos daban también una patata para comer. Yo la partía en trozos pequeños, y me los metía en la boca y en lugar de masticarlos los dejaba que se me deshicieran poco a poco con la saliva, los ojos cerrados, y luego la cáscara, que había separado con las manos con mucho cuidado, me la

colocaba en las encías, como si fuera un postre exquisito, la arenilla que se me disolvía en la boca. A veces, con suerte, conseguía que siguiera ahí, durante una parte de la tarde, una pequeña venganza, una pequeña porción de placer que me regalaba. Sobrevivir no es más que el resultado de pequeñas victorias como esta, cosas que desde fuera pueden parecer absurdas o insignificantes, y en realidad lo son, regalos inesperados, la jactancia íntima por tener la cáscara de una patata en las encías sin que ninguno de nuestros guardianes se diera cuenta. Es una tarta, murmuró Santiago. Un trozo grande de tarta. De chocolate, le contesté, sin abrir los ojos. Qué rica. Sí, pero a mí me ha gustado más la horchata. ¿Sí? Sí, la horchata, qué fresquita estaba. Pues a mí me ha sentado mejor el café, hoy estaba como a mí me gusta, con mucha azúcar. ¿Y ahora? ¿Ahora qué? Pues bueno, ahora a dormir la siesta un rato. Luego, ya veremos. Yo me iré al río a nadar un rato después de dormir, pero primero me voy a fumar un veguero de esos que mi padre guarda en el despacho, en el primer cajón de su escritorio. Se los hacen traer discretamente desde La Habana. ¿Te apetece uno, Santiago? ¿Un purito? Mira cómo huele, y un coñac en una de esas copas panzudas que cuando uno remueve el licor dentro y la mira al trasluz es igual que un atardecer de verano. ¿Un atardecer de verano? Rubén, tú eres un poeta, chico. Deberías dedicarte a eso. ¿A qué? A escribir poemas. Ya me gustaría. Bueno, ¿qué? ¿Te apetece un puro? Santiago chasqueó la lengua. No, la verdad es que no, prefiero un pitillo.

No abrí los ojos inmediatamente, Anna, aún faltaban por lo menos diez minutos para que tuviéramos que volver al tajo. Ninguno teníamos reloj, pero habíamos desarrollado una capacidad especial para medir el tiempo, sobre todo el tiempo de descanso, el que más valorábamos, el que más rápido se nos pasaba, aunque estuviéramos en el fondo de una cantera sin ninguna sombra bajo la que resguardarnos. Por eso yo quería aprovechar los últimos momentos que me quedaban antes de ir a trabajar, disfrutar del sabor de la piel de la patata en mis dientes con los ojos cerrados antes de que sonase la campana y tuviera que volver a la fragua. Me sabe mejor después de comer. Pero sonreí, sin mucho entusiasmo, tal vez porque estaba un poco cansado del juego y prefería quedarme como adormecido antes de regresar a la tarea

de poner punteros al rojo vivo.

Santiago se había levantado. Supuse que para desperezarse o para estirar la espalda dolorida. Bueno, vale, le dije. Fúmate lo que quieras. Pero que sepas que despreciar un Montecristo es un pecado. Casi un sacrilegio. Me quedé esperando su respuesta. ¿Santiago? Pero nada. Silencio. ¿Santiago? ¿Qué? ¿No te animas a fumarte un puro conmigo antes de volver al trabajo? ¿Santiago? Abrí los ojos despacio, la vista nublada al principio por haberlos tenido cerrados tanto rato y también por el cansancio acumulado. Santiago no estaba a mi lado. Por un momento pensé, o quise pensar, que la campana había sonado, que él había vuelto a su trabajo y que yo me había quedado dormido. Pero no. Si me hubiera quedado dormido después de que la campana nos hubiera avisado a todos de que teníamos que volver al trabajo ya me habrían molido a palos, podrían haberme matado incluso. Santiago estaba de pie, y eso quería decir que no me había equivocado antes, que no me había quedado dormido. Pero al volver la cabeza para decirle dónde estaba me di cuenta de que se había alejado. Nada grave, desde luego, si no fuera porque se había acercado a la línea que a ninguno de los presos nos estaba permitido traspasar. Me levanté enseguida. Pensé que Santiago iba a cometer una locura. Santiago era un blanco fácil. Tan grandullón, hasta el tirador más torpe hubiera sido capaz de alcanzarle en el pecho. Santiago, murmuré, pero él no podía enterarse de que lo llamaba porque ya estaba demasiado lejos de mí. Desde el otro lado, en lo alto, en la garita, uno de los centinelas ya se había dado cuenta también de que estaba demasiado cerca de la línea y no le quitaba ojo de encima, y ya sabía yo, y seguro que Santiago también, que no dejaría de mirarlo hasta que retrocediera. Solo estaba a tres o cuatro pasos de la raya. Dos o tres si eran los pasos de Santiago. Me acerqué despacio hasta donde estaba el valenciano para decirle que los puros seguían allí, en el despacho de mi padre, esperando a que nos los fumásemos, que aún tendríamos tiempo de disfrutar de un buen Montecristo si nos dábamos prisa antes de volver al trabajo. Aunque estaba de espaldas podía ver lo que estaba haciendo. Se había llevado la mano a la boca, los dedos índice y corazón estirados que viajaban a los labios y volvían a alejarse, lentamente, como si disfrutase de un cigarrillo. Repitió el gesto, sin prisas, sin dejar de mirar al

centinela que no le quitaba ojo desde el otro lado, encima de la torreta desde la que vigilaba la porción de la cantera que le correspondía. Cuando llegué al lado de mi amigo la situación no había cambiado. Seguía con el mismo teatro, y al estar tan cerca pude ver que también hacía un círculo con los labios y fingía que soltaba el humo demoradamente, después de retenerlo durante unos segundos en los pulmones, apurando el sabor de la última calada. También me dio miedo, una mezcla de miedo y de vértigo, como si estuviera acarreando una piedra y me hubiera tocado subir la escalera en el lado que estaba más cerca de la ladera, porque nunca había estado tan cerca de la línea blanca que marcaba la frontera que ninguno de los presos debíamos traspasar si no queríamos ser tiroteados. Miedo y vértigo y preocupación. Sentía que en cualquier momento podía resbalarme y caer al otro lado. Ya me veía levantando las manos, como si fuera un soldado que se rindiese después de haber disparado el último cartucho, o un preso flaco que suplicaba que no lo mataran, que si había llegado hasta allí había sido por error, porque me había resbalado o porque me había quedado traspuesto después de comer. Pero mi papel en la escena no era sino el de un mero testigo. Eran Santiago y el centinela los que se miraban fijamente, ajenos los dos a todo, como si lo que les rodeaba, yo también, de repente hubiera desaparecido. Santiago, anda, vámonos, que la campana está a punto de sonar. Pero mi amigo volvió a hacer el gesto de llevarse el cigarrillo imaginario a la boca, y me pareció que el guardia, desde lo alto, sonreía. El soldado se llevó la mano al bolsillo, sacó un paquete de tabaco, y con una mano, muy despacio, sacó un cigarrillo y lo encendió, como si quisiera dar envidia a Santiago, que, sin dejar de mirarlo, seguía con la pantomima de llevar los dedos a los labios de cuando en cuando, de exhalar el aire lentamente, como si de verdad estuviera fumando. El guardia no llegó a darle más de dos o tres caladas al pitillo, y luego lo lanzó hacia donde estábamos nosotros. Cuando cayó al suelo, cinco o seis metros al otro lado de la línea que marcaba la zona prohibida, aún seguía encendido. Vámonos, Santiago. La campana está a punto de sonar, insistí. El centinela tenía el mentón levantado, el casco ligeramente subido, el barboquejo suelto a la altura de la barbilla, y mi amigo no dejaba de mirarlo. Me pareció incluso que le sonreía. Santiago, repetí,

pero ya era inútil, sabía que por mucho que le dijese no había nada que yo pudiera hacer. Santiago, dije, de nuevo, por si acaso había alguna esperanza. Me puso la mano en el hombro, la misma manaza de gigante que me había protegido en el tren cuando nos trajeron a Mauthausen. Prefiero un pitillo, amigo mío. Sonrió Santiago, mirándome a los ojos. Estuve a punto de decirle que de acuerdo, que en el escritorio del despacho de mi padre también había cigarrillos además de los puros habanos. Buen tabaco rubio. Pero Santiago sonrió un poco más, aunque a mí lo que me pareció en ese momento era que el gesto se le había puesto triste de pronto, o era que llevaba así todo el día, muchos días, y yo no había sido capaz de darme cuenta. Negó brevemente con la cabeza, apretó un poco la tenaza en mi hombro, con afecto, y dio un paso al frente. Cuando estiré el brazo ya había traspasado la línea, el límite que nos estaba permitido pisar a los presos. Santiago, quise decir, pero apenas me escuché un hilo débil de voz. Santiago. Erguido cuan largo era, de espaldas a mí, se agachó para recoger la colilla y ya le había dado una calada cuando el guardia lo apuntaba con el fusil desde la garita. Tal vez podría haber dado dos pasos, y a lo mejor el centinela se hubiera conformado con asustarlo dando un tiro al aire, o disparando cerca de sus pies, pero Santiago había dado una larga calada al pitillo y se había guardado el humo dentro de los pulmones, para disfrutarlo, al menos a mí no me parecía que lo hubiera soltado. No me costaba imaginar su rostro, los ojos cerrados, saboreando el momento antes de que el guardia le reventase el pecho o la cabeza de un balazo. Al cabo, soltó el humo despacio, como una chimenea, sin volverse, y volvió a dar una calada. Si el guardia aún no había disparado era quizá, pensé, porque quería darle una última oportunidad de volver a donde le correspondía, pero el valenciano seguía allí, como si la línea no existiera, como si en lugar de ser un preso de un campo de concentración nazi fuera un trabajador cualquiera que disfruta de un rato de descanso antes de volver al tajo en el campo o en la fábrica. Pudo darle otras dos o tres caladas al pitillo, y cuando sonó la campana pensé, de verdad te lo digo, que aún podría salvarse, que el guardia le daría la oportunidad de volver a mi lado, pero no pude contener un respingo, Anna, los hombros se me levantaron y apenas pude sofocar un grito, porque en el mismo momento que sonó la campana

para avisarnos de que habíamos de volver a trabajar Santiago cayó de espaldas, un agujero de bala en la frente del que ni siquiera salía sangre, los brazos estirados, igual que un Cristo crucificado en el fondo de la cantera, los ojos abiertos y la colilla suspendida en la boca. Con el ruido de la campana nadie había escuchado el disparo, y ninguno de los presos hubiera podido hacer nada aunque lo hubiera escuchado, pero, en aquel momento, a menos de un metro de la línea, fue la vez que me sentí más solo de todo el tiempo que he estado preso en Mauthausen. Santiago muerto mientras el mundo seguía girando, los presos que trabajaban en la cantera a lo suyo, igual que cuando alguno se tiraba desde lo alto o eran los SS quienes lo habían empujado por pura diversión. Pero ahora se trataba de mi amigo, Anna. Era Santiago el que estaba muerto y a mí no me cabía en la cabeza que todo pudiera seguir igual.

Se me ocurrió traspasar también la línea para arrastrar el cadáver hacia este lado, pero no tuve valor. El guardia que había matado a Santiago me estaba mirando, se había llevado la mano al paquete de tabaco y lo levantaba, con cinismo, ofreciéndomelo. Bastaba con que cruzase la raya para que también me disparase, y aunque podría decirte que lo habría hecho si un compañero que se dio cuenta de lo que pasaba no me hubiera cogido del brazo y me hubiera obligado a acompañarlo de vuelta a la fragua, te mentiría. Allí, al otro lado de la línea, a pesar del calor que hacía, el Rubén Castro que tú creías conocer tan bien no estaba sino tiritando de miedo, las piernas paralizadas, como si me hubieran clavado los pies en el suelo y ni un carro tirando de mí hubiera sido capaz de moverme.

No volví a ver el cuerpo de Santiago, aunque no tardé mucho en enterarme de por qué lo hizo. Se lo llevarían junto a otros desgraciados que no habían tenido la suerte de sobrevivir ese día. Al final mi amigo fue uno de esos que salió del campo por las chimeneas del horno crematorio, y yo, quién me lo iba a decir a mí, tres años después de llegar a este infierno todavía sigo vivo. No sé por qué, pero aquí estoy. Y cada día que veo amanecer me digo que hoy también voy a sobrevivir, maldita sea, que voy a sobrevivir y voy a salir de aquí para volver a París y buscarte, para que entre los dos podamos recuperar todos estos años de felicidad que nos han robado estos malnacidos.

Franz

Ciego es lo que le gustaría ser ahora.

Pero no está ciego Franz Müller, aunque se ha detenido, sin darse cuenta él es el único de los músicos que ha dejado de tocar su instrumento. De repente el jefe lo está mirando, muy fijo, y Franz piensa que enseguida le levantará la voz, que con razón le echará la culpa de que la música se haya tenido que detener. Uno no puede distraerse cuando forma parte de un cuarteto, parece, ni siquiera porque pase por delante de sus ojos una reata de presos escuálidos que tiran de una carreta atestada de cadáveres. Mira a sus compañeros un instante Franz Müller en busca de consuelo, pero ninguno parece haberse querido enterar del espectáculo lamentable que está desfilando por delante de sus narices. Apenas los conoce, solo lleva dos semanas tocando con ellos. No hace mucho que los vaivenes de su vida bohemia lo han llevado hasta Linz, y allí ha terminado encontrando trabajo como violinista en el cuarteto contratado para tocar en Mauthausen.

Franz Müller frunce el ceño, inquiriendo una respuesta, que sus compañeros protesten o que dejen de tocar porque igual que él no pueden seguir ensayando después de haber visto eso. ¿Es que ninguno se pregunta qué está pasando, por qué han muerto esos hombres o adónde los llevan? No. Los otros músicos no dicen nada, no preguntan nada. Se limitan a mirarlo con extrañeza porque ha dejado de tocar el violín como le correspondía, fruncen el ceño fastidiados porque ahora habrán de comenzar de nuevo la pieza. Sus compañeros parecen ajenos a lo que sucede tal vez porque no es la primera

vez que vienen al campo de Mauthausen a trabajar y saben lo que les espera o están habituados al horror y ya no les afecta, igual que los hombres flacos que arrastran la carreta en silencio, hombres que seguro han compartido muchos días de cautiverio con quienes ahora yacen amontonados en la carreta y que ahora tiran de ella como si no hubiera pasado nada. Acaso, se pregunta Franz Müller antes de volver a acomodarse el violín entre el hombro y la barbilla, la única manera de poder convivir con el horror sea asumirlo como algo cotidiano, pensar quizá que la muerte es algo inevitable y tratar de sobrellevar los días y las horas de la mejor manera posible, con la esperanza tal vez vana pero legítima de que algún día llegarán tiempos mejores y será posible salir de allí. Cierra los ojos y se pregunta, mientras vuelve a mecer con suavidad el arco del violín y se esfuerza en concentrarse, no tanto para no desentonar con sus compañeros como para que la música le entre por los oídos y actúe como catarsis que le ayude a escapar de ese lugar, aunque sea mentira, cuánto tiempo sería él capaz de aguantar si estuviera encerrado allí y no le quedase otro remedio que tener que arrastrar una carreta con los cadáveres de quienes habían sido sus compañeros de cautiverio. Cierra los ojos más fuerte, tanto que siente que le van a estallar los ojos dentro de los párpados. Se imagina que no está allí, que igual que la música se la lleva el aire más allá de los muros del campo de Mauthausen, él también puede escaparse, volar, igual que un pájaro, tan alto que ni siquiera pueda distinguir el campo desde arriba, tan lejos como si jamás hubiera estado allí.

Les han habilitado un barracón para el almuerzo. No es que la comida se la sirvan en manteles de lino, pero el lugar donde se sientan es más que aceptable dadas las condiciones del campo, sobre todo después de lo que ha visto. Franz Müller no tiene hambre, es incapaz de tragar nada, sobre todo si no puede dejar de mirar por la ventana la fila de prisioneros que hace cola con un cuenco en la mano para que otro preso les eche un poco de sopa aguada. Debe de haber al menos doscientos hombres en la Appelplatz. Ninguno de los músicos con los que comparte comida hace mención al espectáculo horrible de antes, aunque hayan preferido pensar que no existe, que no ha sido más que el producto de su imaginación, como si fuera verdad eso de que dicen que donde hay música el mal no puede existir. Eso es

mentira, por mucho que esa frase hecha lleve tantos años en la conciencia colectiva de tanta gente, es una falacia tan grande que Franz Müller se avergüenza de que, a lo mejor, él también alguna vez haya pensado que tenía razón alguien cuando decía eso de que quien oyese cantar podía sentarse tranquilamente porque los malvados no tienen canciones. Era el jefe del campo el que los había contratado para animar con su música el cumpleaños de un niño. Con eso ya no había más que decir. Es incapaz de comerse el pedazo de carne que está en el plato. Ha entretenido el tiempo tocando con el tenedor los trozos después de haberlos cortado, pero no puede tragar nada. Coge un par de manzanas de un plato, aún no sabe muy bien por qué, o quizá es que sí lo sabe pero no quiere que sus compañeros se den cuenta. Dice que no tiene hambre, que lo siente, y luego se levanta después de guardarse la fruta en los bolsillos.

—Prefiero aprovechar la luz del sol.

Coge el violín y sale fuera sin esperar a ver qué hacen los músicos, si aprueban su gesto o si, por el contrario, se les dibuja en el rostro un mohín de desagrado.

Ninguno de los hombres que aguarda la cola de la comida con paciencia o con resignación se fija en él. Al violinista le parece que todos miran el suelo mientras la cola avanza despacio y ellos arrastran los pies, ni siquiera hablan entre ellos, no sabe Franz Müller si por miedo a ser castigados o golpeados por alguno de los Kapo o los SS o porque están tan cansados de trabajar que prefieren aprovechar cualquier instante, por extraño o breve o incómodo que sea, para cerrar los ojos y aislarse de su cautiverio.

Les ha dicho Franz Müller a sus compañeros que se iba fuera para aprovechar el sol, pero en realidad se ha sentado a la sombra. Tiene una manzana en cada bolsillo, dos bultos redondos que le deforman el pantalón, pero sabe que no va a comer. Quizá los otros han pensado que prefería comerse el postre a solas, pero no se puede tomar postre si no se ha comido antes, y a él lo que ha visto le ha quitado el hambre, como si de repente hubiera descubierto una verdad que antes había podido soslayar, como los amantes que de pronto se descubren fallos cuando antes solo querían ver las cosas buenas de las personas de quienes están enamorados a pesar de que la

gente que está cerca de ellos les hubiera advertido sobre sus defectos o sus peligros.

Franz Müller se había alejado de Alemania seis años antes porque quería probar suerte como violinista pero también porque no le gustaba lo que veía en Berlín, pero él es alemán, y en algún rincón de su conciencia ha preferido pensar que lo que imaginaba no podía ser verdad, que era imposible que existieran esos campos adonde decían que se llevaban a la gente. Un niño inocente que prefería seguir creyendo que existía Papá Noel es lo que había sido.

Sentado a la sombra de un barracón, a un tiro de piedra de unas chimeneas que no quiere imaginar para qué sirven, el violinista no puede dejar de mirar la cola de hombres escuálidos que espera su turno para que otro preso les vacíe una ración de algo que parece sopa, pero que le dan ganas de vomitar solo con pensar qué puede ser. Cierra los ojos y apoya la cabeza en las tablas del barracón donde sus compañeros siguen comiendo, como si todo lo que sucede les resultase ajeno. Siente que le falta el aire, que la camisa le aprieta en el pecho, que aunque intente respirar hondo, lo único que consigue es ahogarse. Se desabrocha un par de botones, y siente un alivio momentáneo, y sin darse cuenta se ha llevado el violín al hombro y ha empezado a tocarlo. Una música lenta, toca despacio, para él, para relajarse, pero también para los cientos de hombres que esperan su turno en la cola de la comida o que también han buscado un refugio a la sombra.

Uno tiene las armas que tiene, y lo más poderoso de Franz Müller ahora mismo es un violín en sus manos, el mismo instrumento que le ha acompañado durante todos estos años, en Berlín, en Salzburgo, en París, en Viena.

Con los ojos cerrados le gustaría pensar que se encuentra otra vez en Salzburgo, que la guerra en Europa no ha empezado y que tal vez no empezará nunca, que acaba de abandonar Alemania y que tiene toda la vida por delante y la ilusión intacta, que no está en el campo de prisioneros de un lugar llamado Mauthausen, que ha empezado a trabajar como violinista en un teatro de marionetas. Sí. Marionetas. Esa es la clave. Lo que ha visto antes no es más que una ilusión, los hombres que arrastran los pies mientras hacen

cola en la comida no son más que marionetas cuyos hilos alguien mueve desde un lugar que no pueden ver los espectadores. Se dice Franz Müller que, si sigue tocando despacio el violín, al final el público aplaudirá, y entonces los que mueven los hilos de los muñecos de trapo asomarán la cabeza detrás de un tablero que los ha ocultado de las miradas del público durante la función, y que él saludará también, una reverencia exagerada, y que luego se girará hacia sus compañeros para compartir con ellos la ovación. Eso es lo que le gustaría, muchas veces lo ha pensado, que la vida a veces pudiera ser como ese teatro de marionetas donde había trabajado en sus primeros tiempos en Salzburgo, y que lo que sucedía delante de sus ojos, por muy malo que fuese, no era más que la representación de unos guiñoles que unas manos expertas manejaban desde la oscuridad.

Sigue tocando el violín, y al hacerlo es como si pudiera volar, muy lejos de allí, siente que la música lo transporta, que nada, por muy malo que sea, podría hacerle daño. No quiere abrir los ojos para no encontrarse la cola de presos delante de la olla, pero también porque, si los abre, sabe que tal vez habrá un grupo de hombres cuyas caras no quiere ver porque no las podrá olvidar mirándolo, escuchando su música, preguntándose quizá qué hace un tipo tocando el violín mientras comen. Pero al cabo de un rato siente la presencia cercana de alguien. Puede ser alguno de sus compañeros que ha terminado de comer y ha salido fuera para hacerle compañía o para sestar un poco antes de volver al ensayo, pero también puede ser un preso que se ha sentado junto a él porque le gusta la música o también porque el bulto de su pantalón es inequívoco, o quizá es que se le ha caído alguna de las manzanas que ha sacado del barracón, o las dos, ya lo mejor alguien se ha cansado de hacer cola delante de la olla de la sopa y se las ha quitado. Eso no le importaría. Reconoce ahora, y sonríe al hacerlo, que si ha sacado las manzanas del barracón es porque esperaba poder dársela a alguno de los presos, pero también es verdad que no ha encontrado la forma de hacerlo, que no es fácil dar algo de comer a alguien que seguro tiene mucha hambre sin sentirse ruin por ello. El violinista se alegra de que las manzanas se le hayan caído al suelo y de que alguien las haya cogido y se las esté comiendo ahora.

Sonríe.

Al menos, venir hasta aquí ha servido para algo.

Pero un momento después escucha a alguien sorber la sopa de un cuenco. Quienquiera que sea está junto a él y, aunque era de esperar puesto que se ha puesto a tocar en la Appelplatz a la hora de comer, no puede dejar de sentirse incómodo. Reacomoda la espalda en las tablas del barracón, y al cabo de unos segundos, aunque no ha dejado de tocar, no puede evitar entreabrir los ojos. A su izquierda está sentado uno de esos hombres flacos, vestido con un traje de rayas, una gorra del mismo color y un triángulo azul en el pecho. Está en cuclillas, como si a pesar de haberse colocado a su lado no se atreviera a sentarse, quizá para no molestarlo mientras toca o tal vez para evitar el castigo de alguno de los Kapo que no dejan de vigilar a los presos ni siquiera durante la hora de la comida. Cuando abre los ojos, el prisionero detiene los labios abiertos en el borde del cuenco, el gesto congelado antes de sorber los últimos restos de sopa aguada, temeroso quizá de que Franz Müller le grite por haberse colocado tan cerca de él, por haber sorbido ruidosamente la comida y haber estropeado el sonido tan hermoso con que el violinista estaba deleitando a los que hacían cola para obtener aquella ridícula ración de comida. Pero el preso sigue mirándolo muy fijo, y lo primero que Franz Müller piensa es que se le han caído las manzanas al suelo y que está esperando a que vuelva a cerrar los ojos mientras toca el violín para robárselas y comérselas tal vez allí mismo, a escondidas de los otros presos porque, quién sabe, puestos a imaginar, tal vez pueda producirse un motín por culpa de unas manzanas.

Deja de tocar un momento, pero ninguno de los presos parece darse cuenta. Se lleva las manos a los bolsillos y comprueba que las dos manzanas siguen allí. Con disimulo saca una y al ofrecérsela al preso que lo está mirando no puede dejar de preguntarse si lo estará ofendiendo, pero ya está hecho. Ya ha tendido el brazo y el prisionero se acerca un poco más a él, no mucho, lo suficiente como para poder estirar un poco el brazo y coger la fruta y esconderla en el bolsillo raído de su pantalón sin que los demás lo vean.

Franz Müller lo mira, el ceño fruncido, como si no comprendiera. Cuarenta o cuarenta y cinco kilos, como mucho, los pómulos marcados, los ojos negros que le brillan más allá de las gafas torcidas. Se mete la otra mano

en el bolsillo y repite el gesto, y el preso vuelve a hacer lo mismo, con un movimiento rápido se la guarda también. El violinista traga saliva. No puede hacer más. Piensa incluso que si permanece el preso más tiempo junto a él tal vez al final acabarán castigándolo, y que la reprimenda podría ser más dura incluso si descubren que lleva dos manzanas guardadas en el bolsillo. Vuelve a acomodarse Franz Müller el violín en el hombro. Piensa que si vuelve a tocar será como si no hubiera pasado nada, que nadie se dará cuenta de que le ha dado al preso que se ha colocado junto a él las dos manzanas que había sacado del barracón. Pero, antes de que cierre los ojos y vuelva a perderse en su mundo, le parece que el hombre le ha dicho algo. No está seguro de entenderlo. No es porque su alemán sea rudimentario, que lo es, sino por lo extraño de sus palabras, y Franz Müller se pregunta si tal vez el motivo por el que se ha sentado junto a él ha sido ese y no las manzanas que acaba de darle.

—Tócala otra vez.

El músico sonríe, igual que cuando alguna vez ha estado interpretando en la calle, casi siempre más por el placer de hacerlo que por necesidad, y alguien que pasaba se ha acercado a él y le ha dejado una moneda antes de pedirle que vuelva a interpretar la misma pieza. Sonríe y empieza de nuevo a tocar la misma música de antes. Ahora no cierra los ojos del todo, porque siente curiosidad por ver la reacción del hombre que se lo ha pedido.

Se pregunta cuál será la historia que se oculta detrás de esos ojos hundidos y ese cuerpo tan delgado que cubre un traje gastado de rayas, qué significa esa música para él. El preso se saca con mucho cuidado una de las dos manzanas del bolsillo y le da un bocado, un bocado pequeño, no sabe Franz Müller si porque no confía en la fuerza de sus dientes o porque quiere disfrutar de la fruta despacio, un manjar que no es fácil conseguir en el campo. Luego vuelve a guardarse la manzana en el bolsillo, sigue masticando, y asiente, mueve un poco la cabeza al ritmo del vals. Puede ver el músico cómo la nuez le sube y le baja al tragar en el cuello flaco, pero no puede dejar de mirar sus ojos cerrados. Le parece que bajo los párpados cerrados hay un manto de lágrimas, y no sabe el violinista si dejar de tocar o si debe seguir haciéndolo.

—Sigue, por favor —le dice el preso cuando se detiene un momento, sin

abrir los ojos, sin dejar de mover la cabeza, como si las notas del violín no hubieran dejado de sonar—. Me encanta esta música.

Ahora el preso abre los ojos. Se quita las gafas y se restaña las lágrimas con el dorso agrietado de la mano, y mira a Franz Müller, que ha vuelto a tocar. Es lo que todo artista sueña alguna vez, que su trabajo cale tan hondo en los demás que no puedan contener la emoción, que le pidan más. Y entonces piensa el violinista que haber venido hasta este lugar quizá tenga algún sentido, aunque se hubiera arrepentido de haberlo hecho nada más cruzar los muros del campo y ver a los presos y las alambradas, se dice el violinista que por este momento quizá haya valido la pena llegar hasta aquí. Pero no puede saber cuánto, todavía no, y, cuando recuerde este momento, se preguntará Franz Müller muchas veces cómo pudo seguir tocando después de haberlo escuchado, y siempre se responderá que si no los hubiera interrumpido la sirena que marcaba la hora en que los presos tenían que volver al trabajo, tal vez su vida hubiera sido diferente.

Pero todo eso vendrá después. Antes, el preso le cuenta que aquel vals es muy importante para él.

—Incluso una vez lo bailé sin música, tarareándolo —le dice, y al hacerlo sonrío, con amargura, como a quien le viene a la cabeza un viejo recuerdo que ya ha aceptado con resignación que no va a volver a vivir—. En París.

París.

Suspira el preso antes de seguir, como si ahora le costase trabajo encontrar las palabras. Y cuando habla, el músico se da cuenta de que lo hace para sí mismo, como si necesitase explicarse algo. Que su presencia allí es circunstancial, que para el preso ahora mismo no existe un violinista llamado Franz Müller, sino solo él mismo, con sus recuerdos, solo él y una música de un violín que le recuerda algo importante.

No deja de tocar. Espera que no salgan sus compañeros todavía, que no venga un soldado a llevarse al preso por estar sentado junto a él.

—Fue el día que le pedí a mi novia que se casara conmigo. Era un domingo por la mañana. Fuimos caminando hasta los jardines de Luxemburgo. Lo hacíamos todos los domingos, sobre todo en primavera. Dábamos un paseo desde nuestra casa, en la rue Lappe, atravesábamos el

Sena, el barrio Latino, y casi siempre había un violinista allí que tocaba este mismo vals.

El preso vuelve a sacar la manzana y la muerde despacio, sin abrir los ojos, por eso no puede ver la cara del músico. Ha desafinado tanto al escuchar lo que le ha dicho que de haberlo hecho durante uno de los ensayos, su jefe lo habría despedido sin dudarlo.

París.

El parque de Luxemburgo. Un violinista.

Demasiadas coincidencias. Sigue tocando.

—Aquel domingo no estaba —el preso se encoge de hombros, resignado—. Pero a Anna no le importó. Después de regalarle el anillo, bailamos los dos igual que si el violinista estuviese allí. Los dos con los ojos cerrados bailando un vals sin música. Daba igual que la gente nos estuviese mirando —vuelve la cara y se queda mirando a Franz Müller—. Me alegro de haber escuchado la misma música otra vez.

Se mete el preso la mano en el bolsillo del pantalón donde ha guardado las manzanas. El movimiento es tan lento y, como antes de hacerlo ha mirado con cuidado a un lado y a otro para comprobar que no lo ve nadie, Franz Müller piensa que le va a enseñar un arma, una lima con la que cortar los barrotes o el plano de un túnel secreto por el que se va a fugar en cuanto tenga ocasión. Aún tarda unos segundos el violinista en darse cuenta de que lo que el preso sostiene en su mano con el mismo cuidado que si fuera una joya es un trozo de cartulina cuarteada por el tiempo, una vieja fotografía que ha sobrevivido a duras penas a los rigores del campo. Se pregunta cuántas veces habrá mirado esa foto el hombre que ahora mismo la sostiene en su mano agrietada y ahora la observa con extrañeza, como si no supiera muy bien qué hacer con ella, dónde habrá tenido que esconderla o cuántos sacrificios habrá tenido que hacer para conservarla.

Ha dejado de tocar, y parece que al preso no le ha importado. Ahora mira la foto, un retrato en el que a duras penas se distinguen los rasgos de una mujer morena, mientras mastica despacio el trozo de manzana.

—Han pasado tres años desde esa mañana que bailamos aquel vals sin música en los jardines de Luxemburgo, y es como si hubiera transcurrido una

vida entera. Ni siquiera sabe si estoy vivo. A veces pienso que sí, y a veces pienso que no, y otras veces pienso que lo mejor es no pensarlo. Uno se puede volver loco aquí dentro si se pregunta ciertas cosas. Y si está desesperado, enseguida encontrará muchas formas de morir. A mi amigo Santiago le dispararon el otro día en la cantera —señala con la barbilla a la izquierda, al otro lado del muro. Luego traga saliva, como si lo que va a decir le costase mucho trabajo—. Hoy me he enterado de que había recibido una carta de Valencia, de su mujer. Iba a tener un hijo con otro hombre. Habían sido muchos años de ausencia. Primero el frente, en España, luego Francia, y ahora esto —sacude la cabeza el preso, deja escapar el aire despacio y Franz Müller sigue —escuchándolo con atención—. Supongo que es normal. Santiago no lo ha soportado. Tampoco sé si yo sería capaz —coge la foto por uno de los picos y se la enseña al violinista sujetándola con dos dedos—. Desde lo de Santiago he estado dándole muchas vueltas y no sé si Anna me habrá olvidado, si pensará que estoy muerto o si tal vez ella se habrá enamorado de otro hombre y ni siquiera se acuerda de mí.

El músico lo ve encogerse de hombros otra vez, no sabe si por resignación o por costumbre. Está a punto de decirle que ella no lo ha olvidado, que está esperándolo en París, que muy pronto podrán volver a pasear los dos desde su casa en la rue Lappe hasta el parque de Luxemburgo, maldita sea, y que él se compromete a estar allí otra vez, igual que antes, para tocar el vals para ellos. Quiere contarle Franz Müller que hace unos años él acostumbraba a tocar el violín los domingos por la mañana frente al palacio de Luxemburgo, que le gustaba estar allí en primavera, cerca de la fuente inmensa, cerrar los ojos y tocar mientras la gente pasaba. Que era una forma divertida de sacar algún dinero, que lo hacía regularmente desde que se marchó de Berlín cuatro años antes. Pero a ellos no los recuerda, lo lamenta, no los recuerda porque era mucha la gente que pasaba por allí, pero, a pesar de todo, Franz Müller va a decirle que sí se acuerda de ellos, que los había visto llegar paseando desde el palacio en dirección a la fuente, ella cogida del brazo de él, los dos tan enamorados, que cuando aparecían él también se alegraba, y que si hubiera estado aquel día que él le pidió a Anna que se casara con él, habría tocado el violín hasta que se le hubieran engarrotado los

dedos solo por verlos bailar a los dos, tan felices, que estar en los jardines de Luxemburgo cuando ellos paseaban le daba un significado a lo que hacía, lo mismo que había pasado ahora, cuando por puro hastío se había puesto a tocar y él se había sentado a su lado.

Yo soy el violinista que tocaba los domingos en el parque de Luxemburgo, está a punto de decir Franz Müller al preso cuyo nombre no sabe, pero llegará un día en que perturbará la tranquilidad de su sueño, cuando suena la campana y el hombre que había sostenido una foto de su prometida se levanta como un resorte a pesar de su endeblez y se marcha. Se queda mirándolo, la boca abierta pero sin haber dicho nada todavía, y hasta que el preso no se ha alejado ya unos cuantos pasos no es capaz de articular palabra y murmurar, ahora para sí, que él es el violinista.

Yo soy el violinista, se escucha decir, muy bajito, como si también se hablara a sí mismo en lugar de contárselo al preso, como si al decírselo pudiera encontrar un significado a esta pirueta caprichosa del destino que lo había llevado a compartir unos minutos con un hombre que no recordaba haber visto nunca y que no sabía que él era el mismo músico que le había alegrado las mañanas de aquella primavera de 1940 en París.

Deja escapar un largo suspiro Franz Müller, y cuando se pone de pie ya ha salido el resto de los músicos del barracón. La comida ha terminado, pero él sigue sin tener hambre.

Anna

Basta una firma en un papel o una orden, un sello del ejército de los estados Unidos para que Anna sea de las pocas privilegiadas en Berlín que tiene permiso para circular por la ciudad después del toque de queda, pueda justificar llevar unas medias bonitas y un traje elegante comprados en el economato del ejército norteamericano o disfrutar de ser invitada a tomar una Coca-cola en cualquiera de los bares a los que a la mayoría de los berlineses no les está permitido ir, ni podrían aunque quisieran, porque haber perdido una guerra y haber estado en el bando de Hitler, además, suponía que el único horizonte posible no fueran más que unas magras pensiones y los cupones de las cartillas de racionamiento con las que las amas de casa alemanas habían de hacer malabares para poner un plato de comida decente a sus familias en la cena.

Hazte visible, le había dicho Bishop después de abandonar el despacho de Marlowe, hacía una semana ya, cuando llegaron a Berlín. Déjate ver. Nunca se sabe quién puede estar mirando. Palabras repetidas a las que le había escuchado cinco años atrás, antes de cruzar los Pirineos para ir a visitar a la familia de Rubén en Sevilla. Aún era demasiado pronto para encontrarse con nadie, para que él supiera que ella estaba en Berlín. Que Müller la encontrase o no era como jugar a la lotería, igual que lanzar bolas al aire. Y para que a uno le tocara la lotería había que comprar varios billetes, jugar con constancia infinita. A ella no le gustaban los juegos de azar, pero sí iba a dejarse ver por los mismos sitios donde Müller había sido visto. Y, si no lo

encontraba allí, ella sabría donde hacerlo. Pero no se lo iba a decir todavía. Bishop iba a pedírselo de todos modos, y ella experimentaba un placer perverso al adelantarse a sus órdenes.

Cuando llegaron a Berlín, había un coche esperándolos en la puerta de la estación, pero antes de subir Anna no pudo evitar una punzada en el estómago, un escalofrío incómodo ante la estampa que había delante de sus ojos. Durante su huida de Francia con la Wehrmacht había visto muchos pueblos destruidos, lugares abandonados en los que ya no quedaba nadie, porque no eran más que un montón de escombros, calles enteras que dejaron de existir porque las habían borrado los bombardeos, pero por mucho que había tratado de pensar cómo sería, no había sido capaz de hacerse una composición de Berlín cuando la volviese a ver.

Sin embargo, la gente parecía caminar por la calle como si no hubiera pasado nada. Era por la mañana temprano cuando fueron a las oficinas de la OSS, y los berlineses se dirigían a su trabajo como si muchas calles de la ciudad no fueran otra cosa que un montón de cascotes. En autobús, en coche, caminando, incluso de las bocas de metro veía entrar y salir a la gente Anna. Pero lo que más la alegraba era no encontrarse águilas imperiales ni cruces gamadas. Bastaba un parpadeo para sentir las pisadas de las botas militares sobre el asfalto de la avenida Unter den Linden al desfilar, la voz inflada de gloria del Führer cantando la supremacía aria sobre el resto de las naciones, el odio a los judíos, a los comunistas, a los homosexuales. Ahora solo había banderas norteamericanas, británicas, francesas y soviéticas, y al descubrir algún cartel gigantesco con el retrato de Stalin no pudo evitar preocuparse por el futuro. No era muy descabellado pensar que las cosas podían también no cambiar para mejor.

Bishop se bajó y le abrió la puerta del coche al llegar. Antes de hacerlo miró a un lado y a otro, como si temiese que alguien pudiera seguirlos. Pero antes de salir del tren le había pedido que se colocase un pañuelo en la cabeza y que se pusiera unas gafas.

—Es mejor que nadie te vea todavía. Que no te reconozcan. Póntelos, por si acaso.

Ahora se mostraba más amable. Por las ojeras y el cansancio de su rostro

Anna estaba segura de que, a pesar de los cuatro o cinco vasos de bourbon, no había pasado una noche de sueño apacible.

La acompañó hasta la tercera planta del edificio. Un oficinista vestido de uniforme los recibió y les pidió que se sentasen un momento.

Acomodados en unas sillas, los dos miraban al frente, a la puerta del despacho donde alguien los iba a recibir. Anna aprovechó para quitarse las gafas y el pañuelo. En el edificio solo había uniformes norteamericanos. No había civiles. Tal vez ella fuera la única. El ordenanza les indicó que ya podían pasar.

Marlowe estrechó su mano. El saludo a Bishop lo resolvió con un leve movimiento de cabeza. Les indicó que se sentasen.

—Supongo que el comandante Bishop la habrá puesto al corriente de todo.

Se tomó un segundo antes de contestar. Comandante. En otras circunstancias, le habría dedicado una mirada cómplice para felicitarlo por su ascenso, pero no era el momento, y entre ellos ya no era posible ninguna clase de camaradería.

—Espero que sí.

Sintió revolverse a Bishop, incómodo, en su asiento. Marlowe le tendió un dossier abierto desde su lado de la mesa.

Anna miró la foto que estaba encima de los documentos. Algo más delgado que la última vez que lo había visto, era él. De eso no había duda.

—¿Sabe quién es este hombre?

Ella asintió, tragó saliva, y luego subrayó el gesto: —Desde luego que sí.

—¿Puede decirme su nombre?

—Franz Müller.

Marlowe la miró.

—¿Está segura?

—Absolutamente. Si no fuera así no se habrían tomado ustedes la molestia de ir a buscarme.

El jefe de Bishop le entregó un sobre.

—Ábralo.

Dentro había unos documentos.

—Todavía falta su fotografía, pero eso lo arreglaremos enseguida. Como puede ver, los papeles llevan su nombre, Anna Petersen, con el apellido de su madre. Ni siquiera va a tener que adoptar una identidad secreta.

Anna sonrió por dentro, irónica. Como si lo que fuera a tener que hacer resultase más sencillo.

—En cuanto le hagan la foto y la coloquen en los documentos, podrá moverse sin problemas por Berlín.

—¿Cuánto durará la misión?

Marlowe se encogió de hombros brevemente.

—Eso dependerá de muchas cosas. Hasta que no se encuentre con Franz Müller y empecemos a averiguar lo que necesitamos no podremos saberlo.

El superior de Bishop se levantó. No había duda de que daba por concluida la entrevista. Pero Anna todavía seguía sentada. Bishop se estaba incorporando, pero se quedó a medio camino. La actitud de Anna lo había cogido desprevenido, aunque tampoco le sorprendía. Estaba seguro de que ella todavía tenía algo que decir, y también estaba seguro de lo que era antes de que abriese la boca.

—¿Qué va a pasar conmigo después?

Marlowe enarcó las cejas. Miró a Bishop y después volvió a mirarla a ella.

Anna no le dio tiempo a responder. Se lo aclaró enseguida.

—Cuando todo esto acabe. ¿Me dejarán en paz para siempre? ¿Les contarán a mis antiguos compañeros de la Resistencia que si los traicioné fue porque ustedes me lo ordenaron? ¿Podré vivir tranquila el resto de mi vida?

Marlowe tomó aire, lo retuvo en los pulmones, y luego lo soltó despacio.

—No tenga duda de que la rehabilitaremos cuando todo esto haya terminado. Tómese esta misión como una especie de trámite hacia su tranquilidad.

—Supongo que eso podrá ponérmelo por escrito.

Ahora el jefe de Bishop sonrió de verdad.

—Supone mal.

—¿Tengo entonces que confiar en su palabra?

Ella no estaba segura de que el coronel de la OSS hubiera captado su

ironía, pero le daba igual.

—Es lo único que puede hacer dadas las circunstancias —ahora Marlowe se puso otra vez serio, de repente, el gesto grave—. También puede volver a Francia si quiere, pero le advierto que estará más segura en Berlín.

Con más o menos sutileza la OSS la estaba chantajeando, y lo peor era que ella no podía hacer nada más salvo plegarse a sus deseos y tratar de ayudarlos a encontrar a Franz Müller para que la dejaran en paz. Pero luego podrían encargarle otra misión, y otra, y otra más. Todas las que quisieran hasta que algún día decidieran que habían tenido bastante y que ya podían rehabilitarla. Ella no era más que un pequeño grano de arena en un montón de mierda. Es lo que pensó Anna cuando se levantó de la silla. Pero no podía hacer otra cosa salvo apretar los dientes, intentar cumplir con lo que le pedían y esperar a que más adelante se apiadasen de ella. Si es que para entonces ya no era demasiado tarde.

Bishop cogió las dos carpetas y puso la mano en su espalda para indicarle que abandonasen el despacho. Era la primera vez que se rozaban desde que se habían encontrado, un gesto insignificante, casi familiar, pero ella no se sintió cómoda, y Bishop retiró la mano enseguida, como si se arrepintiese o si hubiera podido percibir su frialdad, como si le hubiera leído el pensamiento y ya no tuviera dudas de que nunca, por muchos años que pasasen o por muchas vueltas que diese la vida, pudieran volver a ser amigos.

Cuando salieron del despacho, Anna miró por una ventana. Bishop seguía allí, los ojos clavados en ella. No era necesario que se diera la vuelta para saberlo. Era como si pudiera escuchar su aliento.

—Anna...

Ella lo miró.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Bishop permaneció callado unos segundos, como si no supiese qué responder.

—Tú. Me preocupas tú, Anna. No sé si estás preparada para encontrarte con Franz Müller otra vez.

—Pues has elegido un mal momento para empezar a tener dudas, ¿no te parece? —extendió una mano como si quisiera tocar la ciudad, al otro lado de

la ventana—. Ya estoy en Berlín, Robert, en Berlín, donde tú y tus amigos me habéis obligado a venir.

Bishop asintió. Pero Anna sabía que lo hacía simplemente porque prefería no discutir. Según él, las discusiones no llevaban a ningún sitio. No arreglaban nada.

—Me preocupas —insistió—. Me preocupa lo que va a suceder cuando te encuentres con Franz Müller cara a cara. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que lo viste? No mucho más de un año, supongo.

Ella asintió. No tenía muy claro adónde quería llegar Bishop con aquella conversación.

—Te encontrarás con él hoy, mañana, dentro de un par de días o después de una semana. El caso es que será pronto, muy pronto.

—Es lo que quieres, ¿no? Que me encuentre con él, que me convierta en su puta otra vez.

Bishop no bajó la vista. Se quedó mirándola, muy fijo, como si le doliera más a él el insulto que ella misma se acababa de adjudicar.

—No te preocupes, Robert. Estoy preparada para convertirme en una furcia una vez más. Me enseñaste bien. Haré mi trabajo lo mejor que pueda, cogerás a Franz Müller y a cuantos nazis quieras y luego me dejaréis en paz para siempre. Ese es el trato, ¿no?

—Solo quiero decirte que tengas cuidado. Los sentimientos no siempre son fáciles de manejar.

Ella no quiso evitar una carcajada, bien alta, para que Bishop no tuviera dudas de lo que pensaba.

—Por favor, Robert Bishop. De lo último que esperaba escucharte hablar es de sentimientos.

Empezó a bajar las escaleras sin esperar a ver si Bishop tenía algo más que decirle.

—Te mantendré informado de todo. No te preocupes.

Estoy segura de que sabrás la forma de encontrarme o, mejor, que me tendrás localizada en cada momento.

Pero lo mejor de marcharse de allí era que ya no tenía que seguir más tiempo con aquella conversación, porque no había ido del todo

desencaminado Bishop cuando le hablaba de sentimientos. Se avergonzaba de pensarlo, y jamás se lo había contado a nadie, pero durante el pasado llegó un momento en que la relación con Franz Müller había dejado de ser una farsa y se difuminaron las fronteras que separaban el territorio de la espía que trataba de engañar a un ingeniero alemán con el de la mujer que empezaba a sentirse a gusto junto a un hombre que la trataba como un caballero exquisito y le había confesado que estaba enamorado de ella. Le contaba él que a veces sentía como si hubiera estado toda su vida esperando encontrársela.

Bishop llevaba, pues, mucha más razón de lo que pensaba. Los sentimientos no eran fáciles de manejar, y mucho menos en tiempos tan complicados como aquellos. Y él no había tenido reparos en arrojarla a los brazos de Franz Müller. Al principio, cuando se lo dijo, le dio pena. Luego la pena dio paso a la rabia, y durante mucho tiempo no había hecho sino odiar a Bishop porque la había convertido en lo que era ahora: lo más parecido a una ramera que no sentía sino asco de sí misma. Y ahora Franz Müller otra vez. Iba a tener que empezar de nuevo, y ella no quería. Lo iban a detener. No podía saber lo que le harían. La cabeza le daba vueltas cuando llegó a la planta baja.

Pero puede que todo llegase a su debido tiempo. Puede que fuera Franz Müller el que la buscara cuando supiese que estaba en Berlín. Y, sobre todo, deseaba que a Franz Müller le alegrase saber que estaba viva.

Lo normal era que tuviera miedo de pasear sola por una calle solitaria de Berlín después del toque de queda, pero ella no era de esas mujeres. Dejarse ver. Esa era la consigna. Pues eso era lo que iba a hacer: dejarse ver, lo mismo que había hecho durante la última semana, desde que llegó a Berlín. Rodeó la valla que circundaba la estación de Postdamerplatz y durante diez minutos caminó por la acera que rodeaba al maltrecho Tiergarten. Anna conocía lo bastante bien a Robert Bishop y a la OSS como para no estar segura de que alguno de los Jeeps que se cruzaban con ella la estaba siguiendo, o cualquiera de los hombres con los que se cruzaba no era alguien enviado por Bishop, o el mismo Robert Bishop tal vez, oculto bajo las solapas enormes de un abrigo, como si tuviera mucho frío, por si le había ocultado algo cuando accedió finalmente a venir con él a Berlín.

Se dio media vuelta y regresó por el mismo camino por el que había venido. Resopló por la nariz, con pesadez, aburrida al comprobar que al mismo tiempo que reanudaba su caminata un coche arrancaba para seguir sus pasos. Nadie se fiaba de nadie ya. Pero no le sorprendía, y tampoco le molestaba. Ella tampoco confiaba en ellos.

Y cuando Anna caminaba por las calles de Berlín, lo que le gustaría era levantar los brazos y gritar que estaba allí, hacerlo para que quien quisiera enterarse supiera que había llegado.

Esto es absurdo, le había dicho a Bishop. Pasearme por Berlín como una loca, un alma en pena parezco. Perderme por las calles esperando a que alguien se acerque para darme las buenas noches, y es posible que alguno de los hombres que quieran acercarse a saludarme no lo hagan con buenas intenciones. Lo único que espero es que al menos haya alguien cerca para protegerme.

La última frase iba cargada con intención. Bishop no se molestó en disimular que la seguía.

—Estarás bien vigilada. No te preocupes. Nadie podría hacerte daño. Tú sal a la calle. Seguro que al final habrá alguien que te reconocerá, y que luego se lo contará a otra persona y tal vez esa información llegue hasta Franz Müller. Cuando sepa que estás aquí, seguro que querrá verte y hablar contigo. Entonces tal vez puedas convencerlo de que colabore con nosotros.

Ahora los ojos de Anna se ensombrecieron. Que Franz Müller quisiera hablar con ella no estaba tan claro. Habían pasado tantas cosas durante el último año, que ella no podía estar segura de nada, y no iba a contárselo a Bishop. A él menos que a nadie.

Pero era su misión y la iba a cumplir. Para eso había venido a Berlín, para acabar con todo de una vez. La noche de su octavo día en la ciudad era viernes. Después de caminar un rato bordeando Tiergarten, por el sector británico pero a menos de un tiro de piedra del sector soviético, pensó que no le quedaban muchas opciones ya, que incluso Franz Müller podría estar muerto, que Bishop le había mentido otra vez, como entonces, y que la razón por la que estaba en Berlín era otra diferente a aquella por la que la habían traído. Rodeó la Puerta de Brandemburgo, y poco antes de llegar a las ruinas

del Reichstag embocó la Luissenstrasse después de cruzar el Spree.

Como en la mayoría de los bares de Berlín, en el club Die blaue Blumen, apenas podía verse a ningún ciudadano alemán, sino una mancha de uniformes marrones del ejército de los Estados Unidos de América. También, a veces, según le había contado Bishop, al club acudía gente que estaba dispuesta a vender secretos. No era imposible encontrarse a Franz Müller allí si estaba dispuesto a entregar su alma al mejor postor. El local estaba en el vértice de las zonas soviética, británica y norteamericana. Y eso significaba que habría homólogos de Bishop acodados en la barra, pescadores pacientes que aguardan que la presa muerda el anzuelo.

Se quedó quieta frente a la cristalera del local, sin decidirse a entrar, buscando una cara conocida. Se sentía como la niña a la que no han invitado a una fiesta, pero aún así no se resiste a ver el bullicio que hay donde no la dejan entrar.

Esa noche no había mucha gente dentro. Cinco hombres de uniforme y uno de paisano. Del tiempo que había pasado en París trabajando para Robert Bishop, conservaba ciertas actitudes de las que sabía que tal vez no podría despojarse nunca, reflejos antiguos. Antes de entrar en el café, volvió a recorrer con la mirada el interior, los rincones menos iluminados, las posibles puertas que daban a cuartos cuya existencia tal vez no podría adivinarse desde la calle, otra salida por si tenía que marcharse a toda prisa sin que nadie pudiera seguirla.

Estaba segura de que si Franz Müller frecuentaba aquel club o la veía por allí no se acercaría a ella, no la abordaría si había un oficial de la OSS tras sus pasos todo el tiempo. Por eso, aquella tarde, quiso cambiar su recorrido, sin mirar, de improviso, para así tener una oportunidad de encontrarse con Franz Müller a solas, sin que hubiera testigos molestos o que en cuanto se encontrase con él algún agente norteamericano se lo llevase para interrogarlo y encerrarlo, y puede que no por ese orden.

Luego estaban los asuntos personales. Su vida. Su propia vida. Las vidas de los dos. Aunque se decía que lo había hecho porque Robert Bishop la había obligado, en el fondo no podía sino reconocer que, llegado un momento, todo lo que sucedió fue por voluntad propia. Esa era la verdad, la

única verdad, aunque procurase recordar las palabras de Bishop en París dos años antes, como una rara y pesada letanía, que la disculpase falsamente: un ingeniero alemán del que hay que estar cerca. Se ha fijado en ti. Se comporta a veces como un adolescente enamorado, y eso es algo que no podemos desaprovechar, Anna.

Cada vez que las recordaba, era como si algo le ardiera por dentro, el odio que sentía hacia Bishop se acrecentaba por haberla empujado a hacerlo, y cada vez tenía más calor. Era como arder dentro del abrigo que la protegía del frío de la noche de principios del otoño en Berlín, y ahora más, porque no podía evitar recordarse junto a Franz Müller y, en lo más hondo de sí misma, en un rincón en el que jamás dejaría entrar a nadie, un lugar al que ella misma le costaba visitar, no le quedaba más remedio que reconocer, por poco honesta que quisiera ser consigo misma, que había llegado a estar enamorada de aquel ingeniero.

Tanto se había perdido en sus pensamientos que no había visto salir al hombre del café hasta que estaba en la puerta, a su lado. Llevaba un uniforme marrón, del ejército de los Estados Unidos, un cigarrillo suspendido en los labios y la miraba, muy fijo, desde la entrada.

Se dio la vuelta, procurando no parecer asustada ni dar la impresión de que tenía prisa.

—¿Adónde vas tan deprisa, preciosa?

Por el modo que arrastraba las palabras supo enseguida que el soldado estaba borracho. No hacía falta que le oliese el aliento ni que viera cómo se tambaleaba al caminar detrás de ella.

No le contestó. Se alejó unos pasos. No había nadie en la calle, pero tampoco tenía por qué pasar nada.

—Espera, no corras.

Anna no corría, pero tampoco esperó. Siguió su camino como si no fuese con ella, pero los pasos del otro la seguían. Lo mejor era no volverse, no hacer nada, como si no se hubiera enterado de que le hablaba a ella. Esperaba que pronto se cansara y volviera dentro del café para resguardarse del frío de Berlín. Pero tal vez el tipo estaba demasiado borracho como para darse cuenta de que hacía mucho frío o le daba lo mismo. Seguía tras ella.

—Espera —lo escuchó decir otra vez, pero ella siguió con su camino, como si nada.

Ahora había apretado el paso un poco. Seguro que el otro se había dado cuenta, porque él también caminaba más deprisa: lo sentía cada vez más cerca.

Podría dar media vuelta y volver al café. Allí dentro había varios soldados. Aunque en los brazos del hombre que la seguía había visto los tres galones de sargento, era posible que ninguno de los militares que estaban en el local tuviese una graduación mayor que el que la seguía. Pero tampoco eso le garantizaba que pudieran o quisieran ayudarla. Podría ser peor, podrían incluso querer divertirse un rato con ella. Embocó la Luissenstrasse para cruzar el Spree de nuevo y llegar hasta la puerta de Brandemburgo. Esperaba que allí, al menos, hubiera más gente, o quizá sentirse más segura por la presencia de otros soldados. Se habría reído si le hubieran dicho alguna vez que sucedería, pero ahora le gustaría tener a Bishop cerca. Pondría firme al hombre que la seguía y le soltaría una reprimenda, con voz autoritaria, tal vez incluso haría que lo encerrasen en un calabozo. Pero Bishop no estaba allí. Estaba ella sola, así que no podía pedir ayuda a nadie.

Respiró hondo Anna. Frenó en seco. Ya no iba a correr más. No le quedaba más remedio que lo que iba a hacer.

—Déjame en paz —le dijo al volverse, muy seria. La voz firme, los ojos que echaban fuego.

El sargento estaba a menos de un metro de ella, pero no se detuvo. Todavía se acercó un poco más, hasta que sus cuerpos casi se rozaron.

—Déjame en paz —dijo Anna otra vez, sin que le temblase la voz.

El militar la miraba con los ojos turbios. Era moreno, más cerca de la madurez que de la juventud, tenía el pelo rizado y una panza incipiente se le empezaba a derramar por encima del cinturón.

—Qué bien hablas mi idioma. Tranquila, muñeca, que no te voy a hacer daño.

—De eso puedes estar seguro.

Ella era la primera que no creía en la frase que había soltado. Pero esperaba ingenuamente que tal vez surtiese efecto.

El otro sonrió. Se metió la mano en el bolsillo. Anna dio un paso atrás. No era imposible que sacase una navaja. Nunca se sabe. Y ella había sido —y tal vez lo seguía siendo— una agente de la OSS, pero a pesar de que fue adiestrada en la lucha cuerpo a cuerpo nunca tuvo que enfrentarse físicamente con nadie durante sus tiempos de agente doble en París. Y desde aquel entrenamiento había pasado mucho tiempo. Si un tipo borracho le sacaba una navaja lo único que se le ocurría era salir corriendo. Esa era su última opción. Salir corriendo. Quitarse los zapatos de tacón que Bishop le había procurado en un economato del ejército norteamericano para que fueran idénticos a los que llevaban las mujeres berlinesas que podían permitírselo y tratar de llegar hasta un lugar concurrido para pedir auxilio. No iba a resultar sencillo, en realidad estaba convencida de que era prácticamente imposible llegar hasta la avenida. Pero era lo único que podía hacer.

Anna entornó los ojos un instante. Suspiró, para tratar de relajarse antes de echar a correr. Lo hizo despacio, procurando que el suboficial norteamericano beodo no se diese cuenta, más por su borrachera que por la falta de disimulo con que ella había podido esbozar el gesto.

Ya había abierto los ojos y estaba dispuesta a dar la primera zancada hacia la avenida cuando el hombre ya había sacado la mano de la guerrera. Bien mirado, pensó, en otras circunstancias aquello incluso podría haber resultado divertido. Hasta podría haberse echado a reír. Lo que el soldado había buscado con manos torpes no era una pistola para apuntarla o una navaja para rebanarle el cuello, sino una chocolatina perfectamente guardada en su envoltorio, sin abrir todavía. Pero un hombre no sale al frío de la noche detrás de una mujer y la persigue durante tres manzanas con la única intención de regalarle una chocolatina.

Si había pensado en reírse por la situación, enseguida se puso furiosa. No le agradaba en absoluto la idea de que aquel sargento bebido hubiera pensado que podría acostarse con ella solo por enseñarle una chocolatina. Se quedó mirándolo, y ahora ya no pensaba en huir, sino en darle una bofetada y caminar despacio y con dignidad hasta la puerta de Brandemburgo mientras el suboficial borracho se preguntaba qué le había ocurrido, por qué una muchacha alemana no se dejaba sobar un rato ante la posibilidad de probar la

golosina de un soldado del ejército que había ganado la guerra.

—También tengo tabaco —le escuchó decir, y por la forma insistente en que sacudía el paquete de Chesterfield pensó que ya se lo había dicho hace un momento pero que ella, ocupada como estaba primero en calmarse para escapar, luego en darse cuenta de que le ofrecía una chocolatina y más tarde en controlar la rabia que le producía que la quisieran comprar de una forma tan burda y humillante, no se había dado cuenta de que lo que había hecho el sargento era añadir como pago a sus favores, además de la chocolatina, un paquete de tabaco rubio norteamericano.

—Está sin empezar —y el militar parecía tan seguro de su ofrecimiento que había agarrado una mano de Anna para entregarle el paquete—. Anda, preciosa. Cógelo. Aunque no fumes, seguro que podrás cambiarlo por algo que necesites.

Anna retiró el brazo con un movimiento brusco, y el sargento se quedó mirándola un instante, desconcertado.

—Déjame en paz.

Anna había levantado la voz. Se dio cuenta al ver la expresión del soldado. Primero frunció el ceño, al cabo de un instante la miró con asco, justo el tiempo que tardó en comprender que lo despreciaba. Luego se volvió a guardar el paquete de tabaco y la chocolatina en la guerrera, en el orden inverso al que los había sacado. Ella ya se había dado la vuelta y encaraba el trayecto de la calle que le quedaba hasta la avenida, donde tal vez hubiera gente y le resultase menos embarazoso salir airosa del encuentro.

Pero no iba a ser tan fácil. De eso estaba segura antes de dar la vuelta y seguir con su camino.

Primero sintió la mano sobre su hombro. Pesaba tanto que fue como si el sargento hubiera echado todo su peso encima de ella.

Su primer impulso fue gritar, pero pensó que lo único que iba a conseguir era que el otro se enfadase todavía más.

—Déjeme en paz. Por favor.

Se había dado la vuelta, pero la mano del sargento todavía seguía sobre su hombro, una tenaza que la apretaba cada vez más.

—Por favor...

El militar la seguía mirando. Anna se preguntó si sacaría de nuevo la tableta de chocolate y el paquete de tabaco para convencerla, pero lo hacía para no pensar lo que temía, que ahora tal vez no sería tan amable como la primera vez. Le pasó la mano que tenía libre por la cara, le apretó una mejilla, luego le recorrió los labios con los dedos, como si quisiera borrar el resto de carmín. Era como un amante torpe y desconcertado que no sabe cómo tratar a una mujer.

Correr no era una opción posible ya. Anna miró por detrás del hombre por si veía el coche que la había seguido cada noche desde que llegó a Berlín. Qué mala suerte que el mismo día que había conseguido darle esquinazo se hubiera encontrado con aquel tipo.

—Tengo prisa —le dijo, tratando de darse la vuelta—. Me esperan.

La mano del sargento había bajado hasta el escote. Le acarició un seno por encima de la chaqueta. Anna no recordaba haber sentido tanto asco nunca al ser tocada por un hombre. A medida que los dedos se cerraban sobre su pecho el gesto del tipo se iba transformado en una sonrisa torva. Apretaba cada vez más fuerte. Le hacía daño. Ella le agarró la muñeca y trató de echar el cuerpo a un lado para zafarse de él, pero el brazo era como una barra de hierro enorme que no podía mover. A Bishop le había visto una vez hacer algo parecido, en Francia, para escaparse de un colaboracionista que quería retenerlo hasta que llegase la Gestapo, pero acababa de comprobar que no era tan sencillo. Y aquel tipo que la sujetaba y estaba tan furioso pesaba por lo menos cincuenta kilos más que ella.

Estaba a plinto de pedir socorro —la única opción que le quedaba— cuando sintió una bofetada que la hizo tambalearse. Luego el otro la agarró por la chaqueta y Anna sintió cómo se le saltaban un par de botones al tirar. La otra manaza, enorme, maloliente, estaba en su boca. La apretaba para que no pudiese gritar.

No podía concebir que un hombre pudiera tener tanta fuerza. Sin aparente esfuerzo la arrastró hasta un portal oscuro. De un manotazo le arrancó los otros dos botones de la chaqueta que tenía abrochados. Anna le mordió la mano que le sujetaba la boca, pero lo único que consiguió fue enfurecerlo aún más. La segunda bofetada casi la dejó inconsciente. Pero no iba a resignarse a

dejarse hacer sin pelear. Ya que había sobrevivido a los nazis en París, a la guerra, y había vuelto a Berlín, no se iba a dejar ganar la partida así como así. Fingiría que se relajaba, y cuando el otro se confiase le clavaría las uñas, le arrancaría la lengua de un mordisco o le aplastaría los testículos. Relajarse era lo único que podía hacer ahora mismo, como si estuviese dormida, relajar los músculos y conseguir que el otro pensara que se dejaba hacer, que disfrutaba incluso.

Cerró los ojos. El sargento la había empujado contra la pared. Escuchó cómo se bajaba la cremallera del pantalón con urgencia. No quiso pensar en su miembro erecto dispuesto a meterse dentro de ella. Tenía que tranquilizarse, como si fuera otra la que estuviese allí, apoyada la espalda en la pared helada y húmeda de un callejón, helada de frío y muerta de miedo. Tenía que dejarlo que se confiase, que estuviera seguro que ella no se iba a resistir.

Ahora le tocaba los pechos por encima del sujetador, y lo escuchó jadear, con más intensidad, más rápido todavía. Con un poco de suerte, tal vez el tipo incluso llegaría al orgasmo antes de penetrarla. A lo mejor así se calmaba y la dejaría en paz. Sintió la manaza de él manipular con torpeza los botones de su falda. Anna tragó saliva. No quería abrir los ojos. Prefería pensar que no era ella, que lo que pasaba era como una película o una novela, y que dentro de un momento la protagonista conseguiría salvarse, o que de pronto aparecería el héroe que la sacaría de aquel apuro.

Apretó los párpados con más fuerza cuando el sargento borracho le bajó las medias y las bragas con un solo movimiento. Ya no le consolaba pensar que todo acabaría pronto, que le arrancaría la lengua o el pene o los testículos a ese hombre o que tal vez el militar borracho que acababa de subirle la falda y bajarle las medias y las bragas hasta las rodillas no le haría mucho daño.

Al principio no supo qué significaba aquel ruido. Era como si algo hubiera caído. Pensó en un cubo de basura, tal vez la cornisa de un edificio que hubiera chocado contra el suelo después de haberse desprendido. Había algunos edificios que se mantenían en pie a duras penas en Berlín. Escuchó un gemido también, y algo parecido a un grito. Antes de abrir los ojos estiró un brazo, despacio, la mano temblando de frío y de miedo todavía, pero no

lograba encontrar al sargento. Escuchó otro gemido, y abrió los ojos. El sargento no estaba. Entonces una sombra surgió de la oscuridad. Anna volvió a cerrar los ojos, encogió los hombros y se apoyó en la pared.

—No, por favor —se escuchó decir—. Déjeme marchar. Se cubrió el sexo con una mano y extendió el otro brazo, un movimiento imposible para mantener a raya a un hombre que pesaba mucho más que ella y quería violarla.

—Por favor, por favor —insistía, como en una letanía inútil que no pudiera dejar de repetir—. Por favor.

—Vístete —escuchó que alguien le decía.

Una voz diferente.

Otra voz.

—Vístete. No tengas miedo.

Esa voz.

La voz de un fantasma.

Anna sacudió la cabeza. Obedeció, sin abrir los ojos del todo. Se subió las medias y las bragas, como pudo se ajustó la falda. Con el abrigo se tapó la chaqueta con los botones arrancados. Cuando se atrevió a mirar había un hombre de espaldas que miraba a un lado y a otro de la calle, como si quisiera asegurarse de que nadie lo veía. Llevaba un sombrero y un abrigo gris. Estaba muy oscuro. No fue hasta que se volvió y le tendió una mano cuando pudo ver su cara. La cara de un fantasma delgado, con esas gafas, tan pequeñas que ella se había preguntado muchas veces si de verdad servían para aliviar su miopía. Se habían despedido los dos una tarde de domingo cinco años antes y ella no había podido imaginar que volvería a encontrarse con él en un callejón oscuro de Berlín.

Anna balbuceaba. Todavía le temblaban los labios por culpa del frío, del miedo y de la sorpresa.

—¡Rubén! —acertó a decir—. ¡Estás vivo!

Franz

Recoge la fotografía del suelo y se pregunta por qué ese hombre que le ha estado contando su vida se la ha dejado olvidada. Lo primero que piensa es atravesar la plaza para buscarlo y entregársela, pero el preso ya se ha perdido en una fila que los Kapo encaminan fuera de los muros del campo. Franz Müller no puede distinguirlo ahora. Se le antoja la cola una serpiente enorme de hombres que arrastran los pies de vuelta al trabajo.

La fiesta de cumpleaños es por la tarde. Una tarde en la que si uno mira la luz que al reflejarse en los críos hace que su piel parezca la de un melocotón, le cuesta pensar dónde está. A esa hora, con esa temperatura tan agradable, en el jardín de una casa con esas hileras de cartulinas de colores, caramelos, dulces y zumos recién hechos, es imposible pensar que solo con volver la cara se pueden ver los muros del Lager.

Hay media docena de oficiales uniformados en el jardín, unas cuantas mujeres y cerca de una docena de niños. Frank Ziereis, el jefe de Mauthausen, les da la bienvenida uno por uno a los músicos, les estrecha la mano y les da las gracias por estar allí. También hay varios hombres que aunque no llevan uniforme de rayas, es imposible que puedan ocultar su condición de presos. Los pómulos pegados a la piel, las manos huesudas, la forma en que intentan evitar mirar a los ojos de los oficiales que han venido a la fiesta con sus hijos.

Desde su puesto, preparado para tocar el violín, Franz Müller se pregunta cómo pueden resistir la tentación de no guardarse en el bolsillo alguno de los

dulces que llevan en las bandejas desde la cocina hasta el jardín para ofrecérselos a los críos, a las mujeres, a los SS que charlan distraídamente, sin enfrentar sus ojos, la cabeza baja, la mirada siempre clavada en el suelo.

Piensa Franz Müller en las dos manzanas que le ha dado esa tarde al preso. Espera que haya podido terminárselas tranquilamente, al menos disfrutar de ellas en paz en algún rincón. En el bolsillo lleva también la fotografía. Han pasado solo unas horas, pero no ha dejado de preguntarse por qué lo hizo, si la olvidó o es que dejarla allí después de haberse levantado significaba algo, una señal oculta que él tenía que descifrar. Cuando salieron sus compañeros del barracón, ya se la había guardado. Ni siquiera se había entretenido en mirarla. Había pensado incluso, a pesar de saber que era una utopía, que quizá podría devolvérsela al preso antes de marcharse de allí, que, entre todos los hombres con la cabeza rapada que arrastraban los pies por el campo, distinguiría a aquel que hablaba alemán con un fuerte acento cuyo origen no había sido capaz de adivinar. Pensándolo bien, era algo casi imposible, pero, a veces, estaba convencido Müller, en la vida resultaba estimulante empeñarse en conseguir cosas a sabiendas de que las opciones de alcanzarlas fueran mínimas, nulas quizá. Y cuando empiece la fiesta de cumpleaños, no sabe el violinista que llevar esa fotografía guardada en el bolsillo va a ser el único motivo que lo va a retener allí, que el retrato de una mujer francesa que ni siquiera se ha entretenido en mirar va a ser la razón por la que no va a salir corriendo del campo esa noche en la que los músicos van a tener que dormir en uno de los barracones pero todavía no lo saben, y mucho menos puede imaginar, es imposible, que esa foto que lleva en el bolsillo, pero no ha mirado todavía, va a ser la luz que guiará su vida durante los próximos meses, que encontrar a esa mujer será la meta que dará sentido a todo lo que haga a partir de entonces.

Pero, antes de todo eso, habrán de pasar muchas cosas, y primero tendrá que tocar el violín en la fiesta de un niño de once años. Al cabo de un rato, los críos ya han dado cuenta de las bandejas de los dulces y los caramelos, y los anfitriones, abren el baile. Un vals, como si fuera en una boda, a un ritmo cadencioso, los pasos justos, sonriendo, como si fueran dos profesionales experimentados, y el violinista no puede dejar de pensar en esa pareja que no

recuerda de París bailando un vals sin su música en el parque de Luxemburgo aquel domingo que él faltó a su cita porque había regresado a Salzburgo, y entonces, en la pista improvisada en la que se ha convertido el jardín empiezan a bailar otras parejas, que al cabo de un momento se cambian, el marido de una con la mujer de otro, se truecan las parejas y se ríen, ríen todos sin dejar de bailar, y Franz Müller se siente afectado de repente por una sensación familiar, incómoda. La misma angustia que se apoderaba de él cuando pedaleaba tranquilamente con su bicicleta desde Salzburgo hasta Berchtesgaden y desde el pueblo veía el reflejo de los cristales de la residencia de verano de Hitler en lo alto del Oberzaltsburgo. La miraba y, desde abajo, aunque costaba distinguir las formas de la vivienda, se le antojaba un edificio bello, un lugar con unas vistas tan hermosas que uno no podría pensar sino en quedarse a vivir allí para siempre. Ahora es lo mismo. Suena la música y es como si para ninguno de los que se mueven felices al compás del vals exista el campo de prisioneros que bastaba girar la cabeza solo para verlo. Pero él no puede soslayarlo. El ceño fruncido, toca el violín, pero ya no es capaz siquiera de escuchar la música. Solo se hace la misma pregunta que se formulaba cuando veía la residencia de verano de Hitler desde Berchtesgaden: cómo es posible que el horror pueda estar tan cerca y no sentirlo, tan fuerte que tenga uno que cerrar los ojos y taparse los oídos para que no pueda colarse dentro nada del infierno que lo rodea.

Interpretan varias piezas más, y el jefe le ha dedicado más de una mirada reprobatoria. No es imposible, piensa Franz Müller, es más, está seguro de ello, que haya desafinado o se haya equivocado más de una vez y más de dos veces. Seguro que sí. Es lo normal cuando uno no está concentrado.

Luego hacen un descanso, y uno de los presos a los que han disfrazado de camarero les acerca una bandeja para que puedan beber y comer. Tampoco a los músicos los presos los miran a los ojos. Parecen haber asumido todos una condición sumisa y servil, no ya con los SS o los Kapo, sino con cualquier persona que no sea como ellos. A Franz Müller le gustaría que uno de esos camareros improvisados fuera el mismo preso que se había sentado esa tarde junto a él mientras tocaba el violín a la hora de comer, pero aunque tan delgados y con las cabezas rapadas cuesta distinguir a unos de otros, está

seguro de que no es ninguno de ellos. Pero le gustaría que así fuera, poder entregarle la foto que se había dejado olvidada.

Luego llega el momento de abrir los regalos. Hay paquetes de todos los colores. Los otros niños que han venido invitados a la fiesta los han traído. Un caballo de madera deliciosamente pintado, el trabajo esmerado de un artista, un muñeco, un avión en miniatura con las cruces negras en las alas, un fusil de juguete.

—Un niño de once años debería tener ya una pistola de verdad.

Es el último de los regalos. Y si no lo es, al cortar el lazo y romper el envoltorio de la caja es como si los demás regalos no existieran, o como si cualquier obsequio que alguien pudiera hacer al crío homenajeadó a partir de ahora fuera a ser eclipsado por este, una Luger auténtica, negra, reluciente y siniestra, sin estrenar, que el niño recibe sin poder cerrar la boca de asombro. El Hauptsturmführer que se la ha regalado todavía sigue con el cuerpo inclinado sobre el chaval, le revuelve el pelo.

—El arma de un hombre —le dice.

El chico mira al padre, como si necesitase su permiso para aceptarla, y este asiente, orgulloso. A Franz Müller le parece que su padre no ve a un niño que acaba de cumplir once años, sino a un oficial de las SS en miniatura. Asiente, satisfecho, no sabe muy bien el violinista si de la prolongación de él mismo que espera que sea su hijo dentro de no muchos años o del capitán de las SS que le acaba de regalar una Luger reglamentaria.

—Podemos probarla, si quieres —le dice el oficial al niño, mirando al padre, sin dejar de sonreír.

El padre vuelve a asentir.

—Claro que sí.

Con un movimiento rápido el Hauptsturmführer extrae el cargador y rellena el hueco hasta ahora vacío de la pistola. Con satisfacción que no logra o no quiere disimular delante del niño sostiene el arma que reposa en la palma de su mano mientras la sube y la baja durante unos segundos, como si al sopesarla comprobase también su calidad.

—Ven —le dice al chiquillo—. Probémosla.

Y entre todos los demás niños se abre un pasillo hasta el otro lado del

jardín. Los adultos también miran, y los músicos, que ahora toman limonada y devoran los dulces de la bandeja con la misma ansiedad que si llevaran varios meses presos en el campo donde habían ensayado por la mañana. Un crío que mide poco más de un metro con una Luger que tiene que levantar con las dos manos porque le tiembla el pulso, y en cuanto el Hauptsturmführer le ha soltado el brazo después de ayudarlo a apuntar la pistola ha oscilado arriba y abajo, como si la munición recién cargada pesase demasiado o es que las balas tuvieran prisa por salir del cargador.

—Elige el blanco, respira hondo —le dice el oficial—. Y luego expulsa un poco de aire despacio. Entonces aprieta el gatillo.

El crío sonríe, y a Franz Müller le gustaría que lo hiciera de una forma siniestra, pero no es así. En realidad no es más que un chiquillo con un juguete nuevo. La sonrisa hubiera sido la misma al sostener el avión en miniatura o el caballo de madera. Cuando aprieta el gatillo el violinista no puede evitar dar un respingo. El niño había apuntado al tronco de un árbol, pero el tiro se ha desviado a la izquierda y ha reventado una de las ramas. Por fortuna los músicos están detrás, se alegra Franz Müller, pero el crío se tambalea por culpa del retroceso y no está seguro el violinista de que, aunque desorientado, no vaya a disparar de nuevo. El chiquillo parece asustado, pero el oficial que le ha regalado la pistola vuelve a ayudarlo a apuntar al árbol y dispara de nuevo. Esta vez el tronco tiene una muesca después del tiro, y el capitán de las SS que ejerce de instructor de tiro aplaude, con suavidad, como si estuviera en la platea de un teatro y no quisiera que nadie más que él celebrase lo sucedido en el escenario.

Franz Müller no sabe cuántas balas pueden caber en el cargador de una Luger. Dieter Block se hubiera reído de él si estuviera allí, pero a él nunca le habían interesado las armas.

Pero no serían más de seis, ocho tal vez. Franz Müller no piensa que muchas más, y el niño ya había disparado dos veces. Tampoco sabe si el oficial ha llenado el cargador. Pero enseguida va a comprobar que son ocho balas. Los siguientes cuatro disparos vienen seguidos, la pistola oscilando por el peso y el retroceso que amenaza el equilibrio del chiquillo, un par de muescas más en el tronco del árbol, otra rama destrozada y un par de tiros

que se han perdido en el aire. Espera Müller que a nadie le haya alcanzado una bala perdida. No es más que un niño al que le acaban de hacer un regalo el día de su cumpleaños, pero a Franz Müller no le cuesta imaginarlo con uniforme verde oliva y una gorra de plato y unas calaveras rematando el cuello de la guerrera. Tampoco es culpa de él, trata de justificar al chaval, y enseguida se siente ruin por haber pensado algo así de un niño. Es lo que ha visto, cómo se ha criado, y los adultos que lo han educado. Lástima.

Ahora todos aplauden, todos sin excepción, las mujeres, los hombres de uniforme, el jefe del cuarteto y los músicos. Franz Müller está rezagado, y piensa que, si nadie lo ve, él no tendrá que aplaudir. No es más que un violinista, un músico al que han contratado para que interprete unas piezas en una fiesta de cumpleaños, y en su sueldo no va la obligación de aplaudir a un crío que dispara a un árbol. Pero el jefe lo mira de soslayo, sin dejar de batir palmas, como si estuviera en primera fila de un gran espectáculo y no hubiera podido reprimir el impulso de levantarse para celebrarlo. Lo mira de soslayo, y sus ojos se detienen en sus manos, que sostienen el violín y el arco. No sabe si su intención es recriminarle su actitud o si tal vez le ruega que aplauda como los demás, que no se signifique. Sea lo que sea, cuando todavía no han terminado los aplausos y el crío que se ha vuelto e incluso ha hecho una pequeña reverencia, como si fuera un actor que agradece las palmas del público después de su actuación, Müller se pone con cuidado el violín debajo de un brazo y el arco debajo del otro y también aplaude, como si le hubiera gustado lo que ha visto, como si también hubiera disfrutado porque un capitán de las SS le haya regalado a un crío de once años una Luger y lo haya enseñado a disparar. Aplaudiv el violinista unos segundos, y cuando lo hace, también se alegra al darse cuenta de que en ese momento no están en el jardín ninguno de los camareros de las cabezas afeitadas. Tal vez han preferido quedarse dentro cuando el Hauptsturmführer cargaba la pistola, y prefiere pensar que ahora mismo se encuentran en la cocina aprovechando el aplauso de los invitados ante la gracia de un crío que acaba de disparar una pistola por primera vez, para comerse los dulces que aún quedan en las bandejas, beberse los restos de limonada o tragarse las migajas de pan.

Cuando las reverencias y los aplausos terminan todos vuelven a ocupar su

sitio: las mujeres en un corrillo, los niños jugando, mirando todos con asombro la Luger recién estrenada, todavía caliente, los uniformes juntándose de nuevo, tres grupos más uno, el de los músicos, que han vuelto a tomar posiciones para tocar otra vez. Franz Müller ocupa su sitio, en un rincón, a la derecha, el violín en el hombro, el arco en el brazo que descansa esperando la orden del jefe. Ahora apenas baila nadie, es como si con el paso de las horas y la caída de la tarde a los invitados se les hubieran apagado las ganas de bailar. Pero, a pesar de ello, los músicos siguen tocando. Interpretan varias piezas. Bach, Schubert, Mozart, casi todas a petición de los invitados.

Es de noche ya cuando la mujer de Frank Ziereis ordena a los camareros que recojan los platos, los vasos, las mesas y las sillas que han montado en el jardín. Los músicos ya han dejado de tocar, y ahora toman el último vaso de limonada antes de marcharse.

—Esta noche vamos a quedarnos a dormir en el campo —les anuncia el jefe después de hacer un aparte con uno de los oficiales—. Se espera una incursión aérea y se ha cancelado el tren a Unzo. No es seguro viajar de noche en camión tampoco. Nos han habilitado un barracón solo para nosotros.

Y a Franz Müller lo que menos le seduce es la idea de tener que pasar la noche allí. En cuanto que se ha ido el sol, el lugar ha dejado de parecerle una de esas imágenes de postal que tal vez sería si no hubiera en lo alto de la colina un campo de prisioneros. Hay mentiras que ni siquiera la noche puede disfrazar.

—Seguramente nos podremos ir mañana. Ya veremos si en tren o si un camión nos llevará de vuelta a Linz.

Todavía están recogiendo los bártulos cuando ya se han marchado casi todos los hombres de uniforme y las mujeres. Es tarde para los niños. El único que aún sigue allí es el crío que ha cumplido once años hoy, la Luger sin balas enfundada en la cartuchera que se ha colgado del cinturón, el gesto serio, como si llevar pistola significase también que habría de adoptar la misma expresión firme, incluso dura, de un militar. Tal vez el destino del niño estuviera ya escrito en su rostro antes incluso de que un oficial amigo de su padre le regalase una pistola, y su vida no pudiera tener otro rumbo que

aquel que lo llevase a convertirse en un militar cuando creciera.

Franz Müller se hubiera quedado allí, pensando muchas cosas, si no hubiera visto también a los camareros recoger apresuradamente, pero también con la mayor diligencia posible, los restos de la fiesta. ¿Y ellos? ¿Qué pensarían? A lo mejor les bastaba con sobrevivir otro día, solo un día más que sería un día menos de sufrimiento o una fecha tachada en el calendario que los acercaba tal vez a la libertad. Y esa foto que lleva guardada en el bolsillo no deja de sacudirlo por dentro. Si acaso, lo único bueno que tiene pasar la noche en el campo, piensa, es poder devolver aquel retrato a su dueño, tener unos minutos quizá para poder hablar con aquel prisionero que lo había visto tocar el violín en París. Pero cómo va a ser posible poder hablar con él, si ni siquiera sabe su nombre, si todos los presos son iguales dentro de los muros de Mauthausen. Esto también lo sabe Müller, pero siempre ha sentido debilidad por los sueños imposibles, y pensar que podrá volver a encontrarse con el preso que se ha sentado junto a él esta tarde no va a ser la mayor de las quimeras a partir de ahora.

No lo sabe aún, pero por la mañana volverá a tocar el violín el solo, y luego se marchará a Berlín, y viajará a París, varias veces. Pero, antes de volver al campo, deseará de nuevo no haber estado nunca allí. Todavía no han terminado de recoger los bártulos y los músicos vuelven las caras por un estrépito desigual, metal que suena contra metal, cristales que se rompen, el sonido desagradable de una vajilla rota. Uno de los camareros con la cabeza rapada ha tropezado con una bandeja repleta de copas sucias. Desde el suelo mira a los músicos, las órbitas de los ojos a punto de salirse de las cuencas, los cristales en el suelo, la bandeja más allá, la mano que cubre el codo dolorido por la caída. Tal vez se ha hecho daño porque no se levanta inmediatamente, antes de que alguno de los soldados uniformados que todavía no se ha marchado de la casa vuelva al jardín y la emprenda a palos con él, por haber tropezado, por haber roto las copas y abollado la bandeja de plata, por haberse manchado la chaqueta blanca de vino y de chocolate.

Franz Müller suelta la funda del violín y da un paso para ayudarlo a levantarse antes de que nadie lo vea, recoger los restos de cristal y esconderlos en algún sitio, pero el niño por cuyo cumpleaños han sido

contratados los músicos se le adelanta, y el violinista primero piensa que se va a poner a dar voces para llamar a su madre y que vea lo que ha sucedido, pero también espera que el chiquillo al final lo que haga será ayudar al preso que está en el suelo. Pero en los dos razonamientos está equivocado: el crío no va a llamar a su madre para chivarse y tampoco va a ayudar al camarero a levantarse y a esconder los cristales rotos para que no lo castiguen. El niño se ha quedado mirando al camarero, muy serio, la cartuchera en la funda y las piernas ligeramente abiertas, como si fuera uno de esos vaqueros de las películas americanas. El violinista se queda quieto, no quiere creer que lo que ha pensado vaya a suceder, pero desde donde está ve sacar al chaval la Luger, tan grande en sus manos de niño que la estampa se le antoja grotesca, ridícula, y el preso que todavía no se ha levantado, la mano aún en el codo dolorido, los ojos clavados en los del crío que le apunta a su cabeza que él mueve ligeramente, como si al negar pudiera evitar que lo encañonase aunque todavía no sabe siquiera disparar, que le pegue un tiro por haberse tropezado y haber roto la vajilla de su madre. Trata de levantarse el camarero, pero por culpa de los nervios y del vino derramado se cae de nuevo y vuelve a lastimarse el codo. El chiquillo ya tiene el dedo en el gatillo, y Franz Müller lo que quiere es gritar antes de que sea demasiado tarde, empujar al niño, quitarle la pistola y luego darle una bofetada. En ese momento no piensa que, si lo hace, tal vez esa misma noche acabe vistiendo uno de esos trajes de rayas que llevan los presos en el campo, que si le da una bofetada al hijo de un hombre poderoso ni las influencias de su viejo amigo Dieter Block podrán librarlo de un castigo. Pero no piensa en eso cuando ha decidido quitarle al crío la pistola, no piensa en el castigo, sino en que una bala se le escape y dé en el blanco. Pero está demasiado lejos, seis o siete metros al menos, y cuatro o cinco zancadas no pueden ser más rápidas que el dedo que aprieta un gatillo, aunque sea el dedo de un niño.

Sin levantarse aún del suelo, el preso se ha puesto las manos delante de la cara, como si pudiera protegerse así de una bala. Pero el chiquillo ya ha apretado el gatillo, y Franz Müller está gritando, antes de escuchar el estampido, le ha gritado que no al niño, le pide por favor que no dispare y se lamenta por no haberse dado cuenta antes de lo que iba a hacer, por no haber

llegado a tiempo. Está a punto de coger al crío por el cuello y tal vez estrangularlo porque ganas no le faltan cuando se da cuenta de que no ha escuchado nada, y el chaval sigue apretando el gatillo, y ahora que está justo detrás de él ve cómo el martillo de la Luger se abre y se cierra en un chasquido siniestro, la pistola sin balas que dispara una y otra vez a la cabeza de un camarero torpe que se sigue cubriendo la cabeza con las manos, preguntándose tal vez por qué todavía sigue vivo o es que a lo mejor ya está muerto y es por eso por lo que no puede escuchar el estampido de los disparos que le han reventado la cabeza.

El crío se ríe. Es lo primero que ve Franz Müller cuando llega a su altura y ha de cerrar las manos muy fuerte para no cogerlo por las solapas y zarandearlo y abofetearlo. Sigue disparando la pistola sin balas y se carcajea, el pequeño diablo, los ojos brillantes, la pistola sujeta ahora con las dos manos, como si de verdad tuviese balas y no quisiera errar ninguno de los tiros. Cuando se da cuenta de que el violinista está a su lado, sigue haciéndolo. Le hace gracia que un hombre que está tirado en el suelo se tape la cara con las manos para que no le alcancen las balas, como si aquello no fuera sino un juego en el que todos participan —todos, incluso el violinista que ahora está a su lado— porque es su cumpleaños.

—Se ha meado —le dice por fin el crío a Franz Müller, bajando la pistola—. El camarero se ha meado en los pantalones.

Entonces el violinista mira al camarero, todavía tirado en el suelo, las manos que todavía no se atreven a descubrir su cara por si se escapa algún tiro o hay alguna bala perdida en la recámara, y la mancha oscura, de vergüenza, en sus pantalones. El crío echa a correr y ahora es Müller el único que puede ver al camarero. Le tiende una mano para ayudarlo a levantarse, pero el preso niega con la cabeza, como si el violinista no estuviera allí o no se fiase de él —y Franz Müller piensa que quizá el preso de un campo de concentración nazi una de las primeras cosas que haya aprendido es a no fiarse de nadie—, y primero se pone de rodillas y luego se levanta a duras penas, y se estira con cuidado la chaqueta, procurando no dar con las manos en las manchas de chocolate para que no se hagan más grandes, y se tira con recato del pantalón a la altura de las ingles para que no se le note la mancha

de sus propios orines, y luego se agacha a recoger con cuidado los restos de cristal que están en el suelo y se los guarda en el bolsillo. Pero Müller le ayuda a cogerlos, y se guarda algunos en el bolsillo también, junto a la foto de la mujer francesa que ha cogido esa tarde, se los guarda para poder ayudarlo de alguna forma a que los dueños de la casa o los oficiales de las SS no se enteren de que se ha caído y se le han roto unos cuantos vasos. Pero también sabe el violinista, y se lamenta por ello, que, aunque haya escondido unos cuantos cristales en el bolsillo, todavía hay restos del estropicio en el suelo, y que antes o después tendrá que presentarse a devolver ese traje de camarero que le han obligado a ponerse esta tarde y de nuevo habrá de ponerse el traje de rayas, y entonces alguien verá las manchas de chocolate, el desgarró a la altura del codo o la mancha de haberse meado en el pantalón. Y entonces el violinista piensa otra vez que lo que quiere es estar muy lejos de allí, echar a correr si pudiera y largarse lejos de Mauthausen. Correr hasta Linz esta misma noche y subir al primer tren que lo lleve a Berlín de nuevo. La vida no va a ser fácil allí, pero al menos piensa que no tendrá que ver tanto horror nunca más. Al menos, esta clase de horror.

El jefe del cuarteto parece haber leído sus pensamientos, y lo que Franz Müller escucha le parece un regalo anticipado. Lo ha cogido por el brazo y lo ha llevado de vuelta al lugar donde los músicos aún siguen recogiendo sus instrumentos.

—Escúchame bien lo que voy a decirte, Müller. Eres un buen violinista, pero no quiero que vuelvas a tocar con nosotros. Mañana, cuando nos lleven de vuelta a Linz, te daré tu parte y no quiero volver a verte nunca más. ¿Entendido?

El violinista asiente, sin mirarlo, la vista al frente. Respira hondo, no sabe el director con cuánta satisfacción. Lo peor va a ser tener que pasar una noche entera allí, pero mañana por la mañana todo habrá terminado.

—De acuerdo —responde, y mueve el brazo para quitárselo de encima.

Franz

No se escucha nada tal vez porque los presos están muy cansados por haberse levantado tan temprano y haber trabajado durante todo el día, el barracón que les han habilitado para pasar la noche está en silencio. Pero ni siquiera por eso Franz Müller es capaz de conciliar el sueño. Boca arriba en la litera, le gustaría tocar el violín un rato para distraerse, pero parece que los otros tres, los que son sus compañeros todavía, pero muy pronto van a dejar de serlo, están dormidos, o al menos son capaces de fingirlo. Sin embargo, el músico tiene los ojos abiertos y mira distraídamente al otro lado de la ventana, el haz de luz que pasa cada pocos segundos de un lado a otro de la Appelplatz, un foco que barre el campo para que nadie piense que puede andar impunemente de noche entre los barracones, la única luz que se permite por culpa de las incursiones aéreas. Si mañana tampoco pueden marcharse en tren a Linz, Franz Müller espera que al menos sí puedan hacerlo por carretera, que no esté cortada por culpa de algún bombardeo. Sin embargo, esta noche parece que también los pilotos aliados les han dado un descanso. Tan tranquilo se está, tan en silencio, que es como si no hubiera guerra.

Si cerrase los ojos el violinista y pudiera dormirse tal vez olvidaría que está dentro de uno de los barracones de un campo de prisioneros, y, al pensar en ello, a Müller se le ocurre que podría quedarse dormido y que al despertar, el sargento que los había alojado allí esa noche por la mañana se hubiera olvidado de que eran los músicos de un cuarteto contratado para animar el undécimo cumpleaños de un crío perverso, y que, por muchas explicaciones

que dieran, al final terminarían rapándoles la cabeza y despiojándolos y poniéndoles también esos uniformes de rayas y obligándolos a trabajar en la cantera que hay al otro lado de los muros. Se le ocurre eso a Franz Müller y entonces ya se le quitan del todo las ganas de dormir. Durante un buen rato no hace más que pensar que, a lo mejor, al sargento que los había alojado en el barracón lo habrían trasladado por la mañana a otro sitio, o habría muerto durante la noche, quién sabe, y ya nadie entonces podría atestiguar que ellos eran los músicos del cuarteto de Linz que habían llegado a Mauthausen el día antes.

En el campo, según le habían contado, también había músicos. ¿Y si les afeitaban la cabeza y nadie podía distinguirlos de los músicos que estaban presos? Se revuelve inquieto el violinista en la litera, y luego tiene sueño pero se esfuerza en mantener los ojos abiertos, no quiere quedarse dormido y que por la mañana se cumpla lo que ha pensado, pero al final lo vence el cansancio, o es el haz de luz que se desplaza con cadencia inmutable, como un péndulo, lo que consigue que los párpados le pesen, como si lo hipnotizase, y, ya dormido, es imposible que no sucumba a una pesadilla, un sueño incómodo en el que camina a duras penas por culpa de esas alpargatas con la suela mitad de madera y mitad de esparto que le han dado además del traje gastado, camina por la Appelplatz con su violín bajo el brazo porque ahora no es un músico alemán que se ha enrolado en un cuarteto de tercera de Linz, sino un preso al que dejan u obligan a que toque el violín para que los otros presos se distraigan. Es de noche, y aunque todo el mundo se ha acostado, por alguna razón que el sueño no le explica porque es caprichoso como todos los sueños, él puede andar por el campo sin que estalle la sirena o sin temor a que alguno de los guardias vacíe su ametralladora después de darle el alto y apuntarle. Pero tropieza y se cae porque las zapatillas son muy incómodas, y el violín se sale de la funda y se hace astillas, y Franz Müller se sienta en el suelo y recoge los pedazos porque piensa que todavía puede repararlo, pero escucha un chasquido familiar a su espalda, y sin soltar los restos del violín levanta la cabeza y hay un niño que le apunta entre los ojos con una Luger que le acaban de regalar, un crío de once años que ahora lleva puesto el uniforme de oficial de las SS, tan serio con la gorra de plato y los

pantalones bombachos que Franz Müller no puede evitar reírse al ver su rostro de niño, su mejilla suave, sin rastro de barba, bajo la sombra de la visera de la gorra. Pero enseguida se apodera de él un miedo como nunca lo había sentido, el miedo que anticipa el momento en que uno sabe que va a morir y no va a poder hacer nada por evitarlo. La Luger no deja de apuntarle a la cabeza, muy firme, el crío perverso y uniformado la sostiene con las dos manos, y de repente comprende que el chasquido que ha escuchado antes de volverse era el arma que se amartillaba. Ahora sí está cargada, escucha decir al chaval, tan serio y con tanta frialdad que parece que tuviera muchos más años de los once que acaba de cumplir, y entonces Franz Müller suelta los restos del violín y se lleva las manos a la cara como si fuera un camarero que se ha caído al suelo con la bandeja de los restos de la celebración de un cumpleaños, los brazos cruzados delante del rostro, como si eso pudiera protegerlo de las balas, y en lugar de atravesarle la cabeza, el estampido de la Luger después de que el niño apriete el gatillo lo que primero consigue es dejarlo sordo, siente que los tímpanos le han estallado, y no está seguro, cómo puede estarlo, de si a lo mejor eso es lo que se siente cuando a uno le vuelan la cabeza, que primero se queda sordo y luego el cerebro revienta en pedazos. Pero es todo muy raro, porque ahora debería estar sordo, y escucha un silbido agudo, primero muy lejos, luego más cerca, cada vez más, le resulta familiar pero no sabe qué es, y entonces abre los ojos y muy despacio se va dando cuenta de que aún no es del todo de día, pero acaba de sonar la sirena. Se toca la cabeza, los oídos, los ojos, se pasa la mano por el pelo sin levantarse todavía, y suspira despacio antes de incorporarse en la litera. Los que son todavía sus compañeros siguen dormidos y, antes de poner los pies en el suelo del barracón, Franz Müller lo que más desea es que venga a buscarlos el mismo sargento que los había alojado allí por la noche, que no se cumpla lo que ha pensado o ha soñado, recién despierto no puede estar seguro, que puedan confundirlo con unos prisioneros a los que han dejado formar un cuarteto dentro del campo y que sin más demora los lleven a la estación.

Pero ninguno de los compañeros del violinista tiene ganas de levantarse todavía. La sirena que ha sonado es solo para los presos. Pero Franz Müller

ya ha saltado de la cama y se ha vestido cuando, desde la ventana, los ve en cola esperando un trozo de pan —desde allí no puede distinguir si les dan algo más— para desayunar y distribuirse en grupos para ir a trabajar. Se pregunta cuál de ellos será el prisionero que ayer se había sentado junto a él mientras tocaba el violín a la hora de comer. Saca la fotografía de la chaqueta y vuelve a mirarla. Una mujer que tal vez espera en París a un hombre que no sabe si está muerto. Un hombre que no sabe si la mujer a la que le pidió que se casara con él una mañana de domingo en la que un violinista espontáneo faltó a su cita lo ha olvidado o tal vez se ha enamorado de otro. Frunce el ceño Franz Müller. Se conoce lo bastante como para saber que aquello pronto se convertirá en una obsesión. Es solo una casualidad, pero ya no puede evitar pensar en una especie de corriente invisible que sin saberlo, y por supuesto sin pretenderlo siquiera, los ha unido a los tres para siempre. Todavía no ha pensado lo que va a hacer, lo único que sabe es que, en cuanto llegue a Linz y el jefe le pague lo que habían acordado, se marchará a Berlín. Pero para llegar a Linz primero hay que ir hasta la pequeña estación de Mauthausen, y está demasiado lejos para poder ir andando con los instrumentos desde el campo, sobre todo el violonchelo. Y para salir de allí primero habrán de levantarse sus compañeros, que siguen todos dormidos, ajenos a la sirena que ha hecho que se despierten todos los presos y él. Alguno se ha quejado, incómodo, y se ha dado la vuelta en la litera y ha seguido durmiendo. A Franz Müller no le queda, pues, sino esperar para marcharse de allí y no volver jamás.

Pasa al menos una hora hasta que todos se han levantado y se han vestido, y apenas quedan ya presos fuera cuando los músicos salen. El mismo sargento que por la noche los había conducido al barracón ahora los conduce a otro donde van a desayunar. A punto estuvo de sonreír el violinista cuando lo vio, pero también, mientras cruzaba la Appelplatz, le vino a la cabeza de pronto la pesadilla, y a pesar de que el sol lucía en el cielo ya a esa hora de la mañana y no había duda de que aquel sería un día caluroso, de repente sintió frío al recordarse caído en esa explanada, de noche, sujetando los pedazos de su violín, mientras un niño vestido de oficial de las SS lo apuntaba con una Luger a la cabeza. Como si aquello hubiera sucedido de verdad, Franz Müller

buscó el lugar exacto donde el crío le había disparado, y no pudo evitar que le afectara una angustia incómoda, no por no poder identificarlo, sino por pensar que, aunque no hubiera sido más que una pesadilla, no había que tener una imaginación muy grande para pensar que algo así pudiera suceder de verdad.

Después de haber desayunado, recogieron sus bártulos y cruzaron la puerta del campo. Mientras más cerca estaba la hora de irse, más despacio se le antojaba a Müller que pasaban los minutos. Un camión los iba a conducir hasta la estación. No serían más de diez minutos, y luego media hora hasta Linz, dependiendo del estado de la vía o de alguna incursión aérea inoportuna. Luego todo habría terminado. Pero antes los tres músicos esperan fuera. El director les ha dicho que se queden ahí, junto al camión, mientras él va a la oficina de Frank Ziereis. Todos asienten. El violinista también. Lo que quieren es que el jefe del campo le pague al director para que este pueda ajustar cuentas con ellos. Pero cobrar por un trabajo casi nunca sucede tan rápido como a ellos les gustaría. Mientras lo esperan, se sientan a la sombra del camión que los va a llevar hasta la estación. Lo hacen todos menos Müller. El violinista prefiere dar un pequeño paseo con la cabeza baja. Está tan impaciente por marcharse, que piensa ingenuamente que si se queda de pie o camina un poco, tal vez el jefe regrese antes y ellos puedan marcharse de allí. Tiene el violín bajo el brazo, guardado en la funda. A pesar de que con la luz del día está claro que la idea de que lo confundan con un preso no ha sido más que un mal sueño, se siente más seguro si lleva la funda del violín bajo el brazo, un salvoconducto con el que podrá acreditar ante cualquier soldado que le dé el alto o le pida la documentación, que Franz Müller es el violinista de un cuarteto que el jefe del campo, el Obersturmbannführer Frank Ziereis, ha contratado.

Como nadie lo detiene, sigue andando hasta que se aleja lo bastante del camión donde sus compañeros descansan.

Camina despacio unos minutos, y de cuando en cuando se cruza con algunos presos que llevan bloques de piedra en una especie de mochila sujeta a la espalda. Deben de venir de la cantera y, como aún es temprano, está seguro de que tal vez sean los primeros en subir los bloques de piedra esa

mañana. Franz Müller ha dado cuenta de un desayuno generoso junto a sus compañeros hace un momento, y aunque nunca ha sido un hombre fuerte, comparado con aquellos presos flacos que acarrear piedras está seguro de parecer un titán, pero ni por eso apostaría a que sería capaz de cargar con uno de esos bloques.

Se ha echado a un lado en el camino Müller para dejarlos pasar, y al apartarse del sendero se ha subido a un promontorio. Desde allí arriba, en cuanto que pasan los primeros hombres con las piedras, después de mirar sus caras uno por uno por si acaso alguno de los presos con los que se cruza es el mismo que se sentó ayer junto a él en la Appelplatz a la hora de comer, el violinista se gira y se da cuenta de que puede verse una parte de la cantera, que el ruido de las herramientas que trabajan la piedra es mucho más nítido, como si un efecto acústico lo amplificase. Un boquete enorme en la ladera de una colina, y una escalera empinada en un extremo. Franz Müller entorna los ojos. Como en un castigo bíblico, igual que en los dibujos de la construcción de una pirámide que había visto de niño en el colegio, la escalera está repleta de esclavos que acarrear piedras. Franz Müller se pone una mano sobre los ojos a modo de visera y cuenta cinco hombres por escalón. No se entretiene en contar los peldaños, pero a esa hora de la mañana debe de haber ya setecientos u ochocientos hombres que suben la escalera con la misma cadencia que si un capataz tocase un gong para marcar el ritmo de subida o les diera latigazos en la espalda mientras aguantan el equilibrio.

¿Pero qué clase de campo de prisioneros es este? ¿Quién puede soportar un esfuerzo tan grande? De lo primero de lo que le entran ganas es de ir a buscar a sus compañeros al camión para que vengan a verlo. Que no pueda tener nadie dudas de lo que está pasando allí. Muchas veces, Franz Müller ha discutido sobre lo que está sucediendo en los campos de prisioneros, y siempre ha tenido la sensación de que nadie quiere saber la verdad, por qué desaparece la gente y ya no se la vuelve a ver nunca más, qué sucede en los sitios adonde se los llevan. La respuesta está ahí, justo delante de sus ojos, en ese agujero en la colina de un pueblo austriaco, esclavos con trajes de rayas que suben a duras penas por una escalera, hora tras hora y día tras día.

La columna de presos sigue su lento ascenso hasta lo alto de la colina, es

como una línea continua a la que se añaden nuevos presos cargados con piedras desde la base de la cantera, cada uno la pieza de un engranaje descomunal, una cadena que funciona de manera milimétrica para llevar las piedras desde la base de la cantera hasta el sendero que conduce al campo, pasando por el promontorio desde el que Franz Müller lo está viendo todo. Pero debe de haber un fallo en el mecanismo, porque al cabo de unos minutos el gusano que forman los porteadores se detiene, todos los hombres parados desde la base de la cantera hasta el final de la escalera. Al violinista le gustaría tener unos prismáticos para verlo mejor, pero entorna los ojos bajo la visera de su mano. La columna se ha roto en la parte de arriba. Un oficial de las SS se dirige dando zancadas hacia el hueco que se abre entre los presos, como espigas que se comban ante la fuerza del viento. Dos Kapo agarran por los brazos a un hombre que debe de haberse resbalado, seguro que ya no tiene más fuerzas para seguir adelante. Le han quitado la mochila con el bloque de la espalda. El preso que se ha caído está de rodillas, mirando al vacío, y desde donde está, a Müller le parece que le cuesta mantenerse derecho. Lo que sucede luego es tan rápido que el violinista se queda unos segundos con la mano sobre las cejas, como una estatua a la que le cuesta asimilar lo que acababa de pasar. Suena primero un estampido sordo, y hasta entonces no es consciente de que el oficial ha sacado una pistola, sin pensárselo, seguro que sin pestañear siquiera, y ha ultimado al preso con un tiro en la nuca. El cuerpo se queda un instante erguido, como si se hubiera quedado rígido al recibir el disparo o como si pesase tan poco que, a pesar de que una bala le acabase de reventar el cerebro, el viento pudiera sostener su cuerpo erguido, como una cometa. Pero el oficial nazi enseguida le da una patada en la espalda, y el cadáver vuela cantera abajo, como una madeja que se deshace. Por fortuna, desde donde está no puede verlo estrellarse contra las rocas del suelo, desmembrarse, verlo despojarse quizá de algún resquicio de humanidad que le quedase. Franz Müller siente que de pronto le fallan las piernas, que sus músculos ya no tienen fuerza para sostenerlo, y sin darse cuenta está en cuclillas en el promontorio. Le gustaría coger ahora su violín y marcharse a la estación aunque fuera andando, no tener que esperar a que le pagaran a su jefe.

Sin ponerse de pie todavía, se vuelve para mirar el camión. Sigue ahí. Sus compañeros sentados a la sombra, fumando y charlando tranquilamente. ¿Pero es que ninguno se da cuenta de lo que está pasando? ¿Es que a nadie le horroriza lo que está sucediendo a su alrededor? Antes de levantarse, se vuelve a poner la mano en la frente a modo de visera para ver lo que pasa en la columna de hombres que sube la escalera. Otros presos han retirado el bloque de piedra que acarreaba el que acaban de tirar cantera abajo y los Kapo ahora se afanan en poner orden en la formación de nuevo, que sea una maquinaria perfecta de esclavos, cinco hombres por peldaño, más de cien filas de hombres.

Pero hay algo que no encaja diez o doce filas más abajo. Es en los últimos peldaños de la escalera. Uno de los presos está demasiado apartado del grupo. Franz Müller está seguro de que, en cuanto alguno de los Kapo lo vea, enseguida le ordenará volver a su sitio, pero el preso camina despacio, como si quisiera medir sus pasos, el bloque cargado a su espalda, las manos sujetas a la cuerda que lo sostiene, seguro que para mantener el equilibrio. Sigue andando, y entonces el violinista se da cuenta de que ha dejado atrás la escalera, de que se ha colocado en un trozo estrecho de tierra que separa la escalera del precipicio. La vista al frente, sin mirar a nadie. Está justo enfrente de él, pero Müller no puede saber si desde allí puede verlo. Él tampoco puede ver su cara, pero está seguro de lo que va a hacer. Solo tiene que dar un paso y entonces todo habrá terminado. Uno o dos segundos después estará en el fondo de la cantera, aplastado entre las rocas del suelo y el bloque de piedra que lleva a su espalda y que le va a servir de lastre cuando se lance al vacío. Nadie parece haber reparado en él todavía. A sus compañeros parece resultarles indiferente lo que está a punto de hacer, y los Kapo y los SS aún no se han dado cuenta de que hay un preso que está a punto de lanzarse al vacío. Y a Franz Müller se le ocurre que tal vez pueda ser el mismo que ayer se había sentado junto a él mientras tocaba el violín a la hora de comer. Es absurdo quizá. ¿Es solo una posibilidad entre cuántas? ¿Cuántos presos puede haber en el campo? ¿Cuántos tendrán ganas de lanzarse al fondo de la cantera porque piensan que ya no pueden más o porque tienen la sospecha de que sus mujeres los han abandonado? Más de

uno, seguro. Puede que muchos. Pero tampoco había muchas posibilidades de que en el campo hubiera más de un preso que lo hubiera visto tocar en París. Antes de pararse a pensar si lo que va a hacer tiene alguna lógica, ya ha sacado el violín de la funda y se ha puesto de pie, en esa roca desde la que puede ver la escalera de la cantera, y casi sin darse cuenta, está tocando esa misma pieza que un hombre le dijo ayer que bailó una mañana de domingo frente al palacio de Luxemburgo en París. Le gustaría tener un altavoz, estar seguro de que los acordes llegarán nítidos hasta la escalera, que el hombre que está a punto de lanzarse al vacío pueda escucharlo y cambiar de idea, o que tal vez fuera suficiente para entretenerlo y que alguno de sus compañeros lo obligue a volver a la fila para que no los castiguen a todos. Franz Müller ha cerrado los ojos, no tanto para concentrarse en la música como para no ver a otro hombre caer por el precipicio. Cierra los ojos y toca el violín, despacio, un vals que una vez un hombre quiso bailar para pedir a su prometida que se casara con él.

No ha estado más de dos minutos tocando. Un compañero ha venido a buscarlo. Ya es hora de marcharnos, le ha dicho, y cuando abre los ojos el violinista, antes de volverse para ver la expresión recriminatoria de su compañero por haberse puesto a tocar un vals allí y arriesgarse a que a todos les caiga una reprimenda, se asegura de que el preso ya no está al borde del precipicio. Pero eso no es un consuelo. Que no esté en el mismo sitio donde se había colocado cuando empezó a tocar la pieza no quiere decir que no haya saltado al vacío. Los presos deben de estar tan acostumbrados al horror, que a Franz Müller no le sorprendería que ni siquiera se hubieran molestado en pestañear al ver a un compañero tirarse cantera abajo. Es posible que alguno le haya envidiado su posición en la fila, el extremo más cerca del precipicio, para poder saltar cuando estuviese al final de la escalera. Pero también es posible, por qué no, se dice mientras guarda el violín en la funda, que el preso que estaba a punto de suicidarse haya cambiado de idea y haya vuelto a su sitio.

Es lo que quiere pensar cuando camina de vuelta al camión, procurando no escuchar las palabras de su compañero que le dice que está loco, que por qué se ha puesto a tocar el violín ahí, que a punto ha estado de

comprometerlos a todos.

Anna

No había podido Anna retener a Rubén a su lado más que un rato, después de que la hubiera salvado del sargento norteamericano, y le hubiera contado que había viajado desde el campo de concentración de Mauthausen hasta París, y luego desde París hasta Berlín para buscarla, para verla, aunque solo fuera una vez. Luego se había marchado, sin hacer caso a sus ruegos, se había perdido en la niebla a pesar de que le había rogado que no se marchase e intentado explicarle que había venido a Berlín para cumplir una última misión, y que después podrían volverse los dos a París, si es que todavía él quería estar con ella.

—Nuestra vida ha cambiado mucho —le había dicho Rubén anoche—. Ninguno de los dos somos ya la misma persona.

Anna le cogió las manos. Desde que se encontraron, no había dejado de temblar. Se quiso engañar al principio pensando que tiritaba por culpa del frío y del miedo que aún no la había abandonado. Y pensaba que estaba preparada para casi todo, creía que ya nada sería capaz de sorprenderla, porque había visto demasiadas cosas, pero al final el Destino había hecho una pirueta enorme, un salto mortal había dado, y lo que le parecía imposible, a pesar de haberlo deseado tanto, había sucedido cuando menos se lo esperaba, y de todos los hombres con los que podría haberse encontrado en Berlín esa noche, Rubén era el único que no estaba en sus planes, tal vez no estaba en los planes de nadie.

Él la tomó del brazo para alejarse del callejón. Después de levantarse el

ala del sombrero para saludarla, como si fueran dos desconocidos, Rubén se había dado la vuelta, como si no quisiera girarse ni mirarla abiertamente hasta que ella lograra recomponerse al menos la ropa, se hubiera subido las medias y la bragas y cubierto con el abrigo la chaqueta y la blusa que el suboficial borracho le había descosido a manotazos cuando intentaba forzarla. Pero Anna lo obligó a darse la vuelta sin terminar de vestirse, le agarró la cara tan fuerte que luego pensó que a lo mejor le había hecho daño, pero ella necesitaba comprobar que no estaba delante de un fantasma. Rubén, intentó decirle, pero ya no fue capaz de articular ninguna palabra más. Una bola espesa en la garganta le impedía hablar, y antes de que se diera cuenta le empezó a brotar el llanto, y se abrazó a él, ese cuerpo tan delgado que al tocarlo ya ni siquiera le recordaba el cuerpo del hombre a quien había estado prometida en París. Sentía la barba áspera de Rubén en la frente, su abrazo fuerte a pesar de la endebles que aparentaba, luego sus labios en la raya del pelo, y luego se dio cuenta de que el cuerpo flaco que había olvidado también se sacudía porque estaba llorando.

Se separó un poco para recomponerse la ropa y secarse las lágrimas, y cuando lo hizo Rubén se dio la vuelta otra vez, como si le diera más vergüenza verla vestirse de lo que le podría dar a ella estar medio desnuda delante de él.

Mientras se colocaba el abrigo, se preguntó Anna si Rubén habría matado al militar, pero no quiso decirle nada, al menos no todavía. El miedo no es una sensación de la que una pueda desprenderse fácilmente, pero aún más difícil era controlar la emoción de haberse vuelto a encontrar con Rubén.

Antes de abandonar la Luissenstrasse se cruzaron con un Jeep pero, o no los habían visto o no les apetecía detenerse para pedirles la documentación. Durante más de veinte minutos caminaron por el sector británico, junto al Spree, bordeando el norte de Tiergarten, y luego entraron en un café en el que apenas había gente, pero sobre todo no había nadie que llevara el uniforme de ninguno de los ejércitos de ocupación de Berlín.

Se sentaron en el rincón que estaba más lejos de la ventana. Rubén lo hizo de espaldas a la pared y frente a la puerta, después de haber mirado uno a uno discretamente a los escasos clientes que poblaban el local. Se había quitado el

sombrero, y, de no ser por las gafas y el brillo de sus ojos, a ella se le ocurrió que tal vez nunca lo habría reconocido.

Pensó también Anna que se sentía lo bastante seguro en aquel café como para poder sentarse y beber tranquilamente la jarra de cerveza que había pedido. Ella todavía no había probado ni un sorbo de la suya. Miraba a Rubén, que acababa de guardarse en la cartera el cambio de la consumición. No llegó a ver en qué moneda había pagado, pero, en cualquier caso, si llevaba dinero encima y estaba en Berlín y tenía documentos para poder moverse por la ciudad, era porque lo habían ayudado. Gente del partido, seguro.

Mientras lo había visto pedir en la barra, Anna procuró fijarse en Rubén sin que él pudiera verla. Los años de cautiverio eran evidentes. Parecía otro, un enfermo se le antojaba, y su cabello, antes abundante y espeso, ahora era tan fino que parecía a punto de quebrarse y se había nevado de canas.

—¿Lo has matado? —fue lo primero que se le ocurrió decirle cuando él la miró a los ojos desde el otro lado de la mesa. Había tantas cosas que él podría reprocharle, y si había llegado hasta Berlín era porque las sabía, que procuró retrasar el momento de enfrentarse a ello.

Rubén tragó despacio la cerveza y después la miró un momento, como si le extrañase que la primera frase que ella le dijera después de tantos años fuera que si había matado a un hombre.

—Si no lo has matado, mejor. Aunque hubiera sido en defensa propia, aunque lo hayas hecho para salvarme porque... Porque ese hombre iba a tratar de forzarme. Hubiera sido muy complicado para ti. Él es un sargento del ejército de los Estados Unidos.

Rubén se encogió de hombros.

—Si te digo la verdad, me da lo mismo.

Anna no sintió alivio al escuchar la respuesta. Sabía que matar a un militar norteamericano, a Rubén, o a cualquiera, solo podría acarrearle problemas.

—Espero que no —insistió—. Matarlo no hubiera solucionado nada. Aunque se lo mereciera —añadió, tapándose la chaqueta maltrecha con el abrigo que aún no se había quitado.

Rubén arrancó otro trago a la jarra de cerveza. Anna seguía sin probar la suya.

—Ha pasado mucho tiempo.

Ella asintió.

—Rubén, yo...

—Mucho tiempo —dijo de nuevo—. Hiciste bien en seguir con tu vida. No te culpo. Visto todo lo que ha sucedido después, fue la mejor decisión. Yo mismo pienso muchas veces que estoy vivo de milagro.

Sin embargo, Anna pensaba a veces que lo mejor sería haberse muerto y no tener que estar ahora en Berlín cumpliendo una misión que ojalá fuera la última. Muerta y no haberse encontrado con Rubén a pesar de todo lo que se alegraba de que estuviera vivo.

—Tenemos que hablar, Rubén. Han pasado muchos años y demasiadas cosas.

—Pero fíjate. Al final todo ha cambiado —miró al otro lado de la ventana del café, como si al hacerlo pudiera abarcar la ciudad en ruinas— y todavía habrá de cambiar mucho más.

—Eso no va a ser tan sencillo.

Parecía que Rubén no la escuchaba. Se había quedado absorto mirando la oscuridad al otro lado del cristal, los escombros, la niebla espesa.

—¿Por qué has vuelto a Berlín, Anna? —le preguntó, por fin, como si hubiera regresado de otro mundo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella prefirió no hablar de Franz Müller todavía.

—Tal vez con el tiempo todo volverá a ser como antes. Será cuestión de mucho esfuerzo y de paciencia —también miró por la ventana, se quedó un momento callada y repitió—, mucho esfuerzo y mucha paciencia. ¿Y tú? ¿Por qué has venido a Berlín?

—Porque quería verte. Enterarme de qué te había pasado. Saber si habías sobrevivido a la guerra, que me dijeras por qué me olvidaste por un ingeniero alemán. ¿Acaso has venido hasta aquí para buscarlo a él?

Anna cogió su jarra de cerveza. Le robó, por fin, el primer sorbo.

—Rubén, me dijeron que habías muerto. Y yo nunca te dejé por nadie. De hecho, si accedí a conocerlo fue para ayudarte, para salvarte.

Él asintió, lentamente, como si no la escuchase o como si estuviera calibrando la verdad de sus palabras.

—Entonces a lo mejor estoy vivo por eso, porque tú me ayudaste —hablaba sin mirarla, absorto en la niebla. Luego se volvió hacia ella, se quedó mirándola, y lo que iba a decir dibujó en su cara algo parecido a una sonrisa.

Anna negó con la cabeza. Él volvió a desviar los ojos hacia la niebla que cada vez se le antojaba más cerca, parecía que iba a atravesar la ventana.

—Yo quiero estar contigo, Rubén. Que me cuentes todo lo que te ha pasado durante estos años.

—Mejor no quieras saberlo —respondió, y luego levantó la jarra—. Me gustaría tomar otra, pero no puedo invitarte.

Anna sonrió. Y había sido de verdad, porque vio que los ojos de Rubén se iluminaron.

Tragó saliva el resucitado. Anna vio cómo le subía y bajaba la nuez en el cuello flaco.

—Me ha hecho muy feliz volver a verte —le dijo, y hasta entonces ella no se dio cuenta de que tal vez la intención de Rubén al levantarse había sido la de marcharse enseguida.

Anna también se puso de pie. Cuando consiguió sujetar su brazo ya estaba en la puerta.

—No te vayas, por favor. Quédate conmigo.

Rubén sonrió, y ella no quiso pensar que era desprecio lo que significaba la mueca de su rostro.

—Tengo que irme, Anna. He venido hasta aquí porque quería verte de nuevo. Eso es todo.

Ya estaban en la calle. Anna se levantó las solapas del abrigo para protegerse del frío.

—Hay muchas cosas que debo explicarte. Déjame que lo haga y luego podremos volver juntos a París. Empezar de nuevo. Estar juntos los dos.

Rubén humilló la mirada. París. Los dos juntos otra vez. Ojalá que eso fuera posible. Ya había decidido que no, hacía mucho. Pero Anna se había abrazado a él y seguía tratando de convencerlo.

—Cuando termine lo que he venido a hacer aquí podremos volver juntos.

Solos tú y yo. Empezar una nueva vida.

Rubén tenía su cara pegada a la suya. Sentía su mejilla suave. No podía ver sus ojos. Rubén apretó los párpados antes de formular la pregunta otra vez.

—¿Por qué has venido a Berlín, Anna? ¿Por qué no te has quedado en París? —y cuando se lo preguntó la abrazó con más fuerza. No quería ver la expresión indecisa de su rostro mientras buscaba una explicación coherente, una excusa razonable que justificase su presencia en la capital devastada de un país que había invadido Francia. Ni aunque su madre fuera alemana. A él se lo había llevado la Gestapo—. ¿Acaso pensabas quedarte aquí para siempre?

Ahora fue ella la que buscó refugio en la niebla. Para siempre. Hacía muchos años que había dejado de utilizar esas dos palabras. Para siempre. Para siempre era cuando vivía en París con Rubén. Para siempre cuando los alemanes iban a estar ocupando Francia. Para siempre cuando se marcharon al cabo de cuatro años. Para siempre cuando la OSS la iba a dejar en paz cuando terminase aquella última misión en Berlín. Para siempre fue también la conclusión a la que había llegado mucho tiempo después de que se hubieran llevado detenido a Rubén, y ahora había regresado de las tinieblas.

—Nada es para siempre, Rubén —dejó de mirar a la niebla y lo miró a él—. Nada. Por desgracia, tú debes de saberlo tan bien como yo. Pero tenemos que hablar. Hay muchas cosas que quiero que sepas.

Ahora se habían separado un instante. Seguían agarrados, pero ya no era un abrazo. Desde fuera podría parecer que eran dos amigos que antes fueron una pareja y que ahora, al saludarse después de haber pasado mucho tiempo sin verse y haberse dado un abrazo, de repente se hubieran dado cuenta de que la cercanía física a la que estuvieron acostumbrados les resulta incómoda.

—Yo también podría contarte muchas cosas. Pero seguro que las mías son menos divertidas.

Anna casi sonrió. Muchas veces, durante todos estos años que había estado sin él, había echado de menos su sentido del humor. Las dosis justas de cinismo reparador que conseguían aliviar muchas veces los problemas. Pero ahora era diferente.

—Te busqué, Rubén. No dejé de pelear para ayudarte, para saber lo que te había pasado, para que alguien me dijera el nombre del lugar a donde te habían enviado.

Él asintió. Apuntó una mueca.

—Me lo han contado en París.

Ese gesto que no llegaba a ser una sonrisa seguía en su cara. Era una expresión que no conocía, o no recordaba.

—No has venido a Berlín por eso. No estás aquí porque yo luché todo lo que pude para ayudarte cuando la Gestapo vino a detenerte.

Rubén bajó los ojos.

—También me han contado otras cosas.

Cuando lo dijo, Anna sintió que Rubén se había retirado un poco, que si aún se tocaban era porque las manos de ella sujetaban los brazos de él, y que, si no lo hacía, él no tendría ningún inconveniente en marcharse de allí, que tal vez no volvería a verlo nunca más.

Le habían contado muchas cosas. No hacía falta preguntarle a qué se refería. Y tampoco iba a servir de mucho explicarle ahora que si se había acercado a Franz Müller fue para contribuir, en lo que ella pudiera, a derrotar a los nazis. Luego cambiaron sus sentimientos, pero ella no lo había planeado. Quién puede prever lo que le va a suceder en su vida. Y tampoco iba a decirle ahora a Rubén —se sentiría demasiado cruel y ruin— que llegó un momento en el que, por mucho que le costase admitirlo, tuvo que aceptar que él había muerto para poder seguir viviendo. No había podido dejar de sentirse una traidora desde que empezó a encariñarse de Franz Müller, y los remordimientos estuvieron a punto de devorarle las entrañas, pero la única verdad, la que más le dolía admitir, y la que más le importaba, era que para seguir adelante había llegado a un punto en el que tuvo que aceptar que Rubén había muerto para seguir viviendo. Era lo peor de todo. Y ahora, al darse cuenta de que ya no podía retener por más tiempo las manos de Rubén entre las suyas, estaba convencida de que acaso era eso de lo único que tenía que arrepentirse, y que todo lo demás no importaba. Ni siquiera haberse convertido en una espía para Bishop, o haberse comportado con Franz Müller como si fuera una furcia, la hacían sentirse peor que haberse querido

convencer de que Rubén estaba muerto para seguir adelante con su vida sin remordimientos, poder pasear del brazo de Franz Müller por las calles de París como si no hubiera guerra, y el ingeniero alemán, que era una buena persona y había venido a pasar unos días de vacaciones y ella no fueran sino una pareja cualquiera de las que disfrutaban de su amor por la ciudad.

Las primeras veces, sobre todo al principio, cuando estar con Franz Müller empezó a ser menos una obligación impuesta por Bishop que un deseo que la arrastraba como si fuera una adolescente, Anna no dejaba de engañarse diciéndose que lo que estaba pasando era solo una misión, que si paseaba cogida de la mano de ese hombre amable por el bulevar Beaumarchais era porque con ello contribuiría a la derrota de los nazis, que un ingeniero que trabajaba en un proyecto secreto del III Reich era una pieza demasiado cotizada como para desperdiciarla, y que si a ella le había tocado el papel de concubina no le quedaba más remedio que aceptarlo, pero en el fondo, en un rincón de su alma en el que jamás podría entrar nadie y que estaba segura de que Robert Bishop en aquella época ni siquiera podría sospechar, había sentido que dentro de ella brotaba algo nuevo, una sensación distinta, un placer que cuando se acordaba de Rubén no podía evitar encontrar perverso, y que, aunque ahora se sintiera tan ruin o tan sucia al recordarlo, la única forma que tenía de seguir adelante con su vida y con la misión que le habían encomendado, era aceptando que Rubén había muerto.

Pero cómo contárselo. Por muy mal que ella lo hubiera pasado, seguro que no podría compararse con el padecimiento de Rubén, cuyas manos ahora resbalaban de las suyas sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Lo sé todo, Anna —lo dijo y se encogió de hombros, como si lo aceptase o acaso hubiera llegado a un momento de su vida en que ya nada le importase. Y luego se calló y la miró a los ojos, como si le costase mucho trabajo pronunciar las siguientes palabras—. Me contaron que hiciste cuanto estuvo en tu mano por ayudarme. Pero donde he estado era imposible poder hacer nada —ahora bajó los ojos, como si no quisiera recordar—. Pero también me contaron que te habías enamorado de otro hombre.

Anna abrió la boca para explicarse, pero Rubén negó con la cabeza, con una energía que a ella le pareció como de un demente o que no encajaba en

su cuerpo tan delgado, igual que no le parecía posible que un hombre que ahora era una sombra tan débil de lo que fue, hubiera sido capaz de golpear con tanta fuerza al sargento norteamericano que había intentado violarla.

—No hace falta que me des explicaciones, Anna. No es culpa tuya. Yo estaba muerto. Y llevo muerto mucho tiempo a pesar de que ahora estoy aquí contigo.

—¡No, Rubén! ¡No!

Ahora era él quien la sujetaba por los hombros, como si fuera a sacudirla para ayudarla a despertar de una pesadilla.

—Escúchame. He venido porque quería verte otra vez. Han pasado cinco años. Cuando me enteré de lo tuyo pensé que quería morirme otra vez, y luego me dije que vendría hasta aquí para que me contaras lo que pasó, pero, ¿sabes una cosa? He llegado a la conclusión de que no tiene sentido, a estas alturas ya no. Yo he sufrido mucho, y estoy seguro de que tú también. En París me contaron algunas cosas malas de ti: que empezaste a colaborar con la Resistencia y que luego los traicionaste, que hubo gente que murió por tu culpa. Nunca me las he creído. Cuando salí de París me decía que venía para pedirte explicaciones, pero era solo para buscar una excusa que justificase este viaje tan largo y tan extraño. Porque al final la única excusa era que quería verte de nuevo, Anna, solo eso. Verte por última vez.

Ella no pudo evitar empezar a sollozar de nuevo. Se abrazó a Rubén, pero este solo le pasó una mano por encima de los hombros. Luego le besó la raya del pelo, como hacía cuando estaban juntos, igual que había hecho cuando se encontraron en el callejón y rindió la mejilla en su melena.

—Por última vez no, Rubén. Por última vez no.

—Las cosas ya no pueden ser de otra forma.

A él le salía la voz como distorsionada. Todavía tenía los labios torcidos sobre su cabeza.

—Sí pueden ser, Rubén. Tenemos toda la vida por delante. Podemos marcharnos los dos a París ahora mismo. Me da igual lo que haya venido a hacer a Berlín. Yo lo único que quiero es estar contigo.

Pero Rubén se había separado de ella, y, aunque no había más de un palmo de distancia entre los dos, para Anna era como si el cuerpo de él se

fuera disipando en la niebla, un fantasma que en lugar de andar levitase sobre el suelo hasta perderse entre la bruma de Berlín.

—¿Qué vas a hacer, Rubén? ¿Adónde vas a ir? No te vayas, por favor. No te vayas.

No dijo nada Rubén Castro. No era un fantasma, pero antes de que Anna dejara de verlo tras la cortina espesa de bruma, vio cómo levantaba las palmas de las manos y se las enseñaba, le ordenaba que no lo siguiera o como si quisiera empujarla por una fuerza invisible en la dirección contraria en la que él se marchaba.

Y durante la noche, en la que apenas había sido capaz de conciliar algo ni siquiera digno de llamarse sueño, había llegado a convencerse Anna, sin mucho esfuerzo, tal vez porque al final se había quedado medio dormida sin darse cuenta, de que el encuentro con Rubén no había sido más que un espejismo que había llegado con varios años de retraso, cuando ya no esperaba encontrar el oasis en el desierto. Rubén que regresa del mundo de los muertos para perturbar su conciencia dormida, por no haberse esforzado lo suficiente para sacarlo del campo de exterminio, por no haberlo esperado, por haberse enamorado de un hombre con el que Bishop le había pedido que fuera todo lo amable que pudiera para poder sonsacarle unos cuantos secretos. Ojalá que hubiera sido eso, pensó por la mañana, todavía no había amanecido, antes de ir a ver al agente de la OSS.

Franz

Dos años después de haber estado en Mauthausen, Franz Müller era el lado que terminaba de sostener un triángulo que parecía cerrarse por fin en Berlín, cuando había terminado la guerra. Por un lado Anna y Rubén, y por el otro lado él mismo.

No sabrá el violinista el nombre de Rubén Castro hasta meses después y, cuando por fin se entere, volverá a preguntarse si el hombre que se acordaba del violinista que tocaba un vals en el parque de Luxemburgo es el mismo preso que estuvo a punto de saltar y tal vez saltó al vacío en la cantera de Mauthausen.

No pasaron tres meses, y Franz Müller ya había conseguido un puesto como ingeniero en la fábrica de Heinkel, en Oranienburger, al norte de Berlín. Toda la ciencia de Alemania estaba militarizada. Pero eso era algo con lo que ya contaba. Con el tiempo, su etapa en Austria no es más que un recuerdo vago, imágenes borrosas que le gustaría olvidar, como una pesadilla que la única forma de deshacerse de ella es pensar que jamás ha sucedido.

Al volver a Berlín, hubo de soportar las humillaciones que había previsto. Llamar a Dieter Block y contarle que tenía razón, que la vida de músico aficionado llega a cansar en un momento dado, que nada puede ser comparable con desarrollar su capacidad como ingeniero.

—Vaya, el hijo pródigo —le escucha decir a su viejo amigo, no sin cierta sorna que sabe que no puede ni le apetece disimular—. Sabía que algún día volverías, que me llamarías y me pedirías que te echase una mano.

Franz Müller suspira, aguantándose las ganas de soltar el auricular.

—El hijo pródigo, sí. Aquí me tienes, cumpliendo punto por punto lo que habías profetizado.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Franz?

El violinista se encoge de hombros al otro lado de la línea.

—Dando tumbos. Por aquí y por allí. Salzburgo, Viena, Linz, París.

—Y ya has decidido que se han terminado tus días de bohemio.

Müller se queda callado un instante antes de contestar.

—Ya he visto bastante. Ahora quiero volver a Berlín.

—Pero si me llamas no será solo porque quieres volver a Berlín.

—Llevas razón. Necesito un trabajo.

—¡Un trabajo! —el tono de voz de Dieter Block es lo más parecido al de un padre que disfruta de que su hijo díscolo al final termine dándole la razón.

—Un trabajo, sí.

—Pues no sé. Supongo que no te será difícil tocar en alguna orquesta que alegre las tardes de la gente que pasee por Tiergarten —hace una pausa, espera Dieter Block el efecto de sus palabras en el ánimo de su viejo amigo—. Porque, supongo que lo que quieres es seguir tocando el violín, ¿no, Franz?

—Había pensado más bien en volver a mi puesto como profesor. Quiero algo más tranquilo, más seguro.

—¿Y el violín?

—Lo del violín prefiero dejarlo para los ratos libres. Como profesor de ingeniería se vive mucho mejor —traga saliva, como si le costara un gran esfuerzo decir lo que iba a decir—. Tenías razón, Dieter. La vida de bohemio no es para mí.

Para Franz Müller es como si pudiera verlo asentir satisfecho. Es lo que quería escuchar, y prefiere pensar en Dieter Block como el amigo con el que había jugado desde niño que imaginarlo vestido con el mismo uniforme de los SS que ha visto en Mauthausen.

—Bueno, veré qué puedo hacer, Franz. No sé si como profesor, pero los ingenieros talentosos como tú siempre son bienvenidos. Me alegro de que al final hayas decidido regresar al lugar donde te corresponde. El sitio de donde

nunca deberías haberte marchado.

Müller cuelga el teléfono en la estación de Linz y sube al tren. Ya había comprado el billete de vuelta a Alemania antes de llamar a Dieter Block. Obersturmbannführer Dieter Block. Quién se lo iba a decir. Prefiere pensar en el tren que lo lleva de vuelta a Alemania Franz, que a lo mejor también se puede vestir un uniforme de las SS y llevar una vida tranquila de oficinista en Berlín. Espera que su viejo amigo no haya visitado nunca uno de los Lager. Que pueda haber una diferencia entre los SS que custodian Mauthausen y Dieter Block.

Lllamarlo ha sido la primera de las concesiones que habrá de hacer para recuperar su trabajo como ingeniero, para poder viajar a París a buscar a la mujer cuya foto le obsesionará tanto que a veces sentirá que le quema en la palma de la mano al contemplarla. En el tren vuelve a sacarla de la cartera. El retrato en sepia de una mujer morena cuyo nombre no recuerda. Tan solo sabe que su novio le pidió que se casara con él un domingo que él ya había dejado París. Le parece guapa, pero a fuerza de mirarla tantas veces ya no está tan seguro de que sea tan hermosa como piensa. Le gustaría ser amigo de alguno de los hombres que viajan en el tren para preguntarle su opinión. Pero Franz Müller no conoce a ninguna de las personas que lo acompañan en el compartimento de ese vagón de segunda clase.

Tiene los ojos casi cerrados, la fotografía aún en la mano cuando la mujer que está sentada a su lado le dice algo. Frunce el ceño el violinista, no ha entendido muy bien la pregunta. Abre los ojos, parpadea, como si se hubiera quedado dormido sin darse cuenta y vuelve la cara para ver a la desconocida.

—¿Su novia?

Es una mujer mayor. Casi podría ser su madre. Su novia.

El violinista sonríe. Podría ser una manera de verlo.

—Es muy guapa —la mujer suspira, y al hacerlo echa un vistazo a su equipaje, en la repisa del vagón, el violín protegido en su funda—. Seguro que est  deseando volver a verla.

Müller asiente vagamente, sin mucho entusiasmo. Sigue mirando la foto, protegida en el hueco de la palma de su mano, un recuerdo que no le pertenece, una historia de amor que no es la suya, pero no puede evitar que

una sonrisa le adorne la cara. Antes de quedarse dormido, ya ha imaginado varios nombres que le ha adjudicado. Marie, Marlene, Irene, Nicole, Veronique. Cualquiera de ellos podría ser el suyo, y antes de quedarse dormido no pudo evitar preguntarse varias veces cuál sería el verdadero.

Tres meses después está Franz Müller en París. No ha sido fácil, pero las influencias de su amigo Dieter Block le han sido de gran ayuda. Para viajar de París a Berlín, un civil necesita un permiso de salida, un visado de tránsito suizo y una autorización del gobernador militar alemán para entrar en Francia. Primero Múnich, luego Ginebra. Ese ha sido el recorrido para llegar a París.

Tiene unos días libres en su trabajo, un puesto que no es arriesgado, ni complicado. Principalmente se trata de desarrollar el prototipo de un avión a reacción. Pero la única verdad es que durante este tiempo Müller se ha vuelto más obsesivo, porque no se engaña al concluir que la principal razón por la que ha terminado aceptando volver a una vida segura en Berlín no ha sido para tener un trabajo o un buen sueldo, o para poder boicotear la militarización de la ciencia desde dentro, como había querido pensar con una mezcla de ingenuidad y de idealismo adolescente que nunca lo había abandonado, sino para moverse con cierta libertad por la Europa ocupada por la Wehrmacht, ir a París, pasear otra vez por el barrio Latino, caminar de nuevo hasta los jardines de Luxemburgo, como si fuera de nuevo a tocar el violín para el disfrute de los que pasean junto al estanque las mañanas de domingo, volver tranquilamente y atravesar el Sena, merodear por las cercanías de la plaza de la Bastilla, la rue Lappe, o la plaza de los Vosgos, buscando en las mujeres con las que se cruza el rostro de la misma mujer cuyas facciones a veces temía que se le hubieran borrado de la cara de tanto mirar la fotografía. Mujeres jóvenes que lo miran con desconfianza o invitadoramente, porque va bien vestido, lleva uno de los trajes que se ha hecho a medida en una sastrería elegante de Berlín, y en el otoño de 1943, aunque el Reich ha perdido la batalla en el norte de África y en Stalingrado, su ejército aún domina incontestablemente en Europa, y él, aunque le pese, aunque prefiera verse a sí mismo todavía como un violinista diletante que lleva una vida bohemia en Austria, ahora no es sino un ingeniero de ese

ejército de ocupación que ha podido venir hasta París gracias a los contactos de Dieter Block, con quien ahora ha renovado su amistad con las mismas energías que si fueran unos adolescentes, tan contento está de que haya vuelto al camino correcto, que no ha querido pararse a meditar que quizá la única razón por la que Franz Müller lo ha hecho, ha sido para poder volver a París y no para desarrollar el proyecto de los aviones a reacción de la Luftwaffe.

Como si fuera un espía, Müller, de vez en cuando hace un ejercicio de voluntad para recordárselo a sí mismo. Mi trabajo ahora es un instrumento, un puro trámite, el disfraz de un actor que gracias a llevarlo no tiene que estar en el frente y puede servir al Führer en un departamento que él mismo parece detestar. Cada vez que los ingenieros le hablan de un nuevo prototipo de un avión a reacción, la decepción es la misma. A Hitler no parecen interesarle ese tipo de aviones tan rápidos y tan pesados cuya capacidad de giro es muy inferior a la de los cazas aliados. Y está convencido de que la guerra se ganará antes de que alguno de estos aparatos pueda volar con las mismas garantías que los aviones de hélice, que solo él y sus compañeros parecen saber que algún día serán los únicos que decidirán los combates en el aire.

Pero él no ha venido a París como el ingeniero de la fábrica de Heinkel. Le gusta pensar que es el mismo violinista que pasó allí unas semanas en la primavera de 1940, no mucho antes de que los Panzer destrozasen la línea Maginot y llegasen hasta París.

En la plaza de la Bastilla, frente a la columna, Franz Müller se saca la cartera del bolsillo y la abre para ver la foto. Es un trámite, nada más. No lo necesita para ver esas facciones delicadas, el pelo negro, recogido en un moño, la piel que adivina blanca a pesar del color envejecido del retrato y las grietas del tiempo que surcan el rostro de la mujer. Alguna vez ha pensado que ha estado incluso a punto de romperse, que las grietas serán cada vez más grandes y que un día, cuando la coja de la cartera para mirarla, el retrato de esa mujer cuyo nombre no conoce, se habrá partido en dos o tres pedazos y ya nunca podrá recordarla y se volverá loco.

Antes de venir a París ha estado a punto de contarle a Dieter Block sus intenciones. Decirle que viaja a Francia para buscar a una mujer cuyo nombre ni siquiera sabe, solo la calle donde vive, una mujer que, si consigue hablar

con ella, con toda probabilidad lo primero que desee sea escupirle en la cara. Dieter Block podría haberlo ayudado a encontrarla. Una mujer que vive en la rue Lappe cuyo prometido ha sido enviado al campo de concentración de Mauthausen. Seguro que no sería difícil de encontrar para alguien con los recursos y los contactos de su amigo, pero él no ha querido decirle nada, ha preferido mantenerlo en secreto, y no le apetecía darle explicaciones, además. Es algo que tiene que hacer él solo. Eso lo ha tenido claro desde el principio. Ir solo hasta París para encontrarse con esa mujer.

El primer día es una locura. Pasea por las terrazas del bulevar Beaumarchais mirando las caras de las mujeres que están sentadas, como si fuera un detective o un demente. Se sienta en un banco de la plaza de los Vosgos al caer la tarde. Las madres que pasean a sus hijos pequeños entre las palomas, hombres ociosos que atraviesan la plaza, y Franz Müller allí, con su traje berlinés hecho a medida, un extraño y un extranjero. Al cabo de un rato se levanta y vuelve hasta la plaza de la Bastilla. Se da cuenta de que lleva más de una hora y media por los alrededores, pero todavía no ha tenido el valor de embocar la rue Lappe, que tiene tan cerca. Es como si la misma fuerza del imán que lo ha traído hasta París ahora lo empujase en sentido contrario, el miedo al fracaso, a saber que tal vez no se atreverá a hacer nada, que no reunirá el valor suficiente para hablarle, dirigirse a ella con cualquiera de las docenas de excusas que ha urdido cuando ha imaginado que llegaría el momento del encuentro.

Respira hondo antes de dar media vuelta y dejar la columna de la plaza de la Bastilla atrás para llegar hasta la esquina. Antes de girar y adentrarse en la calle, vuelve a detenerse un instante. Siente que si alguien lo ve estará haciendo el ridículo, un hombre hecho y derecho y tan trajeado que no es capaz de adentrarse en la calle donde vive una mujer que ni siquiera lo conoce. Hay algo que no puede negar. Por mucha experiencia, por muchos años vividos, por mucha inteligencia o por mucho valor que tenga uno, cuando se enfrenta al pozo oscuro que lleva guardado en el alma, eso no sirve para nada, y un hombretón que no se atreve a embocar una calle donde no conoce a nadie y donde nadie lo va a conocer a él, no es más que un niño asustado que ha de enfrentarse a la parte más frágil de sí mismo.

Todavía estás a tiempo de darte la vuelta y regresar a Berlín, se dice, por si acaso, para darse ánimos. Es todo tan absurdo que está a punto de soltar una carcajada que lo libere de la tensión. En la calle no hay nadie esperándolo, nadie que le diga qué haces aquí, Franz Müller, has venido a París porque en realidad no eres más que un cobarde, un tipo que, en lugar de luchar contra aquello que considera injusto, ha preferido volver a Berlín y formar parte del mismo engranaje que tanto odia, como si la única manera de estar uno lejos de donde no quiere es escondiéndose dentro. Eres un cobarde, Franz Müller, igual que ahora, que vienes a ver a la mujer de un muerto y no te vas a atrever siquiera a decirle tu nombre, y mucho menos le vas a contar que conociste a su prometido en un campo de prisioneros en Austria. Y de alguna manera, Müller se alegra de que así sea, de que no haya nadie en esa calle donde tal vez ya no viva esa mujer a la que busca, pero que, ahora que está tan cerca de su casa, le aterra encontrar.

Recorre la rue Lappe hasta el otro extremo, procurando mantener el gesto distraído o indiferente de quien ha transitado muchas veces por ella, que nadie se dé cuenta de que mira en cada portal, que procura registrar cada número en su memoria, grabar detalles que quizá sean insignificantes, pero que a lo mejor podrán servirles en el futuro.

En la esquina de la rue Charonne vuelve a detenerse. Tan ridículo se siente que está a punto de estallar en una carcajada, reírse de sí mismo por haber llegado hasta aquí sin saber siquiera si la mujer a la que está buscando existe, si no ha sido todo el resultado de su imaginación fecunda, su imaginación de artista, como solía referirse a él a veces su padre cuando era un adolescente.

A veces basta con desear algo con mucha intensidad para que suceda, y a Franz Müller, antes de dar la vuelta a la manzana y regresar a la plaza de la Bastilla, le gustaría volver a ser de nuevo un adolescente y poder volver a creer que solo hay que cerrar los ojos muy fuerte y desear con mucha intensidad que la mujer de la fotografía aparezca para que cuando vuelva a abrir los ojos se la encuentre en la acera, mirándolo como si lo conociera, como si lo recordase de aquellas semanas que pasó en París y aprovechaba las mañanas de domingo tocando el violín en el parque de Luxemburgo. Pero

ya no es un adolescente, por desgracia, y hace mucho que dejó de pensar que los sueños se hacían realidad con solo desearlo. La mayoría de las veces ni siquiera deseándolo se hacían realidad. Al llegar a la plaza de la Bastilla otra vez, ni siquiera se detiene a buscar el rostro aprendido de memoria durante los últimos tres meses. Tampoco se entretiene en mirar dentro de ninguno de los cafés. Se dice que debería haberse quedado en Berlín, encerrado en su despacho, la cabeza inclinada sobre planos de aviones que con suerte jamás llegarían a utilizarse en la guerra. Ahora mismo, de lo único que tiene ganas Franz Müller es de llegar al hotel y quedarse dormido profundamente, como un bebé. Quedarse dormido y soñar que no ha venido a París a hacer el ridículo.

Pero también piensa en ella por la mañana, cuando da un paseo hasta los jardines de Luxemburgo como si otra vez tuviese la funda del violín bajo el brazo. Ha traído el instrumento en el viaje a París, pero ha preferido dejarlo en el hotel. Si hay algo peor que encontrársela, es que ella pueda recordarlo tal vez por el violín, que sepa quién es, que adivine sus intenciones o todo lo que se ha propuesto ocultarle.

Lo que quiere Franz Müller es ser un turista más, caminar hasta la plaza del Trocadero y colocarse bajo la sombra de la torre Eiffel aunque ese día haya amanecido nublado en París.

A mediodía da un largo paseo hasta Montmartre. Lleva toda la mañana andando, pero se siente tan bien que piensa que sería capaz de seguir haciéndolo todo el día. Durante algunos momentos le parece que ahora es antes, que otra vez vuelve a ser joven, que no hay guerra en Europa y ha podido cumplir su sueño de vivir de su música, que tiene toda la vida por delante.

En una terraza de la plaza de Tertre, mastica despacio una barra de pan caliente. Le gusta el sitio. La pensión donde se había alojado cuando pasó aquella temporada en París, en la rue Norvins, aún sigue allí. Antes ha pasado por la puerta, pero no ha querido entrar. No le gustaría que alguien lo reconociese y le preguntase qué había sido de él durante estos años. Pero es en un barrio como este donde a Franz Müller le hubiera gustado vivir, un sitio donde los artistas encontraban refugio, como fue hace años la

Kurfürstendamm en Berlín.

Luego baja las escaleras del Sacré Coeur. Aún es temprano, y a él lo único que le apetece es seguir paseando. Tal vez lo mejor de haber venido hasta París haya sido esto, poder olvidarse de todo por tres días, y aún le quedan otros dos en la ciudad. Camina hasta el centro, sin prisas, perdiéndose por el barrio Latino, y ya es de noche cuando deja atrás la Île de la Cité y la catedral de Notre Dame, y está otra vez frente al monumento al Catorce de Julio. Y otra vez le sobreviene esa sensación tan extraña, el imán que lo ha atraído hasta aquí, pero que ahora que está tan cerca, igual que ayer parece que empieza a repelerlo, una fuerza invisible que lo empuja a marcharse, a salir corriendo, volver al hotel o quizá hasta la estación para no pisar nunca más la ciudad, sacar la fotografía de la cartera y sin ni siquiera mirarla hacerla pedazos y tirarla al Sena. Pero también sabe que no lo va a poder hacer, que muchas veces la única forma de acabar con una obsesión es llegar hasta el fondo de ella, y Franz Mülller sabe que no va a poder hacer otra cosa salvo llegar hasta el final.

Respira hondo, la vista al frente, directo hasta la rue Lappe de nuevo. Hoy no se detiene en la esquina, hoy es el soldado valiente que nunca ha llevado dentro cuando emboca la calle y camina despacio, fijándose detenidamente en cada portal, en los números, en las pocas mujeres con las que se cruza. Ninguna es ella. Por la otra acera vienen dos soldados de la policía militar alemana. No es imposible que le den el alto. Ahora lo único que quiere es que lo dejen tranquilo. Los dos soldados pasan de largo, apenas lo miran de soslayo. Su presencia no representa ninguna amenaza. Además de la foto de la mujer a la que busca, también lleva un carnet falso que lo identifica como capitán de las SS. Dieter Block se lo dio en Berlín, por si necesitaba que lo sacase de algún apuro. Es una temeridad llevarlo, pero él va de paisano y no es imposible que le den el alto, y aunque Franz Müller solo tendría que enseñarles la documentación para avergonzarlos, ponerlos firmes incluso, no le gustaría, porque lo único que quiere es que lo dejen tranquilo y no meterse en líos, pasar desapercibido en París, ser un ciudadano anónimo, un tipo vestido de calle que puede pasear tranquilamente sin que ningún francés lo mire mal.

Termina de darle la vuelta a la manzana, y diez minutos después se encuentra de nuevo en la plaza de la Bastilla, frente a un café. Cruza la puerta, decidido, como si fuese el hombre de acción que jamás ha sido, dispuesto a pedir algo de comer y de beber, esperando ver pasar al otro lado del cristal a una mujer francesa que no puede quitarse de la cabeza.

Se acomoda en la barra, pide una copa de vino y un sándwich. De repente se da cuenta de que tiene hambre. El café está vacío, y desde dentro se puede ver casi toda la plaza de la Bastilla, la columna que conmemora la revolución francesa, las terrazas del bulevar Beaumarchais al otro lado. Se acomoda en un taburete y se gira para no perder de vista a la gente que pasa por la calle. Arranca un trago al vaso de vino, y piensa que tal vez debería haber pedido ayuda a Dieter Block, sin darle explicaciones. Eran amigos y tal vez lo habría ayudado sin hacer demasiadas preguntas. El nombre de una mujer cuyo prometido estaba preso en el campo de Mauthausen. Había preferido ser discreto, pero el tiempo se le terminaba. Dentro de tres días tendría que regresar a Berlín, y tal vez el viaje hubiera sido en balde. Quizá llamaría a Dieter Block por la mañana, pero estaba convencido de que ya sería demasiado tarde, que bucear en los archivos no sería tan sencillo, aunque tal vez podrían arreglárselo desde París. Pero no está seguro, lo único que le pasa es que a medida que se acerca el momento de regresar a Berlín se siente más frustrado. Puede que esa mujer ya no viva allí, que se haya mudado a otro sitio después de que a su prometido se lo hubieran llevado detenido. O que se haya hartado de esperar y se haya casado con otro, como el preso temía. Cualquier cosa era posible, incluso que aquel tipo se lo hubiera inventado todo y que la historia del violinista del parque de Luxemburgo se redujera a una casualidad, una coincidencia de esas que ocurren y que a veces uno acaba confundiéndola con el Destino. Seguro que él no era el único músico que había tocado durante la primavera de 1940 junto al estanque del palacio de Luxemburgo. Le había dado tantas vueltas al asunto que estaba temiendo volverse paranoico, que al final alguien terminase por encerrarlo en un sanatorio hasta que se le pasase aquella obsesión absurda por una mujer que ni siquiera sabía si existía.

Arranca un bocado al sándwich y se hace a un lado para dejar sitio a un

teniente de la Wehrmacht que se ha acoplado también en la barra. Antes, al abrir la puerta del café, lo ha visto tambalearse, pero no es hasta que el soldado se sienta a su lado cuando ya no le caben dudas de que ha bebido demasiado. Con malos modales, le pide al camarero un vaso de vino. Franz Müller ha retirado el taburete un poco de la barra para poder seguir teniendo una vista amplia de la plaza de la Bastilla. Ha oscurecido hace un rato y la mayoría de la gente se encamina hacia su casa. Espera que el trayecto de la mujer de la fotografía también pase por allí delante. Ni siquiera sabe si trabaja, o su horario. Si hubiera permanecido un rato más aquel preso junto a él tal vez sabría más de su vida, pero también es cierto que, a lo mejor, la foto de su prometida no se habría quedado perdida en la tierra del campo de Mauthausen y él no estaría allí ahora mismo.

Da el último bocado al sándwich despacio mientras el teniente despacha el segundo trago de vino, de un sorbo tan ruidoso que Franz Müller a duras penas tiene que contener una reprimenda. No tiene ningún apego por las cuestiones militares, pero nunca ha soportado los malos modales, y lo poco que sabe de asuntos militares le dice que el comportamiento grosero es impropio de un soldado alemán.

Se levanta y deja un billete en la barra. Va a salir a la calle y tal vez le dé la vuelta a la manzana por última vez, esta sí que va a ser la última, se dice, cuando coge el sombrero que había dejado en un taburete que estaba vacío y se dirige a la puerta. Y es entonces cuando la ve atravesar la plaza, y se queda parado y duda entre sacar la fotografía de la cartera para comprobar si es ella o buscar el servicio para esconderse. Quiere creer que es la misma mujer. Ahora lleva el pelo suelto, no recogido en un moño como en el retrato, pero le gustaría que fuera ella. Entorna los ojos, como si fuera miope o como si al hacerlo pudiera estar seguro de su identidad, y abre la puerta. Piensa que lo mejor es no moverse de donde está, porque ella parece encaminarse precisamente al café. Saca un paquete de tabaco y enciende un pitillo para que tenga una excusa que le permita quedarse allí unos segundos. Aunque no hay viento, hace hueco con las manos para proteger la lumbre, pero en realidad el gesto es para ocultar su rostro cuando la mujer pase y poder mirarla de soslayo. Es ella. Tiene que ser ella porque la fuerza del imán que

ahora lo repele es tan fuerte que ha de clavar los pies en la acera para no salir corriendo. No ha hecho nada malo, pero se siente un delincuente, un estafador, un mentiroso. Ya ha encendido el pitillo cuando la mujer pasa junto a él. Le gusta como huele. Se pregunta qué sentiría el preso que perdió o dejó su fotografía abandonada si percibiera ese olor. El recuerdo de los olores a veces es tan intenso, que de repente es como si se pudiera volver atrás en el tiempo, y un hombre no puede olvidar fácilmente el perfume de una mujer de la que ha estado enamorado.

Tiene miedo de que ella vuelva la cara y le diga qué hace allí, que por qué ha venido a buscarla. Como un niño inocente, teme que se vuelva para desenmascararlo, que lo deje en ridículo en la acera, cuando todavía no ha terminado de arrancar la primera calada al pitillo.

Han pasado muchos años, pero, mientras espera el momento de que ella termine de pasar junto a él, Franz Müller se vuelve a sentir otra vez el niño perdido que fue en el colegio, ese crío que cuando el profesor lo llevaba a un rincón para castigarlo por no haberse portado bien sentía que le adivinaban el pensamiento, que no podía mentir porque enseguida sería descubierto. Ahora es una mujer a la que todavía no ha mentido y ni siquiera sabe si va a mentir, pero le aterra comprobar que, por muchos años que hayan pasado o mucha experiencia o sabiduría que creyese haber acumulado, al final no es más que eso, un crío desvalido al que su profesor solo tiene que mirarlo a los ojos para que le diga la verdad.

En lugar de seguir su camino por la acera, la mujer entra en el mismo café de donde él acaba de salir, y el ingeniero alemán se aparta un poco para poder mirarla sin que ella se dé cuenta, ver el modo en que se quita el abrigo, cómo abre el bolso para sacar un pintalabios y arreglarse con la ayuda de un espejo pequeño. Se pregunta Müller si tal vez la espera un hombre, si al final tenía razón el preso que llevaba su foto guardada en el campo, si ni siquiera él podría acercarse a ella porque una mujer como esa nunca estaría sola, siempre habría una cola de aprovechados esperando para poder invitarla a cenar.

El camarero parece conocerla, pues se acerca a ella con una sonrisa. A Franz Müller le gustaría saber leer los labios. A pesar de hablar francés, no

puede entender lo que dice al otro lado del cristal, en la calle. Enterarse de su nombre al menos. No puede saber que si ella tuviera algo importante que decir en un lugar público se llevaría las manos a la boca, como si quisiera limpiarse una mancha o cubrirse con recato de un bostezo porque una de las cosas que le enseñaron durante su entrenamiento en Inglaterra fue que hay gente al acecho especializada en leer los labios y que desde lejos, sin poder escuchar sus palabras, podían enterarse perfectamente de lo que estaban diciendo.

Unos minutos después, el camarero trae una bandeja con un vaso de vino y un plato de comida. La mujer come y bebe despacio, mirando algún punto indefinido al otro lado del cristal, y Franz Müller se retira un poco, a pesar de que no es fácil que ella pueda darse cuenta de que la está observando. Y el oficial de la Wehrmacht que está en la barra también la mira. Müller ya no sabría decir cuántos vasos de vino se habrá bebido, pero seguro que demasiados, y para él ahora es como si, aparte del camarero, no hubiera allí nadie más que ellos dos, como si el resto de los clientes hubiera desaparecido. Cuando un hombre borracho mira así a una mujer que está sola en un bar, no es difícil adivinar lo que va a pasar, y Franz Müller, tan cobarde que no es capaz de dirigirle la palabra a una mujer con la que lleva un año obsesionado, de repente ha encontrado una excusa para quedarse, para poder hablar con ella, aunque tenga que comportarse como el héroe que nunca ha sido. El borracho de uniforme se acerca a ella, y Müller incluso da un paso al frente, dispuesto a volver a entrar en el café, mirarla a la cara, darle las buenas noches y preguntarle si ese tipo la está molestando. La mujer se levanta, saca el dinero del bolso y paga la consumición en la barra, sin poder quitarse de encima al teniente beodo, que sigue cerca de ella y le habla, y ahora Müller no necesita haber aprendido a leer los labios para saber que no le gusta lo que le está diciendo. Da otro paso al frente, y otro, y otro más, y cuando la mujer se dispone a abrir la puerta del café él está al otro lado, la cabeza levantada, mirándolos. Pero ninguno de los dos parece darse cuenta de que está allí, dispuesto a levantar la voz. El teniente la sigue por la acera de la plaza de la Bastilla que la va a llevar a la rue Lappe, porque ahora Franz Müller ya está seguro de que es ella, sin ninguna duda, y de que ahora se dirige a su casa

mientras no puede quitarse de encima a un borracho, sin saber, ninguno de ellos, que un hombre los sigue a los dos. Se detienen un poco más adelante, todavía en la misma acera donde está Müller, cuando el brazo del teniente descansa en el hombro de ella, como si fueran amigos de toda la vida, pero no, no lo son, no se conocen de nada, y la mujer trata de darse la vuelta, apartarse de él, pero a su lado parece un gigante, un gigante rubio con los ojos enrojecidos por el alcohol.

Primero mira a un lado y a otro, para asegurarse de que no hay otros soldados cerca, y entonces es cuando Franz Müller saca la cartera, o primero levanta la voz y luego saca la cartera. No está seguro de lo que ha hecho primero, tal vez las dos cosas a la vez. Pero el caso es que lo ha hecho. Puede que a Dieter Block le hiciera gracia si lo supiera. Su amigo enseñando un carnet falso de Hauptsturmführer para poder hablar con una mujer en París. Vaya, vaya con Franz Müller, lo escucha decir, desde muy lejos, no sabe si con sorna o con admiración.

—Deje a la señorita.

El tono de su voz no deja lugar a otra interpretación, aunque el teniente primero lo mira con el mentón levantado, como una bestia a punto de abalanzarse sobre su presa, y luego se fija en la documentación que Franz Müller le enseña sin tener que sacarla del todo de la cartera.

—Es una orden, teniente —añade—. Su comportamiento es impropio de un soldado de la Wehrmacht.

El militar se aparta poco a poco de la mujer, resoplando, un toro al que solo le falta arañar la acera con la pezuña para embestir. Franz Müller se guarda la cartera antes de que el otro pueda percatarse de que el carnet es falso.

—¿Está usted bien, mademoiselle? —es la primera vez que le habla. Un año mirando cada día la fotografía y las cuatro palabras parecen haberle salido con naturalidad—. Espero que este teniente no la haya molestado. Le pido disculpas en nombre del ejército alemán. Tenga usted por seguro que será severamente amonestado por ello.

La mujer asiente, y sonrío. Müller traga saliva y respira hondo. Espera que la mujer no se dé cuenta de sus emociones. Él también habría guardado

su retrato si se lo hubieran llevado preso a un campo de concentración.

—Muchas gracias. No ha sido nada —él le ha hablado en francés, pero la mujer le ha respondido en un alemán tan correcto que por un momento piensa que tal vez se ha confundido de persona, o es que quizá no sabía que la mujer a la que buscaba era alemana y no francesa—. Más coñac de la cuenta. Eso es todo.

—Tenga usted por seguro que no volverá a suceder —presentarse como un militar de las SS no es lo que más le gustaría, pero tiene que seguir adelante con la mentira si no quiere que el teniente la emprenda a puñetazos con él, vuelva a propasarse con ella o incluso se lo lleve detenido a pesar del permiso especial que también guarda en su cartera. Acaba de suplantar a un oficial de las SS, y eso, está seguro Franz Müller, es una falta muy grave—. Müller. Hauptsturm! Führer Franz Müller, para servirla.

—Yo me llamo Anna. Anna Cavour.

Anna.

Franz Müller no puede evitar que una sonrisa le amueble la cara, como quien consigue una victoria deseada desde hace mucho tiempo, al enterarse por fin de su nombre.

—Anna —repite, y al hacerlo se toca el ala del sombrero con dos dedos.

Lo que ahora desea es acompañarla a su casa, pasear con ella un rato por el barrio. Todavía no es muy tarde y aún tendrían tiempo quizá de tomar algo los dos. Solo eso, porque, en el fondo, Müller no quiere nada más. Estar un rato con ella, quedarse un rato mirando esa cara que no se ha podido quitar de la cabeza. Encontrar la respuesta a un enigma, saber por qué se ha obsesionado tanto con ella que no le ha quedado otro remedio que venir hasta París y hacer guardia dos noches cerca de su casa, como un centinela, hasta que por fin la ha encontrado.

Pero la mujer se da media vuelta y murmura algo parecido a un agradecimiento otra vez, y se queda mirándola mientras camina en dirección hacia la rue Roquette, y sabe que menos de cinco minutos después girará a la derecha, en la esquina de la rue Lappe, para llegar a su casa. Apenas sabe dónde vive y que tenía un prometido al que se llevaron preso a un campo de prisioneros en Austria, pero es como si lo hubiera aprendido todo sobre ella.

Ahora Franz Müller repite el nombre de ella para sí otra vez, Anna, Anna Cavour, como si temiera olvidarlo, y todavía no ha perdido de vista a la mujer en la oscuridad de la calle, cuando recuerda que a su lado hay un teniente bebido de la Wehrmacht que piensa que un capitán de las SS lo va a arrestar. Quizá espera que se lo lleve detenido, o acaso una reprimenda.

Franz Müller lo mira, severo. Un gigantón con los ojos enrojecidos que ahora parece un colegial inocente que espera el castigo de su profesor.

—Teniente —le dice, muy serio, con la misma rabia contenida que lo haría Dieter Block—. Su comportamiento es una vergüenza para el ejército alemán. No voy a dar parte por esta vez, pero no quiero volver a verle por aquí, ¿entendido?

El oficial se cuadra. Tan recto que de repente parece que no está borracho, que las copas de vino que se ha tomado en el café cuando Franz Müller estaba dentro no han sido más que un sueño. Antes de cruzar la plaza en dirección al bulevar Beaumarchais se vuelve hacia la rue Roquette, pero está tan oscura que ya no puede ver a Anna. Seguro que ya ha llegado a su casa.

Todavía se queda un rato en la acera, aguantándose las ganas de caminar hasta la calle donde vive Anna para verla otra vez.

Anna

Quería matarlo. Si antes alguna vez, de una forma confusa, había pensado en hacerlo, pero a sabiendas de que se trataba de una intención que no significaba nada aparte del desahogo que le producía la idea de clavar un cuchillo en la barriga de Robert Bishop, mientras lo miraba a los ojos, ahora el sentimiento que le afectaba era tan intenso que pensaba que si se lo encontraba antes de llegar a las oficinas de la OSS acabaría detenida por haber matado a un agente del servicio secreto norteamericano. Esperaba calmarse antes de verle la cara. Rubén estaba vivo y no podía dejar de pensar que Bishop lo sabía, que lo había sabido siempre, cuando le pidió que entablase una relación con Franz Müller en París o cuando fue a buscarla para chantajearla y la obligó a que fuera a Berlín con él, a que se convirtiera en una puta de nuevo si era necesario.

Estaba segura de que le había ocultado esa información para utilizarla cuando lo considerase oportuno. De todos los tipos que había conocido desde que empezó a colaborar con la Resistencia en 1940 en París, Bishop era, con diferencia, el más despiadado, el único que no tenía ningún problema en ocultar sus sentimientos, sencillamente porque no los tenía.

Antes de subir las escaleras del mismo edificio adonde el hombre al que estaba a punto de ver y le apetecía matar la había llevado en cuanto llegaron a Berlín, tuvo que detenerse un momento para respirar aire despacio y contenerlo unos segundos en los pulmones, para relajarse, procurando respirar con el diafragma, como le habían enseñado a hacerlo en el cursillo

acelerado que recibió en Inglaterra, cuando tuvo la maldita idea de haber aceptado trabajar para Bishop y para sus jefes, ese ente abstracto que no podía imaginar que iba a terminar acarreándole tantos problemas, arruinándole la vida, no solo la suya, sino también la de Rubén sin saberlo, cuando todo lo que había hecho ella fue para ayudarlo a salir de donde estaba.

Pero ni siquiera después de haber respirado hondo cuatro veces consiguió dejar de repetirse la letanía que se venía diciendo después de haber pasado la noche en vela. Eres un hijo de puta, Bishop. Eres un hijo de puta, Bishop. Eres un hijo de puta, Bishop.

Abrió la puerta de su despacho sin llamar y se lo dijo, sin preocuparse de comprobar primero si había alguien con él.

—¡Eres un hijo de puta!

Bishop la miró con el ceño fruncido, los ojos que acababan de levantarse de un informe que tenía sobre su mesa. El flequillo castaño en mitad de la frente, como si no le hubiera dado tiempo a engominarse el pelo esa mañana, o es que acaso tampoco hubiera podido pegar ojo.

—¡Eres un hijo de puta! —repitió, y no había terminado la frase cuando ya estaba buscando en la mesa algún objeto con la consistencia suficiente para poder estrellárselo en la cabeza y abrirle el cráneo—. ¡Un hijo de puta y un mentiroso!

Pero Bishop parecía haberle adivinado la intención, y antes de que ella pudiera acercarse se había levantado y había rodeado la mesa. Tal vez evitó que el cenicero o el pisapapeles le abrieran la cabeza, pero la bofetada de Anna llegó demasiado deprisa, o acaso decidió que no tenía sentido esquivarla porque probablemente se la merecía.

Volvió la cara el americano después de recibir el golpe, sin mover el cuerpo, muy serio, pero cuando Anna trató de abofetearlo por segunda vez le agarró la muñeca, y luego la otra porque no se calmaba y había hecho ademán de golpearlo de nuevo.

—¡Tranquilízate, Anna!

—¡Y una mierda!

Bishop le apretaba las muñecas, con la firmeza suficiente para dejar claro que tenía mucha más fuerza que ella.

—¿Se puede saber qué demonio te ha picado? Si hay alguien que tiene que estar enfadado soy yo. Anoche me engañaste y me despistaste, seguro que para encontrarte con Franz Müller. Ten mucho cuidado. Podemos devolverte a París y dejarte en manos de tus viejos compañeros. Les encantará saber que les damos libertad para hacer contigo lo que quieran.

—Está vivo. —Anna casi escupió las dos palabras en la cara de Robert Bishop.

—Ya lo sabemos. Por eso te hemos traído a Berlín, para que nos ayudaras a convencerlo de que se pasara a nuestro lado.

Anna negó con la cabeza, y al mismo tiempo tiró de las manos de Bishop hacia abajo para soltarse. Era algo que también le habían enseñado en Inglaterra, durante su entrenamiento, la forma de librarse de alguien que te agarra de las muñecas. Pero llevarlo a la práctica no era tan sencillo, y si ahora pudo escaparse de la tenaza de Robert Bishop fue porque él se dejó.

—No te estoy hablando de Franz Müller.

El agente de la OSS frunció el ceño.

—Me refiero a Rubén.

Aún permaneció Bishop unos segundos con el rictus encogido, como si no supiera de quién estaba hablando Anna. No abrió la boca hasta que no encajó el nombre en su cabeza.

—Rubén —murmuró, con los ojos entornados, como si tratase de ver su cara a pesar de que no lo conocía.

—Rubén está vivo, cabrón. Me engañaste. Me dijiste que había muerto en un campo de prisioneros, y ahora ha regresado de la tumba.

Bishop tomó aire y luego lo expulsó despacio antes de encogerse de hombros, satisfecho, como quien acaba de resolver un enigma.

—Supongo que es una buena noticia... ¿Cómo te has enterado?

Anna lo miró como si fuera un estúpido porque no era capaz de entender lo que le estaba diciendo.

—Está aquí, en Berlín. Anoche me encontré con él.

Bishop bajó los ojos, pensativo.

—¿Es cierto lo que me estás diciendo?

—Tan cierto como que lo que más me apetece ahora mismo es arrancarte

los ojos.

El espía pasó por alto el comentario poco delicado de la mujer.

—¿Estás segura de que era Rubén?

Anna suspiró, impaciente.

—Te acabo de decir que me encontré con él. No es que lo viera por la calle y lo saludase con la mano. Estuvimos hablando y luego se marchó. No quiso quedarse conmigo, aunque supongo que eso no te sorprende...

—¿Cómo ha llegado a Berlín? ¿Sabes qué ha venido a hacer aquí?

Anna se quedó mirándolo.

—Ha venido para buscarme, me dijo —bajó los ojos, y luego volvió a mirarlo—. Para verme por última vez.

Bishop asintió.

—Sabía que estabas aquí.

—Lo liberaron del campo de exterminio y volvió a París. Allí ha preguntado por mí. No es difícil hacerse una idea de cómo ha supuesto que yo estaba en Berlín. Ha preguntado por aquí y por allá, a los amigos comunes, los que aún no sabían que yo había vuelto pero suponían que estoy en Berlín desde el año pasado. Fíjate, qué ironía. Si no me hubieras obligado a venir ahora mismo yo no estaría en Berlín, y a lo mejor a Rubén no le hubiera sido tan fácil encontrarme.

—A lo mejor ha sido entonces gracias a mí por lo que él ha podido encontrarte.

—Pero ni siquiera por eso se me quitan las ganas de matarte. Eres un cerdo, Bishop. Rubén estaba vivo y no me lo dijiste.

—Yo no he sabido nunca que Rubén estaba vivo. Ni siquiera ahora, cuando he ido a París a buscarte. Y me alegro mucho de que haya sobrevivido a la guerra. Te lo digo de verdad.

Anna sacudió la cabeza. Suspiró.

—Pero ya nada será lo mismo.

Bishop estuvo a punto de poner una mano sobre su hombro, para consolarla, pero al final detuvo el gesto antes incluso de empezarlo.

—Todos hemos hecho sacrificios. Sabes que no has sido la única. Ahora solo nos queda un último esfuerzo —miró al otro lado de la ventana, los

edificios en ruinas, como si buscara allí algún tipo de inspiración, la frase siguiente que debía decir para convencer a Anna—. En cuanto solucionemos el asunto de Franz Müller, podrás volver y olvidarte de nosotros para siempre. Ya es solo cuestión de días. De horas, quizá. Estoy convencido de que volverás a París con Rubén. Yo mismo me encargaré de que los dos volváis juntos. Tenéis toda la vida por delante.

Cogió una silla y la acercó a su mesa.

—Siéntate —le dijo, antes de rodear su escritorio y acomodarse frente a la silla que había puesto para ella.

Anna obedeció de mala gana.

—Tenemos que encontrar a Franz Müller —le dijo Bishop—, y tenemos que hacerlo cuanto antes.

—¿Antes de que lo hagan los rusos?

Anna no pudo evitar un ramalazo de ironía a pesar de todo.

—O antes de que él se entregue a los rusos.

—No me imagino yo a Franz Müller abriéndole su corazón a los rusos.

—También pueden obligarlo a cooperar.

—¿Igual que vosotros?

Bishop se inclinó sobre la mesa, no mucho, lo justo para subrayar lo siguiente que iba a decir.

—Por su bien espero que, si hay que obligarlo a cooperar, seamos nosotros quienes lo encontremos primero.

Anna no disimuló ahora una mueca de disgusto. Pero no tenía ganas ni tampoco era el momento de ponerse a ponderar las ventajas de vender su alma a los americanos o entregársela a los rusos.

—Ya te dije, y te lo vuelvo a decir, que no estoy muy segura de que Franz Müller tenga muchos secretos que vender.

Anna estaba convencida de eso. Franz Müller era un ingeniero, pero, hasta donde ella sabía, su posición dentro de la estructura de los muchos hombres de ciencia que pusieron su talento al servicio del III Reich era poco menos que insignificante.

—Era solo un funcionario menor, una especie de administrativo —añadió—. Durante el tiempo que pasé con él me quedó bastante claro que no le

gustaba participar en la fabricación de armas para los nazis, y ya sabes que se alegraba de que Hitler no estuviera interesado en ese prototipo de aviones en los que trabajaban.

—Pero el mundo cambia. Y va a cambiar mucho más a partir de ahora. Y esos aviones que el Führer detestaba dentro de muy poco serán el futuro. Más rápidos, más potentes, más manejables. Los aviones a reacción serán los que decidirán las guerras del mañana.

Anna se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero yo no tengo tan claro eso de que Franz Müller pueda ayudaros. Y, aunque pudiera, estoy segura de que no lo haría de buen grado.

Bishop desdeñó su argumento con un giro rápido de cabeza. Luego señaló con la barbilla, detrás de ella, la ventana, o, mejor, lo que estaba al otro lado del cristal, el trozo de ciudad destruida que podía contemplarse.

—Franz Müller no está en situación de elegir, Anna. Ahora es un ingeniero aeronáutico especializado en aviones a reacción que se ha quedado sin trabajo. El futuro —enarcó las cejas Robert Bishop al decir esta palabra de nuevo—. No ha pertenecido a las SS; que sepamos hasta ahora, pero eso no le va a librar de tener que rendir cuentas o de pasarse una temporada con nosotros hasta que averigüemos en qué ha estado metido. Quién sabe. Lo más probable es que le hagamos una oferta de trabajo y se convierta en ciudadano estadounidense. Pero antes tenemos que encontrarlo.

—Y convencerlo de que colabore con vosotros.

—Colaborará, no te quepa duda.

Anna no quiso buscar a la frase otras interpretaciones más allá de lo que Bishop hubiera querido decir.

—Y, cuando tengas a Franz Müller, ¿me dejaréis en paz para siempre?

—Puedes estar segura de ello. Y te devolveremos a París con Rubén, eso te lo garantizo.

Anna tragó saliva al escuchar el nombre de Rubén. Se preguntó qué estaría haciendo ahora, dónde habría dormido, si dispondría del dinero suficiente para alimentarse siquiera.

—No sé dónde está Rubén. Y tampoco sé si querrá verme otra vez. Ten

en cuenta que él tiene muchos motivos para odiarme, para no querer volver a estar conmigo.

—Si eso fuera cierto no creo que hubiera venido a Berlín a buscarte.

—Me gustaría que me ayudaras a encontrarlo.

Bishop se echó hacia atrás en el asiento. A Anna le dio la sensación de que el agente de la OSS al que habría querido matar hace un rato, hubiera sonreído en ese momento si supiera hacerlo. Le pareció que lo que dijo luego se lo dijo de verdad.

—Estaré encantado de poder ayudarte. Y también, si quieres, le explicaré a Rubén lo que hiciste por nosotros en París. Que si entablaste una relación con Franz Müller fue porque nosotros te forzamos a ello.

Anna bajó los ojos. Prefería no hablar de eso ahora. Aún no se había repuesto de su encuentro con Rubén, y todavía habría de encontrarse con Franz Müller.

—Anna, nunca hemos sido amigos, pero creo que siempre nos hemos respetado. Sé que muchas veces no resulta fácil controlar los sentimientos.

—Pues para ti eso no ha parecido ser nunca un problema.

Robert Bishop pasó por alto el comentario sarcástico.

—¿Qué hiciste anoche cuando saliste del café?

—Encontrarme a Rubén. Te lo acabo de contar. ¿Qué tiene eso que ver con el control de los sentimientos?

Bishop entornó los ojos. De nuevo se inclinó un poco sobre la mesa, como si la interrogara. Y Anna pensó que no había mucha diferencia.

—No te pases de lista conmigo. Una cosa es que te permita cierto margen de maniobra, y otra muy distinta que me tomes el pelo.

Anna frunció el ceño, como si no comprendiera.

—¿Por qué te fuiste del café antes de que yo llegara? Anna sabía adónde quería llegar, y ella no le iba a facilitar el billete para ese destino.

—Quería tomar el aire. Había mucho humo dentro. Y luego me encontré a Rubén en la calle y ya no quise volver. Verás, Robert. No es que quisiera cambiarte por él, sino que entenderás que teníamos muchas cosas que contarnos.

Bishop resopló, sin acabar de resignarse. Se había inclinado un poco más

sobre la mesa, los ojos clavados en Anna.

—Me han contado que un sargento de nuestro ejército se sentó a tu mesa. No iba desencaminado. Para nada.

—Te han informado bien. Pero no irás a pedirme que entable una relación con él por el bien del mundo libre, ¿verdad?

Robert Bishop seguía ignorando su sarcasmo.

—Y también me han dicho que salisteis juntos a la calle.

—Eso es una forma muy simple de verlo. Yo salí primero y el salió después.

—También me aseguran que os vieron atravesar la plaza.

Anna se encogió de hombros.

—Es posible, pero no íbamos juntos.

—Más te vale.

—¿Por qué?

—Porque lo han encontrado muerto.

Anna respiró y aguantó el aire dentro unos segundos.

Aquellas clases de relajación que había recibido en Inglaterra cinco años antes habían terminado sirviendo para algo.

—Vaya, lo siento —dijo.

—Al sargento Borgnine se lo han encontrado muerto esta mañana. Le habían aplastado la cabeza con la tapa de un contenedor de basura que estaba tirado en el suelo y lleno de sangre también.

—Parecía un hombre pendenciero. Pero ya te digo, lamento que lo hayan matado.

—Anna, ¿qué pasó ayer cuando saliste del club?

Ella se encogió de hombros y levantó las manos como si quisiera disculparse o de verdad ignorase lo que había sucedido.

—Lo que te he dicho. Salí a tomar el aire, me puse a caminar un poco y me encontré a Rubén.

—Ya... y, ¿dónde te lo encontraste?

—Bueno, ya sabes que no es fácil orientarse en Berlín, a oscuras y con la ciudad en ruinas. No sé qué decirte. No muy lejos de Die blaue Blumen.

—¿Y qué pasó con Borgnine?

—¿Con quién?

—El sargento que hemos encontrado muerto. ¿Aún iba contigo cuando te encontraste con Rubén?

Anna negó con la cabeza, con firmeza, para desdeñar esa posibilidad sin que hubiera ninguna duda.

—Al tal sargento Borgnine me lo quité de en medio enseguida.

Se quedó callada, pero la expresión de Bishop no dejaba lugar a dudas. Quería saberlo todo.

Anna improvisó.

—Le dije que trabajaba para la OSS, y que si no quería verse metido en ningún lío tendría que dejarme en paz. Le dije que era francesa, y no una de esas mujeres de Berlín a las que muchos americanos creen que pueden encandilar con una tableta de chocolate y una sonrisa.

Bishop seguía mirándola.

—También te mencioné a ti. Le dije que trabajaba en tu despacho. Que bastaba con que te dejara caer su nombre para que volviera a ser un soldado raso y le quitaran las medallas que lucía en la solapa. No me irás a decir que sospechas de mí —lo siguiente iba a ser más arriesgado, pero Anna ya no estaba dispuesta a echarse atrás—. O de Rubén...

Bishop parpadeó, y Anna no estuvo segura de si de verdad sospechaba de Rubén, que tenía razón sin saber la verdad. Era mejor seguir adelante.

—Me gustaría que vieras a Rubén. No debe de pesar más de cincuenta kilos. ¿Conocías al sargento Borgnine? Tendría al menos una cuarta más de estatura que tú, y parecía muy fuerte. Sí sospechas de Rubén es porque tienes mucha imaginación, Robert. Quizá deberías dejar el servicio secreto y dedicarte a la literatura.

—Tenemos que encontrar a Franz Müller, y tenemos que hacerlo cuanto antes.

Robert Bishop había cambiado de tema inopinadamente, pero Anna no estuvo segura de haberlo convencido. Al verlo ahí, sentado, mirándola, con esa incapacidad suya de sonreír o dejar entrever alguna clase de sentimientos, no podía dejar de preguntarse hasta qué punto lo había convencido la historia que le había contado, aún más, si, cuando se levantó para despedirla, se

habría creído alguna de las patrañas con las que lo había estado entreteniendo. Ya estaban de pie cuando volvió a insistirle en lo de Franz Müller.

—Recuerda que estás en Berlín para eso, para ayudarnos a encontrar a Müller. Para convencerlo de que sea uno de los nuestros.

—Uno de los nuestros. —Anna copió en un murmullo las palabras de Bishop.

—Uno de los chicos buenos. Encuéntralo.

—Haré lo que pueda. Pero debes dejarme que lo intente yo sola.

—Eso no puede ser. No es seguro. No sabemos quién es ahora Franz Müller, y tampoco sabemos en lo que está metido. Han muerto tres ingenieros en los últimos dos meses, ya lo sabes.

—Si Franz Müller me ve con vosotros, será mucho más difícil que pueda hablar con él, peor todavía, a lo mejor lo único que conseguimos es espantarlo, y entonces ya no lo podréis encontrar jamás. No sé, si encontrarlo es tan importante como dices, estoy segura de que no te importará arriesgar la vida de una agente, perdón, ex agente, prescindible, como yo.

—El Werwolf no es ninguna broma.

—Ya lo sé. Tal vez fueron algunos de estos que se niegan a rendirse los que mataron al sargento.

—Lo estamos investigando. Es una posibilidad.

Anna no quiso ahondar más en el asunto para no darle la oportunidad de que sospechase más de ella o de Rubén, si es que acaso Bishop albergaba todavía alguna duda aunque no se lo había dicho.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —le preguntó.

—¿Para qué?

—Para llevarnos hasta Franz Müller.

—Hay un sitio al que debería ir, ya te lo he dicho. Tal vez allí pueda encontrarlo. Pero debo ir sola. Es la única condición que te pido.

—Anna, tú tampoco estás en situación de pedir condiciones. No deberías olvidarlo.

Ahora sí le sostuvo ella la mirada. Le iba a decir lo que pensaba.

—Pero yo ya no tengo nada que perder. Tú tampoco deberías olvidar eso

si quieres encontrar a Franz Müller y ofrecerle una casa con jardín, un coche y un puesto de profesor en una universidad de tu país.

Bishop se quedó mirándola, pero Anna no movió ni un músculo de la cara. Estuvieron así unos segundos, como si fuera una partida de póquer en la que los dos jugadores quisieran añadir más tensión a la timba retrasando el momento de enseñar sus cartas. Pero ella no iba de farol ahora, y esto Bishop lo sabía. En esa apuesta iba a ir a por todas. O lo tomaba o lo dejaba. Si la dejaba actuar por su cuenta y riesgo, a lo mejor encontraba a Franz Müller. Si no lo hacía, tal vez no lo encontraría nunca. Robert Bishop aún aguantó las cartas ocultas un instante, pero, antes de ponerlas en la mesa, Anna ya sabía la respuesta. Nunca había jugado al póquer, pero estaba claro lo importante que, por alguna razón que no alcanzaba a entender del todo por mucho que le explicaran, era Franz Müller para los norteamericanos y, a estas alturas de la partida, sobre todo porque era verdad lo que le había dicho, que a ella no le quedaba nada que perder, ya sabía que a Bishop no le quedaba más remedio que aceptar sus condiciones.

—De acuerdo —lo escuchó decir, y no quiso reprimir una especie de sonrisa apuntada en los labios, el gesto que seguramente a aquel hombre estirado al que jamás había llegado a conocer del todo nunca le habían enseñado—. Tienes hasta mañana por la tarde. Ve donde quieras, haz lo que quieras. Pero cuando vuelvas por aquí quiero que me traigas a Franz Müller. Si no lo haces —ahora Bishop la apuntaba con el índice, y Anna estuvo segura de que en ese momento tampoco iba de farol—, te devolveremos a París sin rehabilitar tu nombre y tendrás que vértelas con tus antiguos compañeros de la Resistencia. Estoy seguro de que estarán encantados de saber que has vuelto.

Anna se dio media vuelta sin decir nada más, y cerró la puerta del despacho, bajó las escaleras del edificio y salió a la avenida. Antes de cruzarla podía haberse vuelto hacia la ventana.

Estaba segura de que él la estaba mirando desde arriba, como si hubiera sido tan tonta —y Robert Bishop sabía que no lo era— como para que alguien a quien él estuviera interesado en encontrar la estuviera esperando tan cerca de las oficinas de la OSS en Berlín. Lo más probable era que hubiera

una persona encargada de seguir sus pasos por la ciudad, un militar o un hombre de paisano. O quizás una mujer. Pero a ella también le habían enseñado cómo despistar a alguien que la seguía. No era de las cosas más difíciles que había aprendido, y también estaba convencida Anna de que Robert Bishop no era tan estúpido como para pensar que ella no se habría preocupado de no darle tantas facilidades para encontrar a Franz Müller.

Pero ahora era quien más le preocupaba. El tal sargento Borgnine había muerto. Y lo había matado Rubén. Para salvarla a ella. Y ahora que le había contado a Bishop que se había encontrado con él, estaba convencida de que su antiguo jefe no tardaría en atar cabos, que lo estaba haciendo ahora mismo, seguro que asomado a la ventana desde donde la miraba cruzar la calle y perderse entre los escombros de Berlín. Pronto alguien tendría una prueba de que Rubén había acabado con la vida de ese militar que había intentado forzarla. Había testigos que los habían visto salir a los dos del bar juntos. Y alguien habría visto a Rubén también. Y lo peor de todo sería que lo detuvieran y lo juzgaran por su culpa. A su Rubén, que bastante había sufrido ya. Si encontraba a Franz Müller, tal vez Bishop cumpliría su promesa de devolverla a París con Rubén. Aunque él no quisiera volver a estar con ella, Anna iba a hacer todo cuanto estuviese en su mano para sacarlo de allí, para poner tierra de por medio antes de que alguien lo encontrase y lo metiera en una celda hasta que lo juzgasen.

Franz

A Franz Müller le gustaría pensar que la vida se repite, pero en Berlín era diferente. Esta vez no había podido salvar a Anna, y era ahora cuando más quería convertirse en el héroe que nunca fue, cuando sus pecados se habían agrandado tanto que lo de París —llevar un carnet de las SS que no era suyo, hacer que estaba en la puerta del café como por casualidad— no era más que una mentirijilla comparado con todo lo que sucedió después.

En Berlín, después de que terminase la guerra, había vuelto a ser el músico aficionado que tocaba el violín en la calle para sacar algún dinero, ahora mucho más necesario que antes, cuando el único trabajo posible para un hombre como él era recoger escombros. Pero lo peor de su situación era su condición de ingeniero. Se había preguntado Franz Müller muchas veces qué habría sido de su vida si se hubiera quedado en Austria, si hubiera encontrado la manera de evitar ser llamado a filas o si se hubiera escondido en algún lugar donde nadie lo hubiera podido encontrar en lugar de volver a Berlín para trabajar como ingeniero en la fábrica de aviones a reacción de Heinkel. Desde su último viaje a París, ya no había vuelto a ver a Anna, nunca más. Durante diez meses se habían encontrado cuatro veces, y aunque había apretado todas las teclas que pudo para que ella se marchase de París con la Wehrmacht que se retiraba, al final no supo nada más de ella, y no la había vuelto a ver hasta hoy, después de que su viejo amigo Dieter Block, que ahora no se llamaba así porque los SS eran detenidos y encarcelados, le informara de que la habían visto en Berlín acompañada de un agente

norteamericano.

—Nunca debiste fiarte de esa mujer, Franz. —Dieter Block le hablaba como si todavía fuera un Obersturmbannführer que podía decidir sobre las vidas de los demás—. Te lo advertí entonces y te lo vuelvo a decir ahora. Una mujer que se encuentra contigo en París, y enseguida se convierte en tu amante. Y ahora aparece en Berlín acompañada de un espía americano. Ya me dirás tú qué significa eso.

Pero ya no estaban en un despacho con la foto del Führer donde un ordenanza se cuadraba en la puerta cuando Dieter Block entraba o salía, ni en una terraza de la Kurfürstendamm. Ahora era un piso en ruinas de Charlottenburg, en el sector norteamericano. En lugar del cuadro de Hitler en la pared había un enorme boquete desde donde se veían los escombros de la calle.

A Dieter Block lo había visto varias veces desde que terminó la guerra. Igual que para muchos nazis, no le había sido difícil conseguir una nueva identidad. Algunos se habían marchado de Alemania, sin embargo a otros les había bastado con cambiar su nombre y diluirse entre los miles de ciudadanos anónimos que trataban de arrimar el hombro para reconstruir el país.

Dieter Block volvió la cara un instante para mirar las ruinas a través del agujero de la pared.

—Nuestro mundo se ha reducido tanto...

Müller se encogió de hombros. Podía contestar muchas cosas a esa frase, pero ya no tenía sentido discutir con Dieter Block sobre las ventajas del nazismo. El Nacionalsocialismo se había acabado, por mucho que algunos como él se empeñasen en creer lo contrario. En Alemania había empezado una nueva era. Por fin.

—¿Qué más sabes de ella?

Dieter Block le sostuvo la mirada.

—Tal vez tú puedas decírmelo, Franz.

Müller sabía que el otro disponía de una red de informadores por Berlín, unos cuantos como él, nostálgicos del III Reich que pensaban que la guerra todavía podía ganarse a pesar de haberla perdido. De cuando en cuando realizaban alguna acción que a ellos les gustaría calificar de guerrilla, pero

que en realidad para el ejército de ocupación no significaba más que la pataleta de unos chiquillos traviesos que protestaban porque los han dejado sin postre. Alguna explosión, un tren descarrilado, el robo de algún cargamento insignificante de armas. El problema era que, en algunas de sus acciones, había muerto gente, y eso resultaba más grave. Y era posible que también su amigo estuviera implicado en el asesinato de los tres ingenieros que habían aparecido muertos en Berlín en los últimos dos meses. Mejor no preguntárselo, porque también sospechaba Franz Müller que si él seguía vivo tal vez era porque todavía, a pesar de todo, Dieter Block le guardaba las espaldas.

—Dicen que ha venido a Berlín a buscarte.

—Pues ya sabes tú más que yo.

—No juegues conmigo, Franz. Nos conocemos demasiado bien los dos como para saber en qué momento decimos la verdad y en qué momento mentimos. ¿Por qué ha venido a buscarte? ¿Acaso te vas a entregar a los americanos?

Fue la primera vez que Müller entrevió una amenaza velada en las palabras de su viejo amigo. Durante todos estos años, a pesar de sus diferencias y de su fanatismo ideológico, Dieter Block al final siempre había respetado su postura, su manera de entender el mundo, aunque no la compartiera. Y para un nazi eso ya era bastante. Pero que se pasase al otro bando tal vez sería una traición imperdonable. Algo que ni siquiera su vieja amistad podría permitir.

—No creo que yo pueda ser válido para nadie. Ni para los americanos ni para los rusos.

Dieter Block dejó escapar el aire, despacio, como si estuviera muy cansado o es que acaso lo estaba.

—No te subestimes, Franz. Los dos sabemos que eres un ingeniero notable.

—Pero mi aportación a la industria militar de Alemania ha sido insignificante.

—Parece que los norteamericanos no opinan lo mismo.

Franz Müller frunció el ceño.

—Puede que quieran detenerme entonces.

Su amigo sacudió la cabeza, se inclinó hacia delante en la silla, como si fuera a hablarle en voz baja.

—Si solo quisieran detenerte, ya lo habrían hecho —añadió—. Y no necesitarían a esa mujer aquí.

El surco entre las cejas de Franz Müller se volvió más profundo.

—Entonces, ¿para qué ha venido ella a Berlín?

Dieter Block volvió a incorporarse en la silla. La espalda recta, como si de nuevo estuviera en su despacho y volviese a llevar uniforme.

—Eso deberás averiguarlo tú. Hazte un poco visible. Seguro que Anna sabrá despistar a ese sabueso americano. Aprovecha ese momento para hablar con ella —otra vez volvió a acercarse a él, como si fuera a contarle un secreto, incluso bajó la voz—. Quizá haya venido para ofrecerte un trato.

Primero asintió Franz Müller, menos porque estuviera de acuerdo con las palabras de Dieter Block que por la costumbre de no meterse en líos y no discutir. Ofrecerle un trato. Eso era mucho aventurar. Que Anna estuviera en Berlín lo alegraba, sin duda, pero que la hubieran visto acompañada de un agente del servicio secreto norteamericano, aunque no le sorprendía, no contribuía, precisamente, a sosegar su ánimo. Tal vez un juego que había empezado sin que ninguno de los dos supiera que el otro lo hacía para un equipo diferente había llegado a su fase final, y la partida iba a terminar aquí, en el Berlín ocupado por los aliados, en su propio mundo, que, como había afirmado Dieter Block hacía un momento, se había terminado reduciendo tanto.

—Ofrecerme algo —dijo, para sí, tan bajo que no estuvo seguro de que Dieter Block pudiera escucharlo.

Pero sí lo había escuchado.

—Los ingenieros que habéis trabajado para el ejército estáis muy cotizados, tanto por los soviéticos como por los americanos. Los aliados son ahora como dos osos que se miran con desconfianza, y los hombres como tú se van a convertir en piezas clave de las guerras que se librarán en el futuro.

Franz Müller no estuvo seguro de si había cierta nostalgia en las palabras de Dieter Block.

—Incluso los hombres como yo también seremos útiles a partir de ahora.

Ahora Müller se quedó mirándolo, interrogativo. No estaba muy seguro de lo que había querido decirle con aquella frase. ¿Se referiría a los oficiales de las SS o solo a los hombres decididos y valientes como él?

—Escúchame, Franz. Acércate esta noche por Die blaue Blumen. Si alguien busca a un científico que tiene secretos que vender, seguro que pasará por allí.

Franz Müller sacudió la cabeza.

—Pero yo no tengo secretos que vender...

Dieter Block imitó su gesto de negación.

—Eso ni siquiera tú puedes saberlo —volvió a inclinarse en la silla y añadió—. Nadie puede. A lo mejor te ofrecen una casa con jardín en Estados Unidos, una casa con un coche en la puerta, cerca de una universidad prestigiosa —apuntó una sonrisa que a Franz Müller le pareció que estaba a punto de convertirse en carcajada—. Fíjate, Franz, al final será la ingeniería la que te salvará la vida, y no la música. Y, además, podrás verla a ella.

Müller dejó escapar aire por la nariz, con pesadez, como si le disgustase el razonamiento de su amigo o le costase claudicar y reconocer que sí, que era verdad, que al final tal vez sería la ciencia y no la música lo que lo iba a salvar. Pero la vida era mucho más complicada que eso.

—Aunque también podrías irte con los rusos. Es lo bueno de ser un científico talentoso, que ahora mismo puedes elegir en qué bando militar, y los dos te recibirán con los brazos abiertos. Pero ten cuidado, no tardes mucho en decidirte. También pueden secuestrarte en la calle, a plena luz del día, y llevarte a donde quieran para encerrarte e interrogarte hasta que les cuentes incluso el último detalle que creías haber olvidado.

Pero Müller no podía callarse algo que llevaba dentro.

—Ya han muerto unos cuantos científicos que iban a vender sus secretos.

Dieter Block se encogió de hombros, como disculpándose.

—Estamos viviendo tiempos difíciles, Franz. Hasta ahora he podido salvarte la vida, pero yo no tengo control sobre todo. Y no puedo contártelo todo.

Es por eso por lo que dos años después estaba otra vez en la puerta de un

café, ahora en Berlín, la ciudad donde había nacido y se había criado, burlando el toque de queda como un fugitivo. Un ingeniero que se había quedado en el paro cuando terminó la guerra, que espera en la puerta de un club a que llegue una mujer a la que había engañado en París. Como un centinela otra vez, Franz la vio llegar, sola, y cuando entró en el local tuvo que resistir el impulso de entrar él también a buscarla, sentarse frente a ella en una mesa y poner las cartas boca arriba de una vez. Pero Müller se escondió en la oscuridad de un portal. Muy cerca había un coche con dos hombres dentro. No le costaba imaginar que Anna se había bajado de ese mismo automóvil una o dos manzanas más allá para poder entrar en el club sola, tal vez para dar confianza a un ingeniero desesperado que aguardaba su llegada como un salvoconducto que le iba a permitir salir de Berlín y empezar una nueva vida.

Esperó un rato todavía antes de decidirse a entrar. No se atrevió hasta que el coche con los dos hombres arrancó y desapareció. No estaba seguro de que no fuera a volver dentro de un momento, pero antes de dar el primer paso se dio cuenta de que, al otro lado de la plaza, también había alguien que parecía buscar el resguardo de un portal oscuro. Pero no podía demorarse más. Si alguna vez tuvo dudas, para Franz Müller acababa de quedar claro que siempre careció de las cualidades necesarias para ser un agente secreto. Antes de encontrarse con una mujer que había venido hasta Berlín para buscarlo, estaba viendo fantasmas por todos lados, en un coche aparcado, en un hombre que parecía ocultarse en un portal.

Pueden detenerte en la misma calle, le había dicho Dieter Block esa tarde. Como si él ya no lo supiera. Desde hace seis meses, cada vez que sale a la calle en Berlín, a pesar de que ahora en sus documentos aparece el nombre de un muerto, ha tenido la sensación de que un coche se parará en la acera con un chirrido de neumáticos, que de él bajarán unos hombres que le hablarán en un idioma que le resultará extraño y que, no sabe si con amabilidad o por la fuerza, le dirán que los acompañe. Y eso no era lo peor. Lo peor era que cualquiera de los exaltados que todavía se negaban a aceptar la derrota del Reich, pensasen que iba a ir a los rusos o a los americanos con sus secretos o con sus ecuaciones y que tal vez acabaría con el cuello abierto de oreja a

oreja por un cuchillo, como le había sucedido a varios científicos a los que conocía, el último Hans Albert George.

Se caló el sombrero Müller, se subió las solapas del abrigo, bajó la barbilla, no tanto para protegerse del frío como para ocultar su rostro de traidor, y dio el primer paso para cruzar la acera hasta Die blaue Blumen.

Era todo igual que antes, la vida calcada le parecía, cuando, al otro lado del cristal, un suboficial con los tres galones de sargento en la guerrera se había sentado a la misma mesa que Anna. Ahora no llevaba el documento falso que le había dado Dieter Block con él, y de haberlo llevado tampoco podría hacer nada para pararle los pies a un sargento del ejército de los Estados Unidos que se había puesto pesado con una francesa de madre alemana —ahora sabía muchas más cosas de ella que dos años antes—, y, aunque quisiera hacerse el héroe, no podía entrar en un bar donde había seis o siete hombres más vestidos con el mismo uniforme. Y por culpa del ruido del motor y de los faros del coche que aparecieron en la esquina hubo de volver a buscar refugio otra vez en un portal. Sus documentos eran falsos, pero fueron fabricados con tanta diligencia que por ese lado estaba tranquilo: cada vez que se los habían pedido en la ciudad la policía alemana o alguno de los soldados de cualquiera de los cuatro países que ocupaban Berlín, jamás había tenido problemas, pero estar en la calle de noche sin tener un permiso para poder saltarse el toque de queda era una falta demasiado grave como para que no lo detuvieran y al final alguien acabase averiguando su verdadera identidad: Franz Müller, ingeniero que había trabajado en el fallido proyecto de aviones a reacción en la fábrica de Oraniemburges. Una pieza, según Dieter Block, demasiado jugosa para que ni los rusos ni los americanos quisieran dejarlo escapar.

Dio un empujón a la puerta que por fortuna cedió enseguida. Era una de las ventajas de vivir en una ciudad destrozada por las bombas, que había barrios en los que resultaba sencillo encontrar edificios con fachadas sin muros que dejaban al descubierto los pisos aún habitados por gente que se resistía a marcharse. Las habitaciones, el salón donde se conservaban unos muebles como si al otro lado de las paredes que ya no existían no hubiera sucedido nunca la guerra, y puertas que se abrían con solo empujarlas. Desde

el zaguán vio el coche detenerse un instante otra vez, ni muy lejos ni muy cerca del club, pero seguro que desde donde estaba se podía controlar la puerta del local, ver si él se decidía a entrar o si Anna salía. Ahora entraron dos personas más, y Franz Müller entornó los ojos, como si al hacerlo pudiera ver mejor en mitad de la noche. Luego el coche arrancó, pero todavía esperó un rato en la protección precaria del zaguán, esperando que no apareciera algún vecino y se pusiese a dar gritos para que viniera la policía.

Mientras esperaba el momento oportuno para salir a la calle, se preguntaba si Anna se habría librado del sargento ese que se había sentado a su mesa, y no pudo evitar una sonrisa, como si otra vez estuviese en París, como si todo lo que había pasado desde entonces no fuese más que el futuro intacto que sus mentiras —las de él y las de Anna— no podrían malbaratar todavía.

Aún esperó otros dos minutos antes de salir, decidido, la cabeza alta por fin, dispuesto a afrontar cualquier cosa que se le pusiera por delante, a hablar con Anna. Sé quién eres, le gustaría decirle ahora, te dejaste conquistar en París y también sé por qué has venido a Berlín, y aquí me tienes. Pero primero había de llegar hasta el local sin que lo detuviesen, y entonces hablar con ella.

Se ajustó bien el sombrero sujetando el ala con los dedos.

Era lo más parecido a un desharrapado que podía imaginar, pero a pesar de ello no podía evitar cierta coquetería cuando iba a volver a encontrarse con Anna de nuevo. Se puso frente a la puerta. Prefería que ella lo viese a través del cristal y que saliera a la calle, que lo que tuviera que decirle lo hiciera mientras daban los dos un paseo a escondidas de la policía berlinesa o de los soldados que podían detenerlos para pedirles la documentación y el permiso para estar en la calle después del toque de queda. Pero ya no había ninguna mujer con los rasgos de Anna al otro lado, y antes de recorrer de nuevo con la vista el interior, Franz Müller se preguntó si lo que había visto antes solo estaba en su imaginación, si en realidad ella no había cruzado la plaza para entrar en Die blaue Blumen, si tal vez ni siquiera estaba en Berlín y Dieter Block se había equivocado o por alguna razón había querido engañarlo deliberadamente y luego él, tan deseoso como estaba de verla de nuevo y de

escuchar lo que tuviera que decirle, no había visto sino un espejismo en forma de mujer que había venido desde París para buscarlo, para sacarlo de Berlín, para salvarle la vida quizá.

Pero no podía entretenerse en ensoñaciones o en pensamientos vagos que solo le harían perder el tiempo. Anna estaba en Berlín y había venido para encontrarse con él. Y él la había visto, estaba seguro, no podía haberse vuelto loco de repente, en la puerta de ese café donde se vendían secretos y algunas cosas más. Pero lo que más le preocupaba ahora no era que Anna se hubiera marchado ya, sino darse cuenta, después de volver a escrutar con detenimiento filatélico el interior del local otra vez, que el sargento del ejército de los Estados Unidos que se había sentado en la mesa junto a ella tampoco estaba dentro.

Y de pronto se sintió afectado por una sensación extraña que era como tener prisa, y no saber adónde ir, los pies clavados en el suelo sin estar seguro de qué dirección tomar, si todo recto, en dirección al Spree y la puerta de Brandemburgo, donde empezaba la zona soviética y no podría acercarse sin que algún soldado le diese el alto y le pidiera la documentación. O a la derecha, hacia Tiergarten, o tal vez volver sobre sus pasos hasta Invalidenstrasse. Cualquier cosa menos quedarse allí, antes de que el automóvil oscuro apareciera de nuevo y alguien se bajase para pedirle en un tono quizá amable, pero que no dejaría lugar a ninguna objeción, que lo acompañase. Tal vez los del coche lo habían visto ya y estaban esperando el momento idóneo para detenerlo, seguros de que era un presa fácil a la que podían dar ventaja antes de cazar solo para divertirse un poco. Se dio la vuelta y empezó a caminar, esperando que Anna y el sargento americano, que seguro que había salido del bar con ella o la seguía de cerca, se hubieran marchado también en la misma dirección. Ojalá hoy fuera ayer, se dijo, enrabiado, ojalá estuviera de nuevo en París y pudiera decirle a un soldado que dejase en paz a esa mujer.

Empezó a caminar Franz Müller hacia la oscuridad, y cuando lo hizo se dio cuenta de que el hombre que antes había visto esconderse en un portal tampoco estaba allí. Apresuró sus pasos en la dirección contraria a donde estaba el café, perdiéndose en la oscuridad y en la niebla de Berlín, en busca

de Anna, que se había marchado sin poder hablar con ella, pero no sabía qué rumbo tomar, en qué calle adentrarse y, aunque él había decidido caminar en esa dirección, sabía que cualquier otro de los caminos era posible, que muy bien podía no verla esa noche, peor aún, no encontrársela nunca y no averiguar la verdadera razón por la que estaba en Berlín después de la guerra, porque estaba seguro de que ella nunca vino con la Wehrmacht que se retiraba de París, que hacía poco que había llegado y que con total seguridad su presencia en la ciudad tenía que ver con él. Pero lo que más le preocupaba era que le sucediera algo grave, que el sargento norteamericano que tampoco estaba ahora en el bar la hubiera seguido y tal vez ahora la estuviese molestando o haciéndole daño.

En París había vuelto a verla, dos días después de la primera vez, cuando solo faltaba una noche para regresar a Berlín. Había acudido al mismo café donde la había conocido por si acaso la casualidad resolvía que se encontrase con ella de nuevo, y cuando estando sentado a una mesa la vio atravesar la plaza, todavía pensó que había sido por casualidad por lo que se habían encontrado, no podía imaginar todavía, y tardaría mucho en llegar a sospecharlo, pero entonces tampoco le importó, porque tampoco cuando se encontraron la primera vez fue por azar, que había también una intención clandestina en la sonrisa de Anna al cruzar la puerta, en la forma en que lo miró como si no lo conociera al principio, cómo fingió sentirse sorprendida y se negó al principio a sentarse en la misma mesa que él, los dos solos, dejar que la invitara a un café, cómo pasaron el resto de la tarde juntos, ella porque un agente norteamericano le había ordenado que entablase una relación con ese ingeniero alemán que estaba de visita en París, y el ingeniero porque estaba obsesionado con una fotografía que llevaba en la cartera como quien esconde un tesoro, cada uno por un motivo diferente, dos embusteros cuyas vidas habían coincidido porque no podía ser de otra forma, y que se iban a encontrar de nuevo en Berlín.

Las circunstancias eran ahora muy distintas, Franz Müller pensó en ello al detenerse en una esquina, dudando qué dirección tomar. No había nadie en la calle, y en los bloques de pisos del barrio apenas se distinguía la débil luz de alguna vela con la que muchos berlineses debían conformarse, porque aún no

habían restaurado el suministro eléctrico en sus casas. Antes de decidir qué dirección tomar, respiró hondo, para tratar de calmar su pulso, cerró los ojos para concentrarse en los sonidos, como si quisiera descubrir el fallo en una pieza musical que interpretaba, un fallo que tal vez solo su oído de experto podría distinguir, un sonido extraño en mitad de la noche y la niebla, la luz de un faro que lo guiase hasta una mujer que había venido desde Francia para buscarlo. Tardó unos segundos en diferenciar un sonido del resto de los escasos ruidos de la noche berlinesa. Un sonido metálico, no parecía que muy lejos, y echó a correr en esa dirección, sin importarle si podría encontrarse al doblar cualquier esquina con alguna patrulla del ejército que lo detuviera. Lo más probable era que lo que había escuchado fuese algo que no tuviese nada que ver con Anna, que hubiese sido incluso un producto de su imaginación, pero era lo único que tenía, la única alternativa a la que podía agarrarse.

No había llegado a la esquina cuando escuchó de nuevo un estrépito como de latas, ahora más fuerte. El mal presentimiento se hizo más grande, ya no había duda. Podía no tratarse de ella, pero estaba claro que algo estaba sucediendo y él estaba cada vez más cerca.

Cuando por fin llegó, vio a un tipo de uniforme tirado en el suelo, unos cuantos cubos de basura abiertos, con la porquería derramada, y Anna sentada en el suelo, hablando con alguien en un idioma que no entendía. Tomó aire, estuvo a punto de decir algo Franz Müller antes de dar la última carrera y empujar al hombre que estaba ahora delante de ella, pero vio que de pronto Anna se abrazaba a él, que sus brazos lo rodeaban con tanta fuerza que no podía sino ser quien él mismo había llegado a pensar, pero no había querido creer que también estuviera en Berlín.

Se detuvo en seco y volvió despacio sus pasos hacia la protección de la oscuridad del callejón, tan lento como pudo para que no pudieran darse cuenta de que estaba allí. Se preguntó si tal vez no habría gritado al ver a Anna tirada en el suelo, antes de empezar a correr, y tal vez se habían dado cuenta de que estaba allí, pero si había sucedido así ya no tenía remedio.

La vida se repetía, pues, pero no de la misma forma. Ya no era posible que él salvase a Anna, ya no le correspondía. Su turno había pasado, y parecía que ahora le había llegado el suyo al hombre a quien pertenecía por

derecho propio. Se preguntó Franz Müller si tal vez Anna no había venido entonces a buscarlo a él, si no sabía siquiera que había sobrevivido al final de la guerra, si no tendría interés en saber lo que le había pasado. Ya no se trataba solo de ellos dos, sino de tres, y aunque a Franz Müller le hubiera gustado ser el primero en llegar allí para haber sido él quien hubiera dejado tumbado en el suelo a un sargento del ejército de los Estados Unidos que seguro se había intentado propasar con Anna. Tenía que reconocer que el Destino a veces premiaba a la gente paciente con alguna clase de retorcida justicia, y que lo a que a él le correspondía ahora, y, sin duda, se dijo Franz Müller, también lo que se merecía, era caminar despacio, hacia atrás, apartarse de un momento en el que no hacía más que estorbar. Salir de donde no tenía que haber entrado nunca.

Cuando se había retirado lo bastante como para sentirse seguro, se detuvo y se quedó mirando la escena protegido por la oscuridad del callejón por donde había venido.

Anna seguía abrazada al hombre, tan fuerte que estaba seguro de que hubiera sido imposible separarla de él; y a pesar de lo lejos que estaba ahora, Müller podía escuchar su llanto. Lo abrazaba y lo besaba, como quien acaba de ver a un muerto que ha regresado de la tumba, se pegaba a él con la misma alegría que la mujer y los hijos de Lázaro debieron tocarle la cara y los brazos a él luego de que resucitara. No entendía el idioma en que ella se dirigía a él, pero no le hacía falta, estaba seguro de que era el mismo español que hablaban muchos de los presos del campo donde tocó el violín por última vez, el mismo que hablaba el hombre que se sentó junto a él aquel día que se puso a tocar a la hora de la comida fuera del barracón, el hombre que perdió o quiso desprenderse de la fotografía que ahora llevaba guardada, el preso al que muchas veces se había preguntado desde que estuvo allí, si era el mismo que le parecía que iba a saltar al vacío con un bloque de piedra a la espalda desde lo alto de la escalera de la cantera, aquel que nunca había estado seguro durante todo este tiempo de si llegó a salvar con su música.

Anna

Bishop aún no le había dado la noticia que sería como un mazazo que la noquease. La noche antes de ir a ver otra vez al agente de la OSS Anna había tomado la decisión de visitar a Franz Müller, enfrentarse con los fantasmas del pasado y acabar con todo sin esperar más.

Después de lo que había sucedido, la comparación incluso podría parecer frívola, pero la vida para Anna era una película a la que en un momento dado le hubieran cambiado el argumento. Cuando llegó al edificio de la Invalidenstrasse sintió que más que andar se arrastraba, y que la cuarta planta hasta la que tenía que subir era una de esas cumbres nevadas a las que ni siquiera los más experimentados alpinistas se atreven a escalar. Le temblaban las piernas, le costaba respirar, sentía que tragar saliva jamás había sido un esfuerzo tan grande como ahora. Tenía ganas de gritar hasta que la abandonasen las fuerzas, quedarse en la calle en lugar de subir al piso, quitarse el abrigo y que por la mañana alguien encontrase su cadáver congelado. Podía haber empezado buscando a Franz Müller aquí, pero antes tenía que asegurarse de que ni Bishop ni nadie enviado por él la seguía. Tenía esa dirección desde la última vez que se habían visto en París, no mucho antes de que el ejército alemán abandonase la ciudad.

—Si los aliados llegan a Berlín algún día tendré que cambiar de identidad y dejar mi casa. Si la situación se complica puedes encontrarme aquí.

Anna no había creído nunca que Franz Müller podría ser un proscrito en Berlín, y que los soviéticos y los americanos llegarían a remover la ciudad

para encontrarlo. Había memorizado la dirección y destruido el papel, convencida de que nunca iría a Berlín a buscarlo, y mucho menos por cuenta de Robert Bishop y sus jefes.

Y haberse encontrado con Rubén —y haberlo visto cómo se marchaba sin saber si tendría la oportunidad de hablar con él otra vez— había sido una tragedia, pero no menos doloroso iba a ser volver a ver a Franz Müller. Mirarlo a los ojos.

Llamó a la puerta del piso destartelado y se quedó unos segundos con los ojos clavados en la madera. Era de noche, no se escuchaba a nadie en el edificio, pero estaba segura de que había alguien escrutando sus rasgos, mirándola tal vez como a un fantasma que no esperaba.

—Está vivo.

Anna se escuchó decir la frase antes incluso de haber sido consciente de pronunciarla. Luego de soltar las dos palabras se quedó un instante callada, mirando todavía al hombre que había abierto la puerta y la miraba como si no la conociera. Ni un abrazo, ni un beso, Franz Müller y ella como dos desconocidos después de más de un año sin verse.

—Está vivo —murmuró de nuevo y bajó los ojos, como si quisiera disculparse por haberlo engañado en París y por haber venido ahora a Berlín a buscarlo por cuenta de la OSS, y por un instante, antes de mirarlo de nuevo a la cara, se preguntó si la primera vez no lo habría susurrado también y Franz Müller ni siquiera se había dado cuenta de que quería decirle algo.

Pero, cuando se volvió, no tuvo ya ninguna duda de si se había enterado de lo que había dicho. Anna no podía saber si la primera vez o la segunda, y no era aquella la cuestión ahora. Lo que le preocupaba era si sabría a quién se refería ella, si tal vez a alguno de los científicos que habían aparecido muertos, o algún pariente o a un viejo conocido que se había salvado de los bombardeos y de la última batalla de Berlín.

—Está vivo —repitió. Ya no era posible dar marcha atrás.

Y ella no quería tampoco. Era como si le quemase en la lengua. Necesitaba contárselo, para que él lo supiera, para que no hubiera ninguna duda de que quería ser sincera con él. Pero también, y sobre todo, para explicarse a sí misma lo que le había ocurrido. Tenía que asimilarlo, porque

no pensaba que aquello fuese posible jamás.

Franz Müller seguía mirándola, el cuerpo recto y la barbilla levantada, como si esperase el veredicto de un tribunal que lo juzgaba.

—¿Quién está vivo? —escuchó que le preguntaba, en voz baja, como si no quisiera que los vecinos se enterasen de la conversación o pretendiera esconder lo que sentía al intuir lo que estaba a punto de contarle. Se lo preguntó y luego la dejó pasar y cerró la puerta tras ella.

—Rubén —Anna intentó tragar saliva a duras penas, pero lo único que consiguió fue no poder contener por más tiempo el llanto que había podido esquivar desde que Rubén se perdió tan rápidamente como había llegado—. Está vivo. Lo encontré anoche.

Müller apoyó las manos en el respaldo de una silla. Era como si de repente se encontrase cansado de permanecer en aquella postura marcial o como si al escuchar que el prometido de Anna estaba vivo, las fuerzas hubieran abandonado su cuerpo. Para ella había sido muy duro encontrarse con Rubén, pero estaba segura de que enterarse de la noticia para él no sería un golpe menos difícil de encajar.

Bajó los ojos Franz Müller y suspiró. Luego, volvió a mirar a Anna.

—Supongo que debo decir que me alegro.

Ella se restañó las lágrimas con el dorso de la mano. Sacudió la cabeza.

—Yo soy la que no sabe qué decir, Franz. No debería estar aquí.

—O tal vez deberías haber venido mucho antes.

Anna abrió la boca, pero él no la dejó hablar. Sacudió las manos, como si le restase importancia a lo que pasó.

—Hiciste bien en no venir. Berlín ha sido un infierno durante los últimos meses de la guerra.

Él dejó escapar un suspiro largo, como si quisiera vaciar de aire los pulmones lentamente. Se dirigió a la cocina, cogió una botella de vino, se sentó a la mesa, como si no hubiera pasado nada, y descansó la barbilla en las manos. Los ojos clavados en ella. La interrogaba sin decir nada.

—¿Por qué has venido ahora?

—Hay un agente norteamericano que quiere hablar contigo. Ofrecerte algo.

—¿Ofrecerme algo?

—Salir de la ciudad, trabajar para ellos. Un puesto en una universidad de Estados Unidos. Una buena vida, supongo.

—¿Una buena vida?

Dijo la frase con los ojos perdidos en algún punto de la mesa. A Anna le pareció que la había dicho para sí mismo, como si le hiciera gracia, como si ella no estuviese allí.

—Parece ser que los ingenieros como tú están muy cotizados ahora.

—Como Werner van Braun...

Anna no tenía tiempo de ponerse a discutir con Franz Müller sobre la doble moral del Gobierno de los Estados Unidos, que no había tenido reparos en poner en nómina a un nazi para aprovechar sus conocimientos. No era el único caso, y estaba segura de que en el futuro habría muchos más.

—Franz, hay muchas cosas que debo contarte.

—¿Como que ahora hayas venido a Berlín acompañada de un agente norteamericano? —se encogió de hombros, como si no le importase—. No me sorprende.

—Quiero que sepas que lo que pasó en París fue de verdad. Al principio no, pero luego todo lo que hice fue porque quería estar contigo.

Müller bajó los ojos y asentía un poco mientras la escuchaba hablar.

—¿Y ahora, qué vas a hacer? —dijo, por fin.

Estaba claro que lo más importante no era lo que había pasado, sino lo que sucedería a partir de ahora. ¿Qué iba a hacer ahora? La pregunta era sencilla, pero la respuesta era demasiado complicada para poder respondérsela a Müller mientras no dejaba de mirarla, era como una estatua sentada a la mesa, iluminado por la insuficiente luz de una vela, su antiguo amante de pronto le pareció más pequeño. Era como si hubiera encogido de repente. Apenas quedaba ya nada en él del orgulloso ingeniero que la había protegido en París y le había pedido que se fuera con él a Alemania. Mientras la miraba esperando que se sentase o que le dijera si había decidido volverse a Francia con el espectro que había regresado del mundo de las tinieblas, no era más que un niño desvalido, un perro al que su amo está a punto de abandonar, y que si pudiera hablar lo único que diría sería llévame contigo.

Anna se sentó a la mesa. Le cogió las manos.

—Franz —le dijo. Pero él sacudió la cabeza y bajó los ojos.

—No digas nada. Prefiero que ahora no digas nada.

—Acaba de llegar a Berlín desde París, igual que yo. He querido ayudarle, pero ha desaparecido de la misma forma tan rápida como se ha presentado.

Müller partió un mendrugo de pan negro y se detuvo un instante antes de comérselo. Parecía asustado, como quien se asoma a un abismo.

—¿Y cómo está? —le preguntó, al cabo.

Anna encogió los hombros, volvió a sacudir la cabeza.

—Han pasado cinco años. Tal vez no lo hubiera reconocido de habérmelo cruzado por la calle. Está delgado. Mucho más delgado. Debe de haber sido muy duro para él. Pero no ha querido contarme mucho.

Müller masticó despacio el trozo de pan. No habló hasta que se lo hubo tragado.

—Debe de haber sido duro, supongo. Anna le cogió la mano.

—Franz, no sé qué decirte. Ahora mismo no puedo pensar siquiera qué debo hacer. Estoy muy confundida.

Él asintió levemente, sin mirarla, los ojos clavados en la escasa comida, como si pudiera encontrar la respuesta en el fondo del plato.

—¿No sabes qué vas a hacer?

—Rubén se ha marchado igual que ha venido. Ni siquiera sé dónde está.

—Volverá a buscarte. No te quepa duda.

—Eso no puedo saberlo. Nadie puede.

—Volverá —hizo una pausa, y ahora sí la miró a los ojos—. Y entonces sí te marcharás con él.

Anna apretó aún más su mano.

—Franz...

El hombre la miró con afecto. No parecía enfadado ni resignado. Incluso en algún momento, Anna podría intuir que hasta se alegraba de que Rubén estuviera vivo. Eran demasiadas emociones para poder soportarlas a la vez.

Franz Müller le dio un largo trago al vaso de vino. En la radio sonaba una orquesta americana. La tarareó un poco. Sonrió.

—¿Sabes? Una de las mejores cosas que ha traído la derrota de Alemania ha sido que por fin se acabaron los discursos patéticos del Führer en la radio animando a la población de Berlín a resistir el avance de los rusos. El país derrotado, la ciudad en ruinas, y aún había fanáticos que creían que era posible la victoria. Desde que llegaron los norteamericanos en verano, es posible escuchar melodías agradables en la radio, la trompeta alegre de Louis Armstrong para distraer la noche mientras llega la hora de irse a dormir.

Había llovido mucho desde 1933, y lo único que les había quedado a los alemanes era un país derrotado y demasiadas ciudades llenas de escombros. Anna ya había dejado de pensar si el pueblo alemán se merecía lo que le estaba sucediendo ahora por no haber hecho cuanto estuvo en su mano por apartar a los nazis del poder, por rebelarse. Todo era demasiado confuso para ella, lo era incluso antes de que Bishop fuera a buscarla a París. Obligada por las circunstancias, había cambiado tantas veces de bando que ya no era capaz de distinguir con claridad la frontera casi siempre confusa que separaba lo que estaba bien de lo que estaba mal. Aunque dos años atrás se había acercado a Franz Müller en París, porque Robert Bishop se lo ordenó, Anna era consciente de que había venido a Berlín para encontrarse con él por voluntad propia. Antes había estado segura de que Rubén estaba muerto, y, además, de alguna manera, cuando estaba a punto de cruzar la frontera alemana con un ejército en retirada, sentía que necesitaba hacer aquel sacrificio como penitencia por haberse salvado, igual que Rubén, también había querido alistarse junto a sus camaradas españoles para trabajar en la fortificación de la frontera belga al principio de la guerra, porque se sentía culpable por haber abandonado España sin haber pasado por las penalidades por las que habían pasado sus compatriotas republicanos.

—Dile a tu amigo el americano que no me has visto. Que estoy muerto.

La respuesta no le sorprendió a Anna.

—Supongo que sabes que los rusos también te están buscando.

El otro sacudió la cabeza.

—Los rusos buscan a un ingeniero que murió durante un bombardeo. Franz Müller ya no existe. Muy poca gente sabe que estoy vivo.

Anna se levantó, pero él se quedó sentado a la mesa.

—Ten cuidado, Franz —le dijo—. Puede que si te encuentran no se anden con remilgos para obligarte a hacer lo que ellos quieran.

—Franz Müller está muerto, Anna. No hay nada que puedan hacerme.

Y ahora le sucedía como las primeras veces cuando se acostó con él y se daba cuenta de que poco a poco se iba olvidando de Rubén. Entonces, en su piso de la rue Lappe, después de hacer el amor, se sentía culpable por lo que había hecho y se cubría el cuerpo desnudo con el embozo de la sábana, y sentía como a un extraño al hombre que ahora ocupaba el otro lado de la cama, como si de repente y a pesar de la intimidad que habían compartido sintiese pudor de rozar su piel, un desconocido al que tenía que sonsacar algunos secretos y que, además, era amable y cariñoso con ella. Llegó un momento en que Anna no tuvo dudas de que Franz Müller la quería, como tampoco las tenía de que ella, a su modo, o de la única forma que era capaz, también lo quería a él, y aquello la asustaba.

Pero ahora volvía a tener miedo. Rubén había regresado del mundo de las tinieblas. Y eso lo cambiaba todo. De nuevo al otro lado de la cama. Rubén estaba vivo, y ya nada podía ser como antes. Se había perdido en la noche igual de rápidamente que había aparecido, pero Anna también sabía que lo volvería a ver. Y lo estaba deseando. Quería contarle todo lo que había pasado desde que la Gestapo vino a detenerlo aquella tarde. Quería que él le contase todo lo que había sucedido desde entonces. Dónde había estado, qué cosas había visto o le habían pasado, cómo había llegado a París y cómo había podido entrar en Berlín. El pasado volvía, como si ella tuviera cuentas pendientes y no tuviese otro remedio que resolverlas antes de seguir adelante. Demasiados fantasmas y demasiados recuerdos en muy pocos días. Hoy Franz Müller. Anoche Rubén. Dos semanas antes Robert Bishop. No era imposible que el americano no supiese que Rubén estaba vivo, que estaba en Berlín quizá. Aunque le hubiera dicho lo contrario. De repente empezó a sentir Anna que las mejillas le ardían. Acordarse de Robert Bishop y sentir ganas de matarlo iban siempre de la mano. Pensaba en Bishop, y siempre llegaba a la conclusión de que era el origen de todos sus problemas. Desde que se presentó aquella mañana en su piso de París para proponerle que trabajase para él hasta ahora. Si no hubiera ido a buscarla la primera vez,

ahora quizá seguiría viviendo en París. Después de saber que Rubén estaba vivo, no le cabía duda de que él habría ido a buscarla y los dos habrían vuelto a encontrarse después de tantos sufrimientos. Si Robert Bishop no se hubiera cruzado en su vida, ella jamás habría seducido a Franz Müller en París ni tendría que estar ahora en Berlín, metida en otra trama cuyo alcance no podía siquiera vislumbrar, para expiar sus culpas de una vez, tratando de averiguar lo que de verdad sentía.

Se había marchado ya Anna del piso donde se había encontrado con un hombre que aseguraba estar muerto, pero, mientras caminaba en la oscuridad, sentía que escuchaba respirar pesadamente a Franz Müller en su habitación, como si estuviesen en París, y adivinaba que, igual que ella, aunque fingiese dormir, el sueño también se le había escapado esa noche. No había conseguido una sola palabra amable de Franz Müller. Tampoco la esperaba. En París, al final de la ocupación, empezó a pensar seriamente que había descubierto las verdaderas intenciones por las que se había acercado a él, pero que por alguna razón no le importaba, era como si le diera lo mismo que le quisiera sonsacar secretos de guerra, porque se había enamorado de ella. Ahora estaba segura.

La primera vez que se acostó con él, al abrazarse tan fuerte a su espalda cuando la penetraba para que no pudiera verle las lágrimas, se sintió tan sucia que luego tuvo que luchar contra las ganas de coger la pistola que tenía guardada detrás del armario para dispararse un tiro en la boca. Luego sucedió otras veces, pero no se sintió mejor al comprobar que Franz Müller también era un buen hombre que tal vez estaba en el bando equivocado. Y lo peor de todo fue sentir que se estaba enamorando de ese hombre, que después de la primera vez, y, si era sincera, incluso también la primera vez que se acostó con él, empezó a disfrutar como si estuviera con Rubén. Lo abrazaba y lo besaba y se dejaba acariciar y disfrutaba de él como si estuviera enamorada. La trataba Franz Müller con tanta amabilidad y con tanto mimo o delicadeza como si también estuviese enamorado de ella, y un día, cuando se levantó para ir a su trabajo en la academia, se dio cuenta de que lo echaba de menos, lo extrañaba mucho, y que deseaba que volviese de nuevo Franz Müller a París, menos porque Robert Bishop y sus jefes necesitaran saber de los

avances de la fabricación de un nuevo tipo de aviones para la Luftwaffe, que porque ella quería estar con él, pasear agarrada de su brazo por las calles de París, como si no hubiera guerra, sentarse a cenar y contarle sus problemas, si pudiera, y que él también le contase los suyos.

Al llegar a su habitación, estaba tan cansada que se quedó dormida, sin desvestirse siquiera. Y no tuvo conciencia de cuánto tiempo había pasado hasta que se despertó de un sueño incómodo en el que también estaban Franz Müller y Rubén, y ella en medio de los dos. En el sueño intentaba caminar, pero tenía los pies enterrados, y cada vez que intentaba dar un paso se caía y tenía que poner las palmas de las manos en el suelo. Rubén y Franz Müller la miraban sin decir nada, sin intentar ayudarla siquiera. Anna les pedía ayuda, pero ellos no contestaban. Permanecían cada uno en su sitio. Luego escuchó un ruido extraño y un temblor bajo sus pies enterrados en la tierra, y el suelo empezaba a resquebrajarse como una hoja seca. Una grieta enorme que se abría desde lejos, despacio pero implacable, tragándose todo lo que encontraba a su paso. Anna volvió a mirar a Franz Müller y a Rubén, pero seguían sin querer ayudarla. Trató de mover los pies de nuevo, pero solo consiguió caer otra vez al suelo. Ya no pudo levantarse. La grieta se abrió paso entre las palmas de sus manos apoyadas en la tierra hasta que debajo de ella apareció un abismo oscuro, profundo. Aún permaneció unos segundos suspendida en el aire, antes de que se la tragase la tierra, y pensó que todavía en ese momento Rubén o Franz Müller podrían venir a socorrerla. Los llamó a los dos, pero ninguno vino, y lo único que sintió antes de caer fue una profunda soledad, una tristeza tan grande como no la había tenido jamás.

Cuando se despertó, ya había amanecido. Con los ojos todavía cerrados palpó el colchón buscando la grieta, y suspiró aliviada al darse cuenta de que ya había pasado el peligro. Estiró el brazo para tocar a Franz Müller, o a Rubén, no estuvo segura de a quién, pero al otro lado de la cama no había nadie y, medio dormida, Anna se preguntó si el sueño quizá aún no habría terminado.

Y cuando por la mañana Bishop le había anunciado que ya no podía estar más tiempo en Berlín, Anna se había negado a marcharse.

La miraba el agente de la OSS y se daba cuenta de que jamás llegaría a

conocerla. Cuando más furiosa tendría que parecer era cuando más tranquilidad aparentaba. El chófer de Bishop había ido a buscarla muy temprano al edificio confiscado donde se alojaba mientras estaba en Berlín. Por la tarde, la policía de Berlín los había informado de que habían detenido a un sospechoso de la muerte del sargento Borgnine. Rubén ahora estaba encerrado en una cárcel militar esperando ser juzgado. De todo lo que había planeado, si había algo que no tenía previsto era esto. La reacción de Anna era imprevisible. Ahora, cuando la tenía delante, lo único que ella mostraba, o acaso se había acostumbrado a esconder sus verdaderos sentimientos, igual que él, era una resignación triste.

—Tienes que sacarlo de allí.

—Me encantaría, aunque no lo creas. Me gustaría sacarlo y terminar con todo esto de una vez, pero Rubén ha matado a un sargento del ejército de los Estados Unidos.

—Ya te he dicho que intentó violarme. Rubén apareció para ayudarme, se enzarzaron en una pelea, y si acabó con la vida del sargento fue en defensa propia. Te lo juro.

—Eso lo tendrá que decidir un tribunal.

—Si Rubén no hubiera estado allí para ayudarme, lo más seguro es que el cadáver que hubieras encontrado fuese el mío.

—Tenías que haberte quedado en el club.

—Si llego a quedarme, jamás hubiéramos encontrado a Franz Müller. Tenía que buscarlo por mi cuenta, y tenía que hacerlo sola. Y, aunque no me lo quieras reconocer, tú sabes perfectamente que, haciéndolo a mi manera, era la mejor manera de encontrarlo.

—Tenemos que esperar a que a Rubén lo juzgue un tribunal. Lo siento, pero no puedo hacer nada por él. La policía de Berlín nos lo ha entregado, y no podemos soltar a un sospechoso así como así.

—¿Puedes hacerte una idea de cuánto ha sufrido Rubén durante estos cinco años?

—Tienes que irte. Ya no tienes nada que hacer en Alemania.

—No me iré, Robert.

Bishop suspiró. A Anna nunca le había parecido que estuviera tan

cansado como ahora.

—No puedes quedarte, Anna.

Anna negó, con energía, convencida de su argumento, inquebrantable en su decisión.

—Tengo que llevarme a Rubén conmigo. Sabes que no me iré sin él.

—Rubén está acusado de homicidio. Es un cargo muy grave.

—Escúchame, Robert.

Nunca la había visto el agente de la OSS hablarle en ese tono. Parecía que estaba a punto de suplicarle. Y, contra lo que había pensado alguna vez, con todas las fantasías incluso que había tenido con aquella mujer que ahora estaba sentada al otro lado de la mesa de su despacho, no disfrutaba con ello. Quizá, se preguntó Bishop antes de responder, disimulando que se acomodaba en el respaldo de la silla para ganar tiempo, se había ablandado, y en lugar de haber curtido su carácter después de seis años de guerra, al final se había vuelto un sentimental. Anna había seguido hablando, pero ahora sus palabras le llegaban como ralentizadas y con un poco de retraso.

—Escúchame, Robert —la escuchó decir de nuevo—. Durante todos estos años he hecho todo lo que me habéis pedido. Incluso he hecho mucho más de lo que habríais podido exigirme. Yo ya he cumplido con mi parte. Hasta he venido a Berlín para ayudarte a encontrar a Franz Müller. Habla con quien tengas que hablar, convence a quien tengas que convencer, pero, por favor, dejad libre a Rubén.

—Haré todo lo que pueda para que Rubén salga cuanto antes, y, si hay condena, que me temo que la habrá, que sea la menor posible. Trataré de mover algunos hilos. Pero ya no puedes seguir más tiempo aquí, Anna. Puede ser peligroso para ti. Y ahora hablemos de otra cosa. ¿Cuál ha sido la respuesta de Franz Müller?

Anna aún tenía la cabeza gacha, los ojos fijos en algún punto de la mesa, como si hubiera algo que le llamase tanto la atención que no pudiera apartar la vista, o estuviera tan perdida en sus pensamientos que ni siquiera había escuchado la pregunta.

—Anna... —insistió Bishop.

Lo miró y asintió, despacio, como si quisiera meditar bien las palabras

antes de decírlas. Franz Müller. Ahí estaba la cuestión central. Y no era fácil responder a eso.

—Supongo que estará pensando lo que va a hacer. Ya sabe vuestro interés en convertirlo en ciudadano norteamericano. Como a Van Braun, me ha dicho.

A Bishop se le dibujó una mueca que lo mismo podía ser una sonrisa que un mohín de contrariedad.

—Como a Van Braun —repitió, y luego se quedó pensativo unos segundos—. Seguro que a él no le ha gustado mucho eso de que nos hayamos llevado a Van Braun sin preocuparnos demasiado por su pasado.

—¿Acaso habéis mostrado muchos escrúpulos? ¿Habéis escarbado en su vida? ¿Os habéis preocupado de buscar su número de afiliación al partido nazi?

—Anna, han sido muchos los científicos que se afiliaron al partido nazi para poder seguir trabajando.

—Todos no.

—Puede que Franz Müller también.

—Yo apostaría a que no. Y seguro que tú también, pero no me lo quieres reconocer. Los dos hemos terminado sabiendo de qué pasta está hecho Franz Müller.

—Han sido tiempos difíciles los que hemos vivido.

—Muy difíciles, para todos. Para Franz Müller también, pero sobre todo para Rubén.

—Tal vez también para Werner van Braun.

Anna enarcó las cejas, un gesto histriónico cargado de intención.

—¿Has estado en Dora, Robert? Seguro que sí. Yo no he estado allí, pero Franz Müller sí, y me lo ha contado. Miles de esclavos trabajando para construir las bombas teledirigidas que lanzaban contra Inglaterra.

—Franz Müller pudo haber colaborado con nosotros hace mucho tiempo. Si lo hubiera hecho, estoy seguro de que su situación sería mucho más fácil ahora.

—O quizá estaría muerto.

—Es una posibilidad. Pero eso nunca se sabe.

—Pero no te olvides de que Franz Müller es alemán también. A lo mejor solo ha querido servir a su país.

Bishop asintió.

—Pero también hay que tener en cuenta que, si antes no quiso pasarse a nuestro lado, puede que tampoco quiera hacerlo ahora, y, lo que más me preocupa, que al final haya decidido entregar a los rusos todos sus secretos y su experiencia. Quién sabe, a lo mejor lo ha hecho ya.

Anna se encogió de hombros.

—Conociéndolo, yo no apostaría por ello. ¿Por qué no lo detienes y se lo preguntas directamente? En realidad, es la solución más sencilla, la más rápida. Vosotros no tenéis que dar cuentas a nadie de lo que hacéis. Lo raro es que no lo hayáis obligado a colaborar con vosotros. Mírame a mí. Me has chantajeado para traerme a Berlín, y hace dos años me convenciste para que me acostara con Franz Müller.

Una sombra cruzó por delante de los ojos de Robert Bishop. Bajó la cabeza, esperando que Anna no se diera cuenta.

—Si lo detenemos y nos lo llevamos a la fuerza, no podremos retenerlo por mucho tiempo. Puede que acabara montándose un escándalo y, después de todo, no hay nada que demuestre que Franz Müller haya sido un criminal de guerra.

—Tú sabes muy bien que no lo es.

—Eso nunca se sabe... Pero un escándalo no es lo que más nos conviene con los rusos. Ellos han detenido a varios científicos y otros se han pasado a sus filas porque les han ofrecido dinero, o por ese idealismo tan ingenuo que tienen muchos admiradores de la revolución bolchevique. Nosotros también nos hemos llevado a unos cuantos, pero la mayoría lo ha hecho por voluntad propia. Y también está el asunto de los científicos asesinados. Eso no debes olvidarlo. Y Franz Müller tampoco.

Anna asintió. No porque le gustase darle la razón a Robert Bishop, sino porque tampoco quería que a Franz Müller le pasase nada malo.

—Te irás mañana, Anna. A primera hora sale un avión hacia París. Ya está todo arreglado. Te doy mi palabra de que haré cuanto esté en mi mano por sacar a Rubén de donde está.

—¿Me rehabilitaréis y sacaréis a Rubén de donde está aunque Franz Müller no se pase a vuestro bando?

Bishop se encogió de hombros.

—Tú ya has hecho tu trabajo. Ya has cumplido con nosotros. Tu asunto de París lo arreglaremos sobre la marcha. Me encargaré personalmente de ello. Pierde cuidado. Lo de Rubén ha de seguir sus pasos, pero haré todo lo que pueda por devolvértelo a París cuanto antes, ya te lo he dicho.

—Tal vez él no quiera volver a París conmigo.

Bishop la miró, y aunque Anna no estuvo segura de si le quería decir algo, imaginó que detrás de esos ojos claros y de ese pelo castaño repeinado y ese gesto inamovible se agazapaba una sonrisa.

—Hablaré con él, Anna. Le explicaré que te presionamos para que entablastes una relación sentimental con Franz Müller. Que si lo hiciste fue por ayudarnos, por ayudarlo a él sobre todo.

Anna bajó los ojos.

—Pero luego...

Bishop sacudió las manos, como si no quisiera escuchar nada más.

—Luego nada. Asunto zanjado. Los nazis se fueron de París. Tus amigos no sabían que habías estado trabajando en una misión para nosotros y por eso tuviste que irte de la ciudad, porque te pedimos que lo hicieras, para que continuaras al lado de Franz Müller y porque no era seguro que te quedaras en París mientras no se aclarase todo.

—Me gustaría ver a Rubén antes de irme.

Bishop asintió después de sopesar la petición un instante.

—De acuerdo. Lo arreglaré para que puedas verlo hoy.

Anna se levantó y, antes de salir de su despacho, miró por última vez al culpable de que su vida se hubiera complicado tanto después de haberlo conocido y haber aceptado trabajar para él y para sus jefes. Había pensado tantas veces en coger un cuchillo y rajarle la barriga y ahora se sorprendía al darse cuenta de que quizá nunca lo había pensado en serio, que, después de todo, lo único que quería era descargar su odio sobre él, culparlo de todos sus males cuando Bishop no era sino otra pieza en el tablero inmenso donde se estaba decidiendo el futuro del mundo. Era imposible saber cómo habría sido

su vida si cinco años antes no hubiera aceptado trabajar para Robert Bishop. Seguramente no habría viajado a España para visitar a los padres de Rubén, y luego a Inglaterra para recibir un curso intensivo de entrenamiento, no se habría jugado la vida para alojar a pilotos aliados caídos en la Europa ocupada, ni se habría enamorado de un ingeniero alemán que no quería saber nada de la guerra ni de los nazis. Pero también era cierto, y era esto algo que no podía olvidar, porque era también lo que más le preocupaba, el asunto por el que no podía dejar de pelear, la última batalla, esperaba, que si ella no hubiera aceptado colaborar con la OSS ahora mismo Rubén no estaría entre rejas.

—Tienes que sacar a Rubén de ahí, Robert, como sea. Él no ha tenido nada que ver con esto. Es una víctima. Si ha viajado a Berlín ha sido solo para encontrarse conmigo. Y si ha matado a un sargento norteamericano ha sido para salvar mi vida. ¿No crees que ya ha sufrido bastante?

Bishop asintió.

—No me cabe duda. Es más. Creo que ninguno de los dos podemos imaginar lo que ha sufrido. Ahora te pido un poco de paciencia. Vuelve a París y déjalo en mi mano. Te prometo que Rubén volverá antes de lo que imaginas.

Anna asintió. No sabía si estrechar la mano de Robert Bishop, darle un beso o un abrazo. Habían sido cinco años, pero todo parecía haber llegado a su fin. Hacía seis meses que había terminado la guerra, y un año y medio antes los nazis se habían marchado de París, pero para Anna Cavour era como si la guerra no hubiese terminado hasta ahora, como si su vida fuese un reloj que llevase un retardo con respecto al mundo.

Bishop la acompañó a la puerta. El gesto serio, el mismo que ella estaba segura que le mostraría si la condenase a muerte o si le comunicase una mala noticia en lugar de decirle que todo había terminado.

El americano se había quedado al otro lado del umbral, como si temiese salir al pasillo porque allí ya no pudiera ser el agente sin sentimientos de la OSS que podía despedirse sin un gesto de cariño de la agente que le había servido durante tanto tiempo.

Así que, se dijo Anna, eso era todo, después de cinco años. Ni una

palmada en la espalda. Ni una medalla. No es que le sorprendiese, pero así era Robert Bishop, como un autómatas sin sentimientos, un funcionario eficaz que había puesto su talento al servicio de lo que le habían encomendado sus jefes y que se habría encargado de lo contrario con el mismo celo si se lo hubieran ordenado. Un peón sin sentimientos que manejaba las vidas de otros peones. A pesar de todo, ella confiaba en su palabra. Tenía que reconocer que Bishop siempre había cumplido lo que le había prometido.

—Tienes un Jeep esperándote abajo para llevarte a la prisión.

—¿Puedo decirle a Rubén que saldrá pronto?

Bishop bajó los ojos, y luego le sostuvo la mirada un momento antes de cerrar la puerta.

—Dile que haré cuanto esté en mi mano para que pueda volver a París lo antes posible.

Anna

Durante el trayecto hasta la prisión, Anna no dejaba de preguntarse qué podía decirle a un hombre que primero había abandonado a su suerte, luego traicionó, y, lo peor, lo que más le dolía reconocer, por último había terminado olvidando y ahora estaba detenido por intentar salvar su vida. Ni siquiera convencer a Franz Müller de que se entregase a los americanos en lugar de pasarse al lado soviético iba a conseguir salvar a Rubén.

Aunque el militar norteamericano hubiese intentado violarla, Anna estaba convencida de que un juez no se mostraría magnánimo al ver a Rubén, tan delgado, tan desvalido, un cadáver que se resiste a pasar al otro lado de la línea de la muerte, porque había una cosa que estaba clara: Rubén estaba vivo y el sargento Borgnine estaba muerto.

No era bastante con eso. Decirle a Rubén que un funcionario de los Estados Unidos haría cuanto estuviera en su mano para sacarlo de la prisión y devolverlo a París, le parecía poco menos que una broma de mal gusto. Pero no era esa la única razón por la que había venido a verlo. Cuando el Jeep aparcó en la puerta de la prisión, y el soldado comprobó su identidad.

Anna temió que fuera esa la última vez que iba a ver a Rubén, que, aunque Bishop pusiera todo su empeño en sacarlo de la cárcel y llevarlo de vuelta a París, él ya no querrá volver a encontrarse con ella, mirarla a los ojos como antes, besarle la raya del pelo. Aquella podía ser la última oportunidad que tendría de hablar con él y no quería desperdiciarla. Había muchas cosas que quería contarle.

Un soldado la acompañó mientras atravesaba un patio y la condujo a través de una de las puertas hasta un sótano en el que tuvo que firmar un papel que le presentó otro militar que estaba sentado a una mesa que prologaba el pasillo donde ya se podían ver algunas celdas.

—Rubén Castro —dijo el guardia con un fuerte acento norteamericano que a Anna no dejó de extrañarle al escuchar el nombre del que fue su prometido—. Tercera celda a la izquierda.

Anna asintió. Le entregó al soldado su bolso y su abrigo y tomó aire antes de adentrarse en el pasillo. Era la tercera celda, pero caminaba despacio. Tenía que aprovechar al máximo ese momento que iba a estar con Rubén, exprimir el tiempo, que las palabras que le dijese sirvieran de algo. Que dejaran libre a Rubén al cabo de unos días o de unas semanas no significaba que él fuera a buscarla a París para reanudar sus vidas juntos.

Durante el corto trayecto hasta la celda, Anna se había preparado para encontrárselo tumbado, acurrucado en el catre, tal vez en una posición precaria, encogido como un pajarillo asustado al que han encerrado en una jaula, y no quería mirarlo con lástima, puesto que ella había ido a verlo también para darle ánimos, para decirle que pronto saldría de allí.

Cerró los ojos y tomó aire antes de enfrentar la tercera celda a la izquierda, se detuvo un instante.

—Rubén... —fue todo lo que acertó a decir, antes de que sintiera que se le atascaba la garganta, que si decía una palabra más no podría contener las lágrimas, y que ponerse a llorar no serviría para ayudar a Rubén, sino todo lo contrario. Pero cuando se giró, lo primero que pensó era que él la estaba esperando, que tal vez sabía o había adivinado que iría a verlo.

—Anna...

Estaba sentado en la cama, se había quitado las gafas y se frotaba el puente de la nariz. Pero no era su extrema delgadez o el pelo ralo y gris que le quedaba lo que le llamó la atención a Anna, sino la tranquila resignación que mostraba, la paz que desprendían sus ojos, en los que no fue capaz de distinguir la menor dosis de rencor o de enfado por estar encerrado. De no tener los barrotes delante, parecería que Rubén estaba sentado en el banco de un parque o esperando tranquilamente la llegada de un tren en el andén de

una estación. Cualquier cosa menos encerrado en una celda por haberle reventado la cabeza a un sargento borracho del ejército de los Estados Unidos.

Agarró Anna los barrotes. Se preguntó si podría tirar de ellos y romperlos, sacar a Rubén de la celda y marcharse con él a París, empezar una nueva vida juntos. Le habría gustado que él se hubiera levantado y, en un arrebato de pasión o de alegría por haberse encontrado con ella de nuevo, pasase los brazos entre las rejas y la abrazara y la besara, que le dijera cuánto la había echado de menos y que había venido hasta Berlín para buscarla porque no podía estar sin ella.

Pero Rubén se levantó despacio, se puso las gafas, y a ella le pareció como si de pronto el tiempo no hubiera pasado nunca, como si otra vez estuviese en París. Lo vio tragar saliva, detenerse un instante entre la cama y los barrotes, como si dudase qué hacer.

—Rubén —dijo de nuevo.

Él no la abrazó. Sin avanzar más, levantó las manos lentamente, estiró los dedos que rozaron los de Anna, y recorrieron su piel, como un ciego que busca las formas aprendidas de las manos de su mujer. Luego se acercó un poco más, tragó saliva de nuevo, la nuez prominente en el cuello flaco subía y bajaba, como si le costase tragar. Sujetó las manos de ella en las suyas y Anna pensó que aquellas manos ya no eran las mismas manos suaves que le recordaba, manos de escritor o de pianista, manos de alguien que no ha tenido nunca que ganarse la vida trabajando con ellas. Ahora sentía las grietas, los callos y el sufrimiento en las manos de Rubén, como si en ellas y no solo en su cara o en sus ojos o en su pelo llevase escrito los cinco años que había estado encerrado en un campo de exterminio. Luego él acercó su cara y apoyó la frente en los barrotes, en silencio, como si no fuera necesario que dos personas que llevaban tanto tiempo separados se dijeran nada.

—Has venido a verme —dijo por fin.

—¿Acaso dudabas que lo haría? Tú has venido hasta Berlín para buscarme —Anna sonrió, apartando un poco la cara de los barrotes para poder verlo mejor—. Y me has salvado la vida.

—Fue una casualidad que te encontrase. Y que estuviera allí para

salvarte.

—Quizá fue el Destino.

Rubén se encogió de hombros. Anna soltó una de sus manos de la protección agradable de las de él y con el dorso se restañó las lágrimas que ya no se había preocupado de contener.

—Y ahora estás aquí encerrado por mi culpa. Pero vas a salir muy pronto. Me lo han prometido.

Rubén dejó escapar un suspiro desgano.

—Tenía que haberte esperado en París, Rubén. Si lo hubiera hecho, ahora mismo no estarías aquí dentro.

—No importa, Anna. No podías saber que volvería. Cinco años es mucho tiempo.

Ella negó con la cabeza, más para recriminarse a sí misma por no haberlo esperado que por contradecir su argumento.

—Yo tenía que haberme quedado en París esperando tu llegada, haberme convencido a mí misma de que antes o después volverías.

Ahora fue Rubén el que sacudió la cabeza, sin darle tiempo a terminar de hablar.

—Lo raro es que haya sobrevivido. Lo normal es que estuviera muerto. No tienes que sentirte culpable por haberlo pensado.

Anna bajó la cabeza, luego lo miró y apretó sus manos con fuerza.

—Desde que te fuiste he hecho cosas que no debería. Lo vio asentir, al otro lado de los barrotes, Pero aún tardó unos segundos en contestar.

—He estado en París. He preguntado por ti. Me lo han contado. Ya hemos hablado de eso.

—Ha habido una razón para todo lo que te han dicho, Rubén. Empecé a colaborar con aliados no mucho después de que te llevaran preso, al principio...

Rubén se llevó el dedo índice a los labios.

—Tchssss... No hace falta que me expliques nada. Yo llevaba muerto mucho tiempo. Todavía lo estoy. Ya te lo dije —bajó los ojos, como si le diera vergüenza decirle lo siguiente—. Pero hay gente que dice que eres una traidora, que al final diste de lado a tus compañeros y a tus amigos y te

pasaste al otro bando. Dime tú que eso no es verdad. Dime que no he aguantado cinco años preso mientras tú te habías pasado al enemigo.

Anna sacudió la cabeza, con energía, la melena barriéndole las mejillas.

—Te lo juro, Rubén. Cuanto he hecho ha sido para ayudar a ganar esta guerra que nos ha vuelto locos a todos. Por la maldita causa aliada me empecé a relacionar con un ingeniero alemán, para averiguar secretos que podrían decidir el futuro de la guerra. Me sentí igual que una puta cuando me lo pidieron, pero me convencieron de que era necesario. Pensaba que cuanto antes terminase la guerra más pronto podrías volver a casa.

Rubén la miraba a los ojos, tan fijo que Anna estaba segura de que no podría mentirle.

—Luego pensé que habías muerto. Jamás tuve noticias tuyas.

—Te mandé varias cartas.

—Jamás me llegaron.

Rubén asintió.

—Es posible que no. ¿Y por eso te olvidaste de mí? Pero el gesto de Rubén seguía igual de tranquilo que cuando Anna enfrentó su cara por primera vez desde el otro lado de la celda. Era como si nada pudiera afectarle ya.

—Jamás me olvidé de ti. No hubo un solo día que dejara de pensar en ti.

—¿Ni siquiera cuando te enamoraste de ese ingeniero? —Anna bajó la cabeza—. Porque te enamoraste, ¿verdad? Conociéndote, no puedo creer, si no, que hicieras algo así.

Anna podría decirle que nunca llegó a enamorarse de Franz Müller, pero no era cierto. Y se había prometido que no le mentiría a Rubén. Ya había padecido bastante.

—Nunca dejé de pensar en ti, Rubén. Nunca.

Él volvió a suspirar con resignación, pero no dijo nada.

—¿Sabes? —Continuó Anna—. Lo que más me gustaría ahora mismo es poder cambiarme por ti. Que tú pudieras estar aquí y que yo fuera la que estuviera ahí dentro. Y lo he intentado. De verdad que lo he intentado. Les he dicho que fui yo quien mató al sargento norteamericano, pero ellos dicen que mi versión no se sostiene.

—¿Ellos? ¿A quiénes has intentado convencer? ¿De quién me estás hablando?

—Las personas para las que empecé a trabajar después de que te detuvieran, Rubén. Los mismos que me han obligado a venir a Berlín para ayudarles a localizar a una persona.

—¿A qué persona? ¿Tal vez a ese ingeniero del que te enamoraste?

Anna asintió. Se había propuesto decirle toda la verdad a Rubén, se lo debía, pero no resultaba sencillo.

—Me contaron en París que viniste a Berlín el año pasado con él, con el ejército alemán que abandonaba París.

—Pero nunca llegué a marcharme del todo. Enseguida volví a Francia. Al sur, a la granja de mi tío. En París no estaba segura. Había gente que quería verme muerta. Todavía no se había encargado nadie de contarles a mis compañeros de la Resistencia toda la verdad.

—¿Toda la verdad?

—Que lo único que hice fue intentar ayudar a ganar la guerra.

—Pero hubo más. Te enamoraste.

Anna volvió a bajar los ojos. Intentó negar con la cabeza, aunque fuera un poco, pero no fue capaz.

—No te preocupes. No te culpo. Ya te he dicho que yo estaba muerto, que lo sigo estando.

—No digas eso, Rubén. Tú no sabes cuánto me alegro de que estés vivo. Dentro de muy poco podrás venir a París, vivir conmigo otra vez si quieres. Te estaré esperando.

Rubén sonrió a medias, apretó sus manos en los barrotes de la celda.

—Me estarás esperando... —dijo en un tono tan bajo que a ella se le antojó un susurro.

—Te esperaré, Rubén. Todo el tiempo que haga falta. Vendré a Berlín otra vez si quieres para regresar juntos a París.

Rubén tomó aire, lentamente, como si quisiera aguantar la respiración durante mucho tiempo.

—Tal vez no me suelten nunca. Quizá me encierren para siempre o me condenen a muerte.

Anna volvió a negar con energía. Estiró sus brazos entre los barrotes, le apretó los brazos, solo pellejo sobre los huesos.

—Eso no va a suceder. Te lo prometo. Bishop me ha dado su palabra. Y si no la cumple, te aseguro que tendrá que vérselas conmigo, que lo buscaré hasta encontrarlo y lo mataré. Ni en el fin del mundo podrá esconderse.

Rubén sonrió, las arrugas profundas de los ojos, procurando que ella no le viera los dientes que le faltaban. Sonrió, como si no la conociera, como si la mujer que tenía delante no fuera la misma Anna de la que se había despedido para volver al cabo de un rato cuando la Gestapo vino a detenerlo a su piso de París. Luego humilló la mirada y se quedó muy serio.

—¿Qué te ocurre, Rubén? Se encogió de hombros.

—Estos años que hemos pasado separados nos han cambiado. Es lógico, hemos vivido tiempos muy duros.

—Sobre todo tú, mi vida. Tú eres el que peor lo ha pasado de los dos.

Mi vida. Cuánto tiempo hacía que no escuchaba esas dos palabras.

Mi vida.

—Quiero estar contigo, Rubén. Que entre los dos podamos olvidar el pasado, hacernos felices el uno al otro.

Él asintió, pero parecía muy cansado.

—No sabes lo que he vivido, Anna. No puedes imaginarlo siquiera.

—Lo sé. Y no sabes cuánto he deseado volver a verte. Lo que yo he hecho no ha estado bien. Solo espero que algún día puedas perdonarme.

Él negó con la cabeza, sin soltar sus manos.

—No hay nada que perdonar. La cuestión no es esa, o que vuelva a París, si me sueltan, para estar contigo otra vez. ¿Sabes una cosa? Todo esto no es más que una prórroga extraña que me ha concedido la vida. Yo debía estar muerto, y cuando pienso en ello siempre llego a la misma conclusión. Que como ya estoy muerto, nada de lo que me ocurra puede afectarme o hacerme daño. Que me encierren aquí dentro o que me lleven a otra cárcel o que me fusilen. Nada puede afectarme ya.

—Pero estás vivo, Rubén, y tienes toda la vida por delante. Y yo estaré siempre a tu lado, si quieres.

Pero, aunque es tan importante lo que le ha dicho, Anna siente que él ya

no la escucha. Se da cuenta de que la mira pero no la ve, que ni sus ojos ni su cabeza están allí, en esa celda a la que ella ha venido a visitarlo, sino en otro lugar, muy lejos, un sitio que ella no puede ver.

—En Mauthausen había una cantera desde la que los presos teníamos que acarrear piedras por una escalera. Ciento ochenta y seis escalones que muchos compañeros no tenían fuerzas para subir, y a veces se arrojaban al vacío sin soltar el bloque de piedra que transportaban para asegurarse una muerte rápida. Yo también estuve a punto de hacerlo una vez. Llevaba tres años encerrado, y ya no tenía ganas de seguir viviendo. Al mejor amigo que tuve en el campo lo habían matado los guardias cuatro días antes, no sabía nada de ti, y de pronto pensé que me habías olvidado, que habías conocido a otro hombre y que ya no querías volver a verme, que ni siquiera te importaba si estaba vivo o si estaba muerto. No te culpaba, ni mucho menos. Me parecía incluso lo más lógico que me hubieras dejado a un lado para seguir con tu vida. No se puede estar de luto siempre. Un día me presenté voluntario para acarrear piedras desde la cantera. Estaba dispuesto a saltar desde lo alto de la escalera. Me aparté de la fila, despacio, para que no me viera un Kapo y me obligase a volver a la formación. Poco después estaba al borde del precipicio, ya no había vuelta atrás, pero, ¿sabes qué ocurrió? Que de pronto sonó la misma música que escuchábamos en París, ¿te acuerdas?, aquel violinista solitario de los jardines de Luxemburgo. Nuestro vals, el mismo vals que bailamos aquella mañana que te regalé el anillo. Un músico al que no podía ver lo estaba tocando, y en aquel momento sentí que era para mí. Por eso no salté. Volví a mi puesto en la fila y me prometí que haría cuanto estuviese en mi mano para salir de aquel infierno y verte, aunque solo fuera una vez más. En París, cuando fui a buscarte y no te encontré me abandonaron las fuerzas, sentí que ya no podía seguir, pero me acordé de aquel día que estuve a punto de saltar, del violín que sonó en Mauthausen esa mañana solo para mí, y me dije, de nuevo, que tenía que seguir luchando hasta verte otra vez, cumplir la promesa que me había hecho a mí mismo aquel día, estar contigo, aunque solo fuera una vez más, no sé, decirte que había sobrevivido, que no te guardo rencor por lo que hiciste. Verte y sentir que por fin había hecho lo que me prometí. A partir de este momento, Anna, ya no importa nada.

Ella lo había escuchado en silencio. La cabeza baja, asintiendo de cuando en cuando. Aún tardó un instante en contestar.

—A partir de ahora es cuando empieza una nueva vida, Rubén. Es así como deberías verlo.

Pero él negó con la cabeza, despacio pero firme, como si nada pudiera convencerlo de lo contrario.

—Mi prórroga ha terminado. Y está bien que así sea. Tú estás bien, vas a volver a París, y a mí me han detenido —se encogió de hombros—. Pero nada pueden hacer a quien ya está muerto.

Anna no pudo contener las lágrimas de nuevo. Sujetó con fuerza sus manos, bajó la cabeza para besarlas.

—Tú no estás muerto, Rubén. No estás muerto.

—Vuelve a París, Anna. No se puede predecir el futuro. Ninguno de los dos sabemos lo que puede pasar. Nadie puede.

Al abrirse la reja del pasillo Anna no pudo evitar un respingo, como si hubieran dado un portazo.

—Mademoiselle Cavour —escuchó decir al guardia, como si quisiera practicar el francés que se le había oxidado desde que salió del colegio—. Es la hora.

Miró un momento Anna al soldado, el ceño fruncido, enfadada porque vinieran a buscarla y porque el tiempo se le hubiera pasado tan rápido. Luego miró a Rubén, y se dio cuenta de que se había separado un poco de los barrotes, los brazos ligeramente estirados, sus manos aún agarradas a las suyas, como si quisiera apartarse para verla mejor o como si prefiriese alejarse de ella puesto que ya no era posible que se quedase más tiempo a su lado.

Anna apretó aún más sus manos, pero no pudo dejar de sentir que Rubén tiraba de ellas, que quería apartarse ya, que tal vez se sentía incómodo después de haber tenido un momento de intimidad. Sentía que ahora la miraba como si fuera una desconocida, y se preguntó cuánto habrían cambiado a Rubén estos cinco años de cautiverio, si no podía ser ya sino alguien muy distinto a quien se llevó la Gestapo una tarde de domingo en París. Pero no por ello Anna se resignaba a no volver a verlo. Tenía que

confiar en Bishop, y no solo porque no le quedase otro remedio que poner el futuro de Rubén en sus manos, sino porque sabía que el americano cumpliría lo que le había prometido. Pero, aunque soltasen a Rubén y lo devolvieran a París, intuía que lo más probable era que él no quisiera volver a verla, estar de nuevo con ella, como si estos cinco años no hubieran sucedido nunca. Al final había un precio que pagar, un tributo insoslayable cuando se toma una decisión, un peaje que nos cobran más tarde o más temprano.

—Adiós, Anna —le escuchó decir.

Las manos de Rubén ya habían soltado las suyas. El guardia estaba de pie, al otro lado del pasillo, con un aro metálico del que colgaba un juego de llaves. Ojalá fuera fácil quitárselas y abrir la celda de Rubén para que pudiera salir de allí. Pero nada de eso iba a ser posible. Se dio cuenta Anna de que, por mucho que le doliera, por mucho que hiciera, Rubén no querría marcharse con ella.

—Estaré en París, Rubén —le dijo, sin embargo—. Te estaré esperando.

Bishop

Ya no podía confiar en Anna. La llegada de Rubén había alterado sus planes. A pesar de todas sus diferencias, antes de saber que Rubén Castro estaba vivo y que había venido a Berlín para encontrarse con ella, Robert Bishop estaba seguro de que Anna iba a cumplir la misión que le habían encomendado, en parte para salvar su futuro en Francia, aunque quizá era eso lo que menos le importaba, sino porque al encontrar a Franz Müller y convencerlo de que se entregase a los americanos también conseguiría salvarle la vida, librarlo de un futuro incierto y peligroso en Berlín bajo un nombre falso, o secuestrado por los rusos tal vez, que a lo mejor no serían tan amables o no lo tratarían con tanto miramiento como lo harían los norteamericanos. No era lo mismo una casa con jardín en Princeton, quizá en el mismo barrio donde vivía el profesor Einstein, que un apartamento pequeño y cochambroso de Moscú.

Pero la llegada de Rubén podía cambiarlo todo. Era un elemento nuevo en el mapa de operaciones que Bishop había trazado con precisión de relojero cuando Marlowe le había encargado que encontrase, y que además encontrase vivo, al último de los ingenieros de la lista. Seguro que ahora las prioridades de Anna habían cambiado. Después del primer momento de estupor y de alegría al saber que su prometido había sobrevivido al campo de concentración de Mauthausen, y también después de haber superado el momento de querer acabar con su vida porque pensaba que le había ocultado cuando había ido a buscarla a Francia que Rubén estaba vivo, la mujer habría empezado a sentirse culpable, por no haber luchado lo suficiente para haber

sacado a su novio del campo de exterminio, por no haber esperado en su piso de París a que él regresara, por haberse acostado con un ingeniero alemán para robarle secretos de guerra, y, sobre todo, y era ese el centro de la cuestión, Bishop estaba seguro de ello, por haberse enamorado de Franz Müller y haber enterrado a Rubén antes de tiempo, como si al enamorarse de otro hombre no hubiera tenido sino prisa por enterrar a su prometido.

Y ahora, lo que más preocupaba eran los sentimientos de Anna, que lo único que iban a conseguir era desorientarla, descentrarla, estorbarle para terminar la misión que le había encomendado, la última de todas, la que tal vez sería la más importante cuando se estaban disponiendo las piezas en el tablero de una batalla que aún no había comenzado.

Y, de todos los hombres de ciencia que había tenido que captar para su país, el caso de Franz Müller era el más complicado. Casi todos los científicos con los que había tratado tenían una idea bastante clara de lo que querían, o bien entregarse a los rusos o abrir sus brazos a los americanos. Algunos pedían dinero, otros se conformaban con una casa con jardín y un coche, un puesto de trabajo, una vida tranquila en Estados Unidos. También los había, muchos, que solicitaban que desaparecieran los archivos donde alguien del futuro pudiese rebuscar en su pasado, como un mendigo en un cubo de basura, que se borrara para siempre su número de afiliación al NSDAP, nacer de nuevo, en definitiva. Incluso los tres que habían muerto ya habían presentado sus condiciones para poner sus conocimientos al servicio de los Estados Unidos, habían dado el primer paso para vender su alma y sus secretos. Pero Franz Müller era, con diferencia, el más escurridizo de todos, y, a pesar de que Bishop estaba seguro de que malvivía en Berlín bajo un nombre falso, aún no había ofrecido sus servicios ni sus conocimientos ni sus secretos a los estadounidenses, y hasta donde había podido averiguar, a los rusos tampoco. Y estaba claro que aún tardaría bastante en conseguir un trabajo como ingeniero en Alemania, y, si lo hacía como profesor, tendría que ser bajo una identidad falsa y con el riesgo de ser descubierto tanto por los rusos como por los americanos. Si no se entregaba a ninguno de los dos bandos que pronto serían enemigos, a Franz Müller no le quedaba otro remedio que malvivir bajo un nombre impostado en Berlín, y esta era la

cuestión que no dejaba de intrigar a Bishop. No era lo más lógico dadas las circunstancias en las que estaba seguro que vivía Müller ahora, puede que en algún sótano helado, sin agua ni calefacción, pero no era imposible pensar que tal vez el último de los ingenieros a los que buscaba no tenía intención de vender sus secretos a nadie, sino que, simplemente, había decidido cambiar de vida, ser otra persona una vez que había acabado la guerra que había destrozado su país.

Se había llevado Robert Bishop el expediente de Franz Müller a su apartamento y lo estaba repasando. La fotografía, con el pelo castaño aplastado hacia atrás, sobre el cráneo, no arrojaba mucha luz sobre el ingeniero. Aunque se sabía todos sus datos biográficos de memoria, volvió a leerlos despacio. Nacido en Berlín en 1910, criado en una familia de clase media. Aficionado a la música, había dejado su puesto como profesor titular en el Instituto Kaiser Wilhelm en 1936, cuando era un joven y brillante licenciado en ingeniería aeronáutica con un futuro espléndido por disfrutar. Todo apuntaba a que no estaba muy de acuerdo con la manera en que estaban funcionando las cosas en su país desde la llegada de los nazis al poder tres años antes, y eso era un punto a su favor que lo convertía en un candidato idóneo a engrosar la lista de los científicos con nómina a cargo de los Estados Unidos de América, que había recibido a esos cerebros privilegiados con los brazos abiertos. Pero a partir de ese momento la biografía de Franz Müller se oscurecía, o, si acaso, era como uno de esos ríos cuya corriente de pronto desaparece bajo tierra para volver luego a aparecer con fuerza. No reaparece en el mundo de la ingeniería hasta casi siete años después, con un puesto como investigador en la fábrica de motores que la firma Heinkel tenía en Oranienburger, en Berlín. Con su talento podía haber solicitado un puesto en Mittelweke, en el equipo de Van Braun, pero en la fábrica de Dora trabajaban cientos de obreros en régimen de esclavitud, y no es imposible que Franz Müller hubiera desestimado trabajar allí porque prefería la soledad de un estudio, tratar solo con planos y con proyectos, pero sin tener que ver cada día a una reata de esclavos o a nadie que le recordase la realidad de Alemania que muchos de sus compatriotas y colegas se negaban a ver o admitir. Y esa era una de las razones por las que Marlowe tenía tanto interés en que no se le

escapase un tipo así. Es entonces cuando se presenta en París y se encuentra con Anna. Una de esas casualidades felices que a veces suceden y que de pronto se convierten en un hilo del que tirar hasta desenrollar una madeja de la que no se sabe qué se va a encontrar al final.

Franz Müller es un tipo solitario al que solo se le conoce una afición casi enfermiza por la música —según el expediente parece que además de un ingeniero talentoso, también es un violinista notable—, pero Anna consigue hacer que se interese por ella inmediatamente. Viaja otras tres veces a París y le pide a ella que se marche de la ciudad con la Wehrmacht antes de que los alemanes abandonen Francia. Incluso ella pasa unos días en Berlín invitada por Müller a finales de 1943. ¿Cómo puede un ingeniero que trabaja en un proyecto secreto de fabricación de aviones a reacción, un científico que ni siquiera ha querido afiliarse al partido nazi ni pertenecer a las SS para medrar en su profesión moverse con relativa facilidad entre Berlín y París, y además conseguir que la Wehrmacht admita sacar de París a una mujer francesa? La respuesta está en un amigo de la infancia. El Obersturmbannführer Dieter Block. Seguramente él había movido los hilos también para que lo destinaran a ese puesto cómodo en la fábrica de Heinkel, formar parte de un equipo que trabajaba en el desarrollo de un avión a reacción, un arma que, paradójicamente, y tal vez por suerte para Franz Müller, que así no tendría problemas de conciencia, nunca terminó de interesar a Hitler.

Después de la guerra, la vida de Franz Müller entraba definitivamente en una bruma espesa, como la mayoría de los científicos que habían trabajado para el Reich y que no fueron localizados por los soldados de la operación Alsos, en la que el propio Bishop había participado pocos meses antes de que terminase la guerra, dos comandos especiales infiltrados en la Alemania que aún no había sido ocupada para capturar a los científicos que trabajaban para los nazis. Al final de la contienda a sus jefes les habían entrado las prisas. Desde hacía casi tres años se estaba gestando la fabricación de una bomba atómica, el arma más poderosa que el hombre había conocido jamás, y querían averiguar cuánto habían avanzado los alemanes en el desarrollo de su propia bomba antes de que la guerra terminase y los hombres de ciencia empezaran a esconderse como ratones o a ocultarse bajo nombres falsos.

Capturaron a unos cuantos, pero Franz Müller era uno de los que ya no estaba allí cuando los soldados aliados llegaron a su estudio. Se había transformado el escurridizo ingeniero alemán aficionado a la música otra vez en la corriente de un río que prefiere ocultarse bajo tierra hasta encontrar el momento oportuno para salir a flote, a la vista de todos, o quizá, sospechaba Robert Bishop, quedarse ya para siempre escondido y que ya nadie lo pudiera encontrar. El caso es que, otra vez, su vida era una incógnita, igual que los años que pasó desde que se marchó de Berlín en el 36 hasta que regresó a Alemania siete años después.

A Anna le había contado en París que, durante esa época, había estado trabajando en algunas orquestas de Austria, pero que llegó un momento en el que se cansó de llevar una vida bohemia y se dijo que ya era hora de sentar la cabeza y volver a Alemania y retomar su carrera como ingeniero. Pero siete años es mucho tiempo, y aquella etapa oscura de la vida de Franz Müller nunca había dejado de intrigarle. No era nazi, ni simpatizaba con ellos tampoco a pesar de conservar su amistad de antaño con Dieter Block. Robert Bishop había pensado que, tal vez durante aquellos años en los que su vida se había convertido en un misterio, había estado una temporada en Moscú también, quién sabe, lo mismo se había afiliado en secreto al partido comunista, y por eso había querido marcharse de Alemania. Si así fuera, tal vez no habría mucho que hacer para intentar atraerlo a los Estados Unidos. Tal vez estuviera Franz Müller esperando el momento oportuno de pasarse al lado soviético, de negociar unas condiciones favorables, quizá para él y para alguien más. Pero eso no podía averiguarlo sin tener que dar muchas explicaciones o hacer demasiadas preguntas incómodas que despertarían la curiosidad de los rusos, cuando a lo mejor ni siquiera estaban al tanto de que Müller estaba vivo. Si sus temores tenían fundamento no había mucho que pudiera hacer por evitar que se fuera a Moscú, ni siquiera Anna podría convencerlo de ello. Pero lo mejor era no especular. Por mucho que quisiera encontrar a Franz Müller, y estaba seguro de que el asunto se resolvería pronto, no podía hacer otra cosa que esperar.

Lo primero que hizo cuando sintió unos nudillos llamar a su puerta fue mirar la botella de bourbon, la prueba incriminatoria que a veces, cuando la

enfrentaba, parecía que le decía que era un borracho. No te quieras justificar con tus problemas de conciencia, Robert Bishop. Reconoce de una vez que ya hace mucho tiempo que no puedes pasar sin una botella y que ya no hay vuelta atrás, que jamás en tu vida podrás volver a conciliar un sueño aceptable sin haberte tragado al menos cuatro vasos. Luego se acordó de Anna, otra vez, siempre Anna, y pensó cómo se habría sentido ella en París cuando él se presentaba en su casa muy tarde y golpeaba con suavidad la puerta de su piso para que no se enterasen los vecinos, siempre el mismo toque al que ya la tenía acostumbrada, tres golpes muy seguidos, otros tres más espaciados, luego otros tres muy seguidos, como los tres primeros. Y muchas veces Robert Bishop había tenido que esforzarse en que no se le notase que esperaba que alguna noche ella le abriera la puerta, con la bata suelta, cogiera su mano y lo besara en la boca, con tanta pasión que pareciera que en realidad quería morder sus labios, que sus lenguas se mezclasen en un baile desquiciado, que ella le revolviera el pelo de la nuca y que lo llevase a la cama en la que él no había dejado de preguntarse cuánto tiempo hacía que no había dormido un hombre. Todavía no le había pedido que se acostase con Franz Müller si era necesario para sonsacarle algún secreto de guerra, y ya estaba celoso Robert Bishop, a quien no debían corresponderle esos celos porque jamás había sucedido nada entre Anna y él. Y porque, además, ella siempre le preguntaba por Rubén Castro cuando se encontraban, con la impaciencia de una niña que no puede esperar para abrir un regalo lo apremiaba para que le diera noticias de su prometido, si sabían el nombre del campo de prisioneros adonde se lo habían llevado, cuándo podría regresar, si estaba vivo, sobre todo eso, si estaba vivo.

No era suya aquella mujer, pero había empezado a desearla desde la primera vez que la vio a escondidas, cuando todavía no había hablado con ella y estaba planteándose reclutarla para su causa. La había visto acudir cada día a la puerta del hotel Meurice, fiel como un perro que espera junto a la tumba de su amo con la esperanza de que se levante pronto y que los dos puedan volver a casa juntos. Y cuando supo que tenía que pedirle que fuera tan amable como pudiera con un ingeniero alemán al que había conocido en París, a punto estuvo de decirle también que podía negarse si no quería, que

no tenía por qué hacer una cosa así, pero, después de una lucha agotadora consigo mismo, acabó resolviendo que sus deseos o sus sentimientos no debían interponerse en su trabajo, que nunca habían interferido y que ahora no tendría por qué ser diferente. El agente de la OSS Robert Bishop siempre se había señalado por su frialdad y por su profesionalidad a la hora de encarar una misión.

Pensaba en eso mirando la botella, y la primera vez que sonaron los nudillos en su puerta pensó que estaba soñando o en ese estado tan placentero en el que se instalaba después de haber consumido la dosis nocturna de alcohol, ese momento en el que aún no estaba dormido pero tampoco despierto del todo, cuando volvió a escuchar los golpes en la puerta, y otra vez se preguntó cómo se habría sentido Anna cuando él iba a buscarla a su piso de madrugada para darle instrucciones o para recibir información sobre sus averiguaciones, o acaso alguna vez solo con el pretexto inconfesable de verla de nuevo.

Robert Bishop se incorporó en el sofá y se quedó sentado unos segundos, aturdido, esperando que el cerebro que le bailaba en alcohol recuperase el lugar que le correspondía dentro del cráneo. Le dolía la cabeza y, antes de escuchar los nudillos otra vez y levantarse, pensó que estaba soñando, que en lugar de en el Berlín rendido se encontraba en el París ocupado por los nazis. Frunció el ceño y se le apuntó en los labios una mueca de disgusto cuando volvió a escuchar los golpes en la puerta de nuevo sin esa cadencia que había esperado. No pudo evitar sentirse un imbécil, porque medio dormido había llegado a pensar que tal vez podría ser Anna la que llamaba a su puerta, que venía para hablar con él, que no podía esperar hasta mañana para hacerlo, y en la duermevela le daba igual que viniera a decirle que había hablado con Franz Müller y lo había convencido de que se fuera a los Estados Unidos, que llamaba a su puerta para confesarle que hacía mucho tiempo que estaba enamorada de él, que lo odiaba por haberla obligado a acostarse con Franz Müller cuando sabía que él estaba loco por ella. Que lo besaría en los labios como si quisiera morderle cuando abriese la puerta, que le revolvería el pelo de la nuca, que sus lenguas se mezclarían mientras se quitaban la ropa.

La puerta no tiene mirilla, pero Robert Bishop se encuentra tan aturdido

que piensa que aunque la hubiera tenido no habría sido capaz de encajar el ojo en el pequeño orificio para ver quién llamaba. Pero, antes de abrir, nota algo pesado, familiar, metálico, en su mano, que lo hace sentirse seguro, que lo tranquiliza porque sabe que si se trata de alguien que quiere hacerle daño podrá defenderse, encajarle un tiro en la cara quizá a pesar de que le tiemble el pulso o de que no sea capaz de ver más que sombras borrosas al otro lado del umbral. Cuando abre la puerta piensa que debe de seguir soñando, peor aún, que se trata de una pesadilla, porque las facciones de esa cara las ha visto tantas veces que siente que ya nunca podrá olvidarla, que lo acompañarán durante el sueño o la vigilia todos los días de su vida.

Franz

Hacía frío en la pista del aeródromo de Tempelhof. El techo de chapa era un resguardo demasiado precario para el final del otoño. Aún no había nevado en Berlín, pero los copos de nieve que blanquearían los árboles que habían sobrevivido a la guerra aparecerían muy pronto, y tal vez podrían maquillar la triste postal de la ciudad destrozada.

El mismo chófer y el mismo Jeep que la habían llevado a la cárcel el día antes la habían traído hasta el aeropuerto.

Anna se había pasado toda la noche en vela esperando un milagro. Que Rubén llamase a su puerta esa noche, que la abrazara, la besara y le contara que lo habían liberado, daba igual cómo pero que todo hubiera sido posible. Pero los milagros no existen, o al menos nunca suceden cuando una los espera. Eso era algo que ella siempre había sospechado, pero que había aprendido de verdad durante los últimos años.

Cuántas veces había sentido en París lo mismo que ahora, sentada en una butaca, junto a la ventana, mirando los hombres que pasaban por la calle por si alguno de ellos era Rubén que regresaba de donde quiera que se lo hubiera llevado la Gestapo, atenta al motor de los coches que se detenían en la calle, cruzando los dedos cuando escuchaba una puerta abrirse, entreteniéndose en un juego infantil que le daba esperanzas a pesar de ser una mujer adulta. Si soy capaz de contar cuántos pasos da este hombre que ahora mismo cruza la calle, el próximo coche que pase será un taxi que traerá a Rubén desde la estación. Si soy capaz de aguantar la respiración hasta que el coche que ahora

mismo circula por la rue Lappe doble la esquina, el próximo hombre que vea pasar será Rubén. Lo pensaba y veía a Rubén quieto en la acera antes de cruzar el umbral, mirando la ventana, seguro de que ella lo estaba esperando. Muchas veces se había pasado así tardes enteras esperando que llegase Rubén. Tantas veces lo había hecho que había temido incluso perder la razón o la cordura.

Y esa noche en Berlín había sido lo mismo. Atenta a cualquier ruido, a cualquier coche que pasase por la calle, a los pasos imposibles de alguien que camina por la ciudad a pesar del toque de queda implacable. Imaginaba que el juez había sido benévolo, que se había ablandado al saber que Rubén había pasado los últimos cinco años de su vida encerrado en un campo de exterminio, que había matado a un sargento pendenciero del ejército de los Estados Unidos para salvarla a ella, que era un buen hombre que había sufrido mucho y que no era justo que lo hicieran pasar por eso.

No había logrado quedarse dormida, ni siquiera cuando se rindió a la evidencia de que Rubén no aparecería, y acabó claudicando ante la lógica de lo que pensaba por la mañana, cuando esperaba el coche que la llevaría al aeropuerto, de que tal vez aunque a Rubén lo hubieran dejado salir esa noche o esa mañana de la cárcel no iría a buscarla, que, a pesar de estar libre y de haber venido hasta Berlín para encontrarla, él ya nunca más querría volver a estar con ella, que, como le había dicho, no era sino un muerto que arrastra sus pasos cansados por el mundo y que, en la prórroga que le había concedido la vida, no encajaban los planes de volver a estar con ella, que habían cambiado tanto que ya no tenía sentido que volvieran a estar juntos. Al cabo, se lamentó Anna, eso era lo único que le había dejado la guerra, una transformación, un gusano que se convierte en mariposa, o al revés, una mariposa que había recorrido el camino inverso para ser un gusano.

Si todo lo que había hecho había servido para acelerar el final de la guerra nunca lo sabría, pero le gustaba pensar que quizá sí había valido para que tal vez los aliados liberasen antes el campo donde estaba recluido Rubén y que hubiera podido salir vivo del infierno, aunque ya jamás quisiera volver a estar con ella, aunque ya nunca pudiera ser como antes, no tanto porque hubiese entablado una relación sentimental con Franz Müller, sino porque había

llegado a enamorarse de él, apartar a Rubén de sus pensamientos, aliviarse del luto, y él se había dado cuenta, y, lo peor de todo, ella no podía sino reconocer la verdad.

Rubén saldría de la prisión antes o después, Anna quería pensar que sí, y lo devolverían a París igual que ahora la iban a devolver a ella, en un avión o en un tren por cuenta de la OSS. Luego pasaría lo que tuviera que pasar. Bishop seguiría con su trabajo de funcionario estricto, se moriría sin haber aprendido nunca a sonreír.

Y Franz Müller. De todos, probablemente era Franz Müller el único que podía elegir. Marcharse con los americanos, pasarse al bando soviético o desaparecer para siempre con sus proyectos y sus secretos. Anna pensaba que lo más probable era que aceptase la oferta de Bishop, y al final terminaría dando clases en alguna universidad de Estados Unidos, viviendo en una casa con jardín, un coche enorme en la puerta y una mujer norteamericana que lo hiciera padre de unos cuantos chiquillos rubios de ojos claros.

Encendió un cigarrillo y se apoyó en una pared helada del edificio que hacía las veces de terminal improvisada. Fumar era otra de las huellas que estos años le habían dejado. Antes de conocer a Robert Bishop no había probado en su vida el tabaco, y como ahora mientras esperaba que llegase el avión que la iba a devolver a París, cada vez que necesitaba calmar los nervios no podía evitar sacar un paquete y encender un pitillo, darle una calada profunda y cerrar los ojos, dejar que la nicotina se colase en su cuerpo y sentir su efecto sosegante.

Igual que los trenes no podían circular todavía con la misma regularidad que antes de la guerra y muchas veces había que pasar horas esperando con paciencia geológica en una estación la llegada o la salida de un expreso, con los aviones, pensó Anna, lo más probable es que sucediera lo mismo. El que habría de llevarla de vuelta a París debería salir a las doce de la mañana, pero, según le había contado el chófer que Bishop le había asignado, que parecía ser su hombre de confianza, tal vez su mismo chófer, un soldado joven y callado del ejército de los Estados Unidos, se trataba del mismo avión que tenía que salir de París esa misma mañana y que luego volaría de vuelta a Francia después de repostar y de una revisión técnica rutinaria, con lo que el

horario de salida, y dado el estado del aeródromo de Tempelhof, era poco menos que aproximado y no era imposible que tuvieran que pasarse allí tres o cuatro horas antes de subir al avión.

El soldado había aparcado el Jeep y la había acompañado hasta la terminal. Anna apenas llevaba equipaje. El bolso y una pequeña maleta. No era necesario que nadie la acompañase para ayudarla, pero estaba claro que la razón por la que el joven soldado estaba allí con ella no se debía a un gesto de galantería, sino para asegurarse de que subía al avión de vuelta a París.

Anna había abandonado el edificio de la terminal porque quería estar sola, fumar tranquilamente y poder pensar, pero con el rabillo del ojo veía al chófer pendiente de sus movimientos. La pequeña maleta se había quedado dentro, custodiada por él, pero no pudo evitar una sonrisa al darse cuenta del celo con el que el joven observaba todos sus gestos, como si temiese que escapase entre las ruinas del aeropuerto de Tempelhof aprovechando la confusión de algún aparato al despegar o aterrizar.

Y no iba desencaminado del todo el soldado al desconfiar de ella. Por supuesto que se había planteado huir, no solo ahora, sino durante la noche que había pasado despierta. Y que no lo hubiera hecho entonces, o que no tuviera intención de hacerlo ahora, no se debió a que, cuando pasaba sus últimas horas en Berlín, hubiera tenido la certeza de que había alguien apostado en la puerta del edificio donde se alojaba por si acaso se le ocurría escapar y detenerla, o que, si ahora aprovechaba la confusión de algún movimiento en el aeropuerto no solo el chófer que la había traído hasta allí, sino también algún soldado o quizá alguno de los tipos de paisano que había visto en la terminal se encargarían de seguirla o de detenerla antes de llegar siquiera a la calle.

Si Anna no había intentado escapar era porque, aunque le costase mucho reconocerlo, no había nada ya que tuviera que hacer en Berlín. Había cerrado por fin, o al menos eso le parecía, la vieja herida que tenía con Robert Bishop, y podría volver a París sin tener miedo de que algún viejo compañero de la Resistencia fuera a su casa de madrugada para ajustar cuentas con ella. Había vuelto a ver a Franz Müller después de tantos meses, y se alegraba de que hubiera sobrevivido a la guerra, y estaba segura de que el ingeniero

saldría adelante si jugaba bien sus cartas y sus secretos. Ninguno de los dos hombres a los que había amado se había mostrado enfadado con ella por no haberse portado bien o por no haber sido del todo fiel a los dos. Franz Müller había aceptado con resignación la vuelta de Rubén del mundo de las tinieblas, y no le había reprochado que no viniese a Berlín con él cuando los alemanes abandonaron París, que al final se arrepintiese y diera media vuelta, que el camino que emprendiera fuera el de regreso a una ciudad liberada por los aliados en lugar de cruzar la frontera de un país cuyo territorio estaba claro que se haría cada vez más pequeño, hasta que fueran las ruinas de Berlín el último bocado que los aliados podrían arrebatar a Alemania.

Pero, cuando pensaba en Rubén, enseguida se le quebraba el ánimo. Era la única cuenta que le quedaba por saldar, la más importante. Aquel para quien su traición había sido mayor, el hombre por el que se sentía más culpable, al que más daño había hecho, seguro, el que más había sufrido y cuyas heridas no podría reparar si no se dejaba. Lo único que podía hacer era volver a París y esperarlo, esperar otra vez. No lo culpaba. No tenía más que ponerse en su lugar para entender que no quisiera volver a dirigirle la palabra. Pero tal vez con el tiempo él cambiaría de idea y entendería que si hizo lo que hizo fue porque no le quedó otro remedio. Esperar que la perdonara y quisiera volver a su lado, aunque solo fuese como dos buenos amigos. Con eso se conformaba Anna.

Aplastó la colilla con la punta del zapato y miró al otro lado del cristal. En cuanto la vio volver la cara, el chófer giró la cabeza, como si ella no se hubiera dado cuenta de que no había dejado de observarla todo el tiempo con más o menos disimulo. Tranquilo, chaval, pensó Anna. Tranquilo que no me voy a escapar.

Había otros viajeros esperando al avión. Varios militares de uniforme, algunos oficiales norteamericanos, otros franceses. También algunas mujeres. Anna se preguntó si alguna era alemana. No resultaba sencillo salir de Berlín, y a ella, que hubiera querido quedarse al menos hasta que Rubén saliera de la cárcel, le habían proporcionado un pase para marcharse porque no querían que estuviese allí más tiempo una vez que todo parecía haberse solucionado. Pero le gustaría volver a esta ciudad, pensó, mientras encendía otro pitillo y

caminaba unos pasos hacia delante y luego giraba sobre los tacones y vuelta a empezar, como un soldado de guardia. Volver a Berlín cuando se hubiera recuperado de las ruinas. Aún tardaría muchos años en volver a ser la misma ciudad que había visitado por primera vez cuando viajó con su madre de niña, pero seguro que con el tiempo todo volvería a ser como antes. Sería más vieja, tal vez seguiría sola porque Rubén al final no había querido volver a estar con ella, pero se imaginaba dentro de diez o quince años en ese mismo aeropuerto, que lo habrían reformado, y que ya no quedaría el menor rastro de la guerra, como si nunca hubiera sucedido, y ella bajando la escalerilla de un avión moderno, tal vez con uno de esos motores a reacción en los que Franz Müller había trabajado y que por fin se habían hecho realidad. Con los años todo se olvidaría, incluso las cicatrices de la guerra quedarían atrás.

Mientras apuraba el nuevo pitillo, Anna volvió a echar un vistazo dentro de la terminal. Había gente que la miraba, como si no entendiera que pudiera estar ahí, a la intemperie, parecía que tuviera prisa por subir al avión que la llevaría a París o tal vez tuviera miedo a volar, y la única manera de soslayarlo fuese apurando cigarrillos uno tras otro o dando paseos nerviosos desafiando el aire frío del otoño berlinés. También había varios hombres de paisano que esperaban la llegada del avión de París. Seguro que alguno de ellos era un tipo como Bishop, un funcionario escrupuloso que había terminado una misión en la capital de la Alemania derrotada o que iba a continuar su trabajo en París, o tal vez este vuelo no era más que la primera escala de otras hasta que llegase de vuelta a Londres o a Estados Unidos. El mundo ya no era el mismo, no volvería a serlo nunca, se dijo Anna, sin dejar de mirar a los hombres que también fumaban tranquilamente en la terminal. Los aliados habían ganado la guerra, en Europa y en el Pacífico, después de lanzar dos bombas atómicas sobre Japón, ya nada podría ser igual, y tampoco ella volvería a ser nunca, qué lástima, la misma joven ingenua a cuyo prometido se llevó la Gestapo detenido una tarde de domingo en París.

Aplastó el segundo cigarrillo y de nuevo apoyó la espalda en la pared. No sabía en qué dirección estaba París. El cielo estaba cubierto, y era imposible orientarse. Desde que estaba allí fuera, había aterrizado un avión y habían despegado otros dos desde la única pista que se podía utilizar en el

aeródromo. Si el avión que había aterrizado era el mismo que debía regresar a París no lo sabía, pero no podía sino esperar. Quién sabe. A lo mejor no podría irse hoy y tendría que pasar otra noche en Berlín. Seguro que a Bishop no le haría gracia.

Quienes estaban al otro lado del cristal de la terminal se le antojaban maniquíes de un escaparate. El propio chófer que la había traído y que no se marcharía hasta que el avión despegase, las mujeres alemanas que quizá esperaban con ansiedad la llegada del avión antes de que quien hubiera firmado los pases que les permitían abandonar Berlín cambiasen de idea, los militares uniformados o los hombres de paisano. Catorce personas, dieciséis a lo sumo, contando a los que no podía ver. Caminó un poco frente al cristal, como si estuviera de compras y quisiera estar segura de lo que iba a llevarse antes de entrar en la tienda.

El chófer no dejaba de mirarla, temeroso de que estuviera a punto de empezar a correr por la pista. En la esquina tenía una visión más amplia de la sala de espera. Para distraerse, se propuso mirar uno por uno a esos hombres de paisano hasta identificar cuáles tenían el mismo oficio que Robert Bishop. No era difícil. Al cabo, se trataba de tipos que, de no hacerlo nunca, habían perdido la capacidad de expresar sus emociones si es que alguna vez las tuvieron. Contó uno, dos, tres, hasta cuatro hombres que podían encajar en el perfil que buscaba. Tipos del montón, que no destacasen demasiado ni llamasen la atención, hombres que procuraban no quedarse mirando fijamente a nadie para que no los recordasen, gente inteligente cuyo mayor afán era pasar desapercibidos y cualquiera que viera su rostro lo olvidase enseguida. Pero, aún no había terminado Anna el barrido visual del interior de la terminal, cuando sintió que las piernas le fallaban, como si estuviera a punto de desmayarse porque de pronto se había quedado sin fuerzas. No había reparado hasta ahora en el hombre que estaba sentado en un rincón de la sala, las manos metidas en los bolsillos de un abrigo que parecía estar hecho para alguien que vistiera tres tallas más grandes. De repente era como si todavía estuviera medio dormida esperando a que se hiciera de día para que el chófer viniese a buscarla al aeropuerto. Como estar soñando. Y Bishop no podía haberla engañado de esa manera, haberle gastado esa broma como

despedida. Algo había ocurrido, y más tarde se preguntaría por qué, pero ahora no podía apartar los ojos de ese tipo tan flaco, con el pelo encanecido prematuramente, que estaba sentado en un rincón de la sala. Lo habían soltado antes de tiempo. Mucho antes. Y era como para dar saltos de alegría, pero se abstuvo de hacer ningún aspaviento porque no quería llamar la atención, o que el soldado que la observaba se diera cuenta de que sucedía algo. Entraría y se sentaría junto a él, como si no lo conociera. Volvía a ser un hombre libre, y aunque aquella era la mejor noticia que le podían dar, la que más deseaba, antes de entrar en la terminal Anna no dejaba de preguntarse por qué había sucedido tan pronto cuando Robert Bishop le había asegurado que era imposible, que todavía pasarían algunas semanas, tal vez más de un mes, hasta que se celebrase un juicio. Que quizá ella tendría que volver a Berlín para declarar. Y, menos de veinticuatro horas después, Rubén estaba en la calle, esperando en la terminal, ojalá que para subir al mismo avión que los llevaría a los dos de vuelta a París.

La cuestión era por qué. Frunció el ceño Anna, incapaz de relajarse hasta que no lograra encajar todas las piezas del rompecabezas. Robert Bishop, Franz Müller, Rubén, ella misma, Berlín.

No había una frontera clara entre los sectores en que estaba dividida la ciudad, pero antes de bajar del coche en la zona soviética, Franz Müller pensó que cuando pusiera los pies en el suelo estaría pisando otro país. A pocas manzanas de allí estaba el mismo barrio donde se había criado en Berlín, donde había jugado con su amigo Dieter Block, pero era como si ya nada de aquello le perteneciera.

Antes de que el coche parase, se frotó los ojos para aliviar el escozor de la falta de sueño. Había sido una noche muy larga para él y para el agente norteamericano que ocupaba el otro lado del asiento trasero del Mercedes confiscado a algún alto funcionario del Reich. Bishop llevaba la carpeta con los documentos en el regazo, un tesoro del que, según le había contado, llevaba detrás más de un año. Franz Müller no había visto jamás en su vida a Robert Bishop ni había escuchado hablar de él hasta que Anna fue a buscarlo

al destartalado piso de la Invalidenstrasse, pero, cuando el agente norteamericano le abrió la puerta de su casa, primero lo miró como si fuera un fantasma, extrañado, incluso parecía que estaba a punto de pellizcarse para cerciorarse de que no estaba soñando, y luego parecía que lo conociese de toda la vida.

—Me han contado que está usted buscándome —le dijo, para que el otro estuviese seguro de que no le había abierto la puerta a un espectro.

—No puede usted imaginar desde cuándo —respondió el americano, todavía vestido de calle a pesar de la hora que era pero con la ropa arrugada, como si hubiera pasado una mala noche.

—También me han dicho que tiene algo que ofrecerme.

Bishop asintió y se quedó callado unos segundos porque enseguida pensó en Anna. Al final ir a buscarla a París para traerla a Berlín había servido para algo, incluso haberle pedido dos años antes que se hiciera amiga del hombre que ahora había llamado a su puerta había acabado arrojando un resultado inesperado, como una carambola extraña que nadie en el París ocupado hubiera podido prever. Se dio cuenta de que no lo había invitado a pasar todavía.

Casi tres años desde que leyó su informe por primera vez y nueve meses buscándolo, primero en la Alemania que todavía no se había rendido, luego en el Berlín que habían ocupado los rusos, y ahora que él había venido a verlo por propia voluntad no había tenido la educación de invitarlo a pasar.

Se hizo a un lado Bishop, y le indicó con un gesto que entrase. Antes de cerrar la puerta, se asomó al pasillo, por si alguien lo había visto llegar, pero estaba vacío. El ingeniero se había arriesgado para llegar hasta su piso saltándose el toque de queda y nadie debía de haberle dado el alto en la calle.

—Mi nombre es Franz Müller —le había dicho.

Bishop asintió, satisfecho. Había tomado demasiados vasos de bourbon, estaba mareado y sus reflejos no eran tan rápidos como le hubiera gustado, pero Franz Müller había venido a verlo. No era la forma en que habría imaginado que se encontraría con el alemán, pero las cosas en la vida casi nunca suceden como uno espera y había que adaptarse a las circunstancias. Aunque le hubiera gustado que la prueba vacía de su desaliño no estuviera

presente en la mesa cuando le ofreció sentarse.

Por fortuna aquella no era una visita de cortesía.

—Anna Cavour me ha dicho que podía confiar en usted.

Bishop aún tardó un momento en sentarse. Se tomaba como un cumplido que Anna confiase en él. Tal vez, al final ella no lo odiaba tanto como le había dicho algunas veces. Puede que él no se hubiera portado tan mal después de todo.

—Usted tiene algo que me interesa y yo puedo ofrecerle salir de Berlín —dijo sentándose frente a Müller—. Es posible que, si los dos somos razonables, al final podamos entendernos.

Y no había sido una negociación larga. Todo lo contrario. Había sido mucho más sencilla de lo que Robert Bishop había imaginado. Ni siquiera había tenido que mencionar el nombre de una prestigiosa universidad norteamericana para que Franz Müller se hubiera visto a sí mismo sentado en un despacho, una cátedra tranquila, una vida apacible en la que estuvieran incluidos una casa con jardín y un Chevrolet en la puerta. Y quién sabe. Tal vez también una hermosa mujer americana en el futuro. Uno nunca puede estar seguro de conocer a alguien solo por haber leído muchos informes sobre él, o por los comentarios de las personas que lo han conocido. Cada persona guarda una sorpresa emboscada, un detalle que se nos revela en el momento más insospechado, cuando más desprevenidos estamos o ya creíamos ingenuamente que no era posible encontrar nada que nos sorprendiera.

Algo así le había pasado a Robert Bishop con Franz Müller. Tanto tiempo tras sus pasos y ahora lo tenía al lado, sentado en el mismo asiento trasero del coche que él mismo, mirando distraídamente la calle que marcaba la línea que separaba el sector soviético del norteamericano en Berlín, preguntándose tal vez si había llegado ya el momento de bajar del coche y cumplir su parte del trato.

Bishop ya había cumplido la suya. No había resultado fácil, pero al final lo había conseguido. Había tenido que despertar a Marlowe de madrugada para contárselo, y luego se había reunido con él en su despacho para perfilar los detalles. Su jefe tuvo que hacer un par de llamadas, pero al final todo se había resuelto y cada uno ganaba algo. Bishop tenía los planos, Marlowe

estaba satisfecho, y a esa hora Rubén Castro debería de ir camino del aeródromo de Tempelhof porque era lo que Franz Müller había pedido.

No estaba seguro Robert Bishop de si al final Franz Müller se habría salido con la suya si no hubiera sacado de la manga aquella última carta. Tal vez sí, pero tenía la certeza de que, si no lo hubiera hecho, él no habría podido convencer a Marlowe tan rápidamente. No bastaba con entregar los planos, con abrir su alma o vender sus secretos, y Franz Müller lo sabía. De todos los que habían participado en el negocio, había sido el ingeniero el que menos beneficio había obtenido, bien mirado, puede que ninguno, y por más vueltas que le daba Bishop no era capaz de entender la razón, probablemente un argumento íntimo que solo Franz Müller sabía pero que no quería contar a nadie.

No había llegado a conocer a ese hombre como le hubiera gustado, pero Robert Bishop le estrechó la mano antes de bajar del coche. Bien mirado, el ingeniero nunca había sido su enemigo. Les había tocado estar en bandos opuestos durante la guerra, pero Franz Müller ni siquiera había sido un soldado. Y estaba seguro de que más adelante volverían a coincidir, que con el tiempo tal vez desarrollarían esa clase de amistad que se da entre los hombres adultos, una confianza que muchas veces tenía más que ver con el respeto o con la admiración, o acaso con los intereses comunes, que con la camaradería adolescente con la que a mucha gente le gustaba tratarse a pesar de ya no ser jóvenes. Aún se quedó unos minutos sentado en el coche, observando cómo su figura se iba haciendo más pequeña hasta perderse caminando por la avenida Unter den Linden en dirección hacia Alexanderplatz.

Anna se sentó al lado de Rubén. Lo miró sin decir nada, como si al hacerlo él pudiera darle una respuesta a lo que estaba sucediendo, a la razón por la que al final lo habían soltado tan pronto, antes incluso de que el avión en el que ella tenía que volar despegase hacia París. Ella no podía ocultar la emoción. Le hubiera gustado abrazarlo allí mismo, en la sala de espera, pero, igual que a ella, también había un soldado custodiando a Rubén, como si

temiese que echase a correr y se escondiese en Berlín de nuevo en lugar de subir al avión. Le cogió la mano, la apretó entre las suyas. Sin embargo Rubén sonrió desganado, bajó la cabeza y retiró sus manos del calor de las de Anna. Era como si no quisiera estar allí o como si la confusión que sentía le impidiese reaccionar de otra manera. Había estado dos días encerrado en una celda por haber matado a un sargento del ejército de los Estados Unidos y de pronto alguien había venido a liberarlo esa mañana y lo había llevado al aeródromo para devolverlo a París. No entendía nada, y estaba demasiado cansado como para sacar conclusiones.

No quería pensar Anna en las concesiones que Franz Müller había tenido que hacer a Bishop para conseguir que a Rubén lo soltasen esa mañana. Le gustaría agradecerse, pero estaba segura de que jamás volvería a verlo.

Antes de salir para subir al avión, tuvo que contenerse para no cogerse de su brazo y subir los dos juntos la escalerilla. Pero se miraron los dos, como unos desconocidos, como si fuera en la pista del aeródromo la primera vez que se hubieran visto. Ojalá que fuera así, pensó Anna, que fuera esta la primera vez que se encontraban, que el pasado no hubiera sucedido, que tuvieran toda la vida por delante. Pero aunque Rubén caminaba a su lado, apenas la había saludado. Parecía aturdido todavía. Siente que él ya no querrá volver a estar con ella, le da miedo que ni siquiera aunque tenga toda la vida por delante, el hombre delgado que se dirige cansado hacia el avión vuelva a querer compartir su vida otra vez con ella, que nada de lo que había sucedido importase, que pudieran olvidarse de todo, de lo que ella había hecho, de lo que él había sufrido, ser capaces otra vez de bailar un vals sin música en el parque de Luxemburgo, sin importarles que la gente que los miraba los tomase por locos, como si ellos dos fuesen las únicas personas que existieran en el mundo.

Diez minutos después de salir del coche en el que lo había traído Bishop, Franz Müller se detuvo. En una esquina de Alexanderplatz aún quedaba un banco de madera lo bastante firme como para poder acomodarse sin correr el riesgo de que se hiciera pedazos. Se sentó, apoyó la espalda, respiró hondo y

cerró los ojos. Hacía frío. Tal vez la nieve llegaría antes del invierno y la gente acabaría cortando los troncos de los árboles maltrechos de los parques para calentar las estufas. Pero él estaba acostumbrado a esa temperatura. Le gustaba. Y en Moscú, o a donde se lo llevaran, haría mucho más. No había sido una decisión difícil: cambiar secretos militares por personas y aceptar la oferta de los rusos para colaborar en la sombra con los americanos. No es que la vida que le aguardaba en América hubiera sido más sencilla que la que le esperaba a partir de ahora en la Unión Soviética. Estaba seguro de que los rusos también lo tratarían bien. Se habían vuelto todos locos, los rusos y los americanos, les habían entrado prisas por empezar una carrera que seguramente acabaría llevándolos de nuevo a una guerra. Él trabajaría en un despacho, con un equipo reducido de ingenieros, y algún día Bishop o alguien a sus órdenes se pondría en contacto con él, le pediría que le contara sus avances, le sugeriría que condujera a su equipo por el camino más largo o equivocado, aquel cuyo único destino es un callejón sin salida.

A Franz Müller, puesto que Anna no lo iba a acompañar, le daba igual un bando que otro. Tal vez los rusos le habrían hecho la misma oferta y, al final se habría pasado al bando norteamericano para contarles en el futuro los secretos militares a los rusos. Pero habían sido los americanos quienes habían traído a Berlín a Anna para buscarlo y convencerlo, los que tenían encerrado en una cárcel a Rubén.

Cambiar secretos por personas no era un mal trato, se dijo, de nuevo. Ya no tenía que preocuparse de ello. Pronto sus nuevos jefes vendrían a buscarlo y se lo llevarían muy lejos de allí. Lo que sucediera a partir de ahora no estaba en sus manos adivinarlo, y tampoco le preocupaba. En lugar de incertidumbre lo asaltaba una paz extraña, como si nada de lo que sucediese a partir de ahora pudiera afectarle.

Sin abrir los ojos del todo, sacó el violín de la funda. En cuanto acarició el instrumento, la madera bruñida, las cuerdas tensas, la superficie áspera del arco, dejó de sentir el frío en las manos. Sonrió, satisfecho. Lo que más había deseado en su vida Franz Müller era eso, no ser un ingeniero, sino un músico bohemio que toca en la calle sin preocuparse de lo que sucederá mañana. Se acomodó en el banco, la espalda recta, la cabeza ligeramente ladeada, lo justo

para sujetar el violín, y cuando empezó a tocar sintió que volaba, muy lejos de allí, que la música lo transportaba, que nada, por muy malo que fuese, podría hacerle daño.

Abril de 2009